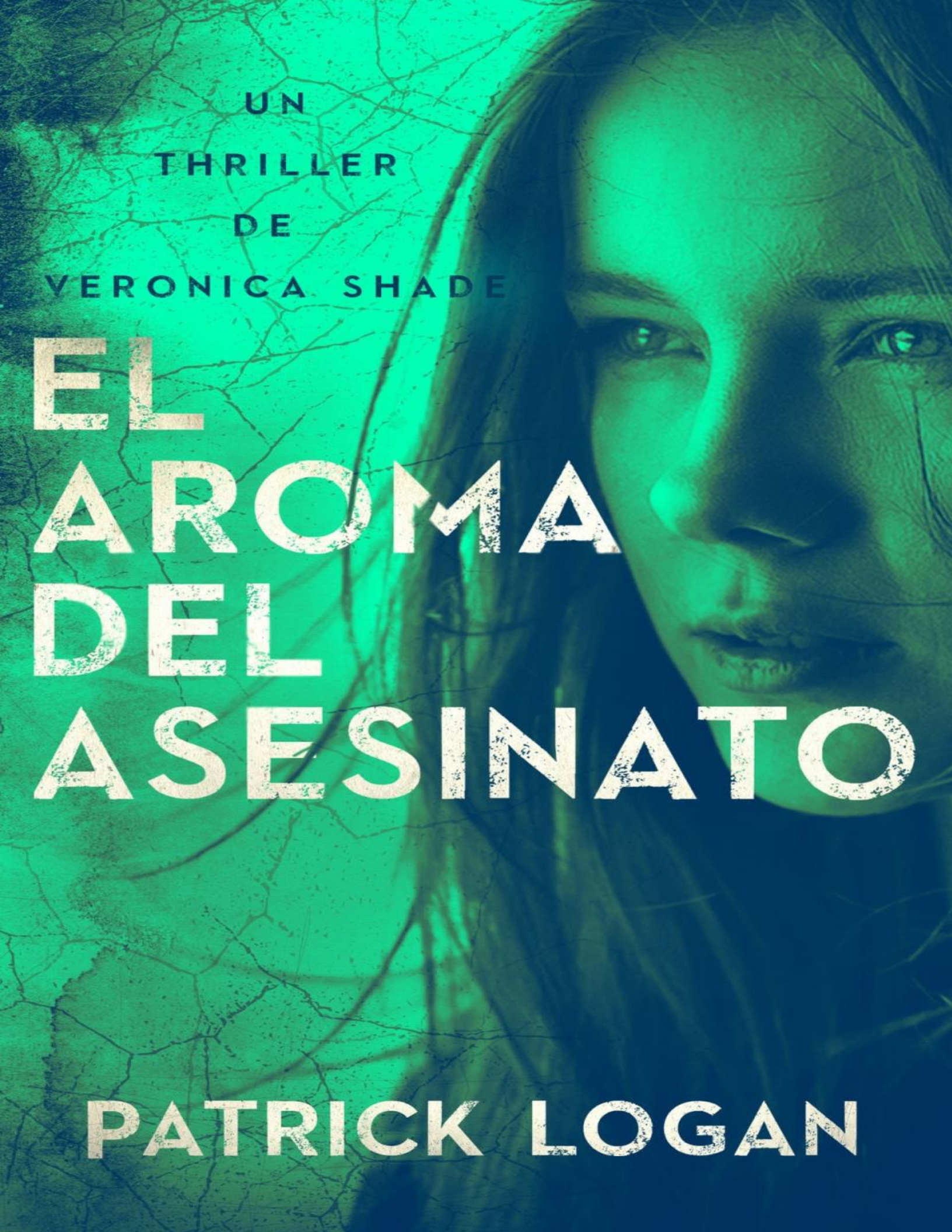
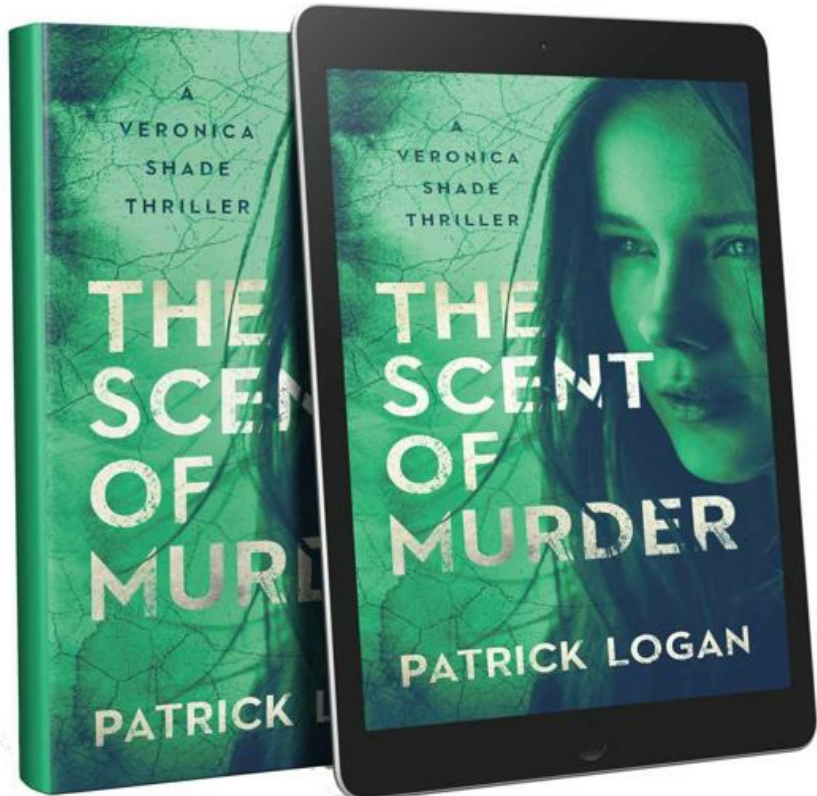




UN
THRILLER
DE
VERONICA SHADE

EL AROMA DEL ASESINATO

PATRICK LOGAN



El Aroma del Asesinato

Un thriller de Veronica Shade
Libro 2

Patrick Logan

El Aroma del Asesinato

Prólogo

PARTE I - Muñecas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

PART II - Relojos

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

[Capítulo 32](#)

[PARTE III - El Fabricante de Muñecas](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

Epílogo

FIN

Para mi mamá.

Tu amor por los libros es lo que me inició en la lectura y
me mantiene escribiendo.

El Aroma del Asesinato
Un thriller de Veronica Shade
Libro 2
Patrick Logan

Prólogo

El escenario estaba casi listo. Ya había pintado su rostro de un blanco alabastro y había dibujado pequeños círculos rojos en cada una de sus mejillas. Usando el mismo lápiz labial rojo, trazó un corazón perfecto en su boca, extendiendo las líneas curvas un poco más alto que sus labios reales.

Casi listo, pensó, dando un paso atrás y observando su obra. Cada vez lo hacía mejor. La primera vez, había estado tan disgustado que apenas pudo terminar. Y se notaba. ¿Esta vez? Esta vez, veía el cadáver desde una perspectiva diferente.

Esto no era una persona.

Era una muñeca.

Y era perfecta—casi perfecta. Había algo extraño en la muñeca sentada. Algo no estaba del todo bien.

El hombre inclinó la cabeza a un lado para adquirir una nueva perspectiva.

Las piernas, concluyó después de una breve pausa, no están lo suficientemente abiertas.

Con una mano enguantada, el hombre extendió la mano y agarró el tobillo izquierdo de la muñeca. Era como un trozo de madera seca en su palma y cuando lo estiró, las caderas de la muñeca se movieron. Por un segundo horroroso, pensó que iba a caerse.

En su mente, se imaginó la muñeca cayendo del árbol, aterrizando boca abajo en el césped. Eso sería un desastre—si el maquillaje se manchaba, todo estaría arruinado.

No tenía tiempo para aplicar más, para empezar todo de nuevo.

El hombre ajustó la cintura de la muñeca, presionándola firmemente contra el enorme abeto Douglas. Usando ambas manos esta vez, forzó a abrir las piernas de la muñeca, moviendo sus manos lentamente desde sus tobillos hasta sus rodillas para asegurar la máxima apertura.

Eso está bien, pensó. Eso está mejor... pero aún no es perfecto.

Luego se puso a trabajar en sus brazos, colocando las manos de la muñeca detrás de su cabeza, con los codos en alto. La rigidez cadavérica había comenzado a aparecer, haciendo a la muñeca flexible pero también permitiéndole mantener su forma. Un empujón firme en la parte superior de su espalda, justo entre los omóplatos, forzó sus pechos hacia arriba y hacia afuera.

El hombre se mordió el labio inferior.

Todavía había algo defectuoso en la escena que arruinaba la ilusión. Tan sorprendente fue esta realización que, por un momento, dejó de pensar en el cadáver como una muñeca, y en cambio la consideró un ser humano.

Su estómago se retorció y, para evitar vomitar, apartó la mirada, enviando su vista hacia el dosel de hojas arriba. La luna que brillaba sobre él, sobre su obra, era brillante y llena, como un

gigante ojo inmutable.

Eso es, pensó, una sonrisa formándose en sus labios. Son los ojos.

Se obligó a mirar a la muñeca de nuevo. Sus ojos estaban abiertos, y las iris azules, que se volvían más pálidas por el minuto, estaban fijas directamente hacia adelante. Aunque eran ojos sin vida, aún eran demasiado... reales para una muñeca. El hombre intentó cerrar sus párpados con un dedo enguantado, pero la piel delgada de sus párpados se resistió. Consiguió llevar el párpado derecho a media asta antes de frustrarse por la falta de destreza que le proporcionaban los gruesos guantes de lana. Se quitó un guante y luego usó su pulgar para forzar el cierre de cada uno de los párpados de la muñeca. Eso era—era perfecto. Pero en lugar de sentir euforia, el hombre solo sintió culpa. Eso, como las náuseas, también pasaría, sabía. Pero tomaría tiempo. Probablemente menos que con la primera, pero era imposible saberlo con certeza. El hombre se puso de nuevo el guante y miró a su creación una última vez.

"Lo siento", susurró al bosque. La única respuesta llegó en forma de un gruñido profundo y gutural—probablemente un oso—en algún lugar a la distancia. "Lo siento mucho, mucho".

PARTE I - Muñecas

Capítulo 1

"¿De verdad te vas a comer eso?" preguntó la detective Veronica Shade, sus ojos se desviaron hacia el infarto que aguardaba en el plato de su compañero. Prácticamente todos los productos de cerdo imaginables flotaban en un charco de grasa derretida. Había unos huevos líquidos por ahí, y tal vez algunos frijoles horneados, pero estos se perdían entre los jugos brillantes.

"Bueno, no lo compré solo para mirarlo." Como si este punto necesitara ser probado, el detective Fred Furlow atravesó una salchicha con su tenedor y tomó un gran bocado. "¿Quieres un poco?"

Veronica miró su propio plato. Había pedido una tortilla de tres huevos con jamón y pimientos verdes, y un lado de pan de centeno. Su plato estaba casi vacío debido a que la cocina necesitaba más tiempo para terminar de cocinar la comida de Freddie. Y su compañero, siempre el caballero, había insistido en que ella comiera antes de que se enfriara.

"¿Y si intercambiáramos platos?" preguntó ella.

Freddie gimió.

"No esto otra vez... estos malditos qué pasaría si los tuyos."

"No, en serio. ¿Qué pasaría si intercambiáramos todo lo que comemos, solo por un día? ¿Ver cómo va eso?"

Freddie terminó su salchicha y luego palmeó su enorme barriga.

"Sé cómo va a ir eso. Me moriré de hambre."

"No vas a morir", contrarrestó ella con un gesto de desdén. "Pero quizás podrías correr un poco más rápido."

"No corro por nada", dijo Freddie, pasando a una crujiente loncha de tocino. "Ni por nadie."

Veronica percibió el más ligero olor a gasolina, como si la puerta del restaurante se hubiera abierto y una brisa hubiera llevado el olor en su dirección.

La puerta, por supuesto, permanecía cerrada y la gasolinera más cercana estaba a unas buenas tres millas de distancia.

Sonriendo ahora, Veronica ahogó el olor tomando un sorbo de café.

"¿Qué te parece este tipo de Asuntos Internos?" preguntó Freddie cuando tuvo un respiro.

La sonrisa desapareció y Veronica suspiró. Al ser su primer caso después de la baja, no había pasado mucho tiempo con el Oficial de Asuntos Internos Cole Batherson. Durante su recuperación, había visitado a Freddie y al capitán varias veces en la comisaría y había sido presentada a Cole. El hombre parecía bastante agradable, pero ella estaba a la defensiva. Los

Asuntos Internos no solían estar estacionados contigo para hacer amigos. Estaban allí para identificar problemas, encontrar puntos débiles en la cadena de mando, pero en la experiencia de Veronica, terminaban causando más problemas de los que resolvían.

"¿Qué pienso de él? Aún no lo sé. ¿Qué pienso de tenerlo cerca? Bueno, creo que han pasado tres meses desde que el Oficial Ken Cameron fue arrestado. Es mucho tiempo para tener a un hombre mirando por encima de tu hombro, corrigiendo errores de ortografía en cada informe policial que rellenas."

"El corrector de ortografía más caro que la Ciudad de Greenham ha contratado jamás", comentó Freddie con una risa. "Al menos con mi ortografía, está ganando su salario." El detective estalló la yema de un huevo con el lado de su tenedor, extendiendo más líquido sobre su ya mojado plato. "¿Cuánto crees que ganan esos tipos de Asuntos Internos, de todos modos?"

Veronica no tenía idea de cuánto ganaba Cole Batherson, pero si los elegantes zapatos de vestir de doble hebilla que siempre usaba, monogramados, además, eran una indicación, era mucho más que un detective.

Veronica dijo tanto.

"Tal vez... tal vez debería entrar a Asuntos Internos", sugirió Freddie mientras seguía lidiando con su comida.

"¿Entonces quién se terminaría mis bagels y donuts sobrantes?"

Freddie sonrió, pero Veronica sintió un inesperado pinchazo de tristeza. Recordó al amigo y mentor de su padre, Grant Sutcliffe, acostado en la cama, conectado a tantas máquinas que se había convertido en parte de la matriz.

"Fred, sabes que te quiero, ¿verdad?"

"Ahí viene."

"No, en serio. Me preocupo por ti." Veronica dudó, recordando a su compañero atravesando humo y fuego para salvar primero a ella, luego al Sheriff Steve Burns. "Sé que odias correr, pero ahora que sé que puedes hacerlo, ¿alguna vez has pensado en hacerlo un poco más a menudo? ¿Como en una base semi-regular, digamos?"

La boca de Freddie estaba llena—no por accidente—y no respondió.

"Me preocupo por ti, Freddie."

Freddie tragó.

"Correr no es lo mío. Pero podría considerar hacer algún tipo de ejercicio."

Veronica inhaló bruscamente y, esta vez, ninguna cantidad de café podría ocultar el dulce olor a gasolina.

Hacía tiempo que no experimentaba una manifestación tan visceral de su sinestesia. Su condición, una rara mezcla neurológica de los sentidos, hacía que Veronica oliere y escuchase cosas en respuesta a estímulos visuales específicos y, a la inversa, experimentase alucinaciones visuales en respuesta a ciertos olores.

Las sesiones semanales con una psiquiatra ayudaron a controlar sus visiones y a controlar sus emociones en respuesta a estas proyecciones, pero hasta hace muy poco, no habían proporcionado una visión de sus orígenes. Veronica había aceptado que su condición era de naturaleza evolutiva y no estaba vinculada a un trauma o PTSD.

Y había mantenido esa creencia hasta hace tres meses.

Hasta que su hermano, un hermano que no sabía que existía, la apuntó. Los recuerdos de una infancia largamente olvidada emergieron, revelando un horrible secreto y una tragedia aún más perturbadora.

Lo único bueno que salió de la reunión fue que Veronica finalmente entendió los orígenes de su sinestesia.

Un detector de mentiras humano, su subconsciente recogía señales visuales y las convertía en el olor de la gasolina: cuanto más segura estaba de la mentira, más fuerte era el olor.

El olor del sudor, y a veces solo la vista de él, causaba un halo azul, como un aura de acuarela, que emanaba de la fuente.

Y finalmente, la reacción más pavloviana de Veronica era la visión de brillantes explosiones de colores similares a las llamas en presencia de violencia extrema, junto con el sonido de un niño—su hermano—cantando una burlona canción de cuna.

Veronica había esperado que conocer la fuerza impulsora detrás de su sinestesia la ayudaría a lidiar con su condición. Pero ahora, estaba atascada preguntándose si hubiera estado mejor sin recordar lo que le pasó a ella y a su familia hace tantos años.

Y lo que había hecho.

Veronica se encontró masajeando la parte posterior de su mano derecha y se obligó a parar. Las quemaduras se habían curado completamente, pero juraba que todavía podía sentir el calor del fuego.

Esto, sabía, no tenía nada que ver con la sinestesia.

"¿Qué pasa, Veronica?" preguntó Freddie.

Veronica sacudió la cabeza.

"Nada," dijo rápidamente. Después de casi ser quemada viva por su hermano, a Veronica se le había concedido un permiso indefinido de la Policía de la Ciudad de Greenham. Después de dos semanas, se había puesto inquieta e intentó regresar. Su padre había desechado esa idea de inmediato. Después de un mes y medio, y una docena completa de sesiones psicológicas más tarde, volvió a intentar regresar al servicio.

Esta vez, Freddie había intervenido.

Veronica finalmente se había conformado con un descanso de tres meses. Y aunque el capitán y su compañero habían estado de acuerdo, lo habían hecho de mala gana, y sabía que aún estaban aprehensivos acerca de su regreso.

"Es solo que—estabas poniendo una cara, eso es todo."

"¿Qué tipo de cara?" dijo Veronica más agresivamente de lo que había pretendido.

"Lo siento, no quise—"

"No—no, está bien, Freddie, solo estaba... pensando. ¿Qué tipo de cara era?"

Su compañero levantó una ceja como preguntando, ¿Realmente quieres saber?

"Bueno, a veces te pellizcas la nariz y tienes esa mirada en tus ojos. La primera vez que ocurrió, cuando nos convertimos en compañeros, pensé que era yo. Seguí revisando si tenía olor corporal o algo así."

Veronica sonrió.

"Hueles bien, Freddie."

Siempre y cuando estés diciendo la verdad.

El detective Fred Furlow era de la vieja escuela. En sus últimos cincuenta años, casi tenía más experiencia policial—veintidós años—que tiempo había vivido Veronica—veintiséis gloriosas rotaciones alrededor del sol. Siendo una detective novata, la decisión del capitán de emparejarla con un veterano experimentado como Freddie no fue un accidente. Tampoco fue una coincidencia que el padre de Veronica resultara ser el capitán de la policía y Freddie un viejo amigo de Peter Shade.

Pero Veronica no estaba resentida por lo que algunos podrían percibir como tener una niñera en el trabajo. Aparte de estar cerca de las trescientas libras y no poder correr por casi nada, Freddie era un compañero fantástico. Era un buen policía y un hombre aún mejor.

"¿Cuándo pongo esa cara de olfatear?"

Freddie rió, enviando una onda desde su barbilla hasta su garganta.

"No es una cara de olfatear, es solo una mirada. ¿En cuanto a cuándo? No sucede a menudo, pero cuando lo hace, es casi siempre cuando alguien te miente—a nosotros."

Veronica se sorprendió por la perspicacia de Freddie.

Solo había una persona que sabía sobre su sinestesia—no su padre, su compañero, ni su novio—su psiquiatra, la Dra. Jane Bernard, a quien había estado viendo durante casi dos décadas.

El teléfono de Veronica sonó y, sin saber qué decir, agradeció la interrupción.

"¿Detective Shade?"

Reconoció la voz como perteneciente a una novata patrullera, Angela Turpin.

"Oficial Turpin, ¿qué puedo hacer por usted?"

"Estamos aquí en Wellesley y Maine."

"¿Y?"

"Y ha habido otro robo—esta vez en la Joyería Alfred."

Frente a ella, Freddie apartó su plato y se inclinó hacia adelante en anticipación.

"¿Y?" preguntó Veronica de nuevo. A veces los novatos decían muy poco, mientras que otros no podían callarse. La oficial Turpin era claramente de los primeros.

"Y... creo que deberías venir a ver esto. Este es el tercero—"

"Ya no digas más," interrumpió Veronica. "Estaremos allí enseguida."

Los robos, especialmente en medio del día un lunes, normalmente no eran los casos más emocionantes, pero ella había estado ausente tanto tiempo que cualquier cosa era mejor que estar sentada viendo a Freddie comer.

Cerró su teléfono de un golpe y comenzó a levantarse.

"¿Qué pasa?" preguntó Freddie. "¿A dónde vamos?"

"Robo en otra joyería."

Freddie asintió y comenzó a sacar las llaves de su coche del bolsillo antes de levantarse laboriosamente.

Veronica extendió la mano y le arrebató las llaves.

"¿Qué demonios—?"

"Está a solo cuatro cuadras de aquí, Freddie. ¿Te apuesto una carrera?"

Y luego ella se fue, sin darle al hombre la oportunidad de objetar.

Veronica sabía que Freddie estaba renuente a correr, pero podía caminar. No era mucho, pero era algo. Y aparte de las bromas, ella estaba genuinamente preocupada de que si Freddie no hacía algún tipo de ejercicio y no mejoraba su dieta, estaría buscando un nuevo compañero antes de que terminara el año.

Capítulo 2

El condado de Bear era el condado más grande de Oregon, abarcando una gran parte de tierra al este de Portland y al norte de Canyon City. Más de la mitad de la población del condado residía en la ciudad de Greenham, con el resto repartido entre las tres siguientes ciudades más grandes: Matheson, Sullivan y East Argham. Un puñado de gente vivía en las áreas no incorporadas y eran casi exclusivamente ganaderos o agricultores de maíz.

Sin embargo, a pesar de su nombre, ni el sheriff Steve Burns ni ninguno de sus ciento doce delegados, habían visto nunca un oso en el condado de Bear. Oregon tenía una de las poblaciones más grandes de osos negros en los Estados Unidos, pero evitaban el condado de Bear como la peste.

Hasta ahora.

"¿Deberíamos llamar a un Guardabosques de Pesca y Vida Silvestre?" preguntó el subjefe Marcus McVeigh.

El sheriff se limpió el sudor de la frente y siguió mirando el borde del bosque de Hilltona. Luego volvió la vista a la granja rural detrás de él.

"¿Para qué?"

Cuando su subjefe no respondió de inmediato, el sheriff Burns dirigió su atención hacia el hombre. Un exjugador de fútbol de la escuela secundaria, Marcus tenía la misma constitución robusta que tenía entonces, a pesar de estar más de cuatro años alejado de jugar cualquier deporte. Tenía una cara redonda, hombros anchos y una considerable cantidad de músculo, aunque cubierto por una capa de grasa debido a demasiadas comidas en la carretera y demasiadas cervezas los fines de semana. Era el delegado más confiable del sheriff Burns, alguien en quien sabía que podía contar no solo para hacer cumplir la ley, sino también para ayudarlo con los puntos más finos del trabajo. Después de todo, ser el sheriff activo del condado de Bear era un animal diferente a ser un teniente en la Policía Estatal.

Steve era nuevo en este negocio de 'funcionario electo'. Como policía estatal, todo lo que tenía que hacer era atrapar a los malos. Como sheriff, tenía que atrapar a los malos y lucir bien haciéndolo.

McVeigh había sido un regalo del cielo. A diferencia de Steve, el delegado nació y se crió en el condado de Bear y conocía a todos los jugadores importantes por su nombre. Sabía a qué barbacoas debía asistir el sheriff, las tiendas en las que debía ser visto comprando y las personas a las que debía evitar. Con su conocimiento, Steve se sorprendió de que McVeigh no se hubiera postulado para sheriff.

Quizás en el próximo ciclo electoral.

Pero, por ahora, Steve iba a obtener tanto conocimiento del hombre como le fuera posible.

"Por los avistamientos de osos", aclaró McVeigh. El hombre se lamió los labios y tocó la

pistola en su cadera. "Si nos encontramos con uno de doscientos veinticinco kilos, no hay—"

"Por ahora, todo lo que tenemos es un avistamiento. Hasta que vea un oso con mis propios ojos, no voy a llamar a nadie. No quiero incitar al pánico."

Esto solo era parcialmente cierto; aunque evitar el pánico siempre era deseable, el Departamento de Pesca y Vida Silvestre de Oregon no tenía guardabosques dedicados. En cambio, esto recaía en la jurisdicción de la Policía Estatal.

La misma Policía Estatal para la que Steve trabajaba antes de empacar sus cosas y huir al condado de Bear.

"Cierto", dijo McVeigh, pero no sonaba convencido de que la decisión del sheriff fuera 'correcta' en absoluto.

En realidad, Steve tampoco lo estaba. El Departamento del Sheriff había recibido dos llamadas, con cuatro horas de diferencia, de un gran oso negro vagando por el bosque de Hilltona. Una de las llamadas había llegado de Daisy Bellinger, cuyo rancho se encontraba justo detrás de donde el sheriff y su delegado estaban parados, y la segunda, de Susan Mountcastle. La primera estaba preocupada por su ganado, mientras que la segunda estaba preocupada por sus gatos, perros y pollos.

Ninguna de ellas tenía motivación para mentir.

"Siempre puedo enviar a un delegado—"

El Delegado McVeigh fue interrumpido por la radio en su hombro. El mensaje era mayormente estático, y Steve se estremeció. El sonido le dolía los dientes. Él y McVeigh esperaron en silencio, pero no llegó nada más.

Apretó la radio.

"Sheriff Burns, cambio."

La respuesta fue incluso más llena de estática que el mensaje original y Steve negó con la cabeza en señal de desaprobación.

"Malditas radios". Lo intentó de nuevo. "Sheriff Burns, cambio."

Esta vez la estática tenía un sabor a ella, y reconoció el acento sureño característico del Delegado Kent Lancaster. Sin embargo, la naturaleza del mensaje seguía siendo un misterio.

"Funciona mejor si—"

El sheriff silenció a McVeigh con un gesto de su mano.

"Lancaster, no puedo entender una palabra de lo que estás diciendo. Cambio."

Steve se encorvó y comenzó a caminar hacia el bosque con su delegado siguiéndolo. Por alguna razón, las radios del Departamento del Sheriff del condado de Bear funcionaban mejor cuanto más cerca estabas del límite del bosque. Algo sobre las señales que se amplificaban o rebotaban en los árboles... el sheriff no estaba realmente seguro de cómo o por qué era así, solo que lo era.

"¿Lancaster? ¿Viste un oso? Cambio", dijo Steve en su radio.

Hubo una ráfaga de estática y luego, "Sin oso."

El Sheriff Burns se permitió un pequeño suspiro de alivio, agradecido de haber evitado lo que habría sido, en el mejor de los casos, un encuentro inevitablemente incómodo con un policía estatal. Pero el Delegado Lancaster no había terminado, y lo que dijo a continuación trajo la tensión de vuelta a su cabeza y hombros en cantidades.

"Sin oso, pero encontramos un cuerpo, lo que queda de él, de todas formas. Sheriff, vas a querer venir aquí y ver esto."

Capítulo 3

Un técnico médico de emergencias estaba atendiendo al propietario de la Joyería Alfred's, un hombre de más de sesenta años llamado Matthew Cohen, cuando Veronica mostró su placa al Oficial Turpin que estaba junto a la puerta principal.

"Oh, sé quién eres," dijo el joven oficial. La mujer era pequeña, más baja que Veronica por unos buenos ocho centímetros, pero considerablemente más robusta, especialmente alrededor de la cintura.

"Correcto."

El oficial se sonrojó.

"¿Quieres... quieres entrar?"

Freddie todavía estaba a una cuadra y media de distancia, lo que le dio la oportunidad de mirar alrededor por sí misma. En la acera estaban los curiosos habituales, personas tomando videos con sus teléfonos móviles, pensando que iban a ser los próximos Sarah Koenig. Vio a otros dos policías, además del Oficial Turpin, así como a un segundo paramédico inclinándose en la parte trasera de una ambulancia.

"Todavía no."

A simple vista se veían tres cámaras de video: dos fuera de la tienda apuntando a la entrada de la tienda, y una dentro. La fachada de la tienda estaba hecha completamente de cristal, lo que le daba a Veronica una visión clara del interior de la Joyería Alfred's. Dos de las vitrinas habían sido destrozadas, los interiores de las cajas bien iluminadas estaban llenos de cristal irrompible.

"Dos hombres, ambos con máscaras, irrumpieron. Destrozaron las dos vitrinas que ves ahí. Cuando Matthew intentó intervenir, uno de ellos le golpeó en la cabeza. No está seguro con qué", ofreció el Oficial Turpin sin provocación.

Veronica no valoró la interrupción. Todo lo que el oficial le dijo estaría en el informe, lo que significaba que Angela Turpin solo estaba desperdiciando su aliento.

Y distrayendo a la Detective Shade.

Finalmente llegó Freddie, añadiendo más ruido a la escena. Su rostro estaba de un rojo profundo y su pecho masivo jadeaba.

Y esto era solo por una caminata. No una caminata rápida, solo un paseo normal y corriente.

Tienes que empezar a hacer ejercicio, pensó Veronica. Hacer ejercicio y comer mejor.

No lo dijo, sin embargo. En su lugar, simplemente asintió a su compañero y dijo: "¿Estás listo?"

Freddie levantó un dedo regordete y tomó dos largas y profundas respiraciones.

"Listo."

Aunque su compañero era el que estaba luchando por calmarse, era Veronica quien necesitaba un momento para prepararse.

Para la detective Shade, entrar en una escena del crimen era cualquier cosa menos rutina. Cuando Freddie, el Oficial Turpin o cualquier otro policía entraban en la Joyería Alfred's, utilizarían sus cinco sentidos para interpretar el entorno.

Veronica tendría que lidiar con al menos ocho... combinaciones. Y ninguna de ellas era benigna.

Durante su licencia, una de las cosas en las que el Dr. Bernard y Veronica se habían concentrado durante sus muchas sesiones, era intentar silenciar estos episodios sinestésicos. No apagarlos por completo, decir que la capacidad de "oler" una mentira era valiosa para alguien en su profesión era un gran eufemismo, pero para atenuarlos. Normalmente empezaban de forma intensa, pero se amortiguaban con el tiempo, similar a cómo te acostumbras a un pedo en un ascensor. Era ese tirón inicial el que estaban intentando controlar. Y Veronica se sorprendió de lo bien que funcionaron las sugerencias que el Dr. Bernard había ofrecido: respiraciones profundas y preparatorias, visualización del espacio antes de entrar y, en general, ser más consciente de su entorno, durante su vida normal y corriente.

La Joyería Alfred's pondría estas técnicas a prueba, sin embargo, ya que las escenas del crimen tendían a llevar su sinestesia hasta el once. Pero cuando Veronica cruzó la puerta principal de la joyería recientemente robada, fue golpeada por una repentina sensación de... nada.

Esto no lo había previsto y la hizo dudar. Freddie casi choca con ella desde atrás y pudo evitarla solo haciendo una maniobra sorprendentemente ágil. Veronica fingió estar empapándose del ambiente, calculando mentalmente distancias y ángulos y cualquier otra cosa que pudiera ser de valor al interpretar la escena del crimen.

Pero lo que realmente estaba haciendo era olfatear el aire y buscar las coloridas proyecciones en forma de llama que esperaba del entorno recientemente hostil. Había un pequeño aura de pintura azul que provenía de Matthew Cohen, principalmente de sus axilas y frente, pero estas eran más hilos etéreos que salpicaduras de acuarela. El hombre estaba sudando, pero una rápida mirada a su compañero sin aliento reveló que Freddie estaba exudando más tonos azules que la víctima.

Confundida, pero sin querer demorarse más, lo que Freddie podría malinterpretar como que no estaba lista para volver al trabajo, Veronica se acercó al paramédico que estaba atendiendo a Matthew.

"Detectives Shade y Furlow," anunció. El paramédico no se molestó en presentarse.

"Tenemos una contusión en la frente y posiblemente una conmoción cerebral de bajo grado. He limpiado la herida y he puesto un poco de pegamento allí para mantenerla cerrada. No son necesarios los puntos."

Veronica agradeció al paramédico y luego dirigió su atención al aturdido propietario que estaba sentado con la espalda contra una de las vitrinas que aún estaba intacta.

"Matthew, mi nombre es Veronica. Voy a trabajar en tu caso con mi compañero el Detective

Furlow. ¿Puedes contarme qué pasó?"

El hombre, que estaba sosteniendo una gasa en su frente, la miró. Tenía los ojos azules, una nariz grande pero inofensiva, y una mandíbula estrecha. Su delgado cabello oscuro estaba peinado en un intento de ocultar una calva, pero esta no era solo una batalla perdida, la guerra había terminado hace al menos una década.

"¿Qué quieres saber? Dos hombres entraron, rompieron el cristal, robaron cosas. Intenté agarrar a uno de ellos, pero se volvió y me golpeó con... algo". Matthew se secó la cabeza, luego miró la pequeña mancha de sangre en la gasa.

"¿No estás seguro de con qué te golpearon?" preguntó Veronica.

Matthew lo consideró por un momento.

"No lo sé. Fue algo del estuche. ¿Quizás un reloj?"

Veronica levantó una ceja ante esto y lanzó una mirada a Freddie.

"Los hombres, ¿llevaban máscaras?"

"Máscaras de esquí con los ojos recortados. Ambos eran negros, los hombres y las máscaras".

"¿Dijeron algo?"

"No, ni una palabra para mí o entre ellos".

Matthew intentó levantarse, y Veronica le ayudó a ponerse de pie. Se apoyó en el estuche mientras evaluaba los daños en el frente de la tienda.

"Se llevaron lo bueno", dijo, con el labio curvado. "Lo bueno".

Veronica no era en absoluto experta en joyas, todo lo contrario; ella no usaba ninguna. En la rara ocasión que salía después del trabajo, podía ponerse algunos pendientes de botón, pero eso era todo. Sin embargo, para ella, había varios estuches, estuches más cerca de la puerta, que parecían contener joyas de aspecto caro: collares, anillos y algunos broches.

"¿Qué se llevaron?"

"Relojes", dijo Matthew con un suspiro. "Rolex, Tag Heuer, Omega".

"Ah."

Esto tenía sentido. Los relojes de alta gama, en particular los Rolex, no solo mantenían su valor sino que a menudo aumentaban con el tiempo. También era uno de los métodos más eficientes para mover 'dinero' a través de las fronteras. El efectivo tenía que ser declarado, los relojes no tanto.

Estas personas, quienesquiera que fueran, sabían lo que estaban haciendo.

"¿Qué hay de las grabaciones de seguridad?"

"Tenemos tres cámaras, dos fuera de la puerta, una dentro. Más dos en la parte de atrás".

Veronica miró hacia la parte trasera de la tienda. Había una puerta reforzada y gruesa detrás de la cual supuso que Matthew guardaba el dinero y los objetos realmente caros.

"¿Intentaron entrar allí?" preguntó, inclinando la barbilla hacia la puerta.

"No."

Más pruebas de que estos no eran aficionados. No solo entrar en la sala de atrás llevaría tiempo, sino que los objetos que había dentro probablemente serían más fáciles de rastrear.

"¿Estás asegurado?"

"Por supuesto."

"Está bien, necesito que esperes a que los policías tomen huellas dactilares de todo y luego hagas un inventario para descubrir qué fue exactamente lo que se robó. Con relojes de alta gama, ¿tienes los números de serie?"

"Sí."

"Está bien, reporta esos como robados".

Matthew miró los estuches rotos.

"Llevaban guantes".

Veronica lo supuso.

"Diligencia debida, pero si soy honesta, no esperaba encontrar nada útil".

Matthew se secó la frente de nuevo.

"Tercera semana seguida. A Noah le pasó justo la semana pasada y la semana anterior a esa? A Gregor".

Veronica, que aún no obtenía nada de Matthew aparte de un tenue rastro azul de sudor, esperó a que él se explayara. Estaba al tanto de los otros robos, al menos en términos generales, pero quería escuchar lo que él tenía que decir sobre ellos.

Desafortunadamente, la Oficial Turpin apareció junto a Freddie y decidió responder por Matthew Cohen.

"Noah y Gregor son otros dos joyeros que fueron robados. Mismo modus operandi que aquí: dos hombres enmascarados, rompen y roban".

"Bien", dijo Veronica, molesta por la distracción y la interrupción. "Sr. Cohen, ¿podría proporcionarle al detective Furlow las grabaciones de seguridad de su tienda? Si no le importa, preferiría llevármelas y analizarlas de vuelta en la comisaría. Y creo que debería dar una vuelta por el hospital, solo para estar seguro".

Matthew Cohen frunció el ceño.

"Necesito hablar con el seguro y..."

"Habrá tiempo para eso más tarde. Asegúrese de estar bien, primero".

Parecía que iba a quejarse de nuevo pero luego asintió lentamente. El hombre estaba asustado, y su aura azul estaba creciendo. Veronica le puso una mano reconfortante en el hombro.

"Todo estará bien. Lo principal es que no estás gravemente herido. Y vamos a encontrar a las

personas que hicieron esto".

Pero mientras veía a Matthew llevar a Freddie a la sala trasera para recuperar las cintas de seguridad, Veronica no podía evitar pensar que esto iba a ser una tarea difícil. Sin su sinestesia, ella era solo una detective novata con un chip en el hombro.

¿Y ahora? Después de haber metido al oficial Ken Cameron tras las rejas, también tenía reputación. Angela Turpin podría mirarla con reverencia, pero sabía que los otros oficiales, especialmente los hombres, la miraban con desprecio.

Capítulo 4

El subcomisario Lancaster estaba parado con las manos en las caderas, y no se movió hasta que el sheriff Burns estaba justo a su lado.

Incluso entonces, no dijo nada, no tenía que hacerlo.

La escena era al menos en su mayoría autoexplicativa.

Y era horrorosa.

Lo primero que notó el sheriff Burns fue la tela rasgada, probablemente de una camisa, seguida por lo que parecía ser una sección de una falda a cuadros. Ambas estaban esparcidas por un área abierta entre dos grandes abetos de Douglas. La ropa en sí estaba extrañamente desprovista de sangre.

Los ojos de Steve naturalmente absorbieron la escena y finalmente su mirada cayó sobre el cuerpo.

Lo que quedaba de él, de todos modos.

Era una mujer, eso estaba claro. La mayor parte de su torso permanecía intacto, al igual que todo desde su cintura hasta aproximadamente la mitad del muslo. El resto... no tanto. Su cuero cabelludo colgaba, cubriendo su rostro con cabello castaño enmarañado. Había algo de sangre seca en el pecho desnudo de la mujer, pero no mucho.

Los depredadores habían hecho estragos en sus brazos, reduciéndolos a muñones, pero mostraron una clara preferencia por sus piernas, que no eran más que tiras desgarradas de carne.

Steve se acercó al cuerpo, y el subcomisario Lancaster, con sus largas y delgadas piernas, le siguió el ritmo. Agachándose para observar mejor, el sheriff identificó un patrón distinto de marcas de garras, de más de una pulgada de profundidad y quizás siete pulgadas de largo, que se extendían por el pálido vientre del cadáver. La alarmante falta de sangre era una clara indicación de que la víctima estaba muerta antes de ser atacada.

El sheriff pidió a su subcomisario un guante de látex y luego lo usó para levantar el cuero cabelludo pelado de la mujer.

Su cara estaba extrañamente pintada: sus mejillas eran de un blanco alabastro, incluso más pálido de lo que se esperaría de un cadáver, y había puntos rojos redondos del tamaño de una huella de pulgar en el centro de cada uno. La sombra de ojos azul oscuro se extendía más allá de sus párpados superiores y sus labios estaban pintados del mismo rojo que sus mejillas. El maquillaje recordaba a Steve a un bufón Arlequín.

El sheriff se puso de pie, estiró la espalda y miró al cielo. Habían pasado más de tres meses desde que había descubierto a Maggie Cernak colgada en su granero. Después de los eventos que siguieron, las cosas habían estado relativamente tranquilas en el condado de Bear. Steve pasó la mayor parte de su tiempo hablando con inversionistas, principalmente los Kleinmans, e

intentando revitalizar East Argham. Todavía había un problema significativo de drogas en el condado de Bear, y con esto venía la ocasional sobredosis, pero Steve no había presenciado este nivel de violencia desde los suicidios.

"¿Crees que deberíamos llamar a Pesca y Vida Silvestre, ahora?" preguntó el subcomisario Lancaster. Lanzó una mirada al subcomisario McVeigh, quien se había unido a ellos en el claro. "No soy un experto, pero esas marcas definitivamente parecen de oso para mí."

El sheriff Burns se rascó la parte posterior de la cabeza y entrecerró los ojos al cadáver.

"Sí, supongo que deberíamos. Pero primero, veamos si podemos descubrir quién mató a esta chica."

El subcomisario Lancaster volvió a mirar a McVeigh, lo que comenzaba a molestar al sheriff, antes de decir: "Espera, ¿no crees que un oso la mató?"

Steve suspiró ruidosamente y alcanzó el radio en su hombro.

"No a menos que este oso haya desarrollado pulgares oponibles y haya aprendido a estrangular a alguien con un cable. Llama al médico forense, llama a Kristin Newberry, dile que venga lo más rápido posible."

Al igual que el sheriff Steve Burns, la médico forense del condado de Bear, Kristin Newberry, era una funcionaria electa. Abogada de profesión, la mujer no tenía formación médica formal. Pero la sesentona tenía una gran experiencia y era inteligente como un látigo.

El verdadero problema era la falta de técnicos de la CSU. Después de lo que había sucedido con Holland Toller, el hermano distanciado de Veronica Shade, el número de solicitantes había disminuido previsiblemente. El departamento, que estaba bajo la supervisión del sheriff, había estado escaso antes del suicidio de Holland, y ahora, con un montón de gente que renunciaba o se tomaba un permiso citando 'estrés psicológico', estaba prácticamente diezmado.

Aun así, Kristin no vino sola. Trajo consigo a un hombre a quien presentó como el técnico de la CSU Paulie... quien parecía tener apenas trece años. Sin embargo, inmediatamente, el joven tomó las riendas, se puso un traje de vinilo de pies a cabeza y estableció un perímetro mucho más grande que el subcomisario Lancaster.

Todos, incluidos los subcomisarios, fueron empujados fuera de la cinta amarilla de la escena del crimen, dejando solo a Kristin y al sheriff Burns para examinar el cuerpo.

"Tienes razón, las heridas del oso se infligieron post mortem. Por eso hay tan poca sangre", confirmó la médico forense.

"¿Y esa línea roja en su garganta? Parece una ligadura de algún tipo. ¿Fue esa la causa de la muerte?"

Kristin apartó el cabello y el cuero cabelludo de la chica y luego levantó su párpado derecho.

"Hemorragia petequial." Asintió. "Definitivamente estrangulada, probablemente por un cable de algún tipo, hueso hioides roto en su garganta. Necesito llevarla de vuelta a la morgue para confirmar".

"Gracias."

Steve decidió darle espacio a Kristin. Había algo extraño en esta escena, algo que él no estaba viendo.

Alguien había estrangulado a esta pobre mujer y dejado su cuerpo aquí. Un oso, que según el subcomisario McVeigh, no había sido visto en el condado de Bear en más de dos décadas, pasó por ahí y decidió investigar violentamente el cadáver.

¿Por qué el cuerpo fue arrojado en una sección abierta donde estaba casi garantizado que sería encontrado por un excursionista o cazador?

Y luego estaba el extraño maquillaje a considerar, la ropa extraña. Era difícil decir exactamente cuántos años tenía la chica, y Steve sabía que el estilo no era solo cuestión de edad, pero le parecía que la víctima había sido vestida para lucir de cierta manera, quizás más joven.

Pero eso no era del todo correcto. Era más—

De repente, levantó la cabeza y miró a la primera persona que vio: el subcomisario Marcus McVeigh.

"Una muñeca", dijo el sheriff con convicción. "El maldito mató a esta mujer y luego la vistió para que pareciera una muñeca."

Capítulo 5

Lo que la Policía de la Ciudad de Greenham perdió en toxicidad masculina tras el arresto y el acuerdo de declaración de culpabilidad de Ken Cameron, lo ganó en ansiedad debido a la presencia del Oficial de Asuntos Internos, Cole Batherson. El hombre estaba lejos de ser abrasivo, pero tener a alguien constantemente observándote por encima del hombro esperando a Dios que cometieras un error era suficiente para incomodar a cualquiera.

Pero esta era la única manera en que el Capitán Peter Shade podía mantener su trabajo. No había sido su culpa — la única persona responsable de las acciones de Ken Cameron era el propio hombre. Pero cada vez que un subordinado hacía algo insensato, como organizar el secuestro de la hija de un concejal de la ciudad, todos miraban hacia arriba en la cadena de mando para asignar la culpa.

Su única gracia salvadora fue que Veronica había recuperado a Chloe Dolan ilesa. Aún así, los rumores de que el tiempo de Peter Shade como capitán del Departamento de Policía de la Ciudad de Greenham estaba contado no sorprendieron a nadie.

"Es exactamente como él dijo", exclamó Freddie Furlow. Señaló su monitor de computadora. "Dos hombres con máscaras entran, rompen el vidrio, Matthew intenta intervenir, y le golpean en la cabeza y se van".

Consciente de que Cole los observaba, Veronica se acercó más a la pantalla y habló en voz baja.

"¿Con qué lo golpearon?"

"Me parece que con un Oyster Perpetual."

Veronica frunció el ceño.

"¿Qué?"

"Un Rolex", aclaró Freddie. "Lo aturdieron con uno de sus propios relojes."

Este caso era serio, pero Veronica empezó a sonreír de todos modos, la expresión inspirada por la ironía de la situación. Luego sintió los ojos de Cole perforándola por la espalda e inmediatamente frunció el ceño.

Se aclaró la garganta.

"¿Puedes volver a poner eso para mí?"

"Claro."

El incidente fue como Matthew había descrito, hasta cuando su amplia frente había sido partida por el arma improvisada.

Pero algo no estaba del todo bien.

"Regresa a cuando los delincuentes entran por primera vez en la joyería."

Freddie rebobinó la cinta.

En la pantalla, la puerta de Alfred's Jewelry se abre y entran dos hombres enmascarados, con las manos a los lados.

"Sus manos están vacías", afirmó Veronica.

"Sí... tienes razón", acordó Freddie. "¿Quién roba una joyería con las manos desnudas?"

"Alguien que sabe que el propietario no se resistirá."

"Hmm."

Freddie se acercó tanto a la pantalla que sus ojos casi la tocaban.

"Ese, el más grande, saca una bolsa de su bolsillo trasero. Eso es el bulto. No veo un arma ni siquiera un bulto sospechoso en la cintura del otro tipo. ¿Tú?"

"No."

Freddie rebobinó la cinta varias veces más.

Tenía razón: ninguno de los hombres parecía tener un arma. No había bate, no había pistola, Taser, nada.

Los hombres llevaban atuendos a juego: chándales negros con máscaras de esquí, y sin embargo, no eran figuras particularmente intimidantes. Uno parecía estar del lado regordete y el otro era la quintaesencia de lo promedio.

"¿Y si Matthew tuviera un guarda de seguridad? ¿No tienen algunos de estos joyeros guardaespaldas?" Freddie se preguntó en voz alta.

"Algunos, pero claramente no Alfred's Jewelry."

"Está bien, ¿y si Matthew tuviera un arma?" Freddie continuó con esta línea de pensamiento. "¿Tiene un arma?"

"Buena pregunta, pero déjame preguntarte algo: si tuvieras una joyería en Greenham y no tuvieras un guarda de seguridad, ¿tendrías un arma?"

"¿Acaso hay alguien en Oregón que no tenga un arma?"

La pregunta era retórica, por supuesto.

Si Matthew Cohen tenía un arma, no hizo ningún movimiento para agarrarla. En cambio, intentó atacar a los hombres con sus propias manos. Los dos ladrones no eran intimidantes, pero en comparación con Matthew Cohen, quien era bajo, corpulento, con ojos pequeños y, aunque no del todo calvo, su escaso cabello gris estaba en camino de salir, eran malditos sasquatches.

Veronica sabía por experiencia propia que la gente hacía cosas extrañas cuando estaba bajo un alto nivel de estrés. Había las reacciones de lucha, huida o congelación, por supuesto, así que tal vez Matthew experimentó una descarga de adrenalina sin precedentes. Como resultado, su cerebro olvidó recordarle que cogiera su arma antes de que el hombre de más de sesenta años atacara a dos hombres mucho más jóvenes enmascarados.

Esta teoría era plausible, pero Veronica había visto a personas después de que la respuesta de lucha se apoderó de ellas: estaban exhaustas, casi adormiladas. A veces delirantes. Pero Matthew Cohen, incluso después de sufrir una lesión menor en la cabeza, parecía lúcido y, si acaso, lo contrario a adormilado.

Suspiró y sacudió la cabeza.

"¿Lograste encontrar los informes de los otros robos? Matthew mencionó algo sobre un Noah y alguien... no recuerdo su nombre."

Freddie alejó su cara del monitor y recogió una pila de archivos de su escritorio.

"Sí, estaba a punto de revisarlos. Son casos del Oficial Vasquez."

"Entonces, ¿por qué estamos nosotros con esto?"

Freddie no justificó esto con una respuesta, probablemente porque era obvio: querían aliviar a Veronica de vuelta a la acción.

Mientras Freddie revisaba rápidamente los informes policiales de los otros robos, Veronica preguntó: "¿Por qué no supimos de esto antes? Quiero decir, ¿por qué no nos llamaron después del segundo robo? Uno es un incidente aislado, pero dos? Y ahora..."

"Hay cien oficiales en el Departamento de Policía de la Ciudad de Gresham, pero sólo doce detectives", una voz respondió desde detrás de ellos. Veronica se giró y miró a Cole Batherson. Entrecerró los ojos acusadoramente al hombre sin intención, pero él lo tomó personalmente,

levantando las manos y elevando ambas cejas oscuras. "Lo siento, no pretendía escuchar a hurtadillas."

"No, está bien. Pero ahora que ha habido tres de estos robos bien orquestados, ¿podemos destinar a dos de los doce valiosos detectives antes de que roben la Tesorería de los Estados Unidos?"

Cole pasó inmediatamente de defensivo a avergonzado, y a Veronica se le ocurrió que tal vez el hombre quería estar aquí tan poco como ellos apreciaban su compañía. No estaba completamente al tanto de lo que hacían exactamente los Oficiales de Asuntos Internos, pensaba que su papel era principalmente cosas de recursos humanos, investigar reclamaciones de acoso y cosas por el estilo, pero él estaba aquí, y si eso significaba que su padre podía mantener su trabajo, entonces ella iba a aguantarlo.

"Lo siento", gruñó Veronica.

"Está bien. Mira, creo que empezamos con el pie equivocado." Inconscientemente, Cole cambió su peso del pie derecho al izquierdo. Veronica miró sus pies, y la cara del hombre se volvió un tono aún más oscuro de rojo. Cole estaba en sus últimos cincuenta, pero al igual que el Sheriff Burns, cuando se sentía avergonzado, parecía increíblemente infantil. Era entrañable. "No quiero interferir en sus investigaciones. Solo tengo que asegurarme de que algo como lo de Ken Cameron no vuelva a suceder."

Veronica se sintió tentada a preguntar cómo el hombre tenía la intención de hacer eso mirándoles por encima del hombro pero decidió, por una vez, no ser antagonista.

"Está bien", dijo, y luego se sintió avergonzada.

¿Está bien?

Afortunadamente, Freddie la salvó de más incomodidad.

"Parece que son los mismos tipos. Dos hombres, máscaras negras. Ambos descritos como de apariencia afroamericana." Freddie hojeó las páginas. "No se mencionan armas y ni Noah ni Gregor fueron atacados."

"¿Hay video de esos robos?"

"Apostaría a que sí."

Veronica esperó mientras Freddie navegaba hasta el archivo de caso digitalizado y sacó las grabaciones de seguridad de los dos otros asaltos a joyerías. Eran sorprendentemente similares. Dos hombres que coincidían con las características físicas de los que robaron la joyería de Alfred entraron en la tienda. Rompieron la vitrina de relojes, agarraron algunos relojes de lujo y corrieron. Sin armas, sin violencia.

Una vez que se dieron cuenta de lo que estaba pasando, Noah y Gregor corrieron hacia atrás y se encerraron en aparentes cuartos de seguridad.

Veronica se estiró y luego empujó a Freddie.

"¿Vienes?"

"¿A dónde?"

"A charlar con Noah y el otro tipo. ¿Vienes?"

"Claro, espera."

Pero Veronica no tenía intención de esperar. Quería caminar lo más rápido posible y hacer que Freddie la persiguiera. Pero entonces sintió los ojos de Cole en ella de nuevo.

"¿Está bien hacer correr a mi compañero? Podríamos quedarnos con once detectives."

El hombre se cubrió los ojos, luego las orejas y la boca en sucesión, y Veronica se rió.

Tal vez este tipo, Cole Batherson, no era tan malo después de todo.

¿Pero no era eso lo que la gente pensaba del Oficial Ken Cameron?

Capítulo 6

Había dos razones principales por las que el sheriff Steve Burns se resistía a llamar a la Policía Estatal, que eran los guardianes en funciones del Departamento de Pesca y Vida Silvestre de Oregon: 1) el oficial sin duda sabría quién era él, y 2) la presencia del oficial incitaría un frenesí mediático.

Ambos hechos afectarían negativamente la investigación.

Steve suspiró y se limpió el sudor de la frente. A pesar de su transpiración, julio era inusualmente templado, lo que podría ser una de las razones por las que el oso había llegado tan al este. Normalmente, el Condado de Bear era demasiado seco y árido para los osos negros; preferían el ambiente más templado al oeste de Portland.

Pero aquí estaban, y aquí estaba... en algún lugar.

De los ciento doce diputados que servían al Condado de Bear, aproximadamente la mitad estaban estacionados en la cárcel del condado. Las limitaciones presupuestarias limitaban los sesenta restantes a turnos rotativos, lo que significaba que en cualquier momento, solo unos cuarenta o cuarenta y cinco diputados estaban de servicio.

En ese momento, el sheriff Burns había convocado a treinta y seis pares de ojos para peinar el extremo sur del Bosque de Hilltona, donde se había encontrado el cuerpo. Incluso había tomado prestadas tres unidades K-9 del condado vecino de Nowak para ayudar en la búsqueda.

Hasta ahora, no habían encontrado nada. No había señales del oso, del perpetrador, ni de nada relacionado con la víctima.

"No hay cámaras por aquí", dijo una voz detrás de él. El sheriff se giró y miró al diputado McVeigh. "En el rancho del señor Bellinger, quiero decir. La siguiente casa, que pertenece a un tal señor Marshall-Moore o algo así, está a unas diez millas por la carretera". McVeigh vaciló mientras sus ojos se desviaban del sheriff al bosque.

"¿Qué pasa?"

"Estaba pensando... ¿hay cámaras de vida silvestre allí? ¿En Hilltona, quiero decir? A veces la ODFW pone cámaras para seguir a los ciervos migratorios y cosas así".

Steve se encogió de hombros.

"Lo dudo, ya las habríamos encontrado. Tengo casi todos los diputados allí buscando. Además, los perros".

"No sé, esconden esas cosas bastante bien, no quieren interrumpir los patrones migratorios o lo que sea. Los Staties lo sabrán. Infiernos, tal vez tienen un rastreador en el oso que atacó a nuestra víctima".

Steve frunció el ceño.

Involucrar a otro departamento complicaría aún más las cosas, añadiría una capa burocrática de trámites a la investigación.

Y eran los malditos policías estatales.

"¿Tú solías ser un Statie, verdad? ¿Antes de convertirte en sheriff?"

El sheriff Burns cerró los ojos por un momento. Como siempre, imágenes de su vida pasada parpadeaban en su mente.

Imágenes incómodas, imágenes de cosas que había hecho todo lo posible por intentar olvidar.

"Sí", cedió al fin. "Está bien, llámalos."

A pesar de su aprensión, Steve tenía un trabajo que hacer. Y, muerta o no, la pobre chica que había sido estrangulada y luego posada era más importante que su incomodidad.

Mientras el diputado McVeigh realizaba la llamada, Steve intentó asimilar la escena una última vez mientras aún estaba relativamente tranquila e inalterada.

Alguien había escenificado a la víctima en el bosque frente al rancho de ganado del señor Bellinger, a unos ochenta metros de la carretera. No exactamente a la vista, pero quienquiera que lo hizo quería que la chica fuera encontrada, de ahí la escenificación. Y sin embargo, Steve podía pensar en una docena de lugares que ofrecían más reclusión durante la noche pero que tenían mucho más tráfico de personas durante el día, garantizando que el cuerpo sería descubierto. Cualquier lugar en el borde oeste de Hilltona, que estaba enmarcado por el río Casnet, serviría. Si no hubiera habido un avistamiento de un oso a pocas millas de aquí, ¿quién sabe cuándo se habría encontrado el cuerpo?

Esta perspicacia suscitó más preguntas que respuestas.

¿Este lugar tenía significado para el asesino?

Steve se imaginó el delgado torso de la chica y sus pequeñas manos suaves. La víctima, quienquiera que fuera, no era una chica de granja, eso era seguro. Y esto no fue un asesinato de oportunidad, nadie merodeaba por aquí. Venías aquí a cultivar, o a dirigirte a Idaho. Eso era todo.

No, esto fue deliberado. Esto fue planeado.

Sus ojos cayeron a sus pies. La carretera estaba muy compactada debido a años de uso de tractores. Era tan dura que la idea de obtener una cubierta de huella de neumático era risible. Pero si la víctima había conducido hasta aquí, ¿dónde demonios está su coche?

El sheriff Burns se rascó la nuca y dejó que su mirada se desviara naturalmente al rancho Bellinger al otro lado de la carretera. No había nada único en él y, si continuabas hacia el este por el camino de tierra, te encontrarías con uno igual cada cinco o diez millas. Eventualmente, la carretera se ensancharía y se uniría a la Autopista Cuatro, y antes de lo que crees, te encontrarías en Idaho.

La ciudad más cercana al oeste del Bosque de Hilltona era East Argham, pero era pequeña y subdesarrollada. EA estaba plagada de delincuencia, pero estos incidentes eran casi exclusivamente relacionados con drogas.

Entonces, ¿por qué aquí?

Sacudió la cabeza.

El sheriff Burns no estaba familiarizado con el censo más reciente, pero escuchó a uno de sus diputados quejándose de que había más de treinta ranchos de ganado, y el doble de granjas de maíz, entre aquí y la frontera con Idaho.

Eso era mucho terreno que cubrir, diez o quizás quince mil acres de tierra. Y eso no contaba el bosque real donde se había descubierto el cuerpo.

Maíz y vacas... estas últimas podían escuchar, después de todo, tenían oídos, pero hasta donde él sabía, el ganado no podía hablar.

Quizás sí necesitaban ayuda estatal en este caso. Tal vez...

El tren de pensamiento de Steve fue interrumpido por la visión de un hombre que se acercaba hacia él. Era delgado, con un cigarrillo colgando de su dura boca, y llevaba un chaleco a cuadros rojo sobre una camiseta de manga larga.

Pero no era su apariencia la que hizo que el sheriff Steve Burns se lanzara a por su arma.

Fue el rifle que el hombre de los ojos azul hielo sostenía en ambas manos lo que le hizo hacer eso.

Capítulo 7

"Relojes", declaró Noah Seidel. "Se llevaron todos los buenos relojes. Rolex, Tag, el que sea, se lo llevaron."

La detective Veronica Shade miró por encima del hombro del hombre y dentro de su tienda. Era un poco más grande y mejor iluminada que la Joyería de Alfred, pero parecía que llevaba la misma calidad de artículos.

"¿Y los hombres que te robaron, no tenían armas?"

A diferencia de Matthew Cohen, Noah Seidel era un hombre grande. Tenía una larga barba naranja y ojos duros. Aunque acababa de conocerlo, Veronica tuvo la impresión de que Noah era un hombre desconfiado y amargado.

"Eso es lo que está en el informe. ¿Por qué están aquí de nuevo? A menos que, por supuesto, hayan encontrado mis relojes."

Caso y punto.

"No lo hemos hecho", admitió Freddie, atrayendo la mirada del hombre.

"¿Y no crees que eso es extraño?" Dijo rápidamente Veronica, sin querer permitir que su compañero disipara la tensión creciente.

"¿Qué es lo que me parece extraño? ¿Que no hayan encontrado los relojes?"

Veronica ignoró el comentario mordaz.

"Pareces un hombre capaz, señor Seidel. Solo me pregunto por qué dos hombres pensaron que eras un objetivo tan fácil que podrían entrar aquí y llevarse miles de dólares en relojes sin un arma."

Noah cruzó sus brazos sobre su pecho. Sus bíceps eran gruesos y cuando inflaba su pecho, como estaba haciendo ahora, parecía un oponente formidable.

"Decenas de miles", corrigió.

"Cierto. Decenas de miles de dólares, claro. Aún mejor. Entonces, ¿por qué crees que—"

"Déjame preguntarte algo, detective—"

"Shade."

"Déjame preguntarte algo, detective: ¿por qué arriesgaría mi vida protegiendo joyas que están aseguradas?"

"No tenían armas, así que—"

"¿Cómo iba a saber yo que no tenían armas? Podrían haber tenido pistolas metidas en los cinturones. Pistolas eléctricas en sus bolsillos. No lo sé."

Pero no las tenían, pensó Veronica. Vinieron con las manos vacías y se fueron sin incidentes.

Tomó aire. No estaban aquí para arrestar o acosar al hombre. Estaban aquí para averiguar quién estaba detrás de estos robos.

Aún así...

"¿Los conocías, señor Seidel?"

La barba del hombre se contrajo cuando su ceño se acentuó. Sus ojos habían sido duros antes, pero ahora pasaron a ser de hielo.

"¿Los tipos que entraron aquí? ¿Los conocía?" Freddie se tensó a su lado. "Por supuesto que no los conocía jodidamente."

Veronica inhaló bruscamente, buscando supersticiosamente el característico olor a gasolina,

una indicación de que Noah estaba mintiendo.

Todo lo que olía era el sudor del hombre, que también veía en forma de delicados rizos azules que se extendían desde su cabeza y cuello.

Veronica agitó su mano en forma de disculpa.

"No, señor Seidel. Lo siento, me refería a los otros dos joyeros: Matthew Cohen de la Joyería de Alfred y Gregor Kastinov de GEMS."

Y ahí estaba, el olor familiar. Pero esto no tenía nada que ver con el joyero disgustado.

Esto fue inducido por su propia mentira.

"Sí, los conozco. Matthew Cohen es una mierda. ¿Oí que le golpearon en la cabeza?"

"El señor Cohen sufrió una contusión menor durante el robo", confirmó Freddie.

La cara de Noah permaneció tensa.

"Qué lástima que solo fuera menor."

"¿No se llevan bien?" preguntó Veronica.

"¿Buenos términos?" Noah se burló. "No hemos estado en buenos términos desde..." se detuvo. "¿Sabes qué? Olvídalo. No sé por qué estoy hablando con ustedes. Deberían estar buscando mis relojes."

"Pareces muy preocupado por unos relojes que están asegurados", comentó Veronica.

Noah estuvo a punto de revolear los ojos.

"¿Alguna vez has intentado discutir con una compañía de seguros? Quieren darme el costo de compra, no el costo para readquirir. Esos relojes valen diez, tal vez once por ciento más de lo que valían hace incluso dos semanas. ¿Y cuando finalmente me pague el seguro? ¿Cuánto valdrán entonces?"

"¿Y no se llevaron nada más?"

Y ahora el hombre sí revoleó los ojos.

"Todo está en el informe, solo los jodidos relojes."

Veronica asintió, pensando que eso era todo lo que podía sacar del hombre. Sin embargo, le ofreció su tarjeta y sugirió que si Noah pensaba en algo más, debería llamarla.

Sospechaba que la tarjeta terminó en la basura incluso antes de que ella saliera por la puerta.

Freddie esperó hasta que ambos estuvieron en su coche antes de dirigirse a ella.

"Bueno, ¿qué piensas?"

¿Qué pienso? Creo que ya me aburre esto.

Miró sus manos que estaban dobladas en su regazo. Las cicatrices de las quemaduras habían sanado mejor de lo que podría haber esperado, y sabía que el calor que sentía era puramente psicológico.

Aún así, eso no cambiaba el hecho de que sus dedos se sentían como si estuvieran en llamas.

Veronica suspiró y obligó a abrir sus palmas.

"Creo que tenemos una persona más para ver hoy."

"Déjame adivinar, ¿otro joyero gruñón que fue robado de sus elegantes relojes Rolex?"

Veronica sonrió.

"Vamos, Freddie, llévame a ver a Gregor Kastinov. Y aparca a una cuadra de distancia para que podamos caminar un poco, ¿quieres?"

Gregor Kastinov compartía la animosidad de Noah hacia Matthew Cohen, pero era igual de reservado cuando se le presionaba por detalles. La única similitud era que exudaba acuarelas

azules. Sin embargo, Veronica no sabía cómo interpretar esto, ya que, en su limitada experiencia, todos los joyeros eran unos bastardos sudorosos.

O quizás solo eran los joyeros que habían sido robados recientemente.

Después de otra entrevista infructuosa, volvieron al coche de Freddie. En algún momento, su compañero había conseguido un sándwich de jamón y queso a la parrilla y no perdió tiempo en devorarlo.

Veronica le dio un pase. Después de todo, era lo más saludable que Freddie había comido en todo el día.

"Supongo que volvemos a la oficina", dijo el hombre entre mordiscos.

Veronica gruñó.

"¿No podemos conseguir que alguien más busque en el mercado de Facebook o donde sea los relojes robados?"

"¿Con la IA vigilando? Escuchaste lo que dijo el tipo. Es nuestro caso."

Veronica miró al cielo.

No quería volver a la oficina. No era solo la presencia de Cole Batherson lo que la hacía aprensiva. Era la hora: las dos y media de la tarde, que era típicamente cuando su padre regresaba de sus reuniones de almuerzo.

"De hecho, Freddie, estoy un poco cansada", mintió Veronica. El hedor de la gasolina en el espacio confinado era palpable. "¿Crees que puedo buscar relojes robados desde casa?"

Freddie terminó su sándwich, luego arrugó el envoltorio de aluminio y lo colocó en el portavasos vacío entre los asientos.

"Sí, claro. Creo... que se me ocurrirá algo que decirle a la IA. Después de todo, es tu primer caso de vuelta."

Condujeron en silencio durante unos minutos.

"Tiene que ser el seguro, ¿verdad?" dijo Freddie. "¿Fraude al seguro?"

Eso fue lo primero que pensó Veronica también. Sin violencia real, sin armas. Pero el desdén de Noah, y en menor grado el de Gregor, hacia Matthew Cohen había sido genuino. No podía imaginarse a todos trabajando juntos.

"No lo sé."

Freddie gruñó.

"En los tres robos, los hombres entraron y fueron directamente a las vitrinas de los relojes. No se molestaron con nada más."

"Sí, pero los relojes estaban todos al frente."

"Cierto, cierto", concedió Freddie. "Pero ni siquiera miraron alrededor. Simplemente fueron directamente a las vitrinas de los relojes y las rompieron."

Veronica consideró esto por unos momentos.

"Las grabaciones de seguridad que el oficial Vásquez obtuvo de los otros dos robos... ¿hasta cuándo se remontan?"

"No lo sé. ¿Qué estás pensando?"

"Me pregunto cómo sabían nuestros ladrones dónde estaban los relojes."

"Si todo esto fue montado, entonces los joyeros se los dijeron", dijo Freddie.

"¿Y si no lo fue?"

Freddie sonrió.

"Entonces estudiaron el lugar."

Veronica sintió que sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa.

"Exactamente."

"Eres bastante buena en esto de ser detective, ¿sabes?"

"Así me han dicho."

Freddie resopló.

"También eres humilde. Entonces, tú investigas los Rolex que acaban de salir a la venta, y yo retrocedo las cintas de seguridad, a ver si veo a alguna persona sospechosa en las tiendas antes de los robos."

"Trato hecho."

Pero cuando llegaron de vuelta a la estación y cambiaron de coches, Veronica no se fue a casa. Se sentía mal mintiendo a Freddie considerando todo lo que él había hecho por ella, pero no podía abrirse a él.

No podía abrirse a nadie, ni a Steve, ni a su padre, ni a su compañero.

Solo había una persona con la que Veronica se sentía verdaderamente cómoda, alguien con quien podía expresar sus verdaderos sentimientos. Lo cual era bastante triste, considerando que Veronica tenía que pagar a esta persona para que escuchara.

Capítulo 8

"Vaya, vaya, señor Bellinger, ¿es usted el señor Bellinger, verdad?"

El enfadado hombre en el chaleco a cuadros rojos que sostenía el rifle gruñó.

"Sí, Kurt Bellinger. Esta es mi ganadería."

"Sí, lo sé, soy el sheriff Steve Burns. Hablamos con su esposa antes cuando usted estaba fuera. ¿Podría bajar el arma, por favor?"

Kurt hizo lo que se le pidió, aunque no parecía demasiado contento con ello.

"Sheriff, no puedo permitir que un oso ponga en peligro mi ganado." Con cada palabra, el arma comenzaba a elevarse lentamente. Era subconsciente... e inquietante. "Entiendo que atacó a una niña, y lamento que..."

El sheriff Burns frunció el ceño.

"Baje el arma, señor Bellinger." Ya fuera por la expresión dura o por el cambio de tono, el hombre finalmente dejó que el arma colgara a su lado con una mano. "Bien. Ahora, no sé de dónde ha escuchado algo sobre una niña atacada por un oso, pero esto es una escena de crimen. No va a entrar en ese bosque. Si lo hace, no dudaré en arrestarlo por obstrucción." Steve hizo una pausa, permitiendo que sus palabras calaran. Cuando el señor Bellinger no protestó, continuó, haciendo un gesto hacia la ganadería del hombre y más allá, donde podía ver varias docenas de cabezas de ganado. "Entiendo la preocupación por su ganado. Publicaré a dos diputados en su propiedad hasta que encontremos a este oso. Nada va a pasarle a sus vacas."

Esto pareció apaciguar al señor Bellinger, como evidenciaba el mayor relajamiento de su mano en el cañón de su rifle.

"Puede seguir operando su negocio, y vamos a hacer lo posible para no interferir. Pero necesita permanecer en su propiedad. Está bien usar la carretera si es necesario, pero por favor, no se acerque al bosque. ¿Entendido?"

El hombre asintió a regañadientes e intentó salvar la cara diciendo: "Mientras mi ganado esté protegido."

"Así será."

El sonido de los neumáticos levantando tierra y polvo desvió la mirada del sheriff de Kurt Bellinger. El coche que se acercaba desde el oeste era de color azul oscuro y tenía 'STATE TROOPER' escrito en las puertas.

El sheriff Burns se cubrió la cara con el brazo para desviar algo de la tierra volátil mientras caminaba hacia el vehículo. Cuando el polvo se disipó, un gran hombre con camisa azul, corbata azul oscuro y sombrero a juego se presentó ante él.

"¿Crouch?" dijo Steve, incrédulo.

El policía tenía el pelo corto rojo, pecas que salpicaban el puente de su nariz y ojos verdes brillantes. Cuando sonrió, el labio superior del hombre desapareció por completo.

"Burnsy", dijo el policía, alargando el apodo. Extendió la mano y, aunque le repugnaba tocar al otro hombre, Steve la estrechó.

La palma masiva del hombre le engulló los dedos hasta el segundo nudillo.

"¿Problemas con los lugareños?" preguntó el policía, señalando con la barbilla al señor Bellinger, quien desde entonces había comenzado a retirarse a su casa. Obviamente, le tenía más respeto y quizás más miedo al Policía Estatal que al Sheriff Local.

"Algo así", murmuró Steve.

"¿Sheriff?"

Todos los ojos estaban puestos ahora en el diputado McVeigh, que salió del bosque y se dirigió hacia ellos.

"Este es el sargento Philip Crouch, Policía Estatal de Oregon. Phil, este es..."

"Teniente", corrigió Phil.

El sheriffladeó la cabeza.

"Bien, teniente... bien por ti. Entonces, este es el teniente Philip Crouch. Y este es el Jefe de Diputados Marcus McVeigh."

Los dos hombres se estrecharon las manos y Steve no pudo evitar notar que no solo Phil no apretaba tan fuerte, sino que los dos hombres tenían manos de tamaño comparable.

"No sabía que te habías pasado a la división de pesca y vida silvestre", dijo Steve. Luego a McVeigh, añadió: "¿Podrías vigilar al señor Bellinger, por favor?"

"Sí, señor".

Cuando McVeigh se marchó, el sheriff hizo un gesto para que Phil le siguiera por la carretera.

"No lo hice... ¿quién diablos querría hacer eso todo el día? Entregar licencias, perseguir a los cazadores furtivos, jodidos comiendo ardillas o lo que sea. Jódete. No, escuché la llamada... algo sobre huellas de oso en el condado de Bear, no sé... y pensé ¿Condado de Bear? ¿No es ahí donde ese cabrón de Steve Burns se convirtió en Sheriff?" Phil dejó de caminar y extendió sus manazas. "¡Y aquí estás!"

"Aquí estoy", dijo el Sheriff Burns con sequedad.

Y esta era la razón por la que dudaba en llamar a la Policía Estatal. Se fue por una razón, una buena razón, y habría estado contento de ir a la tumba sin volver a ver a ninguno de sus viejos colegas.

Especialmente a Phil Crouch.

"Bien, gracias por venir. Pero no estamos hablando de huellas de oso aquí. Encontramos un cadáver, mutilado por lo que creo que es un oso negro. No hemos tenido avistamientos de osos negros en más de quince años."

"Mírate, todo un pueblerino, ¿eh? ¿Historiador de la ciudad y todo eso?"

"Correcto. De todos modos, queríamos saber si había algún..."

"¿No hay osos en el condado de Bear, eh?" Phil interrumpió. "Es como lo opuesto a la cosa de Lou Gehrig."

El sheriff suspiró y se limpió más sudor de la frente.

"¿Lou Gehrig?" Sabía que era mejor no caer en la provocación, pero Phil Crouch no pararía hasta que explicara su extraña racionalidad y línea de pensamiento.

"Sí, Lou Gehrig. Quiero decir, ¿cuá les son las probabilidades de que un tipo llamado Lou Gehrig realmente tenga la enfermedad de Lou Gehrig? ¿Una entre mil millones, verdad?"

El sheriff Burns simplemente parpadeó y Phil le dio una palmada en la espalda con una carcajada.

"Extraña coincidencia. Mira, solo quería confirmar que las marcas fueron causadas por un oso negro y..."

"Relájate, Burnsy, tomé un curso hace un par de meses. Podré decirte si fue un oso negro, oso pardo, puma, lo que sea."

Steve se mostró escéptico, pero asintió.

"También queremos saber si quizás la división de pesca y vida silvestre tiene alguna cámara cerca del límite sur de Hilltona. Una de ellas podría haber captado a nuestro oso o a nuestra

víctima."

"Ah, claro, eso es lo que Tim dijo por teléfono."

No caigas en la trampa, Steve, no lo hagas.

Pero esta vez no pudo resistirse y mordió el anzuelo.

"¿Tim?"

"Sí", dijo Phil con otra de sus carcajadas patentadas. "Tu ayudante allí, Tim—Timothy McVeigh. Ja."

Mierda.

"No, ese es su hermano. Entonces, ¿alguna suerte con las cámaras?"

"Je, revisamos eso, Burnsy. Nada. No tenemos cámaras tan al sur. Hay algunas más cerca de East Argham, pero no aquí. ¿Y esa cámara? Los únicos animales que alguna vez capturamos en eso son la bestia de dos espaldas."

Steve miró al policía sin expresión.

"¿Sabes? ¿Prostitutas y mierda? Van allí, hacen lo suyo, consiguen un poco de droga..."

Steve sintonizó completamente al hombre mientras divagaba.

Por supuesto, no había ninguna cámara cerca. ¿Por qué habría?

Si no tuviera mala suerte, no tendría suerte en absoluto.

"Entonces, ¿dónde está ese cadáver?"

Steve volvió en sí.

"Lamento hacerte conducir todo el camino hasta aquí, pero el forense ya se lo llevó a la morgue."

"Mierda." Phil siguió la maldición con quizás uno de los suspiros más exasperados y dramáticos que Steve había escuchado. "¿Dónde está la morgue? ¿En la casa de la pequeña Bo Peep?"

"Matheson."

"Maldito Matheson. Está bien, sube conmigo, te llevaré allí."

Phil señaló su coche que ahora estaba a unos cuarenta pasos detrás de ellos. Lo último que el sheriff Burns quería era estar atrapado en un coche durante más de media hora con el teniente Phil Crouch.

"Vamos, Burnsy, podemos ponernos al día en el viaje."

El sheriff Burns buscaba una forma de salir de este escenario, cualquier excusa que pudiera...

"¿Sheriff Burns?" McVeigh estaba junto a la valla de madera que delimitaba la línea de propiedad del Sr. Bellinger. Tenía un teléfono móvil en la mano. "Dick Kleinman está al teléfono para usted."

"¿Dick Kleinman?" preguntó Phil.

"Sí", confirmó McVeigh. "Quería hablar contigo sobre el proyecto del ayuntamiento de East Argham."

¿El ayuntamiento de EA? EA no tenía un ayuntamiento, ni tampoco tenía un proyecto de ayuntamiento. Necesitaban averiguar dónde poner a los drogadictos que dormían en las calles antes de siquiera considerar gastar dinero en un ayuntamiento.

"El ayuntamiento", repitió McVeigh, y entonces entendió.

"Oh, mierda, tienes razón. Lo siento, Phil, tengo que atender esto. Funcionario electo y todo eso. Mira, te veo en Matheson, la morgue está en el sótano del edificio médico en la avenida

Steeles. No puedes perdértela."

Esto era una mentira. No era obvio en absoluto, pero diablos, si Phil no podía encontrar lo, eso era problema suyo.

Le dio al teniente una rápida palmada condescendiente en el hombro, una sonrisa conciliatoria, y luego se apresuró hacia su ayudante. Continuó la farsa sosteniendo el teléfono en su oído y mirando a lo lejos.

"Sheriff Burns."

No había nadie en la línea, por supuesto, pero Steve ofreció un número sustancial de uh-huhs y yeps, hasta que Phil Crouch se fue rápido como un derviche giratorio perseguido por una nube de polvo.

Si había alguna posibilidad de obtener fundas de patrones de neumáticos de la carretera compactada, ahora se había ido.

"Gracias por eso", dijo Steve, devolviéndole a McVeigh su teléfono.

"No hay problema. Parecía que necesitabas un descanso de tu amigo."

"¿Amigo? Él no es mi amigo. Nunca lo ha sido, nunca lo será."

Capítulo 9

"Sabes, realmente puedes programar una cita", sugirió la Dra. Jane Bernard. Pero incluso mientras hablaba, la mujer de pelo corto y gafas estaba haciendo gestos para que Veronica entrara en su oficina.

"Claro, pero ¿dónde estaría la diversión en eso?"

Jane esperó a que Veronica eligiera una de las dos sillas para sentarse antes de caer en la otra. Ninguna de las dos mujeres habló durante varios momentos: Jane esperaba que Veronica se abriera mientras la detective se tomaba su tiempo para recoger sus pensamientos.

La habitación era tan neutra como una habitación podía ser. Los pisos de madera no eran ni oscuros ni claros y las paredes eran de color cáscara de huevo. Las sillas en las que estaban sentadas eran de un marrón medio, cómodas pero no tan mullidas que uno pudiera sentirse tentado a quedarse dormido en ellas o a sentarse por más de una o dos horas a la vez.

Había pinturas en la pared, pero la mayoría de estas eran genéricas e indescriptibles.

"¿Esto es a propósito?" Preguntó Veronica distraídamente.

"¿Qué es a propósito?"

"Las paredes planas, mantener todo en la habitación tan... insípido", explicó Veronica, gesticulando vagamente con su mano.

"La gente ve lo que quiere ver."

Veronica puso cara rara y centró su mirada.

"¿En serio? He estado viniendo aquí por más de dos décadas, Jane, ¿y ahora decides probar ese rollo conmigo?"

La Dra. Bernard sonrió. No era bonita, no realmente, su nariz era demasiado puntiaguda y su peinado parecía pertenecer a la década anterior, pero tenía unos labios bonitos y cuando sonreía se convertían en el punto focal de su rostro.

"No, estoy siendo seria, Veronica. Personalmente, me gusta el arte y la decoración de esta habitación, escogí la mayoría de las cosas yo misma. Admito que no hay imágenes estridentes ni citas inspiradoras en la pared, pero donde tú ves insípido, yo veo natural. Otras personas pueden ver algo completamente diferente."

Veronica entrecerró los ojos hacia Jane.

"¿Estás intentando leerme, verdad?" preguntó Jane. "¿Intentando ver si estoy mintiendo?"

Veronica no pudo resistir el impulso de olfatear.

No había olor a gasolina.

No debería sorprenderse. Después de todo, el estilo de la habitación coincidía con la personalidad de Jane.

"Tal vez."

Jane continuó sonriendo mientras se inclinaba hacia adelante.

"Tengo la impresión de que no viniste aquí para ofrecerle un cambio de imagen a mi oficina. ¿De qué quieres hablar, Veronica?"

Veronica mordisqueó el interior de su labio mientras contemplaba la pregunta.

La verdad era que no tenía a nadie más con quien hablar. Veronica había pensado que después de tomar conciencia de su historia, de su pasado, del incidente que había reorganizado su cerebro y causado su sinestesia, las cosas serían diferentes. Especialmente porque Freddie y

Steve sabían lo que le había pasado a su familia de nacimiento.

Pero no. De alguna manera, las cosas se habían vuelto peores. Se sentía más aislada, más introvertida.

"¿Todavía sientes las quemaduras?" preguntó Jane.

Los ojos de Veronica se dispararon hacia arriba y vio que la doctora estaba mirando sus manos. No se había dado cuenta de que estaba frotándolas de nuevo y se obligó a detenerse.

"A veces. Intento no pensar en lo que pasó. Pero... aquí está la cosa: estoy trabajando en mi primer caso desde que volví. Una serie de robos en joyerías. Hay algunas cosas sobre el caso que realmente no tienen sentido para mí. Pero... cuando fui a la escena... no..." Veronica suspiró. Por alguna razón, incluso hablar con Jane se estaba volviendo difícil. "Estábamos en la escena, ¿verdad? En una joyería y el dueño acababa de ser víctima de un robo a mano armada". Inclino la cabeza. "Solo un robo, supongo, de todos modos, estos tipos entran y roban los relojes del hombre y lo golpean en la cabeza. Pero no veo nada. No veo naranja, quiero decir, veo un poco de sudor en él, veo el acuarela azul saliendo de su piel como un aura, pero no huelo nada en absoluto. No hay gas, no hay canto, nada. Concedido, esto no fue un elaborado atraco a un banco, y ni siquiera tenían armas, ¿pero nada? ¿No veo un poco de rojo o naranja como normalmente haría cuando se comete un delito violento? ¿Qué me pasa?"

Jane ajustó sus gafas antes de hablar.

"Mencionaste que este es tu primer trabajo después del incendio?"

Veronica sintió que sus manos se juntaban de nuevo, pero deliberadamente extendió sus dedos y colocó sus palmas en los muslos de sus jeans.

"Sí. Técnicamente, he estado de vuelta en la oficina durante aproximadamente un mes, pero me trataron con guantes de niño y me relegaron a tareas de papeleo. Pero incluso eso, incluso el papeleo? Tienen a este tipo de asuntos internos estacionado en la oficina con nosotros. Está allí por Ken Cameron, por lo que le pasó a Chloe Dolan, pero aún así. Es un buen tipo, supongo, solo haciendo su trabajo o lo que sea, pero sí, cada vez que me mira... es como... es como... No lo sé."

"Estás divagando, Veronica."

Otro suspiro pesado.

"¿De qué te preocupa realmente?"

"De que lo descubra", admitió Veronica al fin. "Que el tipo de Asuntos Internos descubra mi pasado. Mi padre trabajó tanto para mantener todo en secreto, para protegerme. Tanto cuando era niña como más recientemente. También me preocupa que—"

"¿Podemos hablar de eso por un momento?"

"¿Acerca de qué?"

"Sobre mantener lo que te pasó en secreto. Veronica, lo que has pasado es, bueno, estoy tentada a usar el término traumatizante, pero es claramente mucho más que eso. No quiero disminuir cómo te sientes utilizando términos inadecuados. Pero claramente, lo que te sucedió entonces y más recientemente, ha afectado fundamentalmente quién eres. Y aunque no recuerdas mucho de tu primera infancia, eso también tuvo un impacto poderoso en la mujer en la que te has convertido. ¿Tu padre alguna vez habló de tus padres biológicos?"

Veronica dudó.

Siempre había sabido que había sido adoptada. Eso nunca fue un secreto. Pero su padre, aunque era muchas cosas, no era el más abierto de los individuos. Era su trabajo: Capitán del Departamento de Policía de la Ciudad de Greenham, o tal vez era la forma en que fue criado. Cuando Veronica era más joven, era curiosa y hacía muchas preguntas, pero su padre era un maestro en esquivar. Nada había cambiado ahora que ella era mayor.

"No. No realmente."

"¿Y hablaron después del incendio más reciente? ¿Sobre lo que le pasó a tu hermano?"
El incendio...

Había una cosa de la que nadie hablaba, una cosa que Veronica no mencionaría ni siquiera a Jane.

Su elección.

La elección que había hecho de niña para vivir y para que sus padres y su hermano murieran.

Y esa era la verdadera razón por la que le preocupaba el IA Cole Batherson. Porque si él se enteraba de eso, todo habría terminado. Steve había estado allí cuando Benny había mencionado su elección, sobre EENIE, MEENIE, MINEY, MO, pero él estaba aturdido. Si el sheriff lo recordaba, nunca lo mencionó.

"Hablamos".

Esto no era exactamente una mentira: después del suicidio de su hermano, su padre había expresado su deseo de mantener lo más enterrado posible el pasado de Veronica.

Ella estuvo de acuerdo.

Pero esa fue la extensión de su conversación.

Jane esperó pacientemente a que ella se expresara. La psiquiatra quizás no tenía la sinestesia detectora de mentiras de Veronica, pero conocía bien a su paciente. También sabía que no debía presionar cuando Veronica se negaba a decir más.

"¿Cómo van las cosas con tu papá?" preguntó Jane, cambiando el foco, pero sin desviarse demasiado del tema actual.

Veronica pensó en su aprensión por volver a la oficina con Freddie.

"Él... él sacrificó tanto por mí. Peter renunció a innumerables promociones porque seguía moviéndose, tratando de mantenerme a salvo, tratando de mantener mi pasado oculto. Y ahora... solo no quiero decepcionarlo. Quiero ser la mejor detective que pueda, hacer que sus sacrificios signifiquen algo, ¿sabes?"

Se sintió bien finalmente sacar esto de su sistema. Hablar abiertamente era catártico, no cabía duda de eso.

"¿Y crees que sin tu sinestesia, no puedes ser una buena policía?"

"No hay posibilidad. Sin ello, dudo que incluso me graduara de la Academia."

Jane la miró fijamente, la forma de la mujer de hacer que Veronica reconsiderara sus palabras.

Pero Veronica se negó a echarse atrás. ¿Cuántas veces había resuelto un caso porque olía a gas y sabía que el sospechoso estaba mintiendo? ¿Cuántas veces había arrestado a un sospechoso porque veía destellos de naranja y rojo?

La respuesta era simple: siempre.

"Si no tengo mi sinestesia, no serviré como policía", dijo planamente.

"Veronica, eres más que tu condición. Eres inteligente, intuitiva, decidida y una excelente pensadora crítica."

"Hmm."

Veronica no lo estaba comprando. Un velocista olímpico que se amputa las piernas ya no puede competir. Un jugador de baloncesto profesional que tiene sus dedos destrozados por una cortadora de césped ya no es un activo para su equipo.

Era simplemente sentido común.

"Veronica", continuó la Dra. Bernard, "aunque ahora tenemos más información sobre los

orígenes de tu sinestesia, aún no sabemos mucho sobre la condición en general. Para la mayoría de las personas, su sinestesia está con ellos de por vida. Pero todos son diferentes. Especialmente tú, con el tipo más raro: sinestesia multimodal. Además, dada la clara relación con el trauma infantil... es posible que esta revelación haya aclarado las cosas."

Veronica puso una cara.

"¿Aclarado las cosas?"

"Lo siento", se disculpó la Dra. Bernard. "Mala terminología. Solo quiero que estés consciente de la posibilidad de una vida sin sinestesia."

Veronica sintió que su ritmo cardíaco aumentaba y volvió a masajearse las manos, tratando de calmar el calor imaginado.

"Pero vi el azul, cuando estaban sudando, vi el aura azul."

Estaba al borde de lloriquear pero no podía evitarlo.

"No estoy diciendo que se haya ido; solo digo que hay informes de sinestesia disminuyendo, volviéndose menos intensa con el tiempo, y tal vez desapareciendo por completo."

El corazón de Veronica latía a toda prisa ahora, y se levantó de un salto.

"Tengo que irme."

"Veronica, no quise ofenderte."

"No, no es eso. Es solo que... tengo una cita. Lo siento."

"¿Veronica?"

Pero ya estaba fuera del consultorio de Jane y se dirigía hacia su coche, perseguida por el olor que se desvanecía de su propia mentira.

No se ha ido, se decía Veronica a sí misma. No puede haberse ido.

No puede.

Capítulo 10

El cadáver parecía considerablemente menos muñequil en la mesa de autopsias que en el bosque. Afuera, apoyada contra el enorme abeto Douglas, la piel de la víctima había adquirido el tono del sol en lo alto. Aquí, en la fría camilla, su carne parecía azul, incluso gris en algunos lugares.

Por eso lo que dijo a continuación la médico forense del Condado de Bear, Kristin Newberry, sorprendió al Sheriff Steve Burns.

"Basándonos en la temperatura del hígado, esta pobre chica ha estado muerta entre tres días y una semana. El maquillaje y el ataque del oso enmascararon parte de la descomposición. Todavía estamos esperando la autopsia para ser más precisos que eso."

"¿Una semana?" El teniente Phil Crouch miró a Steve, sus cejas tan altas en su frente que parecía un personaje de caricatura. "¿Estuvo allí durante toda una semana?"

Lo que se insinuaba con este comentario era que esto era de alguna manera un fallo por parte de Steve. Sabía que era mejor no reconocer al hombre, pero Phil tenía una forma de apretar los botones correctos, o mejor dicho, incorrectos.

"No mucha gente se dirige por esa ruta. Solo están los dos ranchos ganaderos al sur de Hilltona, el rancho Bellinger y..."

"Me sorprende que los perros no llegaran a ella antes que el oso. ¿Y qué quieres decir con que estás esperando la autopsia?"

Kristin no se inmutó ante el enfoque cáustico del teniente.

"Solo soy una forense, abogada de profesión. Para las autopsias, tenemos que hacer la solicitud con el fiscal del distrito y luego ellos pasan el mensaje a través de la cadena. Por ley, las autopsias tienen que ser realizadas por un patólogo certificado. No tenemos uno en Matheson, pero hay dos en la Ciudad de Greenham. El fiscal me informó que la Dra. Bella Thorpe estará aquí por la mañana. He trabajado con ella antes, es excelente."

Steve no estaba seguro de qué molestaba más al Teniente Phil Crouch: el hecho de que tenían que esperar por la autopsia o el hecho de que la patóloga asignada a su caso era una mujer.

"Parece que solo tendré que conseguir una habitación de hotel. Odio los hoteles... pero los tienen en Matheson, ¿verdad?"

"Hay una bonita posada y desayuno..."

Steve interrumpió a Kristin.

"¿Honestamente? Solo necesitamos confirmación sobre el oso... raza, tamaño, etc. No tienes que quedarte."

Phil puso una cara.

"Hombre, si no te conociera mejor, Burnsy, pensaría que estás tratando de deshacerte de mí." Le dio una palmada a Steve en la espalda. Fuerte. "Nah, creo que me quedaré hasta que se capture a ese oso. Ese Sr. Bettinger o como se llame..."

"Bellinger."

"Sí, lo que sea, no parecía muy contento de que su ganado estuviera en riesgo. Lo último que quieres hacer como el nuevo sheriff en el pueblo es enfadar a los lugareños, ¿sabes? Especialmente desde que el Sr. Bettinger tiene ciento cincuenta cabezas de ganado. Es un jugador importante."

Le tomó un segundo a Steve darse cuenta de que no le había contado nada de esto a Phil. De hecho, ni siquiera sabía cuántas vacas tenía Kurt Bellinger. Esto significaba que las afirmaciones del teniente de que simplemente había escuchado la petición de McVeigh para un guarda de ODFW y había venido de inmediato debían ser una mentira.

La pregunta era, ¿por qué?

Independientemente de los motivos del hombre, el repentino interés de Phil no auguraba nada bueno para Steve. Cuanto más rápido pudiera sacar a Phil del Condado de Bear, mejor.

"Sobre el oso", dijo Kristin, señalando el cadáver en la camilla, "parece que le dio un mordisco al muslo, pero eso es todo. Las heridas en la pierna y en el cuero cabelludo son marcas de garras, créelo o no."

"Déjame echar un vistazo." Phil tomó una regla de una mesa adyacente y realizó una serie de mediciones rudimentarias de las marcas de garras. Para ser un hombre tan bruto, era sorprendentemente cuidadoso para no contaminar ninguna evidencia potencial. Cuando terminó, silbó de nuevo. "Seré el primero en admitirlo, no soy un experto pero sé reconocer un oso grande cuando veo uno. ¿Y este oso? Hizo bastante daño". Phil tomó algunas mediciones más, esta vez pidiendo a Kristin que separara un poco las heridas para poder medir su profundidad. "Voy a tener que hacer algunos cálculos, pero diría que estamos buscando un animal que pesa fácilmente doscientas, doscientas cincuenta libras."

Steve reprimió un silbido.

Doscientas cincuenta eran un oso grande. Tal vez el Sr. Bellinger había estado en lo cierto al querer proteger su ganado. Este pensamiento recordó a Steve que debía llamar al diputado McVeigh para asegurarse de que dos de sus hombres estuvieran estacionados fuera del rancho del hombre, como se prometió.

"¿Encontraste algo más? ¿Algo único en el maquillaje?"

"No es como el maquillaje normal. Creo que es algún tipo de pintura, ¿acrílico? Envié a mi secretaria a la tienda de manualidades para recoger algunas muestras para hacer una comparación más tarde."

Esto se estaba volviendo más extraño cada minuto.

¿Por qué alguien usaría pintura en la cara de la víctima?

"¿Causa de la muerte?" intervino Phil.

Kristin usó una mano enguantada para girar la cabeza de la chica y luego levantarle la barbilla. El moretón alrededor era aún más pronunciado ahora de lo que había sido en el bosque: una fina marca de ligadura roja flanqueada por media pulgada de tejido magullado recorría la circunferencia de su cuello.

"Estrangulación, algún tipo de cable o alambre."

"¿Qué hay de drogas o alcohol en su sistema?" preguntó Phil.

"Se han recogido muestras y enviado para toxicología."

Steve se alejó del cuerpo, inclinó la cabeza y observó el cadáver una última vez.

Alguien te estranguló, te puso en el bosque, pintó tu cara para que parecieras una muñeca y te dejó allí para que los animales te devoraran.

La idea casi le revolvió el estómago, una reacción visceral que se vio obligado a reprimir. A veces, ser un buen oficial de la ley significaba volverse tan inhumano como los perpetradores a los que perseguías.

"Kristin, ¿metiste sus huellas dactilares en—"

La forense sonrió.

"Sí, eso fue lo primero que hice. Pasé sus huellas por CODIS. Lamentablemente, no hubo

coincidencias. Pero encontré esto".

Kristin giró suavemente a la chica, revelando una sección de la cadera que el oso no había tocado. Señaló un tatuaje de mariposa negra que medía aproximadamente tres pulgadas de alto y cuatro pulgadas de ancho.

"Es bastante nuevo, quizás un par de semanas, todavía en proceso de cicatrización."

Steve sacó su teléfono móvil y tomó una foto.

"Bien. ¿Algo más?"

"Una cosa más..."

Kristin se alejó del cuerpo y se dirigió a una segunda mesa, esta cubierta con varias secciones de ropa.

"Llevaba esta blusa blanca y una falda a cuadros."

Dudó y Phil habló inmediatamente.

"¿Y?"

"Y nada más."

"¿Cómo que nada más... ah, nada más, eh? ¿Como sin bragas ni sujetador?"

Kristin negó lentamente con la cabeza.

"Ninguna ropa interior en absoluto. Ahora, es totalmente posible que el oso las haya destrozado y todavía estén allí, pero..."

"Si el oso las hubiera despedazado y dejado un rastro, mis ayudantes lo habrían encontrado. Han estado allí durante horas."

Phil soltó una risita y Steve lo fulminó con la mirada.

"¿Qué?"

"Solo estaba pensando que esto acaba de hacer nuestro trabajo mucho más fácil."

Una vez más, el Sheriff Burns se sumó al viaje.

"¿Cómo es eso?"

"Bueno," Phil se infló los pechos imaginarios y movió sus caderas, "¿cuántos osos negros conoces que les guste la lencería picante?"

Esto era vulgar y repugnante en circunstancias normales, pero ¿delante del cadáver? Era repulsivo. Podía decir que Kristin estaba tan horrorizada por este acto como él, así que Steve intentó aliviar la situación.

"No hagas caso a mi amigo aquí, no sale mucho."

"Oh, salgo bastante," contrarrestó Phil, guiñándole un ojo a Kristin.

¿Guiñando el ojo? ¿En serio?

Steve suspiró. No solo era increíblemente poco profesional, sino que Kristin Newberry tenía sesenta años, por el amor de Dios.

No quería llamar a los malditos Estatales.

Puso su mano en el hombro de Phil, con la intención de guiarlo fuera de la sala, pero el hombre más grande lo sacudió.

"Gracias. Kristin, por favor llámame cuando llegue la Dra. Thorpe."

Kristin asintió a Steve.

"Hablando de salir, ¿Matheson tiene un pub o algo así?" Phil preguntó mientras entraban en el pasillo. "Deberíamos tomar una copa."

Steve, contento de estar fuera de la morgue y lejos del olor, respiró profundamente.

"Sí, lo tiene, pero no puedo esta noche."

"¿Por qué no? Necesitamos ponernos al día, Burnsy. Ha pasado un tiempo."

"Tengo planes esta noche."

Phil esbozó una sonrisa socarrona.

"¿Sí? ¿Con tu mano o con una chica?"

Steve no justificó esto con una respuesta y Phil imitó un gesto de masturbación.

"Sí, Palmela Handerson. Lo sabía. Quiero decir, no te culpo después de lo que—"

"Gracias por hacer el viaje. Lo aprecio," interrumpió Steve.

"Sí... lo fue. Maldito Matheson. ¿Nos vemos mañana?"

Ojalá que no.

Steve puso una falsa sonrisa.

"Claro. Mañana."

Y entonces fue el teniente Phil Crouch quien quedó de pie en el pasillo con su miembro en la mano, de la misma manera que Steve había dejado la Policía Estatal para convertirse en Sheriff del Condado de Bear.

Una decisión de la que no se arrepintió ni por un segundo.

Capítulo 11

No había relojes Rolex en venta en Facebook Marketplace. Tampoco en Craigslist, pero eso no sorprendió a Veronica. Ninguna de estas plataformas era conocida por vender artículos de alto valor y teniendo en cuenta que la condena mínima obligatoria por robo de segundo grado es de poco menos de seis años, probablemente los perpetradores habían considerado foros de la web oscura más lucrativos y anónimos.

Veronica suspiró y apartó su laptop. Luego, tomó un sorbo de vino, se dio cuenta de que la copa estaba casi vacía, y prontamente la rellenó de la botella abierta que estaba en la mesita de al lado.

Un auto entró al camino de entrada, y unos segundos después, escuchó la puerta de entrada abrirse abajo. No dijo nada, pero se acomodó para tener una mejor vista de la planta baja.

El sheriff del Condado de Bear, Steve Burns, se quitó el sombrero, lo colgó en el gancho junto a la puerta y luego pasó su mano por su cabello castaño de longitud media. El sombrero era obligatorio en el campo, pero Veronica sabía que a Steve le disgustaba. Recordó la primera vez que había conocido al sheriff, había estado uniformado entonces, sombrero incluido, y ella había adivinado que estaba en sus mediados de cuarenta. Pero cuando él se quitaba la ropa de trabajo, el sheriff se transformaba en un joven de treinta y seis años que estaba en buena forma con una mandíbula cuadrada y una sombra de barba de las cinco bien cuidada.

Pero hoy, mientras Steve se desvestía hasta la camiseta blanca, no perdió esos diez años, aún se veía cansado... cansado como alguien en sus primeros cuarenta.

"¿Día largo?" preguntó Veronica. A pesar de que había hablado suavemente a propósito, Steve aún se sobresaltó. Se giró y la miró, y cuando sus ojos encontraron los iris de ella salpicados de oro, sonrió.

"Aún no."

Veronica bajó las escaleras y abrazó a Steve.

"¿Y tú?"

"Meh. Nervios del primer caso, ya sabes."

Steve la besó en la frente.

"¿Te asignaron un caso, eh?"

"Sí. Dos tipos asaltaron tres joyerías en poco más de una semana. Solo robaron relojes de lujo."

"Aprecian en valor", comentó Steve.

"Eso es correcto", estuvo de acuerdo Veronica. "Pero lo raro es que no llevaron ninguna arma. Solo rompieron y robaron."

Lucy, la gata que había adoptado de su caso anterior, apareció de la nada como solía hacerlo, y se acurrucó a su pierna. Veronica acarició al animal bajo su barbilla. Mientras llenaba el tazón de Lucy, pensó en la curiosa coincidencia de que ella y este animal aparentemente aleatorio compartieran el mismo nombre. Lucy...

Su padre solía decir que el pasado era aburrido, que ya había sucedido, y que el futuro era mucho más interesante. Si bien quizás era cierto, como la Dra. Jane Bernard le había recordado en muchas ocasiones, el pasado no se había ido, influía mucho en el futuro.

"¿Sin armas? Debe ser un fraude de seguros."

"¿Qué?" preguntó Veronica, aún acariciando a Lucy.

"Trabajo interno. Tiene que ser."

Steve se dirigió a la nevera y se agarró una cerveza. Le ofreció una a Veronica, pero ella le dijo que tenía una copa de vino en marcha arriba.

"Nunca adivinarías lo que hice hoy", dijo.

"No voy a intentarlo siquiera", respondió Veronica, levantándose. "Te ves cansado."

"Estoy cansado. Tú también lo estarías si persiguieras un oso negro por el Bosque de Hilltona todo el maldito día."

Veronica levantó una ceja.

"¿Un oso? ¿En el Condado de Bear?"

"Sí. Y resulta que este oso tiene un gusto por los humanos muertos."

Veronica se alejó de Steve y lo miró.

"Historia larga." Steve hizo una pausa y sus ojos buscaron en la cocina. No había nada en la encimera ni en la estufa. La nevera estaba casi tan vacía. "Oye, V, ¿qué tal si discutimos algunas cosas durante la cena?"

"Nope, no V. Solo mi papá me llama V."

"Lo siento."

Veronica sonrió. Él era adorable cuando se disculpaba.

"¿Pero la cena?" Veronica tomó las manos de Steve en las suyas. Masajeó suavemente sus palmas. A diferencia de sus cicatrices, las de Steve demostraban ser más resistentes y estaban tardando un montón en curarse. "Puedo hacer la cena. Preferiría pedir algo, pero..."

Steve abrió la boca para protestar pero Veronica no le dio la oportunidad.

"—pero, esta noche saldré. ¿Tienes algún lugar específico en mente?"

"Claro que sí. Nuevo lugar de fideos en la ciudad, Ramanaki en la calle Planter. Termina tu vino y vámonos."

Verónica se lamió los labios y apartó su tazón vacío. Usualmente no le gustaban los restaurantes, en las multitudes siempre podías encontrar mentirosos y al menos una persona enfadada, lo suficientemente enfadada para lastimar a alguien. Mientras que otros olían a comida fresca y veían una decoración de buen gusto, Verónica olía a gas y veía fuego.

Pero hoy, sus síntomas estaban atenuados. Inicialmente, esto la había puesto ansiosa, recordando su falta de visiones en Joyería Alfred y su conversación con la Dra. Bernard. Un enorme tazón de fideos con cebollín y panceta de cerdo finamente rebanada, su primera comida del día si no contamos el vino, calmó su inquietud.

"Eso estuvo fantástico. ¿Quién sabía que el Ramen podía ser tan bueno?"

Frente a ella, la expresión de Steve era de similar satisfacción glotona.

"No estás bromeando. Debe ser todo ese MSG."

"Bueno, lo que sea que sea, quiero más de eso. A diario."

El camarero pasó y retiró sus tazones. Cuando preguntó si querían algo más, ambos pidieron una cerveza japonesa. Durante la cena, durante las raras pausas en el frenético sorber de los fideos, Steve había elaborado sobre su caza del oso negro.

"¿Y estás seguro de que la mujer fue asesinada antes de que el oso la encontrara?"

"Ah, estoy seguro. Estrangulada. Y... no sé, V—quiero decir, Verónica. Este caso es... extraño. No se siente como un asesinato frenético o un hecho aislado."

El sheriff parecía aprensivo para hablar, y Verónica pensó que sabía por qué. No tenía nada que ver con la integridad del caso, la Oficina del Sheriff a menudo colaboraba con los Departamentos de Policía ubicados en el condado, tenía que ver con ella.

El capitán Peter Shade no era el único que la trataba con guantes de seda, intentando integrarla de nuevo al grupo.

Verónica se preguntó si la tratarían de la misma manera si hubiera sido un hombre.

Era en partes iguales considerado e insultante.

"No puedo ayudarte si no me hablas, Steve."

Steve sorbió su cerveza. Habían estado juntos durante poco más de tres meses, pero como vivían juntos y ambos trabajaban en la aplicación de la ley, se sentía como si se conocieran durante tres o cuatro veces más. Y se notaba, él la leía como a un libro.

"Está bien, está bien." Bajó la voz. "Dos cosas. No llevaba ropa interior, ni sostén ni bragas, y su cara estaba pintada como la de una muñeca."

Verónica consideró esto por un momento.

"¿Prostituta?"

Esto pareció sorprender a Steve, sugiriendo que no lo había considerado. Extraño, porque para Verónica, este era el escenario más obvio: su víctima había sido una prostituta y había tenido un final desafortunado a manos de un John psicopático, que la abandonó en el bosque.

"El atuendo y el maquillaje podrían ser parte de una rutina, un fetiche", continuó Verónica.

Steve hizo un sonido de hmph.

"Quizás", reflexionó. "¿Quieres dar un paseo?"

"Claro."

Después de terminar sus cervezas, Steve pagó la cuenta, y tomados de la mano, comenzaron a caminar por la Calle Planter.

La Ciudad de Greenham tenía una población de poco más de cien mil personas, pero realmente solo había una zona del centro que les gustaba visitar. Afortunadamente, Ramanaki, que había abierto hace solo unas semanas, estaba situado prácticamente en el centro de la calle principal. Siendo lunes, las calles estaban bastante vacías, pero aún había un puñado de personas deambulando, yendo o viniendo de cenar, al igual que ellos.

La diferencia era que estos espectadores ignoraban el hecho de que un asesino caminaba entre ellos.

La ignorancia era un lujo que no se permitía a los oficiales de policía, detectives o sheriffs. Verónica había escuchado una vez una historia sobre reclusos que pasaban años en prisiones de máxima seguridad. Cuando eran liberados, la integración en la sociedad era casi imposible. Si bien algunos, la mayoría, aparentaban ser miembros normales y productivos de la sociedad, sus cerebros simplemente no podían descansar ni un segundo. En la prisión, siempre tenías que conocer tus salidas y estar constantemente al tanto de quién entraba en la habitación en cualquier momento. También te asegurabas de que tu espalda estuviera contra una pared para evitar ser atacado por detrás. Las multitudes eran una fuente constante de ansiedad, ya que era casi imposible seguir a todos a la vez. Incluso dormir era problemático y cuando tu cerebro estaba alerta 24/7 sucedían cosas extrañas.

Cosas que a menudo eran la fuente de la reincidencia.

Los oficiales de la ley experimentan algo similar. Quizás no tan desalentador, pero sus cerebros siempre estaban trabajando, escaneando personas, no solo por lo que podrían haber hecho sino por lo que podrían hacer en el futuro. La sinestesia de Verónica solo agravaba este problema.

"¿Estás bien?" preguntó Steve.

Verónica sacudió la cabeza, tratando de despejar sus pensamientos.

"Sí, solo un poco cansada."

"Yo también. ¿Por qué no—" Steve se tensó, y Verónica sintió su propio cuerpo reaccionando a su cambio de estado.

"¿Qué pasa?"

Steve la giró y la besó a pleno en los labios. Su lengua sondeó la de ella, y aunque sintió que esto tenía más que ver con la distracción que con el romance, Verónica podría hacer con un poco de distracción.

Se perdió en el beso de Steve, logrando alcanzar un momento, una fracción fugaz de segundo, de pura felicidad. Él también lo sintió, debió haberlo hecho, porque cuando se alejó, vio esa mirada en sus ojos: vidriosos, apasionados, febriles.

Pero luego Steve miró por encima de su hombro, y su cara cambió, y el momento se perdió. La guió en la otra dirección, y aunque ella pudo haber resistido, no lo hizo. Sin embargo, miró por encima del hombro para ver a qué había reaccionado Steve.

Resultó ser un quién: un hombre grande con cabello corto naranja y pecas en la nariz, que miraba descaradamente a todas las faldas que pasaban.

Steve, aún insatisfecho a pesar de que ahora iban en direcciones opuestas, la llevó a una de las pocas tiendas que permanecían abiertas a esa hora.

"¿Quién era ese?" preguntó Verónica una vez que estuvieron adentro.

"Un policía estatal. Un tipo que yo—"

"Solo flash art después de las ocho", una voz ronca les informó.

Verónica miró a su alrededor, notó los letreros de neón, las luces negras, la música metal estridente.

Estaban en un salón de tatuajes.

"Tienes que estar bromeando", dijo Verónica, sin molestarse en ocultar el dolor en su voz. "Lo planeaste."

Steve levantó las manos.

"Lo juro, no lo hice."

"Me dijiste que la víctima tenía un tatuaje de mariposa en la cadera", le recordó Verónica con los dientes apretados.

Steve hizo una mueca.

"Es una... una coincidencia", protestó.

"Tú elegiste el restaurante."

"Sí, porque era nuevo. Y delicioso, debo agregar."

Verónica solo lo miró.

Y también resultó estar a solo media cuadra del salón de tatuajes.

No le importaba que Steve todavía estuviera trabajando, Verónica sabía lo que era tener un caso difícil que se negaba a dejarte en paz. Pero era el engaño lo que absolutamente detestaba.

"V, yo no—"

"No me llames así", espetó Verónica más violentamente de lo que había pretendido. Antes de que pudiera disculparse, el tatuador volvió a hablar.

"¿Van a hacerse un tatuaje o qué?"

Verónica se giró. El tatuador tenía la cabeza rapada, múltiples perforaciones y tatuajes de llamas subiendo por su garganta.

"Él lo hará", dijo Verónica mientras abría la puerta. "Dale un pene justo ahí en su frente."

Capítulo 12

"Dr. Julia Thorpe, conozca al Sheriff Steve Burns", dijo Kristin Newberry.

Steve extendió su mano y luego se retorció de dolor.

"Lo siento", murmuró. "La espalda está un poco adolorida."

Dormir en el sofá te haría eso.

Avanzó un paso y estrechó las manos de la patóloga. Era una mujer grande, con ojos redondos y rasgos blandos. Steve calculó que estaba en sus últimos cincuenta o principios de los sesenta. Un poco más joven que Kristin.

Ella tenía un aire de seriedad, probablemente una consecuencia de diagnosticar enfermedades día tras día.

"Mucho gusto, Sheriff", dijo la Dr. Thorpe. "Puedes llamarme Julia".

"Y yo prefiero Steve".

La patóloga lo llevó al cuerpo que estaba en la misma camilla que ayer. Solo que ahora, su pecho había sido abierto en el familiar patrón en 'Y'.

"¿Ya comenzaron?" preguntó Steve. Llegó temprano, lo que era intencional. Quería asegurarse de llegar a la morgue antes que Phil, y necesitaba salir de la casa antes de que Verónica despertara. No discutían a menudo, pero cuando lo hacían, rápidamente aprendió que ella era el tipo de persona que necesitaba su espacio. Esto era diferente a lo que estaba acostumbrado en relaciones pasadas, pero también refrescante.

"La Dr. Thorpe llegó justo después de las cinco", dijo Kristin, y Steve pensó que detectó un toque de reverencia en la voz de la médico forense.

Al sheriff le gustaba Kristin Newberry y pensaba que era buena en su trabajo. Pero Steve no estaba acostumbrado a no tener un patólogo en el personal. Era molesto tener que llamar a alguien, alguien que tenía que ajustar los deberes del condado a su horario regular. Pero simplemente no había dinero en el presupuesto para nada más.

Otra rareza de la vida como funcionario electo del Condado.

"Una vez que supe que era un homicidio, llegué aquí tan pronto como pude", dijo Julia. "Ya he analizado el contenido de su estómago. Nuestra víctima tenía cacahuetes en el estómago y lo que creo que es vodka soda. Tengo que esperar los resultados del análisis de sangre, pero es bastante seguro asumir que ella estaba..."

"En un bar", interrumpió Steve.

En su experiencia, muchos médicos tenían complejos de superioridad y no les gustaba ser interrumpidos. Y como dependía del patólogo a domicilio para ayudarlo a resolver los crímenes del Condado de Bear, tenía la costumbre de esperar su turno.

Pero solo había dormido unas pocas horas de manera inquieta.

Afortunadamente, la Dr. Julia Thorpe no pareció importarle su interrupción.

"Eso es lo que yo también pienso. Leí el informe de Kristin", dijo, ofreciendo a la otra mujer un asentimiento, "y estoy de acuerdo con todo. Muerte por estrangulamiento, ligadura en la garganta. Murió entre noventa y seis y ciento sesenta y ocho horas atrás. Basándome en la lividez en sus glúteos inferiores, me inclino hacia este último tiempo. Lo que puedo decirte es que nuestra víctima estaba de lo más saludable y tenía entre veinticuatro y veintiocho años de edad".

Steve miró el cuerpo y recordó lo que Verónica había dicho la noche anterior, antes de sugerir

que él se hiciera un tatuaje en la cara.

"¿Qué hay de las relaciones sexuales?"

"Negativo. No hay evidencia de relaciones sexuales en las cuarenta y ocho horas previas a la muerte o después de la muerte. Tampoco enfermedades venéreas".

Esto no eliminaba la teoría de que la chica en la mesa era una prostituta, pero definitivamente no la respaldaba.

Steve se rascó la parte trasera de la cabeza mientras reflexionaba sobre esta nueva información.

"Ayer por la noche visité el salón de tatuajes en la calle Planter", dijo casi distraído. "Mostré la foto del tatuaje que encontramos en su cadera. El tipo era un dolor en el culo, sin juego de palabras, tuve la impresión de que no le gustaba tener a dos policías merodeando por su tienda. Pero dijo que recordaba haber hecho tres de los mismos tatuajes a mujeres solo la semana pasada."

"¿Hacen eso? ¿Mismo tatuaje? ¿Misma ubicación?"

Steve se encogió de hombros.

"Supongo. Probablemente esté mal visto, lo cual es otra razón por la que estaba reacio a hablar. Quiero decir, ¿querrías tener exactamente el mismo tatuaje que otras tres mujeres de la misma ciudad?"

"Tengo una sección de alambre de púas en mi espalda baja".

Steve parpadeó ante la Dr. Thorpe, tratando de averiguar si hablaba en serio. Finalmente decidiendo que sí, soltó una carcajada.

"Oye, todos cometemos errores".

Ahora todos rieron. Sin embargo, esto fue de corta duración, dadas las circunstancias.

"Kristin, ¿lograste investigar sobre personas desaparecidas?"

"Lo hice, pero solo brevemente. Nadie con un tatuaje de mariposa en la cadera reportado como desaparecido. Me empantané con el papeleo en la oficina, un imbécil tratando de demandar por..." Kristin sacudió la cabeza. "No importa. Lo revisaré de nuevo hoy".

"Gracias".

"¿Terminaste saliendo anoche con tu amigo?"

Steve miró a la médica forense, confundido.

"¿Perdón?"

Kristin, pensando que se había excedido, intentó retractarse rápidamente.

"Es solo que dijiste que al tipo de los tatuajes no le gustó tener a dos policías en su tienda. Solo pensé..."

"Ah", dijo Steve con lo que esperaba fuera una sonrisa desarmante. "No, él no es realmente mi..."

La radio en su solapa chirrió, y él levantó un dedo y se excusó.

"Sheriff Burns, cambio".

"Sheriff, es McVeigh. Tenemos, uhh, tenemos una situación aquí, cambio".

El sheriff frunció el ceño.

"¿Dónde? ¿Qué situación? Cambio".

"La granja Bellinger. Hay... ah, mierda, espera." La voz del diputado McVeigh se volvió apagada. "¡No! ¡No, no puedes entrar al bosque! ¡Quédate atrás! ¡Quédate detrás de la cinta! ¡Y baja tu arma! ¡Ahora!"

La radio quedó en silencio.

"McVeigh, ¿es Kurt? ¿Kurt Bellinger? Cambio".

Cuando no hubo respuesta durante varios segundos, volvió a pulsar la radio.

"¿McVeigh? Cambio".

Hubo un estallido de estática seguido de la voz de su subjefe.

"Sí, estoy aquí. Lo siento por eso, Sheriff. Las cosas están locas aquí. Sheriff, realmente podríamos usar su ayuda. Cambio".

"Llegaré lo más rápido que pueda. Y McVeigh, ¿no dejes que Kurt entre al bosque? Cambio".

Sacudiendo la cabeza, el sheriff volvió a la Dra. Thorpe y a Kristin Newberry.

"Lamento mucho tener que hacer esto, pero..."

"Lo entiendo completamente", dijo la Dra. Thorpe. "Tan pronto como sepa sobre el nivel de alcohol en sangre, le informaré a Kristin".

"¿Tienes los nombres de las mujeres que se hicieron el tatuaje?" preguntó Kristin.

"Claro, sí." Steve buscó en sus bolsillos y entregó el papel manchado de tinta en el que el artista del tatuaje había garabateado los nombres.

"Gracias. Lo investigaré".

"Genial. Hablamos pronto".

El Sheriff Burns salió de la morgue pensando, no, sabiendo en el fondo de su mente que el problema no era Kurt Bellinger.

El problema era ese imbécil del teniente Philip Crouch.

Capítulo 13

Veronica trajo tres cafés a la oficina en lugar de dos. El primero se lo entregó al Oficial de Asuntos Internos, Cole Batherson.

El hombre dijo buenos días, pero se mostró reacio a aceptar la ofrenda de paz.

"No está envenenado, lo prometo".

Cole rió, pero fue un sonido nervioso al que se aferraba un atisbo de aprensión. Veronica encontró esto divertido y sonrió mientras caminaba hacia Freddie, quien estaba sentado detrás de su escritorio. La escena era casi cómica, y aunque no podía estar segura, parecía que al menos parte del escritorio estaba siendo levantado por su impresionante estómago.

"Buenos días", dijo, ofreciéndole a su compañero no solo el café sino también una bolsa blanca.

"Gracias", dijo Freddie, su expresión coincidía con la de Ian momentos antes.

Veronica rodó los ojos.

"No es veneno. Dios, ¿qué pasa con ustedes?"

Freddie abrió la bolsa lentamente y la mantuvo alejada de su rostro como si esperara que algo vivo saltara de ella. Veronica cruzó sus brazos mientras veía a su compañero sacar un objeto envuelto en papel encerado. A diferencia del desayuno típico de Freddie, este envoltorio no estaba empapado de grasa y transparente en más lugares de los que no. El hecho de que fuera opaco despertó más sospechas. Pero Freddie perseveró y finalmente sostuvo un pan de trigo integral lleno de claras de huevo y rúcula en una enorme palma.

"Es veneno".

"Jódete", dijo Veronica riendo. "Pruébalo." Freddie levantó el pan de arriba y miró la lechuga como si fuera radiactiva. "Vamos, Freddie, dale una oportunidad. Estoy segura de que te encantará".

Veronica presionó a su compañero con la mirada. A regañadientes, llevó el sándwich a su boca, dio un mordisco minúsculo, masticó dos veces y tragó.

"Está bueno", dijo, y Veronica no necesitó su sinestesia para saber que el hombre estaba mintiendo.

"Sólo cómelo, Freddie. Es saludable".

"Gracias".

Estaba todo menos agradecido.

El hombre dejó el sándwich a un lado y luego señaló su computadora.

"Creo que encontré algo. Hace dos semanas, dos hombres entraron a GEMS. Parecían tener la misma altura y complexión que los dos hombres que más tarde robaron las tres joyerías. Mira esto".

Freddie presionó el botón de play y Veronica observó las imágenes de seguridad tomadas desde lo alto de la entrada de la tienda. La marca de tiempo era de hace trece días, tres días antes de que GEMS fuera robada.

Freddie tenía razón. Los hombres, ambos negros, parecían compartir los mismos tipos de cuerpo que los ladrones. Entraron en la tienda, examinaron algunas de las vitrinas cerca del frente, que contenían los relojes, y luego, un minuto y medio más tarde, se fueron. Al fondo, Veronica vio a Gregor Kastinov ayudando a una mujer con un collar de plata. Era evidente por la

forma en que sus ojos se desviaban del collar hacia la entrada de la tienda que Gregor había notado a estos nuevos clientes.

"¿Tienes algunas imágenes decentes de sus rostros?"

"Más o menos..." Freddie las mostró. Eran granuladas pero útiles. "Nada distinguible, desafortunadamente; sin cicatrices faciales ni tatuajes. Revisé las fotos de fichas policiales recientes pero no encontré ninguna coincidencia".

Veronica entrecerró los ojos hacia la pantalla, tratando de ver si reconocía a los hombres de sus días como policía de a pie.

"No los conozco."

"Yo tampoco. Pero hay un ángulo más".

Freddie abrió otro archivo de video. Eran los mismos dos hombres, pero esta cámara estaba montada en el otro lado de la sala. No proporcionó una mejor vista de sus rostros, pero sí se alineó con la barra de escala amarilla y blanca montada junto a la puerta.

"Sólo GEMS y Brilliant, la tienda de Noah Seidel, tienen estas barras de escala. El hombre de la izquierda, el más grande, llamémosle Sospechoso A, mide seis pies y tres pulgadas. Sospechoso B, entre cinco-nueve y cinco-diez y medio. Es consistente".

"¿Algo de fuera de las tiendas? ¿Puedes ver en qué coche llegaron?"

"Desafortunadamente no. Logré obtener imágenes de los dos hombres entrando a GEMS, pero estaban a pie, venían de la calle Wallace. Pero eso es todo".

Veronica puso una cara.

"¿Estos hombres entraron a las otras tiendas en absoluto?"

Nuevamente, Freddie negó con la cabeza.

"No, al menos no en las últimas dos semanas. Pero hay muchas imágenes que revisar. Aprendí algo interesante, sin embargo".

"¿Qué es eso?"

"Ser joyero es aburrido".

Veronica rió.

Freddie apartó su sándwich y le pasó a Veronica una carpeta que contenía dos fotografías en color ampliadas de los hombres que acababa de ver en la cámara.

"Lo mejor que pude conseguir. La policía local tiene copias, si ven a cualquiera de ellos, los recogerán". Miró el sándwich pero no lo tocó. "¿Alguna suerte con los relojes?"

Veronica tomó un sorbo de su café.

"Nah. Quiero decir, estos tipos no me parecen genios robando tiendas a mano vacía, pero no pueden ser tan tontos".

"¿Sabes qué podrías intentar?" dijo Freddie. Sus ojos se desviaron una vez hacia el sándwich. Sólo cómetelo, Freddie, instó silenciosamente.

"¿Qué es eso?"

"Podrías usar una de nuestras cuentas falsas de redes sociales, poner un anuncio de que buscas relojes de lujo. Probablemente te bombardearán con falsificaciones, pero nunca se sabe".

Veronica no podía creer que no se le hubiera ocurrido esto. Su pelea con Steve, y antes las conversaciones sobre osos y muñecas, la tenían distraída. Para ser honesta, este caso también fallaba en mantener su interés. No después de lo que pasó con su último caso, con su hermano.

Veronica se dio cuenta de que estaba frotándose la mano contra el costado de sus jeans y se obligó a parar.

Incluso el secuestro de Chloe Dolan, por muy orquestado que estuviera, era más emocionante que los ladrones de relojes pacifistas.

Pero este era su trabajo, su primer caso después de la baja. También era importante para su padre, dado el arraigo de Asuntos Internos en su comisaría. Si los rumores de que el trabajo del capitán Peter Shade estaba en peligro eran ciertos, entonces tendría sentido que Asuntos Internos se quedara para ver el regreso de la hija del hombre.

Y reportar absolutamente todo lo que veía.

"Sabes qué?" dijo en voz alta para que Cole pudiera oír. "Voy a usar una de esas cuentas falsas que sugeriste y ver si consigo algo".

"Buena idea."

"Y cómete tu maldito sándwich, Freddie. Por favor", añadió Veronica mientras se dirigía a su escritorio y encendía su ordenador.

La mayoría de los departamentos de policía tenían varias cuentas falsas en los sitios comunes de redes sociales. Algunos de los departamentos más grandes, aquellos dos o tres veces el tamaño de la Ciudad de Gresham, ya tenían una persona dedicada a las redes sociales, cuyas tareas, además de la RP, eran mantener estas cuentas, fingiendo que eran reales, y formar y mantener amistades y cosas por el estilo. También podían ser utilizadas para atraer a depredadores, pero eso era menos común ahora con la popularidad de programas como 'To Catch a Predator'.

Veronica abrió la lista de cuentas falsas y comenzó a buscar a alguien a quien pensó que le interesaría comprar un Rolex. La policía de Greenham tenía casi tres docenas de cuentas, compuestas por una miríada de diferentes razas, géneros y estados socioeconómicos.

"¿Hay alguna posibilidad de que podamos conseguir que Portland o incluso el FBI pasen esas imágenes por el reconocimiento facial?"

Cuando no hubo respuesta, Veronica apartó los ojos de su monitor y miró a Freddie. Él le estaba dando una mirada extraña.

"Cierto", dijo Veronica, sacudiendo la cabeza y volviendo al ordenador. La triste realidad era que, mientras que la Ciudad de Greenham no tenía fondos para el software de reconocimiento facial, conseguir la implicación del gran hermano Portland o del FBI era como intentar que Payton Manning saliera a jugar en tu partido de fútbol de bandera del domingo por la tarde.

Y entonces lo encontró: Brent Wolseley, veintidós años, estudiante de último año en la Universidad de Portland. Parte de la Zeta Epsilon.

Usando el nombre de usuario y la contraseña proporcionados, Veronica inició sesión en la cuenta de Facebook de Brent Wolseley. Y entonces comenzó a sonreír inmediatamente.

"Brent Wolseley", dijo Veronica mientras miraba la foto de perfil del hombre. "¿Quién hizo a este tipo?"

"Probablemente uno de los novatos de la PD", respondió Freddie distraídamente.

Veronica estaba mirando la foto de un hombre de cabello negro y sin camisa con un six-pack que casi tenía que ser photoshopeado. Estaba sonriendo, y sus brazos estaban extendidos revelando un tatuaje de manga de marcas negras indescriptibles en un brazo, y un león en su pectoral derecho.

Había peores personas para ser, pensó Veronica. Claro, Brent era un idiota de clase A, pero al menos era guapo.

Veronica rápidamente compuso varias versiones diferentes de un anuncio de búsqueda y se las leyó a Freddie para ver cuál le gustaba más. Se decidieron por: buscando reloj de primera categoría, Rolly, Tag, etc, cualquier condición, cualquier año. Pagaré en efectivo.

Veronica publicó en todos los foros de clasificados que pudo pensar y luego publicó un mensaje sobre el próximo partido de fútbol de los Portland State Vikings, que casualmente era el

contexto de la publicación anterior de Brent.

Luego cerró la sesión y se quedó allí, mirando fijamente su ordenador.

No había mucho más que pudiera hacer. Al menos no en su caso.

Naturalmente, sus pensamientos pasaron de los relojes a las muñecas.

Veronica se asomó por la partición de su escritorio y miró a Cole. Estaba ocupado, de espaldas a ella, el oído pegado a su teléfono móvil.

Agachándose, volvió a su ordenador y buscó a una mujer asesinada en el condado de Bear. No apareció nada y expandió su búsqueda.

La cadena "Hilltona Forest + Black Bear" devolvió un resultado que hizo que los ojos de Veronica se abrieran de par en par y su boca se abriera de asombro.

Capítulo 14

"¿Qué demonios es esto?" Murmuró el sheriff Burns. Aún se encontraba a medio kilómetro del Rancho Bellinger, cuando simplemente no pudo seguir adelante, había demasiados autos bloqueando el camino. Y mientras los otros conductores intentaban, o al menos daban la apariencia de un esfuerzo por abrir un camino por el centro, simplemente se convirtió en un atasco. Steve condujo medio en el arcén blando y medio en la zanja que separaba el camino de Hilltona con sus sirenas sonando. Finalmente, incluso esto se atascó y se vio obligado a frenar bruscamente.

Dejando sus luces intermitentes encendidas, Steve saltó de su coche y corrió a través del tráfico mientras intentaba desesperadamente ponerse en contacto con el diputado McVeigh por su radio. El primer hombre que encontró no era un diputado. Era un hombre con una camiseta naranja brillante de espaldas a él, con un rifle colgado de un hombro. Sin pensarlo, Steve agarró el brazo del hombre y lo giró bruscamente.

El hombre tenía un gran bocado de tabaco de mascar en una mejilla y miró a Steve mientras empezaba a alcanzar su rifle.

"No", advirtió el sheriff.

"¿Sheriff? Oh, mierda, lo siento, yo no..."

"¿Qué estás haciendo aquí?"

El cazador escupió un delgado chorro de líquido oscuro al suelo antes de responder, y Steve, molesto porque esto estaba tomando tanto tiempo, miró por encima del hombro del hombre.

"Joder."

Había al menos una docena de personas, probablemente más, todas moviéndose en línea hacia el bosque, todas con rifles. Vio a sus diputados, claramente visibles con sus camisas azul marino, tratando de contenerlos, pero estaban perdiendo la batalla. Bueno, no 'luchando' pero intentándolo, al menos. Al principio, los esfuerzos lánguidos de sus diputados lo enfurecieron, pero luego vio a la otra multitud: los periodistas.

Steve contó ocho de ellos, completos con equipos de cámara. Algunos estaban grabando el avance de los cazadores; otros estaban entrevistando a civiles. La mayoría simplemente esperaba.

¿Dónde demonios está McVeigh? Otro pensamiento le ocurrió. ¿Dónde diablos está el Teniente Phil Crouch, guardabosques extraordinario de la ODFW?

"Hay un oso, un oso negro en esos bosques. Mató a una chica. De quince años. Vamos a atraparlo. Le vamos a dar bien."

Los ojos de Steve volvieron rápidamente al hombre frente a él.

"¿Qué?"

"¿No lo escuchaste? Sí, todos por aquí hablando de eso. El oso pardo se confundió, tal vez está rabioso. Vino del este, se dirigió al norte y luego bajó todo Hilltona hasta este camino aquí. Una pobre estudiante de secundaria estaba caminando a casa y maldición si no fue devorada viva por ese hijo de puta."

"¿Qué demonios estás...?" Steve sacudió la cabeza. "Vete a casa."

Ahora era el hombre con el tabaco en su boca quien respondía con esa única y tonta sílaba.

"¿Qué?"

"Vete a casa", repitió el sheriff, clavando sus ojos en el hombre. "Si te veo de vuelta aquí, te

arrestaré".

El hombre volvió a escupir, luego se frotó la nariz.

"No me importa realmente..."

"Vete a casa."

Antes de que el hombre pudiera decir algo más, Steve le dio un tirón menos que cortés en el brazo antes de continuar. No estaba corriendo a toda velocidad, todavía no, pero estaba cerca.

Ahora podía escucharlos hablando, clamando en tonos emocionados sobre quién iba a cazar al oso, y sobre cómo no les importaba que la temporada de caza aún no hubiera comenzado. A pesar de su sombrero y uniforme, no fue hasta que pasó a una reportera con el cabello gris recogido en un moño y gafas que eran demasiado pequeñas para su cara que alguien lo reconoció.

"Ese es el sheriff", susurró a su camarógrafo. La gran cámara montada en el hombro giró en su dirección. "¿Sheriff? ¿Sheriff Burns?"

La mención de su título le recordó a Steve su obligación con la gente y con su electorado. Se detuvo y miró a la cámara, tratando de mantener su rostro, que había estado fruncido de ira, lo más neutral posible.

"Sin comentarios."

Cuando fue elegido por primera vez Sheriff del Condado de Bear, se vio obligado a tomar un curso sobre cómo hablar e interactuar con los medios de comunicación. Después de lo que había pasado con Holland Toler, había sido lanzado a los lobos, obligado a defender las políticas de contratación de su condado, políticas que se habían creado años antes de que él llegara, con prácticamente todos los medios de comunicación al este de Portland.

Pero esta experiencia no le hizo sentir menos incómodo en su presencia.

"Sheriff, ¿puede confirmar que una joven fue asesinada por un oso en el bosque ayer?"

¿De dónde sacan su información?

Su frustración aumentaba. No sólo era el hecho de que lo que Steve escuchaba sonaba como el final del juego de teléfono roto, sino ¿cómo habían escuchado algo en absoluto?

Se había instruido a los diputados del Condado de Bear, sin lugar a dudas, que mantuvieran esto en secreto. El Camino Regional 2 estaba fuera del camino, pero no era descabellado pensar que alguien notó a todos los diputados congregándose en este lugar. Sin embargo, si se les acercaba, los diputados debían decir exactamente lo que el Sheriff Burns acababa de pronunciar: Sin comentarios.

Steve confiaba en sus diputados, tenía que hacerlo, eran sus ojos y oídos en el campo, pero había una persona sobre la que no tenía autoridad.

Y no podía evitar pensar que este hombre estaba detrás de la filtración de información.

"Eso es incorrecto", dijo.

"¿Qué parte? ¿Que el oso..."

"Sin comentarios."

Este fue un error, y el sheriff lo sabía. Los diputados e incluso los policías podían salirse con la suya irritando a los medios de comunicación y a los habitantes de la ciudad con la obstrucción y la evasión, pero no un sheriff. Especialmente no el Sheriff Burns quien, a instancias de los Klientmans, había ganado las elecciones con una plataforma de transparencia.

Para ser justo, a Steve le gustaba la idea de mantener a sus constituyentes más informados. Pero había algunas cosas que necesitaban ser retenidas, cosas que sólo el asesino sabría. Y luego estaba el riesgo de caer en la trampa de las preguntas infinitas. Si te atrapaban en un agujero de conejo, antes de que te dieras cuenta, ya habías pasado tres días hablando en círculos sobre la

misma maldita cosa.

"Sheriff, hay—"

"Sin comentarios hasta que tenga las cosas bajo control". Luego, al público, el sheriff gritó, "Todos atrás. Esta es una escena de crimen activa. Si alguien pone un pie en estos bosques, será arrestado."

Alguien se le acercó por detrás, y la mano del sheriff fue inmediatamente a la pistola en su cinturón. Cuando reconoció a la persona, sus ojos se estrecharon.

"Eso va a ser difícil, Sheriff", dijo el Diputado Marcus McVeigh en voz baja.

"¿Qué demonios está pasando aquí, McVeigh?"

"No lo sé. Tenemos una fuga: cuando me desperté esta mañana, ya estaban aquí. Traté de detenerlos, pero entonces llegaron las cámaras."

"¿Cuando te despertaste?" preguntó Steve, confundido.

"Sí", dijo McVeigh con un asentimiento. "Me quedé en mi coche de patrulla, me aseguré de que el oso no volviera".

Steve recordó su promesa a Kurt Bellinger y también cómo se había olvidado de seguirla. McVeigh, al parecer, había cubierto su descuido.

"Gracias. Pero tenemos que..."

"¡La temporada de caza ha llegado temprano este año, sheriff!"

El sheriff se giró rápidamente y señaló con el dedo al hombre que pensaba que había hablado. Iba a estallar verbalmente pero luego cambió de opinión. No eran sólo las cámaras, era el hecho de que ellos, la Oficina del Sheriff del Condado de Bear, estaban en desventaja aquí por al menos dos a uno.

Tomó un respiro calmante.

"Como dije, si alguien entra en Hilltona, yo o uno de mis diputados lo arrestaremos. Y no, la temporada de caza no está abierta".

Sintió que el Diputado McVeigh se tensaba.

"¿Qué?" susurró por encima de su hombro.

"Cualquier otra persona", corrigió McVeigh.

Ahora se giró completamente para mirar a su diputado a los ojos.

"¿De qué estás hablando?"

"Arrestaremos a cualquier otra persona que entre en el bosque". McVeigh desvió la mirada. "Sheriff, lo que ves aquí es sólo la mitad de la gente, los otros ya estaban en el bosque antes de que pudiéramos detenerlos."

Steve no podía creer lo que oía y cuando volvió a hablar, su voz había subido a algo mucho más alto que un susurro.

"¿Quieres decir que hay treinta idiotas ahí fuera con rifles buscando un oso que puede que todavía esté merodeando? ¿Todo mientras hay un asesino suelto?"

Capítulo 15

Colin Tremblay miró a través del cañón de su rifle, alineando las miras de hierro mientras escaneaba el bosque. Todo en lo que podía pensar era en Natasha. Natasha y cómo ella estaba haciendo todo lo posible para mantener a Gracie, su única hija, lejos de él. Seis años: estuvieron casados seis años cuando ella soltó la bomba: Ya no te amo. Colin puede que no haya terminado la escuela secundaria, pero no tenía idea de que Ya no te amo era código para Estoy follando con alguien más. Pero, ¿el descaro de la mujer de querer la custodia total en el divorcio? No iba a suceder.

¿Bebía demasiado? Sí, claro. Pero nunca golpeó a ella ni a Gracie. El pensamiento ni siquiera cruzó por su mente. Y cuando Colin conducía, rara vez bebía. Nunca si su hija estaba en el coche. Hubo aquella vez, pero eso fue culpa de ella.

Natasha se suponía que sería la conductora designada esa noche, no él. Por supuesto, ella bebió demasiado y le dijo que tenía que conducir a pesar de que estaba borracho.

Pero cuando atrapara a ese oso, cuando le disparara al animal entre los ojos y arrastrara su cadáver de quinientas libras fuera del bosque, todo eso se olvidaría. Colin Tremblay sería un héroe local. ¿Entonces cuando Natasha intentara obtener la custodia total? Ni en sueños. El juez se sentaría allí y diría: "Mira, Natasha, tienes que ser justa con este hombre. No solo es un héroe, sino que salvó a tu hija y a docenas de otros de ser mutilados por este oso rabioso".

Una sonrisa apareció en su rostro barbudo justo cuando vio un movimiento por el rabillo del ojo. Colin giró el rifle en esa dirección, su dedo pasó del guardamonte al gatillo. El sol era brillante hoy, y la cubierta creada por los abetos Douglas protegía la mayor parte. Pero donde asomaba, era deslumbrante, como la luz concentrada de un eclipse lunar. Esto, y las tres copas de Jack que había tomado con su desayuno, ralentizaron la reacción de Colin.

Por quizás solo la segunda o tercera vez en su carrera de bebedor, que abarcaba veintidós años aunque solo tenía treinta y cuatro, su amor por el alcohol, incluso a esta temprana hora, había hecho algo bueno.

El dedo de Colin se relajó en el gatillo cuando reconoció un chaleco naranja brillante.

"Jesucristo," gruñó. "Casi te mato. Este es mi oso. Mi oso."

Colin comenzó a bajar el arma cuando escuchó un sonido a su izquierda y se giró bruscamente. Esta vez, apretó el gatillo, aunque fue puramente accidental. El disparo de la bala lo sorprendió, al igual que la culata de su rifle que golpeó dolorosamente en su hombro.

Escuchó un grito y vio la parte superior de la cabeza de la joven, de pie a solo ocho pies de distancia.

Colin gimió, dejó caer el arma y corrió hacia su hija.

"Dios mío. Dios mío."

Cayó de rodillas y acunó a Gracie. Ella estaba sollozando suavemente, y después de tres respiraciones, Colin la soltó y luego inspeccionó a su hija.

"¿Estás herida? ¿Estás sangrando?" preguntó desesperadamente, tratando de encontrar la herida de bala.

Le llevó quince, tal vez veinte segundos darse cuenta de que había fallado. Colin agarró a su hija por segunda vez y la apretó fuertemente. Cuando sus sollozos se calmaron un poco, la soltó.

"¿Qué te pasa? ¿Por qué me asustas así? Se suponía que debías quedarte a mi lado, no salir

corriendo. ¡Casi te disparo!"

Gracie intentaba decir algo, pero su llanto había regresado y era incapaz de formar palabras. Sin embargo, hizo un gesto hacia el bosque detrás de ella.

"¿Qué? ¿Qué es? ¿Viste al oso?"

Gracie respondió con un sollozo.

"Vamos, estás bien", dijo Colin, dando a su hija un pequeño sacudón. "¿Qué viste?"

"Una muñeca", finalmente logró Gracie.

El labio superior de Colin se curvó.

"¿Qué? ¿Una muñeca? ¿Fuiste a buscar tu muñeca? ¿Casi te mato por una jodida muñeca?"

Colin se dio cuenta de que la gente se acercaba, atraída por el sonido de su disparo, pero su presión arterial había alcanzado su punto máximo. "¿Gracie? ¿De qué estás hablando?"

"No mi muñeca", dijo suavemente la niña. "Más grande. Más grande que mamá".

Colin resopló.

"¿De qué estás hablando?"

Gracie giró y señaló en la dirección de donde había venido. Colin se puso de pie y miró por encima del hombro de su hija. Al principio, pensó que ella solo intentaba salvar la cara, inventando una excusa sorprendentemente extraña por haberse alejado, pero luego vio algo. Un destello de blanco, un trozo de tela suelto colgando a la altura de la cintura.

Colin entrecerró los ojos, tratando de descifrar exactamente qué era. Cuando esto resultó imposible, estaba viendo doble, colgó su rifle sobre su hombro y agarró a su hija por el brazo. Juntos caminaron hacia el trozo de tela blanca, en dirección contraria a la gente que venía a investigar el disparo.

Colin se aseguró de ajustar su propio chaleco naranja antes de instar a su hija a seguir adelante.

"Vamos."

"No me gusta la muñeca, papá", dijo Gracie.

Colin soltó a su hija y continuó solo. La tela blanca entró en vista, y se dio cuenta de que la mayor parte estaba al otro lado de un gran tronco de árbol. Parecía una camisa, quizás, clavada a un árbol.

Dio la vuelta a la esquina y luego retrocedió inmediatamente. Su talón golpeó una raíz sobresaliente y Colin cayó de culo.

"¿Lo viste?" preguntó Gracie. "Papá, ¿viste la muñeca?"

Colin, horrorizado, se levantó de un salto y corrió hacia su hija. Le cubrió los ojos con la mano.

"Lo vi", susurró. "Pero tú no puedes verlo. No puedes verlo, Gracie."

Ella abrió la boca para hablar, pero Colin la interrumpió con un grito propio.

"¡Ayuda! ¡Alguien ayude! ¡Por aquí! ¡Necesitamos ayuda!"

Capítulo 16

"Esto va a ser una masacre", dijo el Sheriff Steve Burns, sacudiendo la cabeza.

"Hicimos todo lo que pudimos", le informó McVeigh. "Los ayudantes lograron retirar a algunas personas, pero creo que otros entraron al bosque más al norte, cerca del río. ¿Quieres que vaya allí e instruya a los ayudantes para que empiecen a esposar a la gente?"

A diferencia de él, el Jefe Adjunto Marcus McVeigh era una institución en el Condado de Bear, y probablemente conocía a la mayoría de los hombres con rifles por su nombre. McVeigh también podía protegerse de las preguntas aplazándolas al sheriff.

"Iré yo. Tú quédate aquí". Los ojos de Steve se desviaron hacia el megáfono en la mano izquierda de McVeigh. "Pero voy a necesitar llevar eso conmigo".

"Por supuesto".

Le pasó el megáfono, y el sheriff pensó en usarlo para controlar a la multitud. Pero los hombres habían tomado en serio su amenaza y ya no avanzaban hacia el borde del bosque.

"Una cosa más", dijo Steve en voz baja. "¿Dónde está el teniente Crouch?"

McVeigh puso una cara, indicando que, al igual que el Sheriff Burns, no era un fanático del abrasivo y ofensivo policía estatal.

"Fue al bosque".

Por supuesto, lo hizo, pensó el sheriff. Por supuesto que lo hizo.

"Manténlos atrás", instruyó Steve. "No esposen a nadie, pero asegúrate de que sepan que vamos en serio".

Habiendo dicho lo suyo, Steve caminó rápidamente hacia el bosque, su mano izquierda sujetando el megáfono, su derecha en su arma enfundada. Esperó hasta que estuvo a unos veinte metros de profundidad antes de llevar el megáfono a sus labios.

"Soy el Sheriff del Condado de Bear, Steve Burns", dijo en voz alta. Esperó a que el eco de los árboles se apagara. El cazador más cercano, un hombre que llevaba lo que parecía un chaleco de guardia de cruce, bajó su rifle de su hombro a su cadera. "Todos los civiles que se encuentren actualmente en el Bosque de Hilltona están cometiendo un delito de allanamiento. Este es un lugar del crimen". Steve hizo una pausa de nuevo. "No quiero oír un solo disparo en estos bosques, haya o no haya oso. Si disparas, serás acusado. Por favor, baja tus armas y sal calmadamente del bosque. Si tú—"

Un solo disparo resonó y, por un momento fugaz, el sheriff pensó que había sido dirigido hacia él. Pero cuando oyó el sonido rebotar en varios abetos de Douglas, se dio cuenta de que se había originado al menos a cincuenta metros de distancia, quizás más.

Mierda.

El sheriff empezó a correr. Detrás de él, oyó al cazador seguirle.

"Quédate ahí. No, ¡sal del bosque!" gritó Steve por encima del hombro.

Se había olvidado de apagar el megáfono, y aunque estaba a su lado, recogió su voz y amplificó cada otra palabra mientras sus brazos se movían de atrás hacia adelante. Puntuó este balbuceo con un chillido intenso de retroalimentación.

Maldición.

Steve apagó el dispositivo y luego redobló su ritmo.

A medida que se acercaba al lugar del que pensaba que había venido el disparo, escuchó a gente hablando. Gente enfadada.

Steve temía lo peor. No que hubieran disparado a un oso, sino a una persona. Lo que escuchó a continuación no hizo nada para calmar este miedo.

"¡Sheriff! ¡Sheriff!"

Había puro terror en la voz del hombre y Steve, con los pulmones y las piernas ardiendo, corrió tan rápido como se atrevió en el terreno irregular.

"¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?" exigió al primer cazador que encontró.

"Yo-yo-yo—"

"Sólo sal de aquí. Ahora".

Treinta segundos más de sprint y se topó con un hombre con una camiseta azul y un sombrero de camello.

"¿Phil?" dijo Steve, incrédulo. "¿Qué coño está pasando?"

El teniente Phil Crouch se encogió de hombros.

"No lo sé, Burnsy". Phil lo miró de arriba abajo. "¿Acabas de llegar?"

"Sí. ¿Viste dónde—"

"¿Noche tardía?"

Steve frunció el ceño al hombre.

¿Me vio?

La noche anterior, cuando había visto a Phil, Steve había hecho todo lo posible por evitarlo, primero besando a Veronica y luego metiéndose en la tienda.

La verdad es que había pensado visitar la tienda de tatuajes después de cenar. Pero en su defensa, el hecho de que llegaran allí en ese momento había sido una coincidencia. Pero el sheriff estaba seguro de que Phil no se había dado cuenta de ellos.

¿Pero ahora? Quizás no.

¿Importaba siquiera?

Steve sacudió la cabeza.

"No", dijo decididamente. "Vamos".

Mientras se abrían paso entre los árboles, vio a otros dos cazadores y les dijo, como a los demás, que salieran del bosque.

La siguiente persona que vio Steve fue una mujer.

"Señora, necesita—"

Ella se giró y Steve se detuvo en seco.

"¿Verónica?" Parpadeó dos veces, pensando que esto tenía que ser algún tipo de extraña alucinación. Pero no lo era. Era la detective Veronica Shade. Dándose cuenta de que Phil todavía estaba detrás de él, carraspeó y dijo, "¿Detective Shade?"

Phil murmuró algo sobre la noche tardía de nuevo, pero él ignoró al teniente.

"Steve, esto—"

Las palabras de Veronica fueron interrumpidas por una voz estruendosa.

"¡Sheriff!"

Levantó la vista. El grito había venido de unos veinte pasos de distancia.

"Vamos".

Con Phil a la zaga, Steve y Veronica llegaron juntos al claro. Y luego, por segunda vez en un minuto, el corazón del sheriff saltó en su pecho.

Era una persona quien había sido disparada... un niño.

Alguien disparó a un niño.

Un hombre estaba sosteniendo a un niño en sus brazos.

"¿Está bien?" preguntó Steve sin aliento. "¿La chica—"

"Es una muñeca", respondió el hombre barbudo. Incluso a tres pies de distancia, Steve podía oler el alcohol en su aliento.

"¿Qué?"

Verónica tiró de su manga.

"Steve".

Siguió el dedo apuntado de ella.

"Vaya mierda".

Había otra víctima. Llevaba un atuendo similar: blusa blanca, falda a cuadros, y su rostro estaba pintado en el mismo estilo dramático de muñeca o arlequín que la chica del tatuaje de mariposa.

También estaba posada, con los brazos por encima de la cabeza y las piernas abiertas.

Era horrible, perturbador y totalmente fuera de lugar en el bosque.

Sin embargo, el primer pensamiento que pasó por la mente de Steve, al observar al grupo de cazadores rodeando el cadáver, fue que el oso era lo de menos.

Lo que debían temer era algo mucho más letal: un asesino en serie.

PART II - Relojos

Capítulo 17

La mente de Veronica Shade estaba en llamas. Vio el cadáver, por supuesto, pero eso rápidamente se volvió secundario. Era como si el árbol en el que el cadáver había sido colocado hubiera estallado espontáneamente en llamas. Había rastros de naranja, amarillo, pero principalmente rojo, saliendo del cadáver como un halo ardiente. Se extendían tres pies hacia el cielo, mezclándose con la luz del sol que se filtraba a través del dosel de arriba.

Los estímulos visuales eran tan sorprendentes que Veronica tropezó físicamente. Normalmente, antes de llegar a una escena del crimen, emplearía las técnicas de respiración que le había enseñado el Dr. Bernard. Pero toda su ansiedad por perder su sinestesia, y la pura sorpresa de encontrar un cuerpo aquí cuando todo lo que había planeado hacer era ofrecer ayuda a Steve con el control de multitudes, la había dejado desprevenida.

Veronica cerró los ojos con fuerza, demasiada, y mientras el fuego desaparecía, quedaban brasas.

Se quedó así durante varias respiraciones completas. Y luego se le ocurrió algo.

Su sinestesia visual había sido dramática e intensa, pero algo faltaba.

La canción.

Esa molesta, insistente, canción infantil.

La, la, la, la, laaaaa, laaa.

Durante más de diez años, Veronica Shade escuchó esa canción cada vez que llegaba a una escena del crimen que mostraba signos de violencia, incluso si había habido un intento de ocultar la evidencia. Las señales subconscientes que su mente captaba la ayudaban a ver un asesinato cuando otros solo veían un accidente o suicidio.

No había sutileza aquí con este cadáver que había sido vestido para parecer una muñeca y posado como una prostituta.

Pero no había canción.

Las brasas en su mente se unieron en una forma familiar: su hermano, Benny Davis. No como había sido al final, como Holland Toler con una peluca y cicatrices de quemaduras en su cuero cabelludo, sino como un niño.

Benny cantaría esa canción para molestarla: la, la, la, la, laaaaa, laaa. Y cuando su madre le había dicho al niño que cantara para que no pudieran oír las voces de los hombres que habían irrumpido en su casa y los habían atado.

Esa es la canción que él eligió.

¿Pero ahora? ¿Ahora que Benny se había ido?

La canción parecía haberse ido con él.

Una mano agarró su cintura, dándole el apoyo que necesitaba. Con los ojos aún cerrados, Veronica supuso que era Steve.

Pero cuando una voz le habló, incómodamente cerca, se dio cuenta de que no era el caso.

"¿Estás bien, cariño?"

Veronica apretó la mandíbula, quitó suavemente la mano del hombre, y se puso de pie. Luego, después de una profunda respiración por la nariz y una exhalación por la boca, se volvió.

para mirar al hombre que estaba a su lado.

Era un policía estatal, con piel pálida y una pizca de pecas naranjas en su cara. Su expresión era neutral, pero había un atisbo de una sonrisa en sus ojos que era desconcertante. Era lo opuesto a una sonrisa que no llegaba a los ojos de una persona.

Lo reconoció de inmediato.

Era el hombre al que Steve había intentado evitar la noche anterior al esconderse en la tienda de tatuajes.

"Estoy bien," Veronica respondió bruscamente, un poco demasiado agudo. Siguió esto con un más suave, "Gracias".

Ahora que estaba mejor preparada, observó el cadáver mientras el Sheriff Steve Burns hacía todo lo posible para sacar a los cazadores del bosque.

El cuerpo todavía estaba rodeado de un aura brillante, pero como un olor después de haber estado inundado por él durante un tiempo, se había atenuado.

La mujer llevaba una blusa blanca y una falda de cuadros rojos y blancos. Había sido posada, con un brazo por encima de su cabeza, y el otro colgando lacio a su lado. Veronica consideró que este brazo también podría haber sido colocado sobre su cabeza pero había caído desde entonces. Su pequeño seno derecho había sido sacado de la camisa y su piel era tan pálida que las delgadas venas azules que conducían a un pezón oscuro eran claramente visibles. Las piernas de la mujer habían sido abiertas tan ampliamente que la falda se amontonaba alrededor de su cintura.

No llevaba ropa interior.

Los ojos de Veronica se desviaron hacia arriba desde las partes íntimas de la chica, y notó la marca de ligadura en su garganta.

Cuando Steve le había dicho la noche anterior que la primera víctima, la que el oso había atacado, había sido maquillada para parecer una muñeca, esto no era lo que ella se había imaginado.

El cabello oscuro de la mujer estaba recogido en una cola de caballo apretada, y toda su cara estaba pintada de blanco puro. Esto recordó a Veronica el maquillaje de una Geisha, pero ahí terminaban las similitudes. Sus ojos estaban cerrados, y había círculos rojos del tamaño de una moneda pintados en cada mejilla. La misma pintura o maquillaje había sido usado para convertir sus labios en un corazón casi perfecto.

Era una vista inquietante.

Veronica analizó la escena a continuación, buscando signos de lucha o quizás el arma del crimen.

No vio nada. Las hojas estaban perturbadas prácticamente en todas partes donde Veronica miraba, pero era imposible distinguir entre lo que fue causado por la víctima o el desconocido y los cazadores que habían contaminado la escena.

Al menos ahora se habían ido. Steve y sus ayudantes habían establecido un gran perímetro alrededor del árbol. Veronica todavía podía oír a los cazadores, una mezcla de voces asustadas y emocionadas que resonaban a través del bosque, pero ya no podía ver los.

"Parece exactamente igual que la otra", murmuró una voz a su lado. Veronica miró al policía estatal.

Ya no había brillo en sus ojos. En cambio, detectó miedo en los pálidos iris del hombre.

No es que el hombre lo admitiera jamás.

Pero Veronica no tenía tales inhibiciones masoquistas y lo que el hombre dijo a continuación la aterrorizó hasta la médula.

"Parece que tenemos un hacedor de muñecas entre manos."

Capítulo 18

El Sheriff Burns presentó a Veronica de nuevo a la forense del condado Bear, Kristin Newberry, y luego la presentó a la Dra. Julia Thorpe, una patóloga de aproximadamente la misma edad que Kristin pero considerablemente más pesada.

Por último, pero no menos importante, el teniente de la Policía Estatal Phil Crouch.

"Basándonos en la temperatura del hígado, ha estado muerta de veinticuatro a treinta y seis horas", informó la Dra. Thorpe.

El sheriff, que había estado haciendo todo lo posible por mantener la calma frente a tal desastre, finalmente se quebró. Se quitó el sombrero y se agarró la frente.

"Maldito infierno. ¿Podría haber estado aquí anoche? ¿Cómo es eso posible?" Su voz era baja y ronca, pero con cada palabra, el volumen aumentaba. "Estábamos aquí. Maldita sea, tenía treinta diputados y perros — malditos K9s en este bosque. ¿Cómo es posible que ella estuviera aquí todo el tiempo?"

Veronica resistió el impulso de consolar a Steve. Ambos estaban aquí —bueno, el Sheriff Burns estaba aquí en capacidad profesional— y ella no quería socavar su autoridad frente a sus diputados.

"Sabré más cuando la lleve de vuelta al laboratorio", dijo la Dra. Thorpe.

"Pudo haber sido colocada aquí esta mañana", comentó Veronica. "Se coló con todos los cazadores."

"Sí, claro", dijo Steve sin siquiera mirarla. Aun así, el sonido de su voz pareció reconfortarlo. Dejó de agarrarse la frente y se volvió a poner el sombrero. "¿Dónde está la Unidad de Investigación de la Escena del Crimen (CSU)?"

La garganta de Veronica se secó al instante. Y cuando un hombre con un traje de plástico blanco salió de detrás de un árbol, su corazón se detuvo.

Y luego otra vez.

Parecía Benny. Casi podía ver el pelo negro de su hermano colgando frente a su cara, un poco oscuro para ser real, como si fuera una peluca.

Una peluca usada para cubrir un cuero cabelludo que estaba cicatrizado por el fuego e incapaz de crecer pelo.

La palabra Benny casi se le escapó de la boca, pero él habló primero.

La la...

No, no era eso. La canción se había ido.

"Lo siento, fue difícil llegar aquí con los coches bloqueando el camino. Tengo a dos técnicos más, novatos, llegando para echarme una mano. Tendremos esto acordonado en poco tiempo."

¿Novatos?

Ahora que lo miraba mejor, Veronica se dio cuenta de que el técnico de la CSU no compartía muchas, si acaso alguna, similitudes con su difunto hermano.

Para empezar, él era al menos quince años más joven.

"Lo más pronto posible", ordenó el sheriff.

Mientras el técnico comenzaba a desempacar sus suministros de una enorme caja de herramientas gris, Veronica se alejó de Phil Crouch y se acercó a Steve.

Él vio su acercamiento y su expresión se suavizó.

Veronica se inclinó a disculparse, no porque pensara que estaba en falta —si acaso, podría haber reaccionado un poco de más—, sino para enterrar el hacha de guerra.

Pero ahora no era el momento.

"¿Este es el segundo cuerpo?"

Un rompehielos: todos los presentes sabían ahora que esta era la segunda víctima.

Steve asintió.

"¿Algún tipo de huellas dactilares? ¿Fibras? ¿Algo así?"

Ahora el sheriff negó con la cabeza.

"Nada. Escena similar, ropa, pose. La única diferencia es que el oso no llegó a esta. En cuanto al maquillaje..."

Kristin Newberry, quien había estado ayudando a la Dra. Thorpe a recoger pruebas del cuerpo, habló.

"No es maquillaje. Es pintura acrílica común y corriente. Nada especial en ella. Usualmente se utiliza en lienzos."

Veronica respiró hondo antes de hacer su próxima pregunta.

"¿Y el tatuaje? ¿Algún avance en eso?"

Esperaba que Steve respondiera, pero una vez más, fue la forense quien respondió.

"En realidad, estaba investigando los nombres que me diste del estudio de tatuajes cuando..."

Kristin hizo un gesto hacia el cuerpo. "En fin, investigué a dos de las tres."

"¿Y?"

"Bien, Britney Sage publicó en su Twitter e Instagram ayer, así que no puede ser ella. Kelsey Astor publicó por última vez en Facebook hace una semana. Fue una foto de un bar, creo. Nada desde entonces. Planeaba salir a ver si podía hablar con ella más tarde hoy."

"Tan pronto como termines aquí, por favor."

Cayeron en silencio mientras Kristin y la Dra. Thorpe volvían a su trabajo. La CSU ya había establecido un perímetro con cinta de la escena del crimen y estaba en proceso de montar grandes luces clave para iluminar mejor la escena.

"Supongo... que veré si puedo calmar a la multitud afuera", ofreció el teniente Crouch.

Veronica intentó leer al hombre, pero le resultó difícil. Era un observador agudo, eso era obvio.

"No—" comenzó el sheriff.

"No te preocupes, los mantendré calmados", interrumpió el policía.

Steve pareció incómodo, pero Phil Crouch ya estaba en movimiento. El sheriff sacudió la cabeza mientras veían al hombre irse.

"De acuerdo", gritó Steve, "Pero menos es más. Déjame lidiar con los medios."

Crouch se detuvo y se volvió. El extraño brillo había vuelto a sus ojos.

"Esta no es mi primera rodeo, Burnsy."

Y entonces sonrió.

Veronica absorbía esta interacción incómoda.

Burnsy... no esperaba este nivel de intimidad entre los dos hombres. A pesar de la naturaleza jovial de la respuesta de Phil Crouch, había algo entre ellos, algo oscuro.

Aunque ahora vivían juntos —un arreglo temporal hasta que Steve lograra vender su casa—, Veronica todavía sabía muy poco sobre la vida del sheriff antes del condado Bear. Sabía que había sido un policía estatal, pero eso era todo. Dado el complicado pasado de Veronica, del que era reacia a hablar, no parecía correcto indagar. Pero ahora que los Estatales habían sido llamados a este caso, y parecía que trabajarían juntos, Veronica deseaba conocer un poco de su

historia.

"Puedo confirmar que nuestra víctima murió por estrangulamiento, al igual que la otra chica", declaró la Dra. Thorpe.

La patóloga estaba diciendo lo obvio, pero ese era su trabajo: ser lo más detallista posible.

Veronica centró su atención de nuevo en el cuerpo. El resplandor que la rodeaba casi había desaparecido.

¿Su nombre es Kelsey Astor? Kelsey, ¿qué hiciste para merecer esto? ¿Con quién hablaste? ¿A quién enfadaste? ¿Quién te vistió así y por qué?

Decenas de preguntas pasaban por la mente de Veronica.

¿Cómo había llamado el policía estatal al asesino? ¿El Fabricante de Muñecas?

Generalmente no era fanática de los apodos. Le daban demasiado poder a estos psicópatas. Un par de años atrás, Veronica había leído sobre un joven retorcido en la ciudad de Nueva York que había grabado a sí mismo desmembrando a su compañero de cuarto en busca de fama.

Los medios habían accedido, apodándolo el 'Asesino de Internet'.

Veronica parpadeó y el aura alrededor del cadáver desapareció por completo.

Al diablo con el fabricante de muñecas; ella estaba más interesada en las muñecas. Por ahora, al menos.

"Iré a visitar a Kelsey Astor", ofreció Veronica.

No recibió quejas ni de la forense ni de la patóloga, y el técnico de la CSU parecía no haberla oído.

Steve sí lo hizo, y la miró con ojos compasivos.

"Veronica, déjame—"

Veronica lo detuvo con un movimiento de cabeza.

"No, está bien. Puedo hacerlo. Tengo que hacerlo."

Al ver la determinación en su rostro, el Sheriff del condado Bear, Steve Burns, optó por permanecer en silencio.

Capítulo 19

No fue difícil para Veronica encontrar una dirección para Kelsey Astor. La chica, de veintisiete años, aún vivía en casa con su madre, Kathleen, y trabajaba como camarera en un bar local en Greenham. Como muchos de su generación, la vida de Kelsey estaba documentada en línea, y usando su computadora portátil proporcionada por la policía, Veronica primero encontró el número de teléfono de la chica y luego lo rastreó inversamente para descubrir su dirección.

Las fotografías que había descubierto de Kelsey se parecían a su víctima con la pintura facial. Era difícil decir con seguridad si eran la misma persona, sin embargo, debido al trabajo de maquillaje de Arlequín. Tal vez después de que la Dra. Thorpe terminara de analizar el maquillaje y lo quitara, podrían hacer una mejor comparación. Pero tenían que trabajar rápidamente antes de que los cuerpos siguieran acumulándose. Una hora de retraso podría significar otra víctima. Un día, dos o tres nuevas muñecas. La identificación se complicó por el hecho de que el tercer nombre que Steve había obtenido del tatuador, Becky Thompson, se parecía mucho a Kelsey. Ambas tenían cabello corto castaño, ojos y nariz pequeños, labios llenos.

Pero primero lo primero: Kelsey Astor.

Armada con la fotografía del tatuaje de mariposa cortesía de Steve, y la imagen del rostro pintado de la víctima de Kristin Newberry, Veronica se estacionó en el camino de entrada de un pequeño bungalow detrás de un Mazda 3 azul.

Estaba a punto de salir de su auto cuando se dio cuenta de la gravedad de lo que estaba a punto de hacer. Britney Sage había publicado en línea solo ayer, lo que significa que no podía ser la chica que había sido profanada por el oso.

Eso significaba, con toda probabilidad, que su primera víctima, la primera muñeca, era Kelsey o Becky. Una posibilidad del cincuenta por ciento de que Veronica iba a decirle a una madre amorosa que su hija había muerto.

Durante su carrera como policía y luego como detective, solo en unas pocas ocasiones Veronica tuvo que dar la peor noticia posible. Nunca se volvió más fácil, y se recomendaba que esto se hiciera en parejas en casi todos los departamentos. A veces, esto resultaba ser un desastre. Algunos policías simplemente eran IA cuando se trataba de este tipo de cosas. Pero Veronica y Freddie eran el equipo perfecto. Freddie era el compasivo, el tipo cuidador, mientras que Veronica era la joven atractiva con la actitud sin tonterías. Podían jugar el uno con el otro, asegurándose de que ninguno de ellos se metiera demasiado en el pozo de la pena. El dolor era contagioso, por eso era importante mantenerse en tierra y distante. Y sin embargo, había un arte en la entrega, ya que parecer insensible o desalmado era peor. Aunque quizás no sea contagioso, esta actitud definitivamente era metastásica.

Pero Veronica estaba sola y para empeorar las cosas, eran aproximadamente de la misma edad. Justo cuando reconsideraba sus opciones, sonó su teléfono.

Respondió mientras salía de su auto.

"¿Veronica?"

"¿Qué pasa, Freddie?" respondió Veronica mientras se dirigía hacia la puerta delantera de la casa de Kathleen Astor.

"Solo quería ver cómo estás. Te fuiste bastante apurada."

Veronica se estremeció.

"Mierda, lo siento. Estaba..."

Veronica no estaba segura de qué decir.

¿Dejé nuestro caso porque vi que mi novio estaba en problemas? ¿Porque pensé que podría necesitar mi ayuda, aunque nunca la pidiera?

Freddie se distrajo con el parloteo en el fondo, salvándola de decir una mentira incómoda.

Aclaró su garganta y volvió a la línea un momento después.

"¿Algún avance sobre el Sujeto A o B?" preguntó Freddie, todo negocio ahora.

¿Sujeto A o B? ¿De qué diablos estás hablando?

"Correcto", continuó su compañero aunque ella no había dicho nada. "¿Y tu CI? ¿Tiene alguna pista sobre los relojes robados?"

Veronica se detuvo a mitad de camino hacia la puerta.

¿CI? ¿Sujeto A y B?

Entonces lo entendió.

La IA estaba allí. Cuando Veronica salió apresurada de la oficina, ni siquiera había considerado a Cole Batherson. Pero ahora probablemente el hombre se preguntaba dónde diablos se había metido.

No era una buena imagen y Freddie estaba tratando de salvar la situación.

"Mierda, escucha", Veronica bajó la voz, "hay dos asesinatos en el bosque de Hilltona, justo en la RR 2. El primero, hace una semana, el segundo anoche. El asesino los vistió como muñecas".

"Correcto, uh-huh."

"Es un desastre allí, Freddie. También ha habido un avistamiento de un oso y hay docenas de cazadores tratando..."

"Correcto, ¿pero tu CI está manteniendo su oído en la calle? ¿Ha oído algún rumor en la calle?"

Ahora estaban teniendo deliberadamente dos conversaciones diferentes, pero el hecho de que Freddie no la hubiera interrumpido significaba que todavía estaba interesado en lo que tenía que decir.

"En este momento, estamos tratando de identificar a las víctimas. Una vez que sepamos quiénes son, rastreamos sus pasos. Freddie, los cuerpos... son horribles. Quienquiera que sea responsable no se detendrá en dos."

"Está bien, sigue presionando el pavimento. Me he puesto en contacto con otras agencias de aplicación de la ley para que también mantengan sus oídos abiertos. Estaré en contacto."

"Gracias, Freddie. Y lo siento. Volveré pronto."

"Pronto", repitió Freddie.

Veronica colgó. Impulsada por un sentido de urgencia sabiendo que la IA siempre estaba vigilando, caminó rápidamente hacia la puerta.

Tomó una respiración profunda y llamó.

Hubo movimientos dentro de la casa, y después de menos de un minuto escuchó a alguien moverse hacia la puerta.

Por favor, que sea Kelsey, fue el último pensamiento que tuvo Veronica antes de que se abriera la puerta. Se detuvo violentamente en la cadena de seguridad como si la persona del otro lado se hubiera olvidado de que estaba puesta.

"¿Hola?" dijo una mujer.

Los ojos de Veronica tardaron en adaptarse a la tenue iluminación dentro de la casa. Cuando

lo hicieron, vio a una mujer unos centímetros más baja que la estatura de Veronica, que medía un metro sesenta y cinco, con el cabello rubio-gris desordenado, mejillas hundidas y ojeras. El olor que percibió Veronica no era de gasolina, indicativo de una mentira que aún no se había pronunciado, sino de alcohol.

"¿Kathleen Astor?"

"Sí... ¿en qué puedo ayudarte?" A pesar de su apariencia y su obvio estado de embriaguez, la voz de Kathleen era inesperadamente dulce y suave.

"Mi nombre es la detective Veronica Shade."

Sacó su placa y la sostuvo en la estrecha apertura el tiempo suficiente para que Kathleen la observara bien. Luego, la mujer cerró la puerta, desenganchó la cadena y la abrió de nuevo, esta vez completamente.

"¿Es Kelsey? ¿Le pasó algo a Kelsey?"

El corazón de Veronica se hundió.

Cincuenta por ciento de posibilidades... esas probabilidades se habían inclinado considerablemente después de esas dos inocentes preguntas.

Veronica quería escuchar, ¿Qué ha hecho la chica ahora? Kelsey está arriba... la voy a buscar.

"Señora Astor, ¿cuándo fue la última vez que vio a su hija?"

"¿Qué?" La palabra salió en parte como un jadeo.

"Kelsey es su hija, ¿verdad?" Veronica estableció un hecho para volver a encarrilar las cosas. de simplemente mostrarle a Kathleen la fotografía del rostro pintado de la víctima. Saberlo, de cualquier manera, tenía que ser mejor que esto.

Pero no pudo obligarse a hacerlo.

"Lo siento... realmente lo siento. Por favor, venga a la estación. Puede ver el cuerpo allí."

"¿Qué? ¿Qué estación? Por favor, si era Kelsey, tienes que decírmelo."

"N-no, no la estación, uhh..."

Joder, ¿dónde estaba el cuerpo? ¿La morgue? ¿Qué morgue?

Veronica recordó la expresión de Steve cuando le dijo que podía hacerlo, que tenía que hacerlo.

¿Dónde estaba el olor a gasolina entonces, eh? Qué jodida mentirosa soy.

Veronica dio un paso atrás.

"Lo siento. Realmente lo siento. Por favor, llame al departamento del sheriff. Pida por Steve. Él... él podrá ayudar."

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Kathleen y Veronica le dio la espalda a la mujer.

"Lo siento", murmuró. Y luego, incluso cuando Veronica estaba sola en el coche, repitió su disculpa, aunque incluso ella no estaba segura a quién estaba dirigida esta vez. "Lo siento mucho."

Capítulo 20

"Es ella", susurró Veronica en su teléfono móvil. "Es ella".

"¿Estás segura?" El Sheriff Steve Burns hablaba en voz alta, pero su voz tenía una calidad aireada, probablemente porque todavía estaba en el Bosque de Hilltona.

"Noventa por ciento. Pero la cagué, Steve."

Veronica hizo una pausa y miró la casa de los Astor. Una atónita Kathleen estaba con su teléfono contra la oreja. Su rostro brillaba por las lágrimas y, a juzgar por los tonos azules que se extendían desde su piel, también por el sudor ansioso. Después de que Veronica se había ido torpemente, había retrocedido por el camino de la mujer y había conducido unas pocas casas antes de verse obligada a parar. Todavía podía ver a Kathleen, pero dudaba de que la mujer devastada pudiera verla.

Veronica esperaba que la mujer no pudiera verla.

"¿Qué pasó? ¿Estás bien?"

"Estoy..." Veronica estaba a punto de decir que estaba bien, pero no quería mentirle a Steve. Optó por cambiar de tema en su lugar. "Creo que deberías enviar a un diputado a la casa de Kathleen. Está... angustiada."

"¿Estás segura de que la víctima es su hija?"

"Estoy... noventa por ciento. Pero no estás escuchando. Está toda descompuesta. Un diputado debería venir a buscarla y llevarla de vuelta a la morgue para identificar el cuerpo."

Por favor, ven a la estación. Puedes ver el cuerpo allí.

"Veronica, espera un segundo." Escuchó el sonido de la vegetación crujiente y la respiración pesada de Steve. "No sé si puedo prescindir de un diputado, para ser honesto. Los cazadores... piensan que hubo otro ataque de oso. Es todo lo que puedo hacer para evitar que desfilen aquí y disparen a todo lo que se mueva. ¿Hay alguna manera de que puedas llevarla a la morgue?"

Veronica luchó para tragar y luego cerró los ojos, pero Kathleen seguía estando en primer plano en su mente.

"Lo siento, yo... yo no puedo."

No puedo porque asuntos internos me están presionando y Freddie está cubriéndome de nuevo. No puedo, porque este no es mi caso, es un caso del Condado de Bear, y tengo una responsabilidad con la Ciudad de Greenham.

No puedo, por Kathleen Astor. Por su dolor y cuánto me recuerda a mi propia pérdida.

Veronica había insistido en volver al trabajo de campo. Tres meses eran como una eternidad para un policía, dos para un detective. Se había sentido insultada y herida porque todos la estaban mimando, poniéndola en un caso de robo de joyería no violento.

Ahora, mientras su corazón golpeaba contra su caja torácica y su diafragma se sentía tan rígido como una barra de refuerzo, Veronica comenzó a pensar que quizás ellos tenían razón.

Y ella estaba equivocada.

Tal vez no estoy lista para volver.

"¿Veronica?"

No, se reprendió a sí misma. Eso es lo que pensaba ese imbécil de Ken Cameron. No eres lo suficientemente buena ni mereces ser detective. Solo conseguiste este trabajo por tu padre.

Veronica aclaró su garganta y se obligó a tomar un respiro completo.

"Kathleen, la madre de Kristen, dijo que tuvieron una pelea y que su hija se estaba quedando con su novio. No vive lejos. Voy a hablar con él".

Hubo una pausa incómoda, y Veronica sabía exactamente lo que Steve estaba pensando.

¿No puedes quedarte con esta mujer, esta mujer desesperada y en duelo, pero puedes visitar al novio de la víctima?

No tenía sentido para Steve, pero tenía sentido para Veronica.

Más o menos.

Veronica miró la residencia de los Astor mientras ponía su coche en marcha. La mujer todavía tenía su teléfono móvil presionado contra la cabeza, tratando de contactar a su hija.

"Quizás deberías esperar. En media hora, quizás una hora, debería tener algunos diputados disponibles. Uno puede ir a la casa de la madre, el otro puede acompañarte al del novio", sugirió Steve.

"Envía a alguien a la casa de Kathleen Astor, lo más pronto posible", dijo Veronica. Dio la dirección y luego colgó el teléfono antes de que Steve pudiera decir otra palabra.

Su mano temblaba, y soltó un pequeño jadeo cuando el teléfono que todavía sostenía sonó. En la pantalla decía: STEVE, pero rechazó la llamada.

Le tomó tres intentos para poner la dirección de Rob Pinkerton en la aplicación de navegación. Pero, frustrada como estaba, el viaje de treinta minutos le tomó sólo doce.

Y cuando llegó, Veronica se prometió a sí misma que si incluso tenía una pista, un olor, de que su novio le estaba mintiendo? Si tenía la más mínima sospecha de que él era responsable de esos horribles espectáculos en el bosque?

Entonces iba a derribarlo.

Sola.

Que le den a Ken Cameron. Podía hacer este trabajo. Tenía que hacerlo.

Veronica tenía que detener a un fabricante de muñecas.

Rob Pinkerton vivía en un condominio en el tercer piso de uno de los pocos vecindarios de clase media de Matheson. En su estado de confusión, Kathleen no había logrado decirle a Veronica en qué unidad vivía Rob, pero encontró su nombre y el número de unidad correspondiente en el buzón dentro del vestíbulo.

Esto iba a ser diferente, se dijo a sí misma. Kathleen Astor nunca había sido sospechosa, pero, por defecto, Rob Pinkerton lo era. Por injusto que esto pudiera ser, Veronica estaba sujeta a las estadísticas. Y a su sinestesia.

A nivel mundial, el noventa por ciento de todos los asesinatos los cometían hombres. Cuando la víctima era una mujer, como era el caso actual, más de una tercera parte de las veces, el crimen era cometido por un compañero íntimo.

Esto significaba que si la primera muñeca era Kelsey Astor, entonces Rob Pinkerton era el principal sospechoso.

A diferencia de Kathleen, si Rob Pinkerton tenía una cadena de seguridad, no estaba enganchada. Después de tres fuertes golpes en la puerta, esta se abrió de par en par y se encontró mirando a un hombre con el pelo castaño desordenado, ojos azul claro y una cara redonda y regordeta.

Veronica, que ya tenía su placa lista, la sostuvo a la altura de los ojos.

"Soy la detective Shade, del Departamento de Policía de Greenham", dijo firmemente. "Estoy

buscando a Kelsey Astor. ¿Está aquí?"

El hombre pasó una mano por su cabello, que parecía no lavado.

"No, está en casa de su madre. ¿Pasó algo... sucedió algo?"

No todos los días una detective aparece en tu puerta preguntando por tu novia, así que la pregunta parecía bastante natural. Sin embargo, Veronica estaba en alerta máxima, buscando, no, olfateando cualquier indicio de engaño.

"¿Cuándo fue la última vez que viste a Kelsey?"

Los ojos del hombre se desviaron casi imperceptiblemente hacia su placa, que Veronica aún sostenía en su mano derecha. Al notarlo, la cerró rápido, generando un sonido de chasquido que hizo saltar al hombre.

"Hace dos semanas, quizás más."

Veronica olió gasolina en su aliento más fuerte que el alcohol en el de Kathleen. Decidió presionarlo un poco antes de desafiarse sobre su mentira, sin embargo.

"Señor Pinkerton, ¿cuánto tiempo llevan juntos usted y Kelsey Astor?" preguntó Veronica, utilizando deliberadamente el apellido del hombre para establecer autoridad.

"Un año y medio", respondió Rob. "Realmente no estoy seguro de qué se trata esto. No he visto... eh, hablado con ella en más de una semana. ¿Está bien Kel?"

Casi se le escapó.

"¿Han estado juntos un año y medio y no han hablado en más de una semana? ¿Es eso normal para ustedes?"

El hombre se sintió cada vez más incómodo y cambió su peso de un pie al otro.

"Más o menos. Estamos un poco... quiero decir, las cosas están un poco complicadas, ¿sabes?"

Esto también era una mentira.

Algo había ocurrido entre ellos. Kathleen había dicho que habían discutido por su tatuaje y que había venido aquí. ¿Cómo estaba su estado de ánimo? Probablemente Kelsey estaba molesta, buscando consuelo y comprensión. Si Rob no se lo ofrecía, ¿habría descargado sus frustraciones sobre él?

¿Y si es así, él, a su vez, se había enfurecido tanto que la había estrangulado hasta la muerte?

"Señor Pinkerton, ¿su novia tenía un tatuaje en el muslo? ¿Un mariposa?"

"Sí... Yo estuve con ella cuando se lo hizo. Escucha, estoy realmente confundido aquí. ¿Dijo ella que yo hice algo o...?"

"¿Por qué pensarías eso?"

"Joder... Yo..." Rob se lamió los labios a pesar de que ya brillaban con saliva. "No lo sé. ¿Por qué estás aquí? ¿Y dónde está Kelsey? No entiendo lo que está pasando."

"¿Quieres saber dónde está Kelsey?"

Al hacer esta pregunta, Veronica se aseguró de concentrarse en la cara del hombre, buscando cualquier microexpresión subconsciente y sutil.

Él era ilegible.

"Sí. Por favor."

"Entonces necesitas decirme algo primero."

Los ojos del hombre se movieron de un lado a otro.

"¿Qué?"

"¿Por qué me estás mintiendo?"

"¿Qué? No, yo... yo... yo no", tartamudeó el hombre.

El olor a gasolina era intenso ahora.

"Sí lo estás... y creo que sé por qué." Veronica dio un paso atrás y movió la mano hacia su cadera, más cerca de su pistola de servicio.

"Juro que no sé qué está pasando aquí. No estoy mintiendo. No sé dónde está Kelsey. No sé..."

"Sí lo sabes", contradijo Veronica, ahora desenfundando su arma. "Sabes lo que le pasó a Kelsey porque tú la mataste. Enrollaste un cable alrededor de su cuello y estrangulaste a Kelsey Astor hasta la muerte."

Capítulo 21

El sheriff Burns revisó por tercera vez que la cremallera de la bolsa para cadáveres estuviera bien cerrada. Lo último que quería era que uno de los pocos cazadores que quedaban y que sus diputados no habían logrado espantar viera el cuerpo. Sin duda, se sabría del maquillaje y la ropa, la pose también, pero hay una diferencia entre oír y ver. Ya era bastante malo que un cazador borracho hubiera encontrado la escena.

"¿Existe otra salida de este bosque?"

"¿Necesitas un mapa, Burnsy?" Dijo el teniente Crouch con una sonrisa.

Steve no respondió. En cambio, miró hacia atrás, lejos de la Ruta Rural 2 y el Rancho Bellinger.

¿Cómo llegó el cuerpo aquí sin que lo viéramos?

No habían buscado en todo el bosque, eso llevaría semanas, pero este lugar no estaba lejos de la ubicación del primer cuerpo, ¿a dos millas tal vez? Parecía improbable pensar que ningún diputado pasó por este lugar durante la búsqueda.

Eso significaba que alguien montó la escena anoche.

El sheriff entrecerró los ojos mientras miraba más profundamente en el bosque.

¿De dónde vienes?

Había unas cuantas entradas oficiales al Bosque de Hilltona, todas ellas conducían a senderos para caminatas, pero ninguna de estas estaba cerca de la frontera sur. Steve sabía que a las prostitutas y a los drogadictos les gustaba usar el bosque para sus actividades extracurriculares, pero esta área era demasiado remota, y sus campamentos normalmente se establecían cerca de la frontera oeste, flanqueando el Río Casnet.

El problema era que, si no querías ser visto, podías entrar al bosque en prácticamente cualquier lugar a lo largo de su perímetro de ochenta millas o más.

Y eso era mucho terreno para cubrir.

"Bueno, parece que conoces esta área mejor que yo, así que, Phil, ¿por qué no agarras un par de diputados e intentas averiguar por dónde entró nuestro desconocido al bosque? Y sí, un mapa sería bueno. Marcar las ubicaciones de los dos cuerpos podría ayudarnos a descifrar la forma más rápida y lógica de entrar y salir de Hilltona desde aquí."

El labio del teniente Crouch se contrajo. Estaba acostumbrado a dar las órdenes, no a recibir órdenes.

"Creo que—"

"Sheriff, necesitamos un poco de ayuda aquí."

Steve se giró y vio a su jefe de diputados acercándose. Se sorprendió de lo similares que se veían McVeigh y Crouch. Marcus era casi dos décadas más joven que Phil, pero fácilmente podría pasar por el hijo del hombre. Ambos tenían rasgos redondeados, labios grandes y, aunque Phil tenía cabello naranja, Marcus tenía un poco de rubio fresa en su cabello. Este último no tenía pecas propiamente dichas, pero bajo cierta luz, sus cicatrices de acné desvanecidas podrían interpretarse como tales.

"Sí, supuse que esto pasaría."

Steve asintió al teniente, agradecido de que McVeigh hubiera llegado cuando lo hizo para no tener que discutir con Crouch sobre lo que este debería o no debería estar haciendo para ayudar

con el caso.

Mientras él y su diputado se dirigían hacia la Ruta Rural 2, su teléfono sonó.

Era Veronica.

Sus ojos se abrieron y su mandíbula se apretó al escuchar lo que ella tenía que decir. Veronica quería que un diputado viniera a la casa de Kelsey Astor, pero él no podía prescindir de uno ahora. Cuando dijo eso, ella le colgó y se negó a contestar su llamada de vuelta.

"Mierda."

"¿Está todo bien?" preguntó McVeigh.

No, las cosas no estaban bien.

Veronica sonaba como si estuviera alterada. Era demasiado pronto para que ella volviera, especialmente en un caso tan perturbador como este. Pero eso era lo que pasaba: ella no estaba oficialmente en el caso. Ahora que Veronica estaba involucrada, sin embargo, Steve sabía que hacer que se desvinculara era una imposibilidad. Había una delgada línea entre determinación y obstinación, y Veronica Shade parecía caminar por el medio en prácticamente todo en su vida.

Habían llegado al borde sur del bosque, a través del cual podía ver el Rancho Bellinger. Para su crédito, sus diputados habían hecho un buen trabajo despejando la multitud. Desde este punto de vista, la carretera parecía casi desprovista de coches, lo que permitía que la furgoneta de la CSU, ahora cargada con la segunda víctima, retrocediera hacia la zanja. Los cazadores aún estaban por allí, mirando atónitos o estupefactos, pero se mantenían a una distancia respetable del bosque.

Justo antes de salir de los árboles, Steve se detuvo y se dirigió a su diputado.

"McVeigh, necesito que hagas algo por mí. Necesito que vayas a la casa de Kelsey Astor, recojas a su madre, la llesves a la morgue para una identificación."

McVeigh frunció el ceño.

"¿Ahora? Con todo esto..." el hombre terminó su frase señalando a los medios de comunicación reunidos en la carretera.

"Sí, ahora. Si quieres, puedes conseguir otro diputado para lidiar con la madre de Kelsey, pero entonces tienes que visitar a su novio."

Steve mantuvo la mirada de McVeigh, dejándole saber que esto era importante.

Y lo era. En realidad, Steve preferiría mucho que McVeigh hablara con los medios, pero esto iba a explotar de la peor manera posible. Las relaciones con los medios eran su responsabilidad, y si el sheriff no estaba en primera línea para este caso, se interpretaría como que no estaba poniendo los recursos necesarios para atrapar a un asesino en serie.

Absurdo, pero esa era la realidad.

"De acuerdo," dijo McVeigh de mala gana. No estaba contento con tener tareas de niñera, pero era leal.

"Gracias. Ah, una cosa más. Llama a este hombre", dijo Steve, pasándole el número de teléfono.

El diputado anotó la información y se fue, saliendo del bosque lejos de la multitud. Steve se tomó un momento para sí mismo y luego salió al sol.

Tenía que manejar esto profesionalmente. Su trabajo era infundir fe en el público, y hablar abierta y transparentemente, sin incitar al pánico.

Era un trabajo delicado, por decir lo menos.

"Sí, vi el cuerpo. Estaba todo pintado y demás, como un payaso o—"

"Mierda."

Steve reconoció al hombre que había descubierto el cuerpo y corrió hacia él. Estaba en

proceso de ser entrevistado por una estación de televisión local, pero no le importó. El sheriff lo agarró bruscamente por el hombro.

"Eres el genio que trajo a su hija al bosque, ¿no es así?" le siseó al oído del hombre.

Los ojos del hombre se abrieron.

"Eso no fue muy inteligente, ¿verdad? ¿Con todos estos cazadores ondeando sus armas?"

"Bueno, yo-yo-yo quiero decir, yo estaba—yo estaba—"

"Solo te estabas yendo, eso es lo que estabas haciendo. Estabas llevando a tu hija y —" el sheriff olfateó, inhalando el fuerte olor a alcohol en el aliento del otro hombre. "—y caminando a casa."

Steve sonrió a la cámara y apretó aún más el hombro del hombre. Luego lo hizo girar y, con la espalda a la cámara, el sheriff susurró: "y vas a mantener la boca cerrada sobre lo que viste. Porque si no lo haces, voy a llamar a los servicios de protección infantil."

La mandíbula del hombre se abrió y Steve finalmente lo soltó.

Luego se volvió hacia la niña con los dientes faltantes y las coletas marrones.

"Y tú, cariño, si alguna vez quieres hablar con alguien, solo pide al Sheriff Steve, ¿de acuerdo?"

Ella asintió y luego deslizó su mano en la de su padre.

Otro respiro profundo y Steve finalmente se volvió para enfrentar a la multitud. Fue inmediatamente bombardeado con preguntas.

"¿Sheriff? ¿Sheriff Burns? ¿Es cierto que se encontraron dos cuerpos en el bosque?"

"¿Fueron comidos por un oso?"

"¿Es cierto que fueron decapitados?"

"¿Hay un asesino en serie llamado el Fabricante de Muñecas?"

El sheriff se estremeció ante esta última pregunta.

El Fabricante de Muñecas.

Capítulo 22

"Verónica tiene este informante confidencial", dijo el detective Freddie Furlow, aunque Cole Batherson no le había hecho directamente una pregunta. "Es genial, conoce a todos, pero a veces es un poco difícil de localizar".

Cole lo miró extrañado, luego volvió a su estación de trabajo sin decir nada. Freddie comenzó a agregar algo más, pero sabía que ya había dicho demasiado.

Sacudiendo la cabeza, volvió su atención a su escritorio. Había desechado el terrible sándwich que Verónica le había traído, bendito sea su corazón, y lo había reemplazado con una bolsa de Doritos y una Milky Way. Estaba terminando los primeros cuando sonó su teléfono.

El número no estaba registrado.

"¿Sí?"

"¿Detective Furlow?"

Freddie lamió el chocolate de la esquina de su boca. No reconoció la voz.

"Sí, ¿quién es?"

"Soy el diputado Marcus McVeigh. El sheriff Burns me dijo que te llamara".

Mientras Freddie escuchaba pacientemente lo que el hombre tenía que decir, levantó la mirada de su barra de chocolate al escritorio temporal de Cole Batherson. El hombre estaba en su laptop y no parecía estar prestando atención. Cole parecía lo suficientemente agradable, pero su sola presencia indicaba que algo no estaba bien en su departamento, y no estaba allí para hacer amigos. Ken Cameron podría haber sido la manzana podrida que había llamado la atención de Asuntos Internos, pero Freddie había sido policía durante mucho tiempo.

No era su lugar decirlo, pero sabía que su departamento tenía más de una mala semilla. Freddie amaba al capitán Peter Shade como a un hermano; el hombre era un buen policía, no, un gran policía. También era leal, dedicado, honesto e incorruptible.

Y esta era su perdición.

Peter Shade simplemente asumía que todos los demás en el departamento eran iguales a él. Pero ese estaba lejos de ser el caso. Ken Cameron era como una célula cancerosa que había sido dejada sin control durante demasiado tiempo. Se había metastatizado y sus clones amenazaban con tomar todo el departamento, asfixiar a los policías honestos, como él y Verónica. Freddie no había visto directamente nada fuera de lugar, o de lo contrario lo habría informado de inmediato, pero era lo que no estaba viendo lo que era alarmante.

Cada vez se arrestaba a menos pequeños traficantes de drogas al día y los cargos que se estaban presentando en los raros arrestos se estaban reduciendo. Casi imperceptiblemente al principio, pero ahora se estaba volviendo un poco más obvio.

Eso solo podía significar una cosa.

Y no era bueno.

Freddie suspiró, agradeció al diputado McVeigh y luego colgó el teléfono.

Dentro de su escritorio, encontró otra Milky Way y la devoró en tres bocados.

"¿Cole?" El hombre levantó una ceja. "Tengo que... tengo que irme".

"¿Encontraste algo?" preguntó Cole.

Freddie no estaba seguro de cómo responder. No era un buen mentiroso, diablos, era un mentiroso terrible. Y sabía que lo que realmente debería estar haciendo era tratar de encontrar

esos malditos relojes. Pero había hecho una promesa al Capitán Shade, una promesa de mantener a salvo a la hija del hombre.

Y eso es lo que iba a hacer.

"Quizás, no estoy seguro".

"¿Quieres que te acompañe?" preguntó Cole.

Freddie tragó saliva secamente.

¿Está preguntando porque sabe que a donde voy no tiene nada que ver con el caso que estamos trabajando? ¿O está preguntando porque realmente quiere ayudar?

"¿Fred?"

Sacudió la cabeza.

"No, mi coche es un desastre. No debería tardar mucho, sin embargo. Nos vemos en un rato".

Con un esfuerzo considerable, se levantó de su silla y el pistón hidráulico suspiró con alivio dramático.

Asegurarse de que Verónica no estuviera en peligro era más importante que cualquiera de sus trabajos o algunos relojes robados. La verdad es que él se preocupaba por ella. Ella era diferente, pero también era una policía especial. Y una buena persona.

Infierno, Freddie incluso había corrido por ella, si consideras la carrera incómoda que había hecho en la casa en llamas para salvarla primero a ella y luego al Sheriff Steve Burns, corriendo.

Le tomó veinte minutos llegar a la dirección en Matheson que McVeigh le había dado por teléfono. Aún no estaba cien por ciento seguro de qué estaba haciendo aquí, aparte de que Verónica necesitaba respaldo en relación con la chica que había sido asesinada en el bosque. Freddie estaba tangencialmente consciente del caso, solo porque había sido salpicado en las noticias como perdigones en las últimas veinticuatro horas, pero lo que no entendía es de qué se trataba la participación de Verónica.

Cinco minutos después, la mayoría de los cuales se pasaron esperando el ascensor, Freddie encontró a Verónica. Estaba parada justo afuera de la puerta del apartamento del hombre, su postura agresiva, su mano en la culata de su arma. Delante de ella estaba un joven de aspecto incómodo con cabello castaño claro y ojos azules. Sus rasgos estaban tensos.

"Repite eso".

Freddie se encogió ante la dureza de las palabras de su compañera, y luego se maldijo por ser tan malditamente gordo que no había llegado aquí dos minutos antes.

"¿Qu-qué?" tartamudeó el hombre. "Yo no hice—Yo no—¿qué? ¿Qué? No maté a—¿qué?"

Freddie, que respiraba pesadamente solo por caminar rápidamente desde el ascensor hasta el apartamento, tomó una respiración profunda y se infló el pecho.

"Detective Shade, ¿deberíamos llevarlo?"

Tanto Verónica como el hombre con el que estaba hablando se sobresaltaron al oír su voz, pero la primera se recuperó rápidamente. Le lanzó una mirada que era tan clara como las palabras: ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Freddie la había llamado Detective Shade por una razón: solo la llamaba así cuando era hora de irse. Desafortunadamente, Verónica estaba tan enojada que no captó la indirecta.

"¿Deberíamos llevarlo?" repitió Verónica, desplazándose a un lado para hacer espacio para su corpulencia.

"No entiendo", tartamudeó el hombre. "No he visto a Kelsey en una semana. ¿Está... está muerta? No, eso no puede ser".

"Nuestro amigo Rob Pinkerton aquí está mintiendo", informó Verónica a Freddie. "Él la ha visto. Ha visto a Kelsey".

"Bueno, no, quiero decir..."

Una cuarta voz entró en la refriega, una que Freddie reconoció de inmediato.

"Yo me encargaré de aquí en adelante".

A diferencia de Freddie, el jefe adjunto del condado de Bear, Marcus McVeigh, había optado por las escaleras.

"¿Qué diablos está pasando aquí?" jadeó Rob.

"Gracias, detectives Shade y Furlow".

Este fue un recordatorio no tan sutil de que estaban fuera de su jurisdicción. Solo estar aquí e interactuar con un sospechoso podría poner en peligro el caso. Freddie captó esto inmediatamente, pero a Verónica o no le importaba o no lo notó.

Ella fulminó con la mirada a Rob.

"¿Detective Shade?" repitió McVeigh.

"Verónica", espetó Freddie.

Esto trajo a la mujer a sus cabales, y finalmente comenzó a moverse. Freddie alentó esto al deslizarse entre ella y el sospechoso.

"Gracias, diputado", dijo, extendiendo la mano. "Si necesita algo más, no dude en llamarnos".

Freddie se vio obligado a enganchar físicamente su brazo con el de Verónica para alejarla de Rob. Los primeros dos o tres pasos fueron bastante fáciles, pero luego ella plantó sus pies.

Como su padre, Verónica Shade era increíblemente obstinada.

"Mientes", dijo con una voz espeluznante, sus ojos no se apartaron de los de Rob. "Sé que estás mintiendo".

Capítulo 23

Verónica no hizo ningún esfuerzo por ocultar su disgusto. Sabía que debería estar agradecida de que su compañero hubiera llegado cuando lo hizo antes de que ella hiciera algo realmente estúpido, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba molesta por ello.

“Entiendo que estás molesta,” dijo Freddie, notando su expresión retorcida. “Pero tenemos que ser inteligentes al respecto. Sabes que Asuntos Internos solo está buscando una razón para despedir a la gente.”

Tenía razón, y Verónica reconoció las palabras de su compañero dejando escapar un profundo suspiro.

“No viste el cuerpo, Freddie,” dijo después de que habían estado conduciendo durante un tiempo. “Fue horrible. Posado, casi desnudo, maquillaje extraño. Yo...yo...yo solo tenía que intentar ayudar.”

Freddie asintió pero no dijo nada y Verónica miró por la ventana la cálida tarde de julio.

“Steve dice que este es el segundo cuerpo y el forense piensa que fueron asesinadas con solo una semana de diferencia. Va a haber otra, Freddie. Te lo garantizo.”

“Vi algo en las noticias al respecto. Suena brutal.”

“Peor que brutal.”

“Pero...”

Los ojos de Verónica se clavaron en su compañero.

“¿Pero qué?”

“Ya sabes lo que voy a decir.”

Verónica lo sabía.

Freddie iba a decirle que este no era su caso, que no podían involucrarse.

Pero ella ya estaba involucrada.

En su favor, Freddie frunció los labios y permaneció en silencio.

“¿A dónde vamos, de todos modos?” Preguntó Verónica, mirando nuevamente por la ventana. Estaban saliendo de Matheson, hacia el este, en dirección opuesta a Greenham.

¿Me está llevando de vuelta a Hilltona? ¿Está...?

“Tenemos que encontrar a quien robó esos relojes.”

Verónica frunció el ceño.

“Malditos relojes. Tenemos a un tipo aquí descuartizando mujeres, convirtiéndolas en muñecas, y estamos buscando un montón de relojes.”

“En realidad, estamos buscando a las personas que asaltaron esas joyerías,” Freddie la corrigió.

“Sí, muy super. Ni siquiera llevan malditas armas.”

“Verónica, solo estoy intentando hacer lo mejor que puedo aquí. Si resolvemos este caso, y si el Sheriff Burns solicita nuestra ayuda con los asesinatos en el bosque, entonces podemos involucrarnos. Pero hasta entonces...” dejó su frase en el aire.

Freddie tenía razón, por supuesto. Freddie Furlow, la voz de la razón... cuando se trataba de cualquier cosa menos de dieta y ejercicio.

Verónica, finalmente disipándose su frustración y enojo, se dio cuenta de que estaban entrando en Sullivan, la tercera ciudad más poblada del condado de Bear, detrás de Matheson y

Greenham.

No un centro de relojes de lujo o joyerías en general, incluso.

“Si todos los robos ocurrieron en Greenham, ¿qué estamos haciendo en Sully?” Cuando su compañero no respondió, dijo, “¿Freddie?”

“Tú me conoces, yo no corro. Así que, necesitas estar lista.”

“¿De qué estás hablando?”

“Mira,” Freddie comenzó, una delgada sonrisa se formó en sus labios, “revisamos todas las grabaciones de seguridad, entrevistamos a los propietarios que fueron robados, y emitimos una alerta de búsqueda y captura para esos dos hombres sospechosos. Todavía sin suerte.”

De repente, hizo clic, y Verónica rodó los ojos.

“Está bien, de acuerdo,” dijo, exasperada, “pero espero que esta vez hayas traído tu billetera.”

Freddie negó con la cabeza.

“No, tú pagas esta vez. Yo corro, tú pagas. ¿A menos que quieras hacerlo al revés?”

“Ni en sueños.”

Verónica se rió y luego casi se golpeó la frente contra el tablero cuando Freddie frenó en seco.

“¿Qué demonios?”

“¡Corre!” gritó Freddie, señalando por la ventana.

“Mierda.”

Verónica desabrochó su cinturón de seguridad y saltó del coche en una carrera completa en seis zancadas.

Había habido un tiempo, hace seis meses, quizás, cuando atrapar a Dylan Hall había sido una tarea difícil, pero factible. Pero ahora, tratar de mantener el ritmo con el hombre de seis pies y nueve pulgadas era casi imposible.

Aun así, Verónica lo dio todo, girando por callejón sucio tras callejón sucio, casi tropezando con media docena de bolsas de basura llenas de solo Dios sabe qué.

Llegaron a un callejón sin salida y Verónica pensó que Ichabod Crane iba a escalar la pared. En cambio, se detuvo, se giró, y sonrió hacia ella.

Vistiendo shorts de mezclilla y una camiseta blanca de gran tamaño, el hombre sonrojado era apenas reconocible del adicto al que Ken Cameron había intentado inculpar en el caso de acoso a Chloe Dolan.

Verónica, que no había dormido bien la noche anterior, se puso las manos en los muslos e intentó recuperar el aliento.

“Podría haberme escapado,” dijo Dylan, su sonrisa creciendo. “Te estás poniendo lenta.”

Verónica negó con la cabeza, todavía respirando pesadamente.

“Te habría atrapado.”

Dylan se rió.

Mucho había cambiado desde la última vez que había perseguido a Dylan Hall por un callejón indistinguible del que se encontraban ahora. Entonces, solo llevaba un par de calzoncillos sucios. Su piel había sido tan pálida que era casi translúcida, rota solo por un puñado de granos rojos en su pecho y espalda superior. Entonces, había sido un adicto, haciendo lo que fuera para asegurarse de que pudiera conseguir su próxima dosis.

Si el pequeño peso que había ganado y el color en sus mejillas eran alguna indicación, así como su recién descubierta resistencia, el hombre había hecho lo casi imposible: Dylan se había mantenido sobrio.

“¿Tenías que dar tantos giros?” preguntó Verónica, finalmente capaz de ponerse de pie.

“Tengo que hacer que parezca real. Sabes que tengo una reputación, Detective Shade.”

Le había dicho al hombre innumerables veces que la llamara Veronica, pero parecía que le divertía llamarla Detective Shade. Ya sea eso, o simplemente le gustaba que le molestara.

“Bueno, eso fue lo suficientemente real. La próxima vez, solo cae o algo así.” Dylan se rió. “¿Cómo estás, de todos modos?”

El hombre chasqueó la lengua.

“Todo el mundo pregunta cómo estás cuando eres un adicto en recuperación, ¿sabes eso?”

Verónica se encogió de hombros.

“Pero lo que realmente quieren preguntar es, ¿estás usando de nuevo? Y la respuesta a tu pregunta, Detective Shade, es no.”

“Me alegra escucharlo. ¿Alguna suerte encontrando un trabajo?”

La sonrisa de Dylan se desvaneció, pero solo por una fracción de segundo.

“¿Por qué necesito un trabajo cuando tengo una mamá de azúcar como tú?”

Verónica miró alrededor, pero su compañero estaba previsiblemente en ninguna parte.

“Eso es lo malo de ser un informante confidencial. Es confidencial, no puedes poner eso en tu currículum.”

“Meh, probablemente pueda darle la vuelta.” Dio dos pasos hacia ella y se puso serio. “¿En qué puedo ayudarte, Detective Shade?”

Verónica miró por encima de su hombro una última vez.

“¿Has oído algo sobre un enfermo en el condado de Bear que le gusta estrangular a las chicas y luego vestirlas para que parezcan muñecas?”

Las cejas de Dylan se fruncieron.

“¿Estás hablando en serio?”

Verónica no dijo nada.

“¿Qué quieres decir con muñecas?”

Sabía que el Sheriff Burns quería mantener los detalles de este caso en secreto, pero Verónica estaba bastante segura, dado cuántas personas estaban presentes en el bosque, que esto saldría eventualmente.

“Ya sabes, pintura facial blanca, círculos rojos en sus mejillas, y sus labios—”

Verónica se detuvo cuando escuchó una respiración pesada en la boca del callejón.

“Si no es Alfred Hitchcock cruzado con Columbo,” comentó Dylan.

Freddie frunció el ceño. Mientras que Dylan y Veronica se llevaban bien, lo mismo no se podía decir del ex adicto y su compañero. Verónica no estaba segura de por qué a Dylan no le gustaba Freddie, pero sabía por qué su compañero despreciaba al adicto convertido en CI, y no tenía nada que ver con su historial criminal o el uso de drogas.

Una vez, cuando Dylan no había estado en su sano juicio, había manoseado a Veronica.

“Mejor cuida lo que me llamas porque yo soy el que te paga.”

“Freddie, vamos,” dijo Veronica, tratando de desactivar la situación. Si Dylan volvía a responder, con insultos o bromas dirigidas a cualquiera de ellos, Freddie estaba a punto de explotar. “Dylan, como decía antes, estamos buscando a dos hombres negros que asaltaron tres joyerías en Greenham en la última semana y pico. Solo se llevaron relojes. ¿Freddie, tienes una foto de ellos?”

Como ex adicto, Dylan estaba acostumbrado a la secretividad y a las conversaciones dentro de las conversaciones. También era inteligente y apenas vaciló antes de decir, “No he visto ningún reloj en la calle, pero no creo que sea el mercado objetivo.”

“¿Qué pasa con estos tipos? ¿Conoces a alguno de ellos?” Freddie preguntó con brusquedad,

sosteniendo su teléfono móvil. Dylan naturalmente intentó tomarlo para acercarlo más a su cara, las fotos eran admitidamente granulosas, pero Freddie lo retiró.

“No,” ladró Dylan. “No tengo idea.”

“Vamos, Dylan,” instó Veronica. “¿Quieres que te paguen, verdad? Solo mira las fotos.”

Quizás fue el dinero o quizás fue la desesperación en su voz. Veronica esperaba que fuera lo último, pero de cualquier manera, Dylan inclinó su largo cuello hacia adelante e inspeccionó el teléfono de Freddie. Pero para consternación de Veronica, él negó con la cabeza.

“Nunca he visto a este tipo.”

Freddie deslizó el dedo hacia la derecha.

“¿Y a él?”

Dylan sonrió.

“No sé nada de ninguna joyería, pero, sí, reconozco a este payaso.”

“¿Cómo se llama?” exigió Freddie.

“Sabes, esta vez, cuando todavía estaba consumiendo, este tipo intentó robar, no vas a creer esto, intentó—”

“¿Su nombre?” interrumpió Freddie.

Dylan frunció el ceño y extendió su mano.

“Ahora, primero tú nos cuentas—”

“Solo dale el dinero, Freddie,” instó Veronica. Esta fue la primera pista real que habían tenido en este caso. Y, como dijo su compañero, cuanto más rápido se deshagan de este, más rápido podrán ayudar a encontrar al fabricante de muñecas.

“Podría estar mintiendo,” contrarrestó Freddie.

“Vamos.”

Mentir ahora sería contraproducente a largo plazo. Claro, Dylan conseguiría su dinero, pero nunca volverían a él para obtener información. ¿Y si se equivocaba en el futuro, adivina quién iba a descargar el martillo?

Freddie a regañadientes sacó dos billetes de \$20 de su cartera, pero Veronica insistió en silencio, y él añadió un tercer billete. Ella fue utilizada como intermediaria y el dinero desapareció un instante después de rozar su palma.

“No sé su nombre, pero—”

Freddie levantó los brazos y miró a Veronica con furia.

“¿Ves? Esto es—”

“No sé su nombre,” dijo Dylan en voz alta, “porque todos simplemente lo llaman ‘Collard’.”

Ahora fue Veronica quien expresó incredulidad.

“¿Collard?”

Dylan asintió.

“Sí, Collard. ¿Como en, collard greens?”

Capítulo 24

“No tengo idea de por qué soportas a ese tipo,” dijo Freddie desde el asiento del conductor.

“Ya sabes por qué.”

Veronica agarró la computadora portátil de la policía de su compañero y la encendió.

“No es tu hermano.”

Casi deja caer la laptop.

“¿Qué?”

Freddie intentó inmediatamente retractarse de su comentario.

“Lo siento, eso fue duro. Solo quise decir... ya sabes lo que quise decir.”

Veronica miró a su compañero. Si alguien más hubiera dicho lo que él acababa de decir, ella se habría enfurecido.

¿No es mi hermano?

De repente, sus manos se sintieron calientes, y ella deseaba desesperadamente masajearlas.

“Sé que no es mi hermano, Freddie.” La calma en su voz sorprendió a Veronica. Por dentro, todo se sentía tenso, desde su garganta hasta sus entrañas. “Pero ambos sabemos por lo que Dylan ha pasado, sobre su crianza en el orfanato. Sí, cometió algunos errores—”

“¿Algunos? Intenta cuarenta y seis de ellos, al menos, eso es por lo que lo atraparon.”

“Lo sé, y no estoy excusando nada de lo que ha hecho. Pero está intentando hacer un cambio, y todos merecen una segunda oportunidad.”

Por más que lo intentara, Veronica no podía evitar pensar en su hermano y la mirada que tenía en sus ojos cuando se prendió fuego.

La, la, la, la, laaaaa, laaa.

“Gente como Dylan no cambia. No permanentemente, de todos modos. Confía en mí, cuando quiere su dosis, y la querrá, quizás no ahora, quizás no por un tiempo, te entregará a ti, a mí, a su propia madre para conseguirla.”

Este fue un comentario cargado, y la naturaleza distante de la voz de su compañero sugirió que había un vínculo personal enterrado muy adentro. Tal vez Freddie no odiaba a Dylan porque el hombre le había agarrado el trasero, o al menos, tal vez esa no era la única razón.

Cansada como estaba, Veronica casi le preguntó al respecto. Pero en el último segundo, se mordió la lengua. Abrir la caja de Pandora de secretos no era una buena idea cuando, para empezar, el nombre en tu certificado de nacimiento no se acercaba al de tu licencia de conducir. Veronica a menudo pensaba en abrirse a Freddie, contarle toda la historia, pero se había contenido. Esta decisión no tenía nada que ver con él. Freddie Furlow era un buen amigo, leal y confiable.

Se trataba de ella. No quería rascar una herida fresca.

“Mierda, es él,” exclamó Veronica, mirando los resultados en la laptop. Freddie la miró, y ella giró la laptop para que él pudiera ver. “Michael ‘Collard’ Barnaby.”

Collard era un hombre negro de treinta y dos años con un pequeño mechón de perilla en su barbilla y el cabello corto. Era la viva imagen del hombre que había mirado a GEMS casi dos semanas atrás.

“Sujeto B,” acordó Floyd. “¿Por qué estaba adentro?”

Veronica escaneó rápidamente la hoja de antecedentes de Collard.

“Asalto y agresión, venta de marihuana, posesión de un arma.”

“¿Última dirección conocida?”

“512 Wentworth.”

“Sé dónde está eso,” dijo Freddie. “De hecho, creo que arresté a alguien de allí hace mucho tiempo.”

“¿Era Michael Barnaby?”

Freddie rió, haciendo ondas en sus muchas barbillas.

“No, no era Michael Barnaby. No recuerdo quién, esto fue hace años.” Freddie comenzó a dar la vuelta al coche. “Parece que nos vamos de viaje.”

La última dirección conocida de Michael Barnaby estaba en Greenham, que era la dirección opuesta a la que quería ir Veronica: quería volver al Rancho Bellinger, regresar con Steve, y descubrir quién mató a esas chicas.

¿Qué había dicho Freddie?

Termina esto y luego si el Sheriff Burns solicita nuestra asistencia...

“Al menos Dylan no estaba mintiendo,” dijo Veronica distraídamente.

“Es un mentiroso nato.”

Ignoró el comentario y centró su atención en la laptop.

“¿Crees que esto es extraño?”

“¿Qué cosa?”

“Entonces ‘Collard’ pasa cuatro años tras las rejas por golpear a un portero, sale menos de una semana antes de ser atrapado tratando de vender marihuana en su propio barrio. Por esto, recibe otros dos. Se mantiene fuera del radar durante seis meses, luego, en un control de tráfico aleatorio, lo atrapan por posesión de un arma de fuego, que no puede tener como delincuente.”

“Suenan como un tipo ejemplar.”

“Sin mierda. Pero escuchaste lo que dijo Dylan, Collard no es el cuchillo más brillante del mazo. ¿Cómo termina un hombre con su historial delictivo metiéndose en robos de joyas?”

Freddie ladeó la cabeza.

“Creo que estás siendo liberal con ‘robo de joyas’. Más bien como un robo organizado.”

“Correcto, esto no es Le Casa De Papel, pero aún así. No fue oportunista. Planearon estos robos.”

En su mente, Veronica imaginó los colores violentos que había presenciado en el bosque y la falta de ellos en la Joyería Alfred.

Su sinestesia no se había ido, lo cual fue un alivio, pero se había vuelto extrañamente selectiva.

Freddie se encogió de hombros.

“Estoy de acuerdo, Collard no sigue una progresión natural de criminal de carrera si existe tal cosa. Pero tal vez solo era el intermediario, el empleado contratado.”

“¿Todavía crees que esto podría ser una estafa de seguro?”

Otro encogimiento de hombros del hombre grande.

“Nada de lo que hemos descubierto contradice esta idea. Pero si vamos a... ja, bueno, supongo que no vamos a tener que esperar mucho para descubrirlo.”

Veronica levantó la vista de su laptop.

“¿Por qué dices eso?”

“Bueno, si estás dispuesta a correr, puedes preguntárselo tú misma.”

Michael Collard Barnaby estaba sentado en el escalón de una casa de dos pisos, sus manos descansando en su estómago.

"Oh,
Dios. Está bien, detén el coche."
Veronica saltó fuera.
"¡Hey!" Levantó su brazo. "¿Michael?"
El hombre la miró una vez y se levantó.
"Solo quiero..."
...hacerte unas cuantas preguntas.
"Mierda."

Una vez más, Veronica se encontró corriendo a toda velocidad, persiguiendo a un delincuente conocido por un callejón sórdido.

Capítulo 25

Después de hablar con los medios durante casi una hora completa, el Sheriff Steve Burns necesitaba un momento para él mismo. Su mente era un torbellino de muñecas, osos y chalecos de caza naranjas. ¿Cuántas veces había dicho que no había un oso rabioso suelto en el Bosque de Hilltona? ¿Una docena? ¿Dos?

Había escuchado la palabra 'fabricante de muñecas' al menos esa misma cantidad de veces. Steve había sido consistente en su respuesta: No, no había un asesino en serie suelto.

Semántica, pero cierto: para ser clasificado como asesino en serie, el fabricante de muñecas necesitaba una víctima más. Un pensamiento sobrio, pero también morboso.

El hecho de que el sheriff creyera que era solo cuestión de tiempo antes de que se descubriera otra muñeca era algo que guardaba para sí mismo. La realidad era que, cuanto más tiempo pasaba frente a la cámara, más probable era que eso sucediera.

Steve se quitó el sombrero y se limpió más sudor de la frente. El forro interior estaba oscuro por la transpiración.

Dos niñas muertas vestidas para parecer muñecas.

La radio en su solapa cobró vida, sobresaltando al sheriff.

"Maldición," murmuró. Su mirada se deslizó a través del parabrisas de su coche patrulla. Los reporteros y camarógrafos estaban casi eufóricos con la cantidad de fragmentos sonoros que había proporcionado. En menos de una hora, sus palabras serían tergiversadas y sacadas de contexto, y sería criticado en todos los foros.

Era solo parte del trabajo.

"Sheriff, es el Diputado McVeigh. Mandé a dos diputados a recoger a Kathleen Astor, pero están teniendo dificultades para obtener algo de ella. Llamando a un paramédico, ella está maníaca y no hay forma de que pueda hacer una identificación. Cambio."

Basándose en el tatuaje y en lo que Veronica le había contado, Steve estaba casi seguro de que la primera víctima que había sido atacada por el oso era Kelsey Astor.

"Entendido. Voy a ir a la morgue, a ver si el Dr. Thorpe o la Sra. Newberry han descubierto alguna evidencia. Cambio."

"Una cosa más, Sheriff: hubo un poco de altercado entre un Detective de Greenham y el novio de Kelsey, Rob Pinkerton. Cambio."

Una cefalea tensional comenzó a formarse detrás de los ojos de Steve.

Un detective de Greenham...

McVeigh estaba siendo político, la relación de Steve con Veronica no era un secreto, y el diputado había estado presente cuando Veronica se había ofrecido a visitar a la madre de Kelsey.

"¿Algo que necesite manejar? Cambio."

Hubo una breve pausa y luego un chasquido, seguido de silencio, y luego otro chasquido. Era como si McVeigh estuviera indeciso sobre lo que quería decir. Finalmente, el diputado se decidió por, "No, está bajo control. El Sr. Pinkerton

está molesto, pero está dispuesto a ir a la morgue para identificar el cuerpo. ¿Quiere encontrarse con él allí? Cambio."

Finalmente, algunas buenas noticias. No solo obtendrían una identificación definitiva, sino que también podrían entrevistar al novio de la víctima.

"Suena bien, nos veremos allí. Marcus, ¿la... detective todavía está contigo? Cambio."

"No, señor. Su compañero la recogió. Cambio."

"Gracias."

El Sheriff Burns sintió una ola de alivio que lo inundó. Y, aunque este sentimiento fue efímero, lo hizo preguntarse.

¿Por qué no quiero que Veronica se involucre? ¿Es porque podría ser peligroso para ella, como lo fue investigar los suicidios? ¿O es porque ella es demasiado volátil y podría entorpecer la investigación?

El sheriff se volvió a poner el sombrero y asintió. Era lo primero.

¿No era así?

Steve fue recibido con más buenas noticias en la morgue.

El Dr. Thorpe había completado la autopsia de la segunda víctima, y ya tenían un nombre: Megan Milonakis.

La joven de veintiséis años había sido reportada como desaparecida por sus compañeras de cuarto. Según ellas, salió el domingo por la noche y nunca regresó a casa. Cuando notaron su ausencia el lunes, lo reportaron. Con maquillaje o sin él, las imágenes que el Dr. Thorpe había obtenido de las amigas de Megan coincidían. Una de ellas trabajaba en una peluquería cercana y ya había hecho la identificación positiva.

"Vodka con arándanos en su estómago y su última comida probablemente fue un sándwich de jamón", informó el Dr. Thorpe. "Analizando muestras de sangre ahora. Como con la otra víctima, la causa de la muerte es estrangulamiento por ligadura. Hicimos pruebas de violación, no hay evidencia de penetración forzada".

Steve miró el cuerpo desnudo de la chica, su carne pálida.

Las estadísticas sugerían que la mayoría de los asesinatos de mujeres jóvenes tenían motivaciones sexuales. Este caso en particular le gritaba violación a Steve: las poses, la falta de ropa interior, el extraño maquillaje.

"¿Qué hay del ADN? ¿Huellas dactilares?" Se sintió obligado a hacer la pregunta, pero ya conocía la respuesta.

"Nada aún". El tono del Dr. Thorpe sugirió que nada aún probablemente se convertiría en nada en absoluto.

Nadie iba a tales extremos para escenificar la escena solo para dejar atrás un cabello o una huella dactilar.

"Una cosa más", comenzó el sheriff, jugando con el borde de su sombrero. "¿Ha sido el-" Fue interrumpido por un suave golpe en la puerta. "Probablemente sea el ayudante McVeigh con el novio de la primera víctima".

El Dr. Thorpe cubrió de inmediato el cuerpo de Megan Milonakis con una sábana y asintió al sheriff.

"Adelante".

La puerta se abrió y sus sospechas se confirmaron.

Detrás del ayudante McVeigh había un joven con cabello rubio desordenado.

"Este es Rob Pinkerton", dijo secamente. "Está aquí para identificar el cuerpo".

Steve se preguntó qué era lo que había desencadenado a Veronica en el joven ansioso. ¿Fue su apariencia? ¿Su actitud?

No había forma de saberlo; gran parte de cómo funcionaba la mente de Veronica era un misterio para él.

"Soy el sheriff Steve Burns", dijo, estrechando la mano de Rob. La palma del hombre estaba húmeda y su agarre era ligero. "Gracias por venir aquí".

Steve y Rob se unieron a Kristen Newberry en una segunda camilla. Esta también estaba cubierta por una sábana, pero la forma debajo era mucho más pequeña debido a que la víctima no tenía piernas.

"Tengo que advertirte, Sr. Pinkerton, que la víctima fue atacada por un oso después de su muerte".

El hombre asintió rápidamente. Estaba casi tan pálido como las muñecas.

"McVeigh ya me lo advirtió."

"Bien."

Steve fue a la cabecera de la camilla y comenzó a quitar cuidadosamente la sábana.

Llegó hasta la nariz cuando los ojos de Rob se abrieron tanto y se mojaron que Steve pudo ver el reflejo del cadáver en ellos.

"Es ella", susurró. "Es mi Kelsey".

Las rodillas de Rob se bloquearon y se tambaleó. La Dra. Thorpe estaba más cerca de él, pero ella era mucho más pequeña que el hombre. Intentó sostenerlo, pero la patóloga estaba librando una batalla perdida. Los dos se tambalearon hacia atrás y chocaron contra la otra camilla. Steve corrió a ayudar, y juntos lograron mantener a Rob de pie.

"Estás bien", dijo el sheriff, "Estás bien. Te tengo."

Kristin cubrió la cara de Kelsey y el sheriff apartó a Rob del cadáver.

"No puedo... ¿por qué esto..."

Rob dejó de hablar tan repentinamente que Steve, que sostenía al hombre alrededor de la cintura, pensó que se había desmayado.

Pero entonces gimió.

"Nooo... no Megan, también."

Steve parpadeó.

¿Qué?

Instintivamente miró a la otra camilla y vio que cuando la Dra. Thorpe había caído contra ella, la sábana debió haberse desprendido, revelando la cara de Megan.

La Dra. Thorpe también se dio cuenta de esto y rápidamente cubrió a la víctima.

Steve giró a Rob.

"¿Qué acabas de decir?" Intentó no sonar acusatorio, pero estaba demasiado confundido para controlar su voz.

Rob, de repente sin palabras, solo sacudió la cabeza.

Steve extendió la mano y agarró al hombre fuertemente por los hombros.

"¿Conoces a esta chica?"

La manzana de Adán de Rob se movió, pero cuando no respondió, Steve le dio un pequeño sacudón.

"¿Rob? ¿Conoces a esta chica?"

"Megan", susurró Rob Pinkerton. "Su nombre es Megan."

El sheriff no podía creer lo que oía. Pero de nuevo, Veronica había visto algo en este hombre, algo que la había alterado, y él debería haber sabido mejor que cuestionarla.

"¿Megan Milonakis?"

"Sí", susurró Rob.

Confiado en que el hombre ahora podía mantenerse de pie por sí solo, Steve lo soltó y luego retomó una postura profesional.

"Gracias, Sr. Pinkerton, gracias por la identificación. Ahora, por favor, venga conmigo; creo que deberíamos continuar esta conversación en un lugar un poco más cómodo".

Capítulo 26

Michael 'Collard' Barnaby fue mucho más fácil de atrapar que Dylan Hall. El hombre era más bajo, más corpulento y, a diferencia de Dylan, no estaba preparado para Veronica Shade.

Lo atrapó después de solo una cuadra y media, mientras Freddie se aseguraba de que los cuatro amigos de Collard se quedaran en el porche. Collard no opuso mucha resistencia. Cuando quedó claro que no se iba a escapar, el hombre ofreció sus muñecas. Veronica le esposó las manos detrás de la espalda y lo registró, sin encontrar nada de interés. Más específicamente, no encontró ningún Rolex.

Freddie esperó hasta que Collard estuvo en el asiento trasero y Veronica en el asiento del copiloto antes de unirse a ellos en su coche. Solo cuando comenzó a alejarse de la acera, los hombres en el porche empezaron a lanzar obscenidades.

“No me leyeron mis derechos”, se quejó Collard.

Como era su costumbre, ni Freddie ni Veronica dijeron nada durante buenos tres o cuatro minutos. Separar a Collard de sus amigos era el paso uno. La gente actuaba de manera diferente cuando estaba en grupo, especialmente cuando intentaban salvar las apariencias. El paso dos era dejar que se revolvieran. Dejar que pensarán en sus muñecas, lo que era tener su libertad limitada, aunque solo fuera por un corto tiempo.

Como se predijo, Collard pasó de estar confundido a estar enfadado, pero eso también pasó. Cuando se quedó en silencio, Veronica finalmente se giró y miró hacia el asiento trasero.

“No te hemos leído tus derechos, Michael, porque no estás bajo arresto”.

“Podría haberme engañado”. Collard se encogió de hombros y las esposas tintinearón.

“Lamento las esposas, pero tú corriste. En cuanto lleguemos a la comisaría, te las quitaré. Solo queremos hacerte unas cuantas preguntas”.

“Bueno, pregúntame ahora. No quiero ir a ninguna maldita comisaría”. Miró a Veronica y luego miró el interior del coche de Freddie. “Espera, ¿ustedes son de Greenham? Mierda. No quiero ir a Greenham. Hazme tus preguntas ahora”.

“No, creo que es mejor en la comisaría”, dijo Freddie.

Collard chasqueó la lengua y miró por la ventana. Cuando Veronica se aseguró de que ya no estaba prestando atención, le lanzó una mirada cómplice a su compañero.

Él respondió de la misma manera.

Collard no había preguntado por qué lo estaban llevando. Si eso no era una señal, entonces Veronica no sabía qué era.

Como prometió, una vez que lo tuvieron en una sala de interrogatorios, Veronica quitó las esposas al sospechoso. Cuando le preguntaron si quería algo, Collard pidió una cerveza.

Le trajeron una Coca-Cola, en cambio.

Y luego Veronica y Freddie lo dejaron sudar, de nuevo.

“¿Cómo quieres manejar esto?”, preguntó Freddie mientras ambos miraban a Collard a través del cristal unidireccional.

Veronica consideró sus opciones.

No tenían suficiente para detener a Michael. Todo lo que tenían era una foto borrosa que se parecía un poco al hombre en la sala de interrogatorios. Y un parecido no iba a conseguirles una orden de arresto.

"Dejame entrar primero", ofreció Veronica. "Hablaré con él, veré si puedo hacer que se abra". Freddie frunció los labios.

"¿Quieres ver si tal vez Carl o Timmy quieren probar con él primero?"

Esta era otra técnica probada y verdadera: enviar a algunos pesados para empezar, luego reaparecer más tarde cuando la tensión se había incrementado. La familiaridad genera desprecio, pero en la aplicación de la ley, también puede ofrecer la ilusión de confort y seguridad.

Excepto...

"¿Los ves en algún lugar?", preguntó Veronica, mirando de arriba a abajo el pasillo. "¿Ves a alguien?"

Los labios de Freddie se convirtieron en una línea delgada.

No había nadie alrededor. Había habido, pero tan pronto como trajeron a Collard, se dispersaron como moscas. Veronica había esperado esta reacción, pero todavía le dolió. No importa lo que Ken Cameron hubiera hecho, él era uno de ellos, un policía. Y ella lo había derribado. No importaba que fuera un pedazo de mierda.

Todavía sangraba azul.

Freddie asintió lentamente.

Armada con fotografías de los hombres del robo, Veronica entró en la sala de interrogatorios. Una vez más, se contuvo hasta que se sentó y luego giró la foto de dos semanas antes del robo para que Collard la viera.

"Este eres tú, ¿verdad?", preguntó Veronica, tocando la imagen con su dedo. Collard levantó las cejas y se inclinó hacia atrás. "Vamos, Michael. Las preguntas se van a poner más difíciles. Te lo prometo. Este eres tú. Sé que eres tú. Pero lo que no sabemos, es quién es este tipo". Veronica señaló al segundo hombre, el Sospechoso A. "¿Cómo se llama?"

"No sé. No lo he visto antes".

El olor a gasolina llenó las fosas nasales de Veronica.

"Está bien, está bien". La siguiente imagen que Veronica mostró fue la del robo a la joyería de Alfred. "Este también eres tú, ¿verdad? Este eres tú y tu amigo robando los Rolex?"

Collard quería hablar, Veronica podía verlo en sus ojos, pero por alguna razón, permaneció en silencio.

"Mira, Michael, ambos sabemos cómo va a terminar esto. Vamos a encontrar a tu amigo y el primero que hable consigue un trato. Oh, seguro, por un tiempo, ambos van a jugar al tipo duro, mantenerse en silencio, preocupados por ser llamados soplones o lo que sea. Pero tú has estado dentro, ¿verdad, Collard? ¿Crees que van a importarles que no soplaste cuando estés cumpliendo quince años?"

Michael se sobresaltó y Veronica suspiró. No esperaba realmente una confesión completa, pero nunca se sabe.

"Lo que... lo que me molesta, Michael, es que ustedes ni siquiera trajeron un arma consigo. Si esto hubiera sido un hecho aislado, un robo oportunista, podría creerlo. Pero ustedes estudiando el lugar y el hecho de que asaltaron tres tiendas? No, creo que más que tú y tu amigo están involucrados en estos robos. Dame sus nombres, y estoy bastante segura de que puedo hacer que todo esto desaparezca".

Y al fin, Michael habló. Pero la palabra que salió de su boca fue una que a Veronica le disgustaba oír.

"Abogado".

Veronica miró hacia el cristal de una sola vía. No podía ver a través de él, por supuesto, pero se imaginó a Freddie negando con la cabeza.

"Como dije, Matthew, no estás bajo arresto. Si quieres--"

El hombre sacó una pequeña tarjeta de su bolsillo y la colocó sobre la mesa. La deslizó hacia Veronica.

"No estás bajo arresto", reiteró Veronica.

La tarjeta de presentación era de un tal Peter O'Keefe, Esq.

No era raro que las personas que habían estado en el sistema varias veces tuvieran a un abogado listo. De hecho, así es como algunos abogados ganaban la vida. Era una rutina porque estos criminales no tenían mucho dinero, pero era trabajo garantizado. El problema era que Veronica nunca había oído hablar de Peter O'Keefe. Pensó que conocía a todos los abogados de traje barato que desfilaban por la estación con más frecuencia que las donuts. La tarjeta en sí era extraña; era elegante, con letras negras en relieve sobre un fondo color cáscara de huevo, y carecía de una cita reveladora: ¿Problemas con la ley? ¡Siempre hay una falla! Llame a Paul Allen.

Esta no tenía el mismo aire cursi al que Veronica estaba acostumbrada.

"Abogado", repitió Collard.

Veronica echó un último vistazo a la tarjeta y luego la devolvió.

"No hay necesidad. Eres libre de irte".

Collard pareció sorprendido y parpadeó con incredulidad.

Incluso cuando la puerta se abrió detrás de ella y Freddie la mantuvo abierta, repitiendo que era libre de irse, le tomó a Michael Barnaby varios segundos levantarse y salir.

"Sólo no te vayas muy lejos", dijo Veronica. "Vamos a querer hablar contigo de nuevo pronto".

El hombre, ganando confianza cuanto más cerca llegaba a la puerta de entrada, comenzó a pavonearse.

"¿Qué tal si me llevas de vuelta a mi barrio?"

"Lo siento, se me acaba de acabar la gasolina", dijo Veronica. "Hay una parada de autobús a media cuadra de aquí".

El hombre chupó sus dientes, le hizo una seña obscena a Veronica y se fue.

"Eso fue una pérdida de tiempo", comentó Freddie después de que Collard se había ido. "Además, ahora le dimos una pista. De vuelta a la casilla de salida".

Veronica mordisqueó el interior de su mejilla.

"No estaría tan segura de eso".

"¿A qué te refieres?"

"¿Recuerdas el historial de Michael?"

"Sí".

"Bueno, las dos últimas veces que fue arrestado, su abogado era un defensor público. ¿Esta vez? Esta vez tenía una tarjeta de presentación elegante para Peter O'Keefe".

Freddie levantó una ceja.

"¿En serio?"

"En serio", repitió Veronica. "¿Qué te parece si visitamos a este abogado?"

"Creo que es una idea fantástica. Pero primero, necesitamos parar y comer algo. Me muero de hambre".

Capítulo 27

Peter O'Keefe no parecía el tipo de hombre que representaría a Michael Collard Barnaby. A pesar de que en su lista de especialidades figuraba el derecho penal, una rápida revisión de su sitio web, que presumía de varias transacciones inmobiliarias recientes a gran escala, sugería que hacía tiempo que no pisaba un tribunal. Lo que hacía aún más sospechoso que Collard tuviera la tarjeta de Peter, era el hecho de que, según los registros públicos, en realidad no poseía ninguna propiedad. Collard vivía con su novia en su apartamento, del cual Veronica lo había recogido hace apenas unas horas. Y dudaba que esa residencia tuviera algún atractivo para el abogado.

Peter tenía un cierto aire particular. En sus mediados de treinta, era atractivo, con un intento obvio de romper la tendencia de los viejos blancos en trajes de rayas. Tenía el cabello rubio de surfista y llevaba zapatillas blancas con su traje gris. También tenía un canal de YouTube donde subía diferentes anuncios, algunos de los cuales no solo rozaban el mal gusto, sino que hacían afirmaciones audaces. Veronica se sorprendió de que la Asociación de Abogados de Estados Unidos hubiera aprobado al menos un par de ellos.

Peter O'Keefe poseía un despacho unipersonal, ubicado cerca del extremo sur de la Ciudad de Greenham. El edificio era discreto, pero su letrero en el escaparate, que compartía con seis o siete otras empresas, era de lejos el más grande.

Freddie se estacionó en el estacionamiento y Veronica, ansiosa por resolver este caso y regresar a Hilltona, se dispuso a abrir la puerta.

"Permíteme encargarme de esto", dijo Freddie, deteniendo su mano.

Rara vez su compañero tomaba la delantera, y aunque sus palabras habían sido cordiales y su tono plano, ella pensó que quizás esta era una de esas veces.

"Seguro".

Probablemente era una buena idea, en cualquier caso. Veronica estaba bastante segura de que Peter intentaría coquetear con ella, pero era más probable que hablara con Freddie.

Por una vez, el lento deambular de su compañero resultó útil; estaban casi en la puerta de la oficina de Peter cuando vio a un hombre apresurándose desde la parte trasera del edificio y dirigiéndose hacia el estacionamiento. Si hubieran sido más rápidos, ya habrían estado dentro y nunca lo habrían visto.

"Creo que ese es él", dijo Veronica, señalando al hombre en el traje y las zapatillas de deporte.

Freddie entrecerró los ojos.

"¿Estás segura?"

Su cabello era largo y rubio, pero no tan lleno como en los anuncios.

"Estoy segura".

Veronica sonrió al pensar: ¿Va a huir? ¿Freddie va a correr detrás de este abogado, Peter O'Keefe?

"¡Disculpe!" Gritó Freddie, levantando su regordete brazo al aire. "¡Disculpe!"

Nope.

El abogado levantó la barbilla pero no se volvió en su dirección. Tampoco dejó de caminar.

"¿Señor O'Keefe?" Dijo Freddie, su voz ahora más fuerte.

El hombre se detuvo, giró en sus Chuck Taylors y los miró. Tenía una sonrisa bien practicada

en su rostro. Algo que sospechaba se ensayaba diariamente frente al espejo.

"Oficiales, estoy apurado. Tengo un cliente al que necesito ver".

Veronica estaba asombrada: la sonrisa del hombre permanecía incluso mientras hablaba. Ella no pensaba que eso fuera posible.

"Detectives", corrigió Freddie.

A Peter no le interesaba este detalle.

"Como dije, estoy apurado. Mi cliente me necesita".

Como si quisiera dar credibilidad a sus palabras, Peter levantó su mano izquierda, mostrando un maletín de cuero de aspecto caro. Los ojos de Veronica no se dirigieron tanto al maletín como al reloj de pulsera metálico que atrapó la luz del sol de cierta manera.

Peter bajó el maletín, y el reloj desapareció debajo del puño de su camisa blanca.

"Solo tomará un minuto", dijo Freddie.

El lenguaje corporal de Peter respaldaba sus palabras, sus dedos de los pies apuntando sutilmente lejos de ellos, sus hombros girados solo un poco, pero sabía que era mejor no enfadar a un grupo de policías. Rara vez estaban del mismo lado, pero de vez en cuando un cliente se descontrolaba y alguien como Peter solicitaba la ayuda de la policía local. Enfádalos, y los policías podrían tomarse su tiempo para acudir al rescate.

El hombre suspiró y pasó una mano por su cabello. Por fin, su sonrisa se desvaneció.

"Un minuto, de verdad, eso es todo lo que puedo dar".

"Un minuto debería ser suficiente".

Freddie tomó el relevo en el departamento de sonrisas, ofreciendo una expresión igualmente forzada.

"¿En qué puedo ayudarles, entonces?"

"Bueno, primero deberíamos comenzar con las presentaciones", continuó Freddie, intentando, y logrando, molestar al hombre. "Mi nombre es Detective Furlow, y ella es mi compañera, la detective Shade".

No hubo oferta de un apretón de manos por ninguna de las partes.

"Peter O'Keefe. Ahora, qué—"

"¿Conoces a un hombre llamado Michael Barnaby?"

Peter entrecerró un ojo, apretó los labios y resopló.

"No lo creo".

Veronica, que había estado de pie cortésmente detrás de Freddie, ahora se deslizó a su izquierda y olfateó el aire.

Gasolina.

Solo un toque, solo un poco.

Los polígrafos no eran aceptados en la corte en parte porque eran poco fiables. Un buen mentiroso podría engañar la prueba.

Veronica sospechaba que su sinestesia funcionaba algo así, ¿y qué mejores mentirosos existían que los abogados?

"Puede que lo conozcas por el nombre, Collard", dijo Freddie.

"¿Collard?"

"Como en collard greens. Eso es lo que dice en su expediente".

Mientras los dos hombres seguían interactuando, Veronica se acercó aún más al abogado. No confiaba completamente en su sinestesia, pero eso no importaba. No estaba interesada en si Peter estaba mintiendo o no. Estaba interesada en lo que llevaba en su muñeca.

Cuando Freddie mencionó el apodo de Michael Barnaby, Peter movió muy sutilmente la

mano que sostenía el maletín hacia atrás.

"Lamento decepcionarlos, detectives. Como saben, no puedo discutir sobre ningún cliente actual, pasado o potencial".

"Entonces, ¿lo conoces?" Dijo Freddie, con un ligero tono ascendente en su voz.

"Detective, no admití conocer a nadie".

"Cierto", dijo Freddie, alargando la palabra. "Está bien, solo hipótesis. ¿Por qué te involucrarías o no te involucrarías, guiño, guiño, con un hombre que no tiene ninguna propiedad? Un hombre que ha estado en prisión durante... ¿cuánto fue?" Se volvió hacia Veronica. "¿Siete de los últimos diez años?"

"Ocho".

"Correcto, ocho de los últimos diez años. ¿Tienen muchos amigos en común? ¿O tal vez van al mismo bar después del trabajo para tomar una copa?"

Peter se rió.

"Pescando. Si lo conozco, probablemente sea de pescar... una expedición de pesca, que es lo que esto es, ¿verdad?" Peter movió su dedo de Freddie a Veronica y de vuelta. "Miren, detectives, por tercera vez, realmente tengo que—"

Presintiendo que esta vez Peter estaba a punto de irse, Veronica decidió que ahora era su última oportunidad.

"¿Es esa una Samsonite?" Exclamó.

Peter se mostró desconcertado por la pregunta.

"¿Disculpa?"

"El maletín. ¿Es una Samsonite?"

Peter levantó la mano que sostenía el maletín mientras la miraba. Fingiendo como si se lo estuviera ofreciendo, Veronica agarró una esquina y lo levantó aún más.

"No, no lo es", dijo con un encogimiento de hombros. "Qué lástima. A mi padre le encanta Samsonite. Aun así, es bonito".

"Fue un regalo", dijo Peter rápidamente, y bajó su maletín. "Tengo que irme. Buenos días, detectives".

Con eso, el abogado se dio la vuelta y comenzó a alejarse. Veronica estaba a punto de ir tras él cuando Freddie la detuvo.

"Quédate aquí".

"¿Qué quieres decir con quedarse aquí? ¿No viste el reloj?"

"Lo vi. Bonito Rolex."

"Entonces deberíamos traerlo", dijo Veronica, confundida. "Debe estar trabajando con—"

Freddie volvió a negar con la cabeza.

"Es un abogado, Veronica. Simplemente va a decir que lo compró. No tenemos nada en su contra".

El hombre sacó su teléfono móvil y comenzó a escribir.

"Si lo dejamos ir ahora, te garantizo que nunca volveremos a ver ese reloj", insistió Veronica. Miró por encima del hombro de su compañero y vio a Peter subirse a un Tesla blanco.

"Y si lo seguimos ahora, ¿crees que va a reunirse con Collard y el otro tipo? ¿Nos llevará directamente a ellos? Puede que tenga un pésimo sentido de la moda, Veronica, pero el hombre no es un idiota".

"Pero—", Veronica miró el teléfono móvil que parecía ridículamente pequeño en las manos de Freddie. "Espera, sabías que esto pasaría, ¿verdad?"

La cara regordeta de Freddie se iluminó con una sonrisa genuina.

"¿Tenías a un policía esperando, verdad? ¿Para seguir a Peter?"

"Algo así", admitió Freddie con una risa. "No todos fuimos bendecidos con tu intuición, Veronica. Algunos de nosotros tenemos que confiar en el buen viejo trabajo policial".

Capítulo 28

Papeleo.

Era lo último en todo el mundo que Veronica quería hacer. Ella quería estar en el campo, quería estar con Steve, buscando a un asesino.

Veronica era una de las mejores detectives que la Policía de la Ciudad de Greenham tenía, lo cual se reflejaba en su rápida promoción. Pero en lugar de prestarla al Condado de Bear, la estaban poniendo en una correa, tratándola con guantes de niño, perdiendo tiempo preocupándose por su salud mental.

¿Qué pasa con la salud mental de Kelsey Astor? ¿Cómo era eso antes de que fuera estrangulada?

¿Y qué pasa con el estado mental de su madre ahora?

El papeleo era frustrante y molesto, pero también era necesario. Todos los detectives y oficiales tenían que llenar hojas de tiempo, detallando cómo habían pasado su día. Ridículo, pero Asuntos Internos lo quería, y Cole Batherson tenía que firmarlo. La única gracia salvadora era que él no estaba realmente en la comisaría, probablemente estaba buscando más zapatos monogramados.

Después de este tedio, Veronica pasó una buena hora actuando como su segunda personalidad: Brent Wolseley. Desafortunadamente, nadie había respondido a ninguno de sus anuncios, aparte de un bot que intentaba que comprara imitaciones directamente de China. En una carpeta en la computadora, encontró varias fotos adicionales de Brent, que aún no se habían publicado. Veronica hizo varias publicaciones no relacionadas, publicaciones que pensó que eran apropiadas para un chico de fraternidad de veintidós años con tatuajes, y esparció más de esos anuncios de 'reloj buscado' aquí y allá.

Trató de hacer que esto sonara orgánico y natural, pero su mente realmente no estaba en ello.

Finalmente, buscó en la web nuevas listas de Rolex, buscando cualquier cosa que pudiera estar relacionada con los tres robos.

Nada.

Veronica se sorprendió al descubrir que eran casi las ocho en punto cuando terminó. Todo el día, prácticamente desperdiciado. Pero había sido un día largo.

"¿Alguna actualización con nuestro favorito..." Veronica bostezó. "Perdón, nuestro abogado favorito Peter O'Keefe?"

"No. Después de reunirse con un cliente, fue directo a casa. Todavía está allí. Tengo a un oficial fuera de su lugar", respondió Freddie, sonando tan cansado como ella.

Veronica aún no estaba segura de que dejar al hombre irse fuera la mejor opción.

Si Peter era inteligente, como Freddie parecía pensar que era, entonces simplemente podría esconder el reloj y seguir con sus negocios, nunca hablar de nuevo con Collard.

¿Entonces dónde estarían?

Veronica bostezó de nuevo.

"Me voy a casa... a menos que pienses que Cole está mirando."

Mitad en broma, mitad en serio.

"Que tengas una buena noche, Veronica. Intenta descansar."

"Tú también."

Una vez en su coche, Verónica encendió la radio como medio de distracción. Funcionó durante unos tres minutos. Una vez que terminó el último éxito pop y los dos presentadores de radio intervinieron, un hombre y una mujer, inmediatamente fue transportada de vuelta a su mundo.

"El sheriff del Condado de Bear, Burns, ha desestimado la idea de que hay un peligroso oso negro en el bosque de Hilltona, pero dice que hay otros peligros de los que preocuparse esta noche. Escuchemos lo que dijo más temprano esta tarde."

El sonido claro de la radio se volvió un poco más difuso cuando cambiaron al audio obtenido en el campo.

"Se han recuperado dos cuerpos del bosque de Hilltona", dijo el sheriff Burns. Su voz sonaba tensa, constreñida. "Todavía estamos esperando el informe completo del médico forense, pero en este punto, sospechamos que se trata de un juego sucio."

El audio cambió de nuevo, esta vez al reportero en la escena.

"El sheriff Burns fue cauteloso al responder a las preguntas, citando que la investigación estaba en curso y que liberaría más detalles en los próximos días. Lo que sí sabemos, es que ha llamado a la ayuda del Departamento de Pesca y Vida Silvestre de Oregon, y hay docenas y docenas de diputados entrando y saliendo del bosque detrás de mí. Esperamos que esto continúe durante la noche y hasta mañana por la mañana. Esto es lo que un cazador que estaba en el bosque esta mañana tenía que decir."

"Vi el cuerpo. Lo vi. Estaba vestido como una muñeca. Tenía maquillaje, ¿como un payaso, casi? Y estaba apoyada contra un árbol."

El hombre tenía un habla lenta que arrastraba sus frases durante más tiempo del que era cómodo.

"El sheriff Burns no confirmó ni negó estos informes. Reportando desde el bosque de Hilltona, Condado de Bear, Nancy Ipsolo, Canal 9."

Verónica apagó la radio justo cuando entró en su camino de entrada detrás del coche de Steve Burns. El hecho de que él estuviera aquí era sorprendente, y no solo porque había escuchado su voz hace unos momentos.

Con todo lo que estaba lidiando, no esperaba que volviera a casa hasta mucho más tarde.

"¿Steve?" El olor a tomates guisados le llenó las fosas nasales en el momento que abrió la puerta. "¿Steve?"

Verónica se quitó los zapatos, colgó su bolso en la barandilla y se dirigió a la cocina. Lucy salió de algún rincón oscuro y ronroneó mientras se restregaba contra la pierna de Verónica.

"Buenas noches, Lucy."

Se inclinó para acariciar la espalda del gato y cuando se levantó, Verónica se sorprendió al ver a Steve de pie directamente frente a ella. Llevaba un par de jeans y una camiseta blanca ajustada. Su cabello estaba húmedo y peinado hacia un lado como si acabara de salir de la ducha. El hombre había dejado crecer un poco más su barba estos días, pero hoy, su sombra de las siete parecía que se acercaba a la medianoche.

"Lo siento, Verónica." Sus ojos cansados eran suaves y cariñosos. "No pretendía--"

"Sobre reaccioné."

Eso fue todo lo que necesitaban decir. Steve la abrazó y luego la besó en los labios. Verónica cerró los ojos y disfrutó del momento, unos segundos de dicha ausente en un día lleno de caos.

No discutían a menudo, y el hecho de que ella mandara a Steve al sofá había sido su mayor pelea hasta la fecha.

Todo parecía tan absurdo ahora. La mayoría de los problemas lo parecían, en el contexto de

su trabajo.

"No esperaba que llegaras tan temprano a casa."

En la mesa de la cocina había dos platos y dos copas de vino tinto, ambas llenas. Verónica se dirigió a la mesa y cogió una de ellas.

Tomó un sorbo, luego se lamió los labios.

"Debiste sentirte realmente mal", comentó con una sonrisa.

Había cogido su botella favorita.

"Sí", dijo Steve, removiendo una olla en la estufa. En realidad, el hombre no era muy buen cocinero. Peter Shade había estropeado eso para cualquier hombre que entrara en la vida de Verónica. Pero su salsa de pasta no estaba mal. "Tomé un descanso de una hora, puse a McVeigh a cargo. Tengo que volver a salir después de comer."

A diferencia de las cenas con su mencionado padre, en las que hablar de trabajo estaba explícitamente prohibido, gran parte de lo que Verónica y Steve hablaban a esta hora del día era de su trabajo. No sólo para intercambiar ideas sobre casos difíciles, sino para desahogarse.

Hoy, era más de lo último y fue instigado únicamente por una de las partes.

Por respeto a los esfuerzos de Steve, Verónica esperó hasta que la cena estuvo servida antes de hablar.

"¿Qué pasó con Rob Pinkerton?"

Normalmente, Steve era bastante abierto sobre sus casos. Ahora, sin embargo, dudó antes de responder.

"Identificó el cuerpo de Kelsey. Lo raro es que vio a la segunda víctima y también la identificó. Megan Milonakis."

Los ojos de Verónica se abrieron de par en par y casi se atragantó con un fideo de espagueti.

"¿Qué?"

"Sí. Él--"

"Fue él", interrumpió Verónica. "Sabía que era un mentiroso de mier--"

Steve levantó una mano.

"No, ese es el punto. Tiene una coartada para la noche en que Megan desapareció. Perfecta. Fue a trabajar a la planta de envasado de carne, fichó a las ocho, salió a las cuatro de la mañana." Mientras Verónica reflexionaba sobre esta información, Steve continuó, "No está claro cómo conocía a Megan, sólo dijo que se habían conocido en un bar."

"¿Podría haberse escapado?" Verónica recordó cuán fuerte había sido el olor a gas cuando Rob dijo que la última vez que vio a Kelsey fue hace una semana. "¿De trabajo, quiero decir?"

"No. Tienen cámaras en todas las puertas. Uno de mis ayudantes revisó las imágenes y Rob nunca abandonó la planta".

Comieron en silencio durante un minuto. Normalmente, este sería el punto en su conversación donde Steve pediría consejo o su opinión sobre un hecho determinado.

No esta noche. Esta noche todo era Verónica. Ya sea porque el hombre, como todos los demás, estaba siendo reservado con ella o porque simplemente estaba cansado y perdido en sus pensamientos, era desconocido. Verónica esperaba que fuera lo último, porque si descubría lo contrario, él estaría durmiendo en el sofá dos noches seguidas.

"¿Kelsey y Megan se conocían?"

"Rob dijo que no creía que sí, y sólo hay un enlace de tres grados en sus redes sociales. Incluso eso es tenue en el mejor de los casos".

Verónica bebió más de su copa de vino. Ahora estaba medio vacía.

Rob conoce a Kelsey y Megan. Miente sobre la última vez que vio a su novia y dice que ella

no conocía a Megan. ¿Por qué...

"Estaba acostándose con ella", dijo Verónica en voz baja.

Steve casi dejó caer su tenedor.

"¿Qué?"

"Tiene sentido". Veronica miró al cielo mientras armaba una narración lógica que encajara con los hechos tal como los conocía. "Sí..." reflexionó. "Entonces, Kelsey tiene una pelea con su madre por el tatuaje y luego huye inesperadamente a casa de su novio. Sabemos por el informe del médico forense que tenía alcohol en su estómago, vodka con soda. Fui a casa de Rob, y no tuve la impresión de que el hombre tuviera agua carbonatada en su nevera. Me pareció un tipo que sólo bebía agua del grifo. De todos modos, sabemos que Kelsey tomó una copa poco después de visitar a Rob porque aún tenía la bebida en su estómago. ¿Qué tal si... qué tal si también tuvo una pelea con Rob? Quiero decir, justo después de llegar inesperadamente a su casa en mitad del día, cuando se suponía que debía estar con su madre?"

El ojo izquierdo de Steve comenzó a parpadear.

"¿Quieres decir que Kelsey sorprendió a Rob acostándose con Megan cuando llegó, cierto?"

"Vaya, estaba buscando algo un poco más sutil, pero sí."

Ahora, Steve bebió su vino.

"Encaja, hay muchas suposiciones, pero encaja", admitió. "Pero, ¿qué bar?"

Verónica se encogió de hombros.

"No lo sé. ¿Tuviste suerte rastreando sus teléfonos?"

"No. No estaban con sus cuerpos y ahora están desconectados. Me puse en contacto con los proveedores de telefonía móvil, con suerte nos darán algunos detalles en uno o dos días."

Con esta nueva teoría en el aire, que requería más pruebas para confirmar o refutar, no había nada más que ganar discutiendo el caso.

Aparte de que Verónica quería ser invitada oficialmente al caso, pero se negaba a rogar.

"¿Cómo estuvo tu día?"

"Aburrido. Un par de vagos robaron tres joyerías..."

El teléfono de Steve sonó.

"Mierda, lo siento." Lo cogió pero no respondió.

"Adelante."

"Gracias."

Verónica comió más espaguetis y escuchó la mitad de una conversación. Cuando Steve colgó, ya estaba de pie.

"Lamento mucho esto, pero tengo que irme."

"¿Qué pasó?"

Steve cogió su camisa de sheriff del pasillo mientras respondía.

"Puede que hayamos avanzado en el caso. La madre de Megan tenía acceso a su cuenta bancaria, y dijo que la última transacción fue en un bar llamado 'Shooter's Lounge'."

Verónica se levantó y lo besó.

"Lo siento", repitió.

"No te preocupes."

"No... No te quedarías despierta. Va a ser una noche larga."

Pero resultó que eso es exactamente lo que hizo Verónica. No porque estuviera preocupada por Steve, sino por la pesadilla que la atormentaba.

Capítulo 29

Veronica corría a través del bosque. Un bosque en llamas. Las llamas lamían los troncos de los árboles, engullendo las copas llenas de hojas por encima de ella. El aire estaba espeso de humo y el sonido de la madera al romperse era como disparos de ametralladora. Y aún así, todavía podía oír al animal detrás de ella. De alguna manera, los rugidos y gruñidos del oso eran audibles a pesar del estruendo del fuego.

Veronica se negaba a rendirse, aunque sabía que no había forma de superar a un oso. Tejiendo entre troncos de árboles en llamas, Veronica no se dirigía deliberadamente hacia un lugar específico, solo estaba intentando alejarse. Pero quizás su subconsciente la había guiado a un claro que parecía inmune al fuego.

Justo cuando sintió el aliento caliente en la nuca y olió el hedor de la carroña, entró en el claro... e inmediatamente se detuvo en seco. Oso o no, ya no podía continuar.

El cadáver apoyado contra el único árbol preservado estaba posado de una manera sórdida, provocativa y mórbida, y congeló a Veronica en su lugar.

La pierna derecha del hombre estaba torcida de manera incómoda en un ángulo antinatural, la cadera claramente dislocada. Estaba desnudo y Veronica obligó a sus ojos a continuar hacia arriba y no hacia abajo. El rostro estaba pintado como los demás, como una muñeca, pero el hombre todavía era reconocible para ella.

Era su hermano.

Era Benny Davis, más tarde conocido como Holland Toler.

No llevaba su peluca negra y se podía ver la carne arrugada por las cicatrices que corrían desde la parte superior de su cabeza hasta el lado de su cuello.

Y luego todo se volvió negro cuando el oso la embistió por detrás.

Veronica despertó de repente. Había estado sentada en la silla de su dormitorio, con la computadora en su regazo cuando debió haberse quedado dormida. Recordó su sueño y tomó una profunda y temblorosa respiración.

El dorso de sus manos, especialmente la piel entre el pulgar y el índice, estaban rojas y calientes de tanto frotar.

Veronica había estado investigando a Rob Pinkerton antes de desmayarse. Era tan interesante como cualquier otro estudiante universitario que había abandonado los estudios, y no del tipo que llega a hacer miles de millones. Era solo un joven que o no le gustaba la escuela, no podía manejarla, o no podía costearla. Un año y medio en la Universidad de Portland, y terminó, poco después trabajando en turnos de noche en la planta de empaque de carne de Greenham. En algún momento, quizás en un bar, conoció y comenzó a salir con una chica bonita llamada Kelsey Astor, y cuando se aburría, pasaba tiempo con su amante, Megan Milonakis.

Nada sobre su pasado sugería que Rob era un asesino a sangre fría.

Veronica cerró la computadora portátil, estiró las piernas y luego se levantó. Se había cambiado a algo más cómodo, una camiseta y pantalones de chándal, después de la cena, pero ahora lamentaba la decisión. Se volvió a poner los jeans, se puso una camisa de franela

abotonada sobre su camiseta y luego agarró su teléfono móvil.

No había mensajes de Freddie o Steve, pero no los esperaba. Eran casi las once; Freddie probablemente estaba dormido y Steve iba a estar ocupado hasta mucho más tarde.

Mientras se metía en su coche y comenzaba a conducir, Veronica comenzó a lamentar no haberle pedido formalmente a Steve que la pusiera en el caso. Se oponía a mendigar, pero había esperado a medias que él le pidiera.

Basado en lo que él le había dicho y la entrevista que había escuchado en la radio, el Departamento del Sheriff del Condado de Bear necesitaba toda la ayuda que pudieran obtener.

Tendrían esa conversación pronto, sin embargo. Pero primero, tenía que resolver el maldito caso del delicado ladrón de relojes.

No fue difícil para Veronica encontrar el coche encubierto fuera de la casa de Peter O'Keefe. Para empezar, era el único vehículo con un hombre sentado dentro y, a pesar de sus mejores esfuerzos por esconderse en las sombras, sus ojos estaban firmemente fijos en la casa de Peter. Veronica pasó de largo la primera vez, luego dio la vuelta y se estacionó a media cuadra detrás de él. Allí se sentó, como el policía encubierto, mirando la impresionante casa de dos pisos de Peter. Las luces del interior estaban apagadas, el interior tranquilo. Después de un par de minutos, Veronica salió silenciosamente de su coche y se acercó al otro vehículo. El hombre se había quedado dormido, y cuando ella dio dos golpes fuertes en la ventanilla del conductor, él saltó.

Su mano fue a su arma pero Veronica, esperando esto, ya tenía su placa fuera.

El policía, a quien Veronica no reconocía, tragó fuerte mientras bajaba la ventanilla.

"Estaba solo... Yo..."

"Voy a hacerte cargo", declaró. El policía miró nerviosamente su teléfono móvil en la consola central.

"¿Estás segura? El detective Furlow..."

"Estoy segura." La vacilación del hombre sugería que, aunque había visto su placa, había estado demasiado somnoliento para haberla leído. Veronica le ayudó. "Soy su compañera, la detective Shade."

El reconocimiento cruzó inmediatamente su rostro y los ojos del hombre se oscurecieron.

"Voy a hacerte cargo", repitió con dureza, su tono sugería que cualquier insubordinación en este punto sería perjudicial para la carrera del hombre.

El policía, ahora completamente despierto, entendió la situación en la que se encontraba.

"El sujeto llegó a las nueve y media, vio un poco de televisión y las luces se apagaron alrededor de las once. No ha habido movimiento desde entonces."

"¿Estás seguro de que todavía está dentro?"

"Sí."

"Bien." Veronica se alejó del coche. "Sigue adelante."

El hombre vaciló.

"No vas a... no vas a decirle al detective Furlow..."

"Vete ahora."

El policía asintió y se fue sin decir una palabra más.

Veronica se apresuró a regresar a su coche y esperó a ver si alguna de las luces de la calle se encendía. Ninguna lo hizo, pero por si acaso, esperó unos buenos quince minutos antes de acercarse lentamente, todavía con las luces apagadas, al lugar donde el policía había estado estacionado. El hombre podría haber sido malo para mantenerse despierto durante las vigilancias, pero sabía exactamente dónde estacionar para tener una línea de visión perfecta y, sin embargo,

ser prácticamente invisible para la marca.

A diferencia del oficial, Veronica reclinó su asiento casi por completo, segura de que era invisible a simple vista. Alrededor de las doce y media, lo que ella asumió que era la luz del baño se encendió. Cuando esta se apagó, se iluminó el dormitorio. Incluso a través de las persianas personalizadas, pudo ver la silueta de un hombre vistiéndose.

Veronica aún no estaba segura de si Peter era inteligente, pero definitivamente era cuidadoso. Pero no lo suficientemente cuidadoso.

Veronica se hundió tanto que ya no podía ver la casa.

No tenía que hacerlo. Todo lo que tenía que hacer era escuchar. Y después de que Veronica escuchó a Peter arrancar su Tesla, solo un pitido apenas audible, y se alejó, ella arrancó su coche considerablemente más barato.

Y entonces Veronica Shade lo siguió.

Capítulo 30

Peter O'Keefe condujo al centro de Greenham y se estacionó frente a un pub irlandés llamado The Cock and Feather. Parecía nervioso, cerrando su Tesla con el llavero no una, sino tres veces, mirando por encima de su hombro cada vez que sonaba el claxon abreviado.

Veronica, que ya se había puesto una gorra de béisbol que había encontrado en el asiento trasero para combinar con la camisa a cuadros, esperó cinco minutos antes de entrar al bar ella misma. Siendo miércoles, no estaba demasiado lleno, pero era ruidoso y la mayoría de las cabinas cerca del frente estaban ocupadas. Peter estaba sentado a medio camino hacia atrás, de cara a la puerta. Enfrente de él había la silueta de un hombre.

Solo entrar en The Cock and Feather hizo que la sinestesia de Veronica se disparara. Los colores no estaban mal, algunos trazos azules, el ocasional naranja y amarillo sobre un grupo de personas que estaban inmersas en una conversación acalorada.

Era el olor lo más chocante; el olor a gasolina era comparable a estar en el centro de una zona de reabastecimiento de combustible de aviones. La gente mentía más en un bar que en sus perfiles de Tinder.

Veronica simplemente siguió moviéndose. Quedarse quieta atraería la atención de los demás, disfraz o no. Al menos esta vez, antes de entrar, había hecho su respiración y no estaba completamente abrumada por su condición. Había un taburete vacío en la barra, cerca de la puerta, y se deslizó rápidamente en él. Cuando llegó el camarero, pidió una pinta helada y pagó en efectivo. Dejó una buena propina, también.

La cerveza bajó fácilmente, demasiado fácilmente. Y cuando Peter y su compañero desconocido pidieron otra ronda, Veronica hizo lo mismo.

Había tomado dos sorbos cuando el hombre se levantó. Veronica intentó echarle un vistazo a su cara, pero él caminó en dirección opuesta, probablemente hacia el baño. Estaba inclinada a seguirle, pero ahora solo, los ojos de Peter estaban escaneando la sala. Antes de que se posaran en ella, Veronica bajó su gorra y entabló una conversación con el camarero. Comenzó lo suficientemente benigna —Soy nueva en la ciudad, ¿dónde es un buen lugar para comer?— pero en poco tiempo, el hombre que servía bebidas mencionó al fabricante de muñecas. Después de esto, el fenómeno de Baader-Meinhof estaba en pleno efecto: todo el mundo en el bar parecía estar hablando de los recientes asesinatos.

Veronica no tenía interés en esto, pero afortunadamente no tuvo que hacerlo: el compañero de bebida de Peter regresó, y ella puso fin a la conversación. El hombre era grueso alrededor del medio, tal vez un tercio del tamaño de Freddie, con cabello oscuro y sin lavar que era más largo en la parte superior. Tenía barba en las mejillas y la barbilla, y los comienzos de un bigote oscuro.

El hombre también caminaba con una cojera.

Cuando llegó a la mesa de Peter, no se sentó. En cambio, agarró su cerveza y la bajó de un trago.

Peter saldó la cuenta y luego los dos se dirigieron hacia ella.

Mierda.

El camarero, tal vez ofendido por la manera brusca en que Veronica había terminado su charla, estaba convenientemente apoyado contra el otro lado de la barra.

Veronica no tuvo más remedio que emplear el truco más antiguo del libro: atarse el zapato. Debía haber funcionado, porque no recibió un golpecito en el hombro del abogado, ofreciendo ingeniosos juegos de palabras sobre pesca.

Vio abrir la puerta, luego los dos hombres se fueron.

Veronica los siguió.

Cuando se separaron, Peter yendo a su Tesla, el hombre cojeando en dirección contraria a pie, ella tuvo que tomar una decisión.

Fue fácil.

Cojito se estaba moviendo hacia la multitud nocturna, pero su paso era tal que no tuvo problemas para seguirle. Pasaron varios restaurantes abiertos a todas horas, incluyendo un local de pizza de mala muerte y uno que servía poutine, antes de entrar en el principal distrito de bares de Greenham. Aquí, se volvió un poco más difícil seguir al extraño, y Veronica tuvo que usar sus codos para abrirse camino a través de la multitud.

Echó un vistazo al otro lado de la calle donde había considerablemente menos gente, lo que sería más fácil para un hombre con una cojera navegar.

¿Me ha visto? ¿Sabe que le estoy siguiendo?

Era posible, especialmente si Peter le había hablado de su visita más temprano en el día. Y Veronica había tomado unas cuantas copas y no estaba siendo particularmente discreta.

Pero si él sabía, entonces—

Veronica dejó de caminar.

Al otro lado de la calle estaba Shooter's Lounge. El frente del bar estaba hecho completamente de ventanas, lo que le daba una vista clara del interior, si no fuera por los peatones que seguían cruzándose en su camino. Veronica se acercó a la calle y entrecerró los ojos.

Y entonces lo vio.

El Sheriff Steve Burns.

Estaba saliendo de una habitación trasera, en conversación con alguien que llevaba gafas y una camiseta negra. El hombre trabajaba en el bar pero era demasiado delgado para ser un portero. ¿El gerente, quizás? Tal vez. ¿O tal vez alguien de la compañía de vigilancia?

Steve estaba serio, y asentía vigorosamente.

¿Tenían imágenes de Megan en el bar? ¿De Kelsey?

Veronica quería ir allí, involucrarse. Pero ella tenía su propio trabajo que hacer.

"Mierda."

El hombre cojo se había ido.

¿Dónde te metiste?

Sus ojos escanearon la multitud desesperadamente buscando su cabello grasiento. No podría haber ido muy lejos, el hombre se movía a paso de caracol.

Pero no estaba por ninguna parte.

Apretando los dientes de frustración, Veronica miró de nuevo al otro lado de la calle. Steve todavía estaba allí, dándole la mano al hombre con las gafas. Y luego alguien más pasó delante del bar y las alarmas en su cabeza comenzaron a sonar.

Una capucha cubría su cabeza y cara, pero su cabeza brillaba de un naranja brillante. Y cuando miró a Shooter's Lounge, esto se convirtió en un rojo ardiente de violencia inminente.

Veronica olvidó completamente a su objetivo y comenzó a cruzar la calle. Ahora estaba completamente concentrada, sus ojos se estrecharon, su visión se volvió tunelizada. El hombre asintió al portero y alcanzó la puerta.

Fue entonces cuando vio algo en su mano: una mancha blanca. Podría ser pintura... probablemente era pintura.

¿Era la misma pintura usada para cubrir las caras de las muñecas?

El hombre estaba casi dentro de Shooter's cuando se detuvo abruptamente. No había forma de saber qué vio que le hizo cambiar de idea, pero si Veronica tuviera que adivinar, probablemente fue el sheriff. El hombre dio media vuelta y, con la barbilla contra el pecho, se fue por donde había venido.

De repente, una bocina sonó fuertemente a la derecha de Veronica, y ella saltó.

"¡Mierda!"

Un hombre enfadado en un Volvo agitaba su mano agresivamente hacia ella.

"¡Cuidado por dónde caminas!"

Veronica, cegada por los faros, retrocedió a la acera y el coche pasó chillando.

Al otro lado de la calle, el hombre con la sudadera con capucha la estaba mirando directamente. Solo que Veronica no podía ver su cara, sus pupilas estaban demasiado contraídas por los brillantes faros. Mientras comenzaba a caminar de nuevo, sacó su teléfono y marcó a ciegas el número de Steve.

El sospechoso empezó a correr y Veronica tuvo un segundo para decidir qué hacer. Steve estaba más cerca del hombre con la capucha, pero explicarle lo que había visto tomaría tiempo.

Tiempo que no tenían.

Veronica guardó el teléfono en su bolsillo. Y luego, después de un pesado suspiro, empezó a correr por tercera vez ese día.

Capítulo 31

La tercera vez no fue el encanto para la detective Veronica Shade. La tercera vez, su sospechoso se escapó. Podría inventar cualquier cantidad de excusas: estaba cansada, acababa de tomarse dos cervezas, ya había corrido dos veces hoy, no conocía bien el vecindario... pero ninguna de ellas la hacía sentir mejor.

El hombre con la sudadera con capucha y la pintura blanca en la mano era rápido. No solo eso, también era ágil. Después de casi diez minutos de carrera a todo pulmón, Veronica simplemente perdió de vista al hombre. Intentó volver sobre sus pasos, se encontró en un barrio residencial y luego volvió a intentarlo. Esta vez encontró Shooter's, pero de alguna manera se acercaba desde el sur.

Quienquiera que fuera... se había ido.

Empapada en sudor, Veronica pasó frente a Shooter's y miró hacia adentro. Steve todavía estaba allí, y ella consideró ir a encontrarse con él. ¿Pero qué diría?

Oh, hola, Steve, estaba en un caso aparte, y vi al fabricante de muñecas. Sí, él, ¿el que estás buscando? En fin, en lugar de armar un escándalo, lo asusté. Hubo una persecución, pero estaba un poco mareada y se escapó. Mi mal. Esperemos que no haga más muñecas. ¡Nos vemos cuando llegues a casa!

Veronica siguió caminando. Sus dientes comenzaron a dolerle por apretar la mandíbula tan fuertemente. No solo había dejado escapar al fabricante de muñecas, sino que también se había ido la persona con la que Peter O'Keefe se había estado reuniendo.

Qué noche tan absolutamente desastrosa.

El rostro de Veronica todavía estaba sudoroso cuando finalmente llegó a su coche. Encendió el motor pero no condujo a ninguna parte.

En lugar de atrapar a un sospechoso, dos se habían escapado. Aun así, pensaba que había tomado la decisión correcta; ¿un hombre sospechoso entrando al último lugar donde se había visto a Megan? ¿Y tenía pintura en la mano? Eso era mucho más importante que un vendedor de relojes clandestino.

¿Añadir los tonos naranja y rojo que había visto?

Sí, valía la pena.

Pero también era difícil de explicar a su compañero o al sheriff.

Veronica se masajeó las sienes.

"Mierda".

Por cansada que estuviera, Veronica no volvió a casa de inmediato. Regresó a la casa de Peter y una vez allí, su noche pasó de mal a terrible.

Su Tesla no estaba en el camino de entrada. Toda la aventura de seguir al hombre cojo y luego perseguir al tipo de la sudadera con capucha había tomado un poco más de una hora.

Peter debería haber vuelto hace cuarenta y cinco minutos.

¿Por qué no estaba aquí? ¿Dónde fue?

Treinta minutos después, vio las luces de un coche y se hundió en su asiento. El Tesla de Peter se detuvo y el hombre salió. En su mano estaba el maletín que no era de Samsonite.

¿Lo tenía consigo cuando se fue?

Veronica no podía recordarlo.

El hombre parecía angustiado, sus movimientos eran bruscos al entrar en la casa.

No hubo luz de baño esta vez, simplemente se desvistió y se fue directo a la cama.

Esto hizo que Veronica se sintiera aún peor. Si Peter hubiera venido directamente a casa después de encontrarse con el hombre en el bar, podría haber justificado sus acciones. Podría haber razonado, con un poco de maña, que tal vez el cojo la habría perdido de todas formas. La multitud se estaba volviendo más densa y sólo había quitado la vista de él por un minuto.

Pero Peter había ido a otro lugar: ¿a encontrarse con alguien? ¿A vender su reloj? —y había regresado con su maletín, con el que pudo haber salido o no.

Veronica observó la casa durante otros diez minutos antes de irse. Peter no iba a salir de nuevo y no tenía sentido perder más tiempo allí.

Además, si llegaba a casa después de Steve, él tendría muchas preguntas para ella. Preguntas que no le apetecía responder.

Veronica se quitó su disfraz, se puso de nuevo los pantalones de chándal y se metió en la cama.

Mientras esperaba que el sueño la venciera, le vino a la mente algo que Jane, Freddie y su padre le habían dicho. Era lo mismo que Steve había insinuado, pero nunca había dicho explícitamente.

Tal vez no estoy lista para volver.

Tal vez es demasiado pronto.

Esta vez, cuando Veronica durmió, no hubo sueños de su hermano pintado como una muñeca.

No hubo sueños de un oso.

No hubo sueños en absoluto.

Capítulo 32

El hombre dio un sorbo a su cerveza y luego se puso de pie.

"¿A dónde vas?" preguntó una vocecita. Miró a la niña de siete años que estaba sentada frente a él. Sostenía un nugget de pollo en cada una de sus manos. El de la derecha estaba medio comido, el de la izquierda cubierto de ketchup.

"Sólo voy al baño, cariño. No tardaré". Se inclinó sobre la mesa y revolvió su cabello, pero ella se echó hacia atrás.

"¡Papá, vas a arruinar mis coletas!"

"Lo siento". Se rió. "Tu mamá siempre puede hacerlas de nuevo".

El hombre se disponía a irse cuando una mano agarró su muñeca.

"Vuelve enseguida".

La mujer que lo sostenía tenía coletas que coincidían con las de su hija.

"Por supuesto, por supuesto", dijo el hombre, la sonrisa que había tenido en su cara después de interactuar con su hija de repente se había ido.

La mujer lo sostuvo un segundo más y luego soltó su agarre. Su sonrisa regresó y saludó a su hija en broma.

"Volveré enseguida".

Tan pronto como le dio la espalda, su rostro se volvió plano, sin emociones. Caminó rápidamente por el restaurante, que estaba moderadamente ocupado, manteniendo la cabeza baja a propósito mientras caminaba.

Después de aliviarse, se lavó las manos y se miró al espejo. Estaba pálido y tenía ojeras. Incluso cuando lograba dormir, lo cual era raro, era un sueño agitado, lleno de pesadillas.

Las dos mujeres, ambas más jóvenes que él por al menos una década, estaban paradas fuera del baño cuando salió. Hablaban en voz alta y reían. Aún no eran las ocho, pero obviamente ya llevaban su cuarto o quinto cóctel. Un martes normal en Greenham.

¿Eran chicas universitarias?

El pensamiento estuvo en su cabeza por una fracción de segundo, no más, pero fue suficiente. Una de las chicas lo notó, probablemente porque su andar había cambiado, y levantó sus grandes ojos. Una sonrisa comenzó a formarse en sus bonitos labios, e inmediatamente él bajó la vista al suelo.

No, no mires, suplicó en silencio. No me mires. No me mires.

"Hola", dijo la chica. "¿Eres profesor?"

Son chicas universitarias.

Sacudió la cabeza.

No importa. Sigue avanzando. No te detengas, no las mires. No hagas nada.

La segunda chica se interpuso en su camino. Intentó esquivarla, pero ella lo bloqueó. Era la más bonita de las dos, con cabello negro corto justo por debajo de las orejas y labios carnosos.

Extendió la mano y rozó la parte posterior de su brazo.

"¿Tienes prisa?"

"Por favor". El tono desesperado en su voz sorprendió a la chica lo suficiente como para que finalmente pudiera pasar junto a ella.

Caminó rápidamente de regreso a su mesa y se sentó.

No deberías haber hecho eso. Apretó la mandíbula. No deberías haberme tocado.

"¿Papá? ¿Todo está bien?" preguntó su hija.

No levantó la vista. Simplemente agarró su vaso de cerveza y bebió todo el líquido que quedaba.

No deberías haber hecho eso.

Casi comenzó a llorar.

¿Por qué? ¿Por qué harías eso? Jesucristo, ¿por qué?

PARTE III - El Fabricante de Muñecas

Capítulo 33

"¿A qué hora llegaste anoche?" preguntó Veronica.

Steve salió del baño. Tenía una toalla envuelta alrededor de su cintura y estaba utilizando otra para secarse el cabello. Para un hombre de treinta y cuatro años, uno que solo ocasionalmente hacía unas cuantas flexiones, el Sheriff del Condado de Bear tenía un físico impresionante: un pecho bien desarrollado y el contorno suelto de al menos los dos abdominales superiores.

Podría tener el cuerpo de un hombre mucho más joven, pero cuando Steve quitó la toalla de su cabeza, revelando ojeras y una barba corta, la yuxtaposición fue desconcertante.

Incluso fuera de uniforme ahora, el sheriff parecía diez, quizás quince años mayor.

"Tarde", dijo y luego aclaró su garganta. "¿Me llamaste anoche?"

Veronica había olvidado completamente la llamada telefónica que había hecho a Steve fuera del Shooter's Lounge, la que había colgado antes de que él tuviera la oportunidad de responder.

"Yo..."

Steve la miró mientras esperaba que ella continuara. Se veía tan cansado, tan agotado. Y nada de lo que había sucedido anoche realmente agregó valor a la investigación. El hombre con la pintura en su mano había huido y se había escapado. Su capucha estaba tan baja que incluso en la remota posibilidad de que el Shooter's lo hubiera captado en video, no se habría capturado nada identificable.

Veronica sonrió. Luego se levantó y caminó hacia su novio.

"Solo te extrañaba", mintió.

Veronica se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Steve respondió inclinándose en el espacio entre su hombro y cuello y respirando profundamente.

Un cosquilleo recorrió su cuerpo y Veronica, que estaba a punto de retroceder, cambió de opinión. En cambio, movió sus labios de su mejilla barbuda a su boca. Y luego sus manos fueron a la toalla alrededor de la cintura de Steve.

Justo cuando su respiración comenzaba a volverse más agitada, Steve guio suavemente su mano lejos de él y retrocedió.

"Lo siento", dijo. "Realmente tengo que irme."

Sintiéndose herida y rechazada, Veronica se salvó al cambiar inmediatamente al modo profesional.

"Sí, claro. ¿Encontraste algo anoche en el Shooter's?"

Steve le dio la espalda mientras se vestía y Veronica pensó que esto era una señal, que él iba a devolverle el favor y mentirle.

Esto le dolió, no la mentira inminente, sino que casi lo esperaba. Esta fue la primera relación seria de Veronica desde que se convirtió en policía. Había comenzado rápido y caliente, ambos siendo impulsados juntos por la investigación del suicidio en el granero del sheriff. Su experiencia compartida de casi muerte había solidificado lo que apenas estaba surgiendo, y su mudanza juntos, aunque parcialmente forzada por Steve al no poder vender su casa, había parecido natural.

¿Así son todas las relaciones policiales? ¿Es el trabajo demasiado estresante? ¿Puedes apagar

alguna vez la parte investigativa de tu cerebro?

¿Es todo esto un error?

"Hay un montón de grabaciones de seguridad", dijo Steve, y Veronica sintió un agudo pinchazo de culpa en el fondo de su estómago. Él no era el mentiroso, ella lo era. "Captamos a ambas, a Megan y a Kelsey, en la cámara. Algunos de mis hombres pasaron la noche revisando las cintas. Todavía no he escuchado nada."

Casi preguntó entonces. Las palabras casi salieron de su boca.

¿Cuáles son las posibilidades de que puedas involucrar a un detective de la Ciudad de Greenham en la investigación? ¿Quizás una joven y bonita detective?

Steve vino a besarla ahora. Solo un rápido beso en la frente.

"Va a ser otra noche larga hoy. No te quedes despierta."

Y entonces se fue.

Esta vez, Verónica solo llevó dos tazas de café a la oficina: una para ella y otra para Freddie. Pero antes de que se la entregara, sabía que algo iba mal. Estaba en el rostro de su compañero, en sus gestos.

"Ven conmigo".

"¿Qué pasa? ¿Estás molesto porque no te traje uno de esos sándwiches saludables?" Verónica bromeó, pero a Freddie no le hizo gracia.

Miró por encima de su ordenador, buscando claramente a Cole Batherson. El oficial de Asuntos Internos estaba en su escritorio, pero estaba ocupado y ni siquiera se dio cuenta de que Verónica había llegado.

"Vamos".

Freddie la tomó del brazo y la llevó al pasillo.

"¿Qué demonios pasó anoche, Verónica?"

"¿A qué te refieres?" Cuando Freddie simplemente la miró, Verónica cambió su tono. "No podía dormir, así que relevé al oficial que estaba apostado fuera de la casa de Peter O'Keefe".

Freddie parpadeó, confirmando que ya conocía esta parte de la historia.

"¿Y luego qué?"

Verónica se sintió de repente molesta. Lo que había comenzado de buena gana, al menos desde su perspectiva, se había convertido en algo parecido a un interrogatorio.

"¿Cuál es el problema?"

Freddie miró a su alrededor, asegurándose de que Cole no estaba a tiro de oído.

"¿Cuál es el problema?"

Era como si el hecho de que ella relevara al policía fuera un agravio personal para Freddie.

"¿Sí? Él fue—"

"Peter fue a tomar una copa anoche a un bar".

"Sí, lo sé. Lo seguí".

Freddie siguió mirando a su alrededor, lo que estaba poniendo nerviosa a Verónica.

"Vamos afuera", sugirió.

Freddie no dudó, y en cuestión de minutos —a una velocidad relámpago para él— estaban en su coche y saliendo del estacionamiento.

"¿Vas a decirme qué pasó?", preguntó.

Verónica consideró que quizás había habido dos policías vigilando a Peter y no solo uno.

Pero eso no tenía sentido —había dado la vuelta a la manzana, había hecho su propia vigilancia.

Sacudió la cabeza.

"Freddie, ¿qué está pasando? ¿A dónde vamos?"

Freddie apretó la mandíbula y permaneció en silencio.

Verónica ya había tenido suficiente.

"No sé qué te ha dado, pero sí, relevé al oficial. Alrededor de la medianoche Peter se fue, fue a tomar una copa como tú dijiste. Se encontró con un tipo en el bar y eso fue todo".

"¿Eso es todo?"

"Voy a perder la puta cabeza aquí, Freddie", advirtió. "Se fue y lo perdí. Eventualmente, volví a su casa, donde yo estaba esperando".

La mandíbula de Freddie estaba ahora tan apretada que Verónica casi podía distinguir los músculos profundamente bajo sus gruesas mejillas.

"Jesucristo, Freddie. Háblame. Se supone que somos compañeros. Se supone que—"

"¿En serio? ¿Vas a venir a mí con esta mierda? ¿Acerca de que yo soy un mal compañero? Tú eres la que está mintiendo".

"¿Mintiendo?" La respuesta hizo que Verónica se estremeciera.

¿Mintiendo? ¿Yo? Mano en el corazón. Oh, querida.

"Vamos, Verónica. Puede que no sea un detector de mentiras humano como tú, pero he estado rodeado de mentirosos durante mucho tiempo. ¿Vas a sentarte ahí y decirme que perdiste a Peter O'Keefe? ¿Que este abogado logró despistarte? Vamos, dame un respiro. Te he visto seguir a sospechosos; te he visto correr tras Dylan Hall varias veces. ¿Qué pasó realmente?"

Verónica miró a su compañero.

Él merecía la verdad.

"Está bien, está bien. Lo seguí al bar como dije. Pero en lugar de seguir a Peter, seguí al tipo con el que estaba hablando, pensando que Peter simplemente se iba a casa. Pero entonces..." Una visión del hombre con la sudadera, los acuarelas rojos y naranjas que emanaban de él en olas, apareció en su mente. "Pero entonces vi a un tipo entrando en el Shooter's Lounge, que resultó ser el último lugar donde se vio a una de las víctimas del Hacedor de Muñecas. Tenía pintura blanca en la mano, pintura igual a la que ese bastardo había puesto en sus caras. Creo que vio a Steve —el sheriff— en el bar y se asustó. Tuve un segundo para tomar una decisión, Freddie: seguir persiguiendo al tipo cojeando que podría —podría— tener algo que ver con los relojes robados o intentar atrapar a alguien que asesinó a dos jóvenes y las vistió como muñecas".

Ella quería que Freddie dijera, sí, no hay mucho que decidir ahí, pero él no mordió el anzuelo.

"Lo perdí", admitió Verónica. "No soy un puto sabueso, el tipo corrió, y simplemente lo perdí. Cuando volví al área del bar, tanto Peter como su amigo se habían ido".

Freddie suspiró y su rostro finalmente se relajó.

"Eso no es nuestro caso, Verónica. Ni siquiera es un caso de Greenham. Es un caso del condado de Bear".

"Sé eso", respondió Verónica bruscamente. "¿Pero sabes qué tampoco era nuestro caso? El suicidio de Maggie Cernak".

Freddie tuvo que apartar la vista para hacer un giro, lo que sirvió como un respiro bienvenido de la hostilidad.

Habían sido compañeros casi un año ahora y, aunque trabajaban bien juntos, este no era su primer desacuerdo. Estaba a la par con los más animados, sin embargo.

Vas dos por dos ahora, pensó Verónica.

Peleando con Steve y Freddie. No te olvides de evitar a tu padre.

Mierda.

Freddie era leal y, después de lo que había pasado con Ken Cameron, probablemente era el único hombre en el departamento que no la despreciaba, aparte de su padre .

Verónica cerró los ojos y tomó una profunda respiración.

La razón por la que el Capitán Peter Shade los había juntado en primer lugar no era ningún secreto. Freddie era confiable y leal, y se le había encomendado cuidar de ella. Si hubiera dependido de su padre, Verónica sería contadora. Pero cuando supo que seguir sus pasos era inevitable, Peter había hecho todo lo posible para mitigar el riesgo.

De mucho que había servido.

Verónica a menudo se preguntaba si las cosas habrían sido diferentes si su padre hubiera sido más abierto acerca de su infancia. Los había mudado para mantener a Verónica alejada de su pasado, pero si solo hubiera sabido sobre la invasión a su hogar y los asesinatos... Peter no estaba al tanto del sádico juego de Trent y Herb, no sabía sobre EENIE, MEENIE, MINEY, MO. Pero el conocimiento del incendio podría haber disparado los recuerdos de Verónica y tal vez ella hubiera recordado el horrible juego al que se vio obligada a jugar.

Y si ese fuera el caso, ¿podría Verónica haber salvado a Sarah Sawyer de sí misma? ¿Podría haberle hablado a la chica y decirle que no era su culpa? Que Verónica, también, se había elegido a sí misma para ser la única sobreviviente.

¿Qué había dicho su hermano?

La voluntad de sobrevivir está arraigada desde el nacimiento, Lucy.

El aliento de Verónica se entrecortó.

Benny... si hubiera sabido, ¿podría haber salvado a Benny? ¿O ya estaba demasiado perdido?

Estaba presionando su pulgar en la parte trasera de su mano donde se había quemado en el incendio. Solo que esta vez, Verónica no podía hacerse parar.

"Entiendo que estás sufriendo", dijo Freddie, su tono inesperadamente suave. "Pero sabes que la IA está buscando sangre después de todo el asunto de Ken Cameron. Eres una gran detective, Verónica, pero he visto a otros grandes detectives caer. Y a veces... a veces no se levantan de nuevo".

Antes de que Verónica pudiera formular una respuesta, Freddie detuvo el auto. Estaban en un área residencial que ella no reconocía.

Parado en la acera había un hombre con el cabello largo, grasiento y negro. Y cuando se acercó al vehículo, lo hizo con una cojera.

"Mierda", susurró Verónica. "¡Ese es él! ¡Ese es el tipo que se encontró con Peter O'Keefe anoche!"

Freddie comenzó a levantarse del auto, pero Verónica llegó al hombre en la acera antes.

"Lo sé".

"Freddie, ¿qué está pasando?"

"Tuvimos suerte". Para sorpresa de Verónica, su compañero estrechó la mano del hombre cojo. "Tuvimos mucha suerte, Verónica. Eso es lo que está pasando".

Capítulo 34

"¿Qué tenemos?" preguntó el sheriff Steve Burns al entrar en la improvisada sala de control.

"¿No hay un 'buenos días, Crouch'? ¿Ni un 'te extrañé, buen amigo'? Sabes qué, apuesto a que esa atractiva detective, ¿cómo se llama?, le lleva a su gordito compañero un doble moca latte todas las mañanas. Ni siquiera recibo un hola. No parece justo".

Steve tuvo que hacer un gran esfuerzo para no atacar al hombre. No era solo lo que el teniente Crouch decía, sino cómo se veía cuando lo decía.

La sonrisa burlona en los gruesos labios del hombre casi hizo estallar al sheriff.

Los había visto juntos, de acuerdo. Crouch había visto a Verónica y Steve en la calle después de cenar. Y ahora el hombre estaba presionando los botones de Steve, como lo hacía en los viejos tiempos cuando ambos eran estatales.

Afortunadamente, la violencia física no era necesaria... aún. Una mirada mordaz fue suficiente para silenciar al hombre mucho más grande.

El diputado Marcus McVeigh también estaba en la sala de control. Parecía que dondequiera que estuviera el teniente Crouch, el jefe adjunto del condado de Bear no estaba lejos.

Steve no estaba seguro de qué pensar al respecto. McVeigh había disipado una interacción tóxica entre él y el estatal, pero Steve no estaba seguro de que el hombre no tuviera motivos ocultos.

Si McVeigh no se estaba posicionando para ser el próximo sheriff del condado de Bear, entonces tenía que ser la persona más altruista que existía.

Y Steve no estaba seguro de creer en el altruismo.

"El teniente Crouch me estaba mostrando el mapa de los lugares donde se encontraron los cadáveres de las chicas".

McVeigh se hizo a un lado y señaló una gran mesa, sobre la cual se encontraba un mapa impreso que abarcaba tres hojas de papel de gran tamaño.

Steve miró de McVeigh a Crouch.

La sonrisa burlona había vuelto al rostro del policía estatal.

¿Qué sigues haciendo aquí, de todos modos? No necesitamos tu ayuda. Sabemos que es un maldito oso el que destrozó el cadáver.

"Correcto, muéstrame".

Para el crédito del teniente Phil Crouch, el mapa que había impreso y luego anotado estaba increíblemente detallado.

Incluía las ubicaciones de los cuerpos en el bosque de Hilltona, como McVeigh acababa de indicar, pero había más que eso: también se identificó el Shooter's Lounge, así como las casas de Kelsey y Megan. Incluso el lugar de Rob Pinkerton estaba en el mapa.

"No tiene sentido", dijo Steve después de escanear el mapa varias veces. "Tanto Kelsey como Megan tenían sus autos la noche que desaparecieron, ¿verdad?"

"El portero vio a Kelsey subirse a su auto y marcharse", confirmó McVeigh. "Los amigos de Megan dijeron lo mismo".

"¿Solos?"

"Mmm-hmm".

"Entonces, ¿cómo diablos llegaron desde aquí", Steve señaló Shooter's, luego corrió su dedo hasta Hilltona, "hasta aquí? Especialmente, cuando viven en la dirección completamente opuesta".

Shooter's estaba casi exactamente a mitad de camino entre donde vivían las chicas y el bosque donde se habían descubierto sus cuerpos.

"Tal vez las secuestraron en el auto", sugirió Crouch con un encogimiento de hombros.

Steve lo consideró.

"Pero hay cámaras aquí, aquí y aquí". Steve señaló varias intersecciones grandes en el mapa por las que las chicas habrían pasado lógicamente si hubieran ido directamente a casa. "Además de una cámara de semáforo en rojo aquí. Pero ya hemos revisado las grabaciones, no pasaron por ninguna de ellas".

Los tres hombres miraron el mapa como esperando que la respuesta al enigma apareciera de repente.

Después de casi un minuto completo, McVeigh habló. Su rostro estaba un poco rojo y sus palabras titubeantes.

"Estaban bebiendo, ¿verdad?"

"Sí".

"Bueno, solo digo, hipotéticamente, si yo fuera a salir a beber y tuviera que conducir a casa, no tomaría ninguna de estas rutas". McVeigh volvió a trazar las calles que Steve había dibujado con su dedo momentos antes. "En cambio, iría por este camino".

Crouch de repente rió y palmeó al diputado en la espalda.

"Alguien tomó un par de pintas después del trabajo y no debería haber estado conduciendo", bromeó.

McVeigh, con una mueca en su ancho rostro, dio un paso a su izquierda y fuera del alcance de Crouch.

"No, no es eso. Hace un par de semanas, estaba de patrulla, camino a Hilltona, y detuve a una chica que iba a veinte por una carretera secundaria. Estaba borracha y empezó a llorar. Dijo que no pensaba que habría autos allí, y mucho menos policías".

Steve miró el mapa, buscando una ruta menos transitada desde Shooter's hasta las casas de las chicas.

"Excepto que no querrías acercarte demasiado a Hilltona, porque siempre envío a mis chicos allí para recoger a algunas de esas vagabundas chupando pollas por metanfetaminas, si sabes a lo que me refiero", ofreció Crouch.

Steve tomó un lápiz del escritorio y dibujó otra ruta. Esta vez, fue al este después de dejar Shooter's, se dirigió por debajo de East Argham, y luego, a unas dos millas de Hilltona, tomó un pequeño camino secundario y rodeó las ciudades antes de acercarse a las casas de Kelsey y Megan desde el sur.

Cuando terminó, Steve golpeó el lápiz en la esquina del mapa.

"¿Cómo se ve eso?" preguntó.

"Tiene sentido, aquí es donde detuve a esa chica". McVeigh señaló un punto en la ruta. "Un poco cerca de Hilltona, pero supongo que los estatales están más interesados en lo que está pasando en el bosque que en las carreteras a su lado".

"Eso es cierto", estuvo de acuerdo Crouch.

"No lo sabremos con certeza hasta que tengamos los datos del teléfono móvil", continuó McVeigh. "Si es que hay alguno... aún no hemos encontrado los teléfonos de las chicas".

"¿Qué está pasando con eso?" Steve preguntó.

"Todavía estamos trabajando en eso", respondió McVeigh. "Nos prometieron algo para esta tarde".

Crouch gruñó su desaprobación pero luego volvió su atención al mapa.

"¿Qué hizo que estas chicas siguieran adelante? ¿Por qué no regresaron?"

Esa era, por supuesto, la pregunta del millón de dólares. Si sus suposiciones eran correctas, y esta era la ruta que tanto Megan como Kelsey habían tomado, entonces debían haber estado un poco ebrias. Pero no podían haber estado completamente borrachas, de lo contrario, probablemente no habrían tenido la previsión de tomar una ruta tan indirecta.

Entonces, ¿por qué se detendrían? ¿Qué haría que una joven, viajando sola y un poco ebria, se detuviera cerca del Bosque de Hilltona, que se sabía que era un lugar de encuentro para drogadictos y prostitutas, de todos los lugares?

¿Podría el coche haberse averiado?

Era posible. Si el asesino las hubiera acosado en el Shooter's Lounge, podría haber saboteado su coche para que fallara después de unos diez millas.

¿Pero dónde estaban sus coches?

Lo que fuera que hubiera hecho a los vehículos tenía que ser fácilmente reversible porque el asesino había movido los coches después.

¿A menos que tuviera una grúa?

Steve sacudió la cabeza. Había demasiadas variables a considerar.

"¿Por qué se detuvieron?" preguntó en voz alta. "¿Por qué saldrían de los coches?"

"No lo sé. ¿Por qué las vistió para que parecieran muñecas? ¿Por qué las puso así?" Mientras decía esto, McVeigh abrió una carpeta y colocó fotos de la escena del crimen de las víctimas sobre el mapa.

"Maldita sea, si estamos haciendo preguntas, entonces lo que quiero saber es por qué no las jodió? Quiero decir, ambas son jodidamente atractivas, ¿no es así?"

La pura audacia de las palabras de Crouch dejó a Steve en silencio por el shock. Sin embargo, McVeigh no estaba tan asombrado por la vulgaridad del Teniente.

"¿Qué estás diciendo?"

Crouch, aún sonriendo, no se disculpó por sus palabras. En cambio, se reafirmó.

"Míralas, todas posadas y desnudas debajo. ¿Por qué no joderlas, ya sabes, al menos meterles mano un poco? Esa doctora dijo que estaban limpias y apretadas. Sin gonorrea, sin nada".

"¿Qué?" El sheriff estaba completamente horrorizado por lo que estaba escuchando. Dio un paso adelante, pero McVeigh se interpuso en su camino.

"No, tiene razón", dijo el diputado.

Ahora el sheriff retrocedió, y levantó las manos.

¿Ambos hombres habían perdido la maldita cabeza?

"¿Por qué no las jodió?" Las palabras se sintieron como veneno en su lengua, como bilis regurgitada. De repente consciente de sí mismo, el sheriff bajó la voz. "No puedo creer que ustedes estén..."

"La mayoría de los crímenes de esta naturaleza son sexualmente motivados, ¿verdad?" Interrumpió McVeigh. "Todo es cuestión de poder para ellos. Poder y control."

Steve seguía disgustado, pero a medida que las cosas caían en su lugar, también se alegró de saber que al menos su diputado no era un perverso demente.

"¿Espera, pensaste que yo quería manosearlas?" Crouch se rió. "No son mi tipo. Mi tipo son más bien mujeres con cabello castaño de longitud media y ojos dorados."

Las palabras no registraron con el sheriff, él estaba demasiado ocupado enfocándose en

McVeigh.

"Dicen que tu primera muerte es desordenada, que te pones nervioso y apuras las cosas. Tal vez simplemente no tuvo tiempo para... ya sabes... terminar."

El sheriff se mordió el labio mientras miraba la fotografía de Kelsey. Mucha de la escena del crimen había sido destruida por el oso, pero el asesino había pasado un tiempo considerable aplicando maquillaje y cambiándola de atuendo. Steve también supuso que ella había sido posada como Megan.

"Podría haber sido interrumpido por—"

"No, no es eso", Steve respiró. Su tono aireado silenció a ambos hombres y el Teniente Crouch finalmente dejó de sonreír. Steve miró primero a Kelsey Astor y luego a Megan Milonakis. "Estos dos asesinatos? No fueron sus primeras víctimas. Hay alguien más por ahí... la primera muñeca. Necesitamos encontrar a la primera muñeca."

Capítulo 35

El hombre pasó sus dos primeros dedos por su cabello grasiento.

“Terry”, dijo, sin que nadie se lo preguntara.

Cuando Verónica simplemente lo miró, Freddie habló por ella.

“Esta es la detective Shade, ella es confiable, es mi compañera”.

Verónica prescindió de las formalidades.

“Estabas allí, estabas con Peter O'Keefe anoche”.

Esto ya había sido establecido, pero Verónica lo repitió intentando ganar tiempo para asimilar lo que estaba sucediendo.

“Terry es un informante confidencial mío”, ofreció Freddie.

Esta respuesta era tan obvia que Verónica podría haberse abofeteado a sí misma por no haberlo descubierto antes.

“¿Por qué corriste?” preguntó, entrecerrando los ojos hacia el hombre.

“¿Perdón?”

“Anoche, cuando dejaste el bar, me viste y corriste. ¿Por qué?”

El hombre miró desesperadamente a Freddy.

“No corrí, no puedo correr. Esta maldita pierna...”

“Está bien”, dijo Freddie, lanzando una mirada a Verónica, “Solo cuéntenos lo que Peter dijo anoche”.

El hombre parecía increíblemente nervioso, y Verónica sintió que su poca paciencia comenzaba a agotarse.

“Terry, ¿qué dijo él?” insistió Freddie.

Verónica no pudo contener la mueca que se extendió hasta sus labios.

No sabía quién era este Terry, pero encajaba con casi todos los informantes confidenciales con los que se había cruzado. Un criminal de carrera, como parte de un acuerdo de declaración de culpabilidad, se ofrecen a chivarse a cambio de dinero y una sentencia reducida. Y dado el carácter del caso actual, Verónica asumió que los delitos de Terry estaban relacionados con la receptación. El problema era que, para tener un valor real, los informantes necesitaban permanecer lo más cerca posible de la acción.

En otras palabras, estos criminales necesitaban seguir siendo criminales.

“Intentó venderme un Rolex”, dijo Terry con naturalidad.

“¿En serio?” preguntó Verónica, sacudiendo la cabeza.

Terry asintió, enviando su cabello grasiento frente a sus ojos.

“Sí, uno azul. Totalmente nuevo, pero sin papeles.”

Verónica imaginó el reloj que había visto en la muñeca de Peter cuando había agarrado el maletín. Había sido azul y plata.

“Qué maldito idiota”, murmuró. Luego, a Terry, preguntó, “¿Lo compraste?”

“¿Que si... lo compré?”

“Sí, ¿compraste el reloj?” Repitió Verónica con un tono tajante.

Un criminal que afirma que un abogado intentó venderle un reloj robado tenía poca credibilidad. Pero si Terry realmente tuviera el Rolex en su poder, eso sería diferente.

Pero, por supuesto, no lo tenía.

“No, quería siete mil por él.”

“Entonces, ¿por qué no...?”

“Detective Shade, a Terry se le instruyó solo para escuchar lo que Peter tenía que decir.”

Verónica no necesitaba mirar a Freddy para saber que él se estaba empezando a molestar con ella. Más molesto.

Pero ella también estaba molesta. Molesta de tener que pasar tiempo hablando con el cojeante hombre Crisco en lugar de buscar al Hacedor de Muñecas.

Incluso Freddie tenía sus límites, sin embargo, y Verónica no quería enfadar a su compañero después de que ya había cubierto por ella.

“Está bien”, cedió. “Bueno. ¿Peter dijo de dónde sacó el reloj?”

Terry negó con la cabeza, haciendo que más de su cabello grasiento se sacudiera al viento.

“Así no es como funciona.”

En su periferia, Verónica vio a Freddie asentir.

“Correcto. ¿Organizaste otro encuentro?”

“Sí, justo como pediste. ¿Trajiste el dinero?”

Verónica lanzó una mirada a su compañero que se negó a encontrar sus ojos.

No había jodida manera de que Freddie le fuera a dar a este hombre siete mil dólares. El departamento tenía un fondo de caja para los informantes, pero limitaban los pagos a unos pocos cientos. Y el papeleo era tan tedioso que Verónica usualmente solo pagaba a Dylan Hall de su propio bolsillo.

Pero para su horror, vio a Freddie metiendo la mano en su abrigo. Lo detuvo colocando una mano en su hombro.

Freddie podría ser un policía de largo recorrido, también podría tener una amplia experiencia que ella no tenía, pero Verónica tenía calle. Los informantes mentían, engañaban, inventaban cosas solo para cobrar.

“Si Freddie te da el dinero, ¿cuáles son las posibilidades de que realmente te encuentres con Peter esta noche?”

“Cien por ciento”, dijo Terry sin titubear. “Lo prometo.”

El hombre olía a gasolina.

Mentiroso.

“Bien. ¿Dónde se suponía que se encontrarían, entonces?” Terry volvió a mirar a Freddie, pero Verónica, molesta de cómo su compañero estaba siendo aprovechado, rápidamente agregó, “No, mírame a mí, no a él. Bien. ¿Dónde se suponía que se encontrarían?”

“De vuelta en el... el bar.”

“¿El Cock and Feather?”

“S-sí.”

Otra mentira.

“Muy bien, eso no va a suceder. Esto es lo que quiero que hagas.”

Verónica le dio al hombre un nuevo lugar de encuentro e instruyó a que le transmitiera el mensaje a Peter O'Keefe. Los ojos de Terry se agrandaron y una vez más intentó ganarse el apoyo de Freddie con una mirada. Pero Freddie ya había cedido el control de la situación a Verónica.

“P-p-pero cómo se supone...”

“¿Cómo se supone qué? Sabes qué, no me importa cómo. Si quieres cobrar, solo lo harás.”

“¿C-c-cuándo?”

“Esta noche.”

“¿Esta noche?”

Verónica frunció el ceño.

“O te encuentras con Peter donde te dije, esta noche, o no obtienes nada. Tan simple como eso.”

Completamente de acuerdo ahora, Freddie sacó el sobre de su bolsillo y mostró el interior a Terry, quien se lamió los labios con anticipación.

A Verónica le perturbó ver cuánto dinero había realmente allí. Definitivamente no eran siete mil, pero más de lo que el departamento jamás autorizaría.

¿Qué estás pensando, Freddie?

“Está bien, lo intentaré. Quiero decir...”

De repente, se le ocurrió algo.

“¿Conoces a un hombre llamado Matthew, uh, Matthew Barnaby?” Cuando Terry se encogió de hombros, Verónica agregó, “¿Collard? También se hace llamar Collard.”

Las cejas oscuras del hombre se levantaron por el medio, subiendo una buena distancia en su amplia frente.

“Sí, conozco a Collard. ¿Qué pasa con él?”

Verónica sonrió. La idea que había comenzado a percolar en su mente no solo era plausible, sino que, dada la pura idiotez de los involucrados en este caso, también podría funcionar.

Y eso significaba resolverlo para poder centrarse en algo importante.

“Muy bien, esto es lo que vas a hacer...”

Después de que terminó de explicar su plan, incluso Freddie estaba sonriendo. Terry no, por supuesto, porque a Terry no le gustaba la idea de tener que trabajar para cobrar.

Pero todo lo que tenían que hacer era mostrar el dinero nuevamente y Verónica sabía que este caso terminaría esta noche.

Capítulo 36

Normalmente, al Sheriff Burns le gustaba el acento sureño del Diputado Lancaster. Incluso en un lugar como Greenham, a veces las cosas se movían demasiado rápido. La vida era como un coche atascado en sexta velocidad mientras bajaba cuesta abajo a toda velocidad.

Y la voz lenta y monótona del Diputado Lancaster era como un freno de mano parcialmente activado.

Pero hoy, hoy, Steve la odiaba. Estaba casi libre de los comentarios lascivos y asquerosos del Teniente Philip Crouch, de su sonrisa, sus malditos ojos, su—

“Todos deberían estar aquí en una hora,” dijo el Diputado Lancaster al entrar en la habitación. El hombre primero miró a McVeigh, luego al Teniente Crouch, antes de que sus ojos finalmente se posaran en los del sheriff.

“Bien,” respondió el Diputado McVeigh con un asentimiento.

¿Bien? ¿De qué están hablando?

Lo que más molestaba al Sheriff Burns más que quedar fuera de la conversación, era el hecho de que sabía que la confusión que veía en la cara de Crouch se reflejaba en la suya.

“Así que, cuatro de ellos, ¿verdad?” dijo el Diputado McVeigh mientras le ofrecía a Steve un asentimiento casi imperceptible. Oh, este hombre era bueno. No, quizás no bueno, tal vez genial. Tal vez como un concejal de la ciudad o incluso como gobernador. “Las cuatro personas que estuvieron en el Shooter’s Lounge las noches que desaparecieron tanto Kelsey como Megan.”

“Sí,” confirmó el Diputado Lancaster. “Como pediste, cruzamos todas las grabaciones de ambas noches, y luego usamos la marca de tiempo para mirar los recibos. Encontramos sus nombres en los extractos de tarjetas de crédito. Eran cuatro, todos hombres.”

Inteligente, pensó Steve. Muy inteligente.

“¿Puedo ver eso?”

Antes de que Lancaster pudiera responder, extendió la mano y tomó los papeles de la mano del diputado.

“Buen trabajo, Kent. Y tú también, McVeigh.”

No estaba simplemente halagándolos, lo que sus diputados habían hecho sin su aporte era impresionante. Y mientras Steve miraba las páginas, que vio incluían no solo nombres sino ocupaciones, fechas de nacimiento, con quiénes estaban en Shooter’s, y registros de arrestos, se dio cuenta de que era un trabajo realmente bueno.

“Gracias. Logramos reunir a todos. El último,” el Diputado Lancaster se inclinó y señaló el nombre de Paul Smoak, “estaba en el trabajo, pero hablamos con su jefe, y debería estar aquí en unos cuarenta minutos.”

Steve leyó el resto de los nombres. Ninguno le llamó la atención, y nadie tenía un extenso historial criminal, algo que podría indicar la violencia que había visto en Hilltona.

“¿Qué pasa con Rob Pinkerton?”

“No estaba allí la noche que desapareció Megan,” dijo el Diputado Lancaster.

“Sí, pero estaba con Kelsey el día que ella desapareció. Veamos si podemos traerlo también.”

“Por supuesto,” Lancaster accedió con un asentimiento corto.

“¿Los demás, aparte de este tipo Smoak y Pinkman, ya están aquí?” preguntó el Teniente Crouch.

“Sí.”

“Mierda, vamos a hablar con ellos entonces.”

Si la petición la hubiera hecho el Diputado McVeigh, o quizás incluso el Diputado Lancaster, Steve habría estado indeciso. ¿Pero el hecho de que haya sido el Teniente Crouch?

Ni hablar.

Además, si los sospechosos habían aceptado venir por su propia voluntad, entonces no les importaría esperar un poco más.

“¿Sabes qué?” dijo el sheriff, clavando sus ojos en Crouch. “Dejémoslos que se desesperen un poco. Voy a ver si puedo encontrar a la primera víctima de nuestro asesino.”

Y esta vez, cuando el Sheriff Burns se dio la vuelta para irse, incluso si los ciento doce diputados del condado Bear se pusieran en su camino, no iba a detenerse.

La mínima satisfacción que Steve sentía corriendo por sus venas se evaporó inmediatamente después de salir al exterior.

Las cámaras de televisión le apuntaban directamente y los reporteros le gritaban, una cacofonía de molestias, de preguntas sin sentido a las que él tenía respuestas sin sentido.

“¿Sheriff Burns, después de dos cuerpos, se siente cómodo etiquetando al hacedor de muñecas como un asesino en serie?”

Excepto que hay más de dos, pensó el sheriff con más certeza de la que había tenido hace apenas unos momentos. Hay otra víctima allí fuera, al menos una más.

“Esta es actualmente una investigación abierta y no vamos a—”

Continuó caminando mientras hablaba, con la esperanza de que esto disuadiera más interrupciones, pero solo hizo que los medios se volvieran más frenéticos y desesperados.

No estaban interesados en su respuesta preparada.

Desafortunadamente, eso era todo lo que iban a obtener.

“¿Es cierto que el oso sigue suelto en Hilltona? ¿Deberían preocuparse los que viven cerca del bosque o los visitantes?”

Sí, deberían tener miedo de un oso que estrangula a las mujeres con un alambre, luego les maquilla con sus patas y las coloca en posiciones obscenas.

“Hilltona sigue siendo una escena activa de crimen. Nadie debería entrar en el bosque. En este momento, nuestro departamento se está concentrando en encontrar a la persona—”

“¡Sheriff!” Una reportera con cabello castaño hasta los hombros se abrió paso entre la multitud. Tenía mejillas sonrosadas y sombra de ojos azul, y también era joven. Quizás fue la fatiga, pero Steve pensó por un momento que se parecía a una de las víctimas. Luego parpadeó y la ilusión se desvaneció. “¿Por qué llama muñecas a las víctimas cuando claramente parecen Columbinas?”

“Nunca las he llamado muñecas,” dijo él con fuerza mientras se subía a su coche. “Eso es algo que ustedes inventaron.”

Steve cerró la puerta y agradeció instantáneamente la barrera física entre él y la multitud. Mientras se apartaban y él salía del estacionamiento, la última cosa que la reportera le dijo se quedó en su cabeza.

Columbina... Columbina...

Había escuchado la palabra antes, pero ¿dónde?

¿Había sido en la tienda de tatuajes? ¿Cuando preguntó sobre el tatuaje de mariposa de

Kelsey, el hombre mencionó la palabra Columbina?

Tal vez...

Steve agitó su cerebro buscando no solo la palabra ahora, sino imágenes de 'muñecas'. Había visto tatuajes que representaban mujeres gánster con sus caras pintadas de manera similar a las víctimas en las paredes de la tienda.

Pero nada era lo suficientemente parecido—

No fue el tatuador, Steve se dio cuenta con un chasquido de sus dedos.

Fue un cartel que había visto hace uno o dos meses en la vía principal de la Ciudad de Greenham a Portland. Un cartel que anunciaba una obra de teatro en la ciudad. El teatro no solía ser un gran atractivo en Portland, pero tenía su justo número de seguidores.

Cuanto más pensaba Steve en el cartel, más claros se volvían los detalles en su mente.

Era una obra llamada Columbina y la imagen principal era de una mujer con maquillaje de muñeca.

Eso es, pensó Steve mientras se dirigía a toda velocidad hacia Portland. Ahí es donde encontraré a la primera víctima.

Capítulo 37

"Lo que más me molesta de este caso", comenzó Veronica, "es la Joyería de Alfred".

Hablaba por una única razón: romper el hielo. Freddie pudo haber actuado de manera cordial mientras ella ponía en marcha su plan con Terry el CI, pero su silencio después era una indicación de que el hombre aún no estaba contento con ella.

Freddie tenía todo el derecho a estar molesto, pero el hombre no podía estar enfadado con ella para siempre. Después de todo, si su plan funcionaba, todo esto acabaría pronto.

"La Joyería de Alfred", repitió Veronica, hablando lentamente.

Freddie suspiró.

"¿Qué pasa con eso?"

"Bueno, ¿por qué demonios se llama Joyería de Alfred, para empezar? Quiero decir, el nombre del hombre es Matthew Cohen, por el amor de Dios. No tiene nada que ver."

En segundo lugar, Matthew fue golpeado en la cabeza y sin embargo, lo que pasó en la tienda no desencadenó mi sinestesia.

Freddie se burló.

"¿Sabes qué?" dijo con una risa abreviada. "Estaba pensando lo mismo. ¿Alfred? ¿Quién demonios es Alfred? ¿Su padre? ¿Hijo? ¿Abuelo?"

"No tengo ni idea."

Condujeron en silencio un poco más de tiempo antes de que Veronica suspirara y mirara a su compañero.

"Lamento haber sido una idiota, Freddie. Estoy intentando ser buena. Estoy intentando concentrarme en este caso, pero... bueno, es difícil, con todo lo demás que está pasando."

"Lo sé. Lo entiendo."

No fue una aceptación completa de su disculpa, pero fue un paso en la dirección correcta. Veronica se volvió para mirar por la ventana y algo inmediatamente le llamó la atención.

"Párate."

"¿Qué pasa?" preguntó Freddie, con un tono serio. "¿Viste a Collard?"

"No, solo párate."

El hombre hizo lo que le pidió, y Veronica saltó del vehículo. No corrió, pero caminó rápidamente a través del pequeño estacionamiento. Freddie esperó pacientemente en el coche por ella y cuando volvió, él todavía tenía una expresión seria en su rostro.

Veronica, por otro lado, estaba sonriendo. Lanzó una bolsa de papel marrón que ya se estaba volviendo translúcida por la grasa, sobre su regazo.

"¿Qué es esto?"

"Una rama de olivo. Una rama de olivo que casualmente está hecha de grasas saturadas y azúcares refinados, junto con cerca de medio kilo de sal."

Veronica no sabía si él estaba fingiendo, pero Freddie todavía parecía confundido incluso después de abrir la bolsa y el olor a comidas fritas llenaba el coche. Ella se estiró sobre su regazo y agarró una hamburguesa con queso de la bolsa.

"Lamento haber sido una idiota, Freddie", dijo, con la boca llena de comida. "No te lo mereces."

Freddie metió unas patatas fritas en su boca. Luego sonrió.

"Disculpa aceptada."

Para su crédito, Verónica pasó la primera media hora de regreso en la comisaría revisando sus diversas publicaciones en el tablón de anuncios sobre Rolexes usados.

Corrección, no sus publicaciones, sino las de Brent Wolseley.

Nada, no hubo aciertos. Solo un par de comentarios spam.

Verónica hizo algunas publicaciones más, pero no fueron tan refinadas como las otras ya que estaba menos segura de que el experimento de Brent diera frutos. Sin embargo, su otro plan, el que tenía con Terry, iba a desarrollarse.

Verónica estaba tan segura que pasó el resto de la hora investigando a Rob Pinkerton. Todavía le desconcertaba que Steve hubiera dejado ir al hombre. ¿Cuáles eran las probabilidades de que él conociera a Kelsey y Megan, que estuviera durmiendo con una y probablemente ambas, y que no estuviera involucrado en sus muertes?

¿Podría alguien tener tanta mala suerte?

El problema era que nada en el pasado de Rob Pinkerton apuntaba a que fuera un asesino en serie. Era un mentiroso y un imbécil, pero Rob le recordaba a un Brent Wolseley menos acaudalado. Extraño, dado que el primero no era una persona real. Sin otras ideas y queriendo al menos fingir que estaba trabajando en el caso Rolex, Verónica contactó a Rob desde la cuenta de Brent en Instagram. Dudaba de que fuera a resultar en algo, pero valía la pena intentarlo.

"¿Detective Shade?"

Los ojos de Verónica se dispararon. El capitán Peter Shade estaba de pie en la puerta de su oficina, su clásica mirada severa grabada en su rostro.

"¿Puedo verla en mi oficina por un momento?"

Verónica, sintiéndose un poco como una niña que acababa de ser sorprendida haciendo trampa en un examen, miró a Freddie. Los labios del hombre estaban brillantes por la grasa y su atención estaba completamente centrada en la pantalla de su computadora. Verónica miró a Cole a continuación, pero él también parecía estar ocupado.

"Por supuesto", dijo, su voz un poco más dulce de lo que había planeado.

El capitán estaba sentado detrás de su escritorio cuando entró a su oficina.

"Cierre la puerta", instruyó.

Verónica se sintió nerviosa e incómoda, sentimientos que no se asociaban normalmente con estar cerca de su padre. Pero no lo había visto en un tiempo, su última cena del domingo había sido pospuesta y aunque no lo estaba evitando deliberadamente, tampoco estaba haciendo un esfuerzo por verlo.

Ahora que Verónica estaba en su presencia, notó que se había dejado crecer un poco la barba, que tenía mucho más sal que pimienta.

"¿V? ¿La puerta?"

"Sí, lo siento."

Después de cerrar la puerta, se quedó de pie frente a su padre, las manos respetuosamente dobladas en su regazo. Al igual que su relación con el Sheriff Burns, cuando Verónica estaba en el trabajo, le gustaba mantenerlo profesional con el Capitán Shade. Especialmente después de lo que pasó con Ken Cameron, y la ferviente afirmación del deshonorado oficial de que la única razón por la que había sido promovida era porque era hija del capitán.

Y por Asuntos Internos.

"Solo estoy revisando tu progreso con los robos a las joyerías. No he oído casi nada".

Verónica se aclaró la garganta.

"Correcto. Estamos avanzando un poco, la ausencia de violencia y armas sugiere que fueron trabajos internos."

Verónica no se molestó en dar más detalles.

"¿Y cómo va con el oficial Batherson?"

Los hombros de Verónica se desplomaron.

"Está bien."

El hombre cansado detrás del escritorio sacudió la cabeza.

"Eso no es lo que estoy preguntando. Pero escucha, él es solo temporal, V. Solo otra semana o así. Solo necesitamos asegurarnos de mantenernos enfocados y en el camino correcto."

El capitán mantuvo su mirada mientras hablaba, haciendo que Verónica se preguntara si Freddie había dicho algo.

Improbable.

Freddie no era un soplón, y su relación era tal que si tuviera un verdadero problema con ella, lo trataría directamente antes de ir a un superior. Aunque su compañero y el capitán eran viejos amigos, él aún no pasaría por encima de ella.

"Lo estoy, y lo haré."

Las mentiras se estaban volviendo demasiado fáciles.

Los ojos de Peter se desviaron a sus manos, y Verónica se dio cuenta de que, aunque su padre no compartía su sinestesia, no la necesitaba: tenía una señal: frotarse la parte de atrás de las manos donde se había quemado en el incendio.

Mierda.

"¿Cuándo fue la última vez que viste a la Dra. Bernard?"

Peter no era muy bueno en eso de mostrar emociones, pero se preocupaba. Y preguntarle acerca de la Dra. Bernard era como preguntarle acerca de su salud mental.

"Tengo una cita con ella esta tarde, de hecho."

Sin que él lo preguntara, Verónica podría haber olvidado por completo la cita.

"Bien. Necesitas asegurarte de que sigues con esas citas también. Todo según el libro, todo según el protocolo."

Verónica finalmente dejó de frotarse las manos.

"Por supuesto."

Le dio a su padre un asentimiento cortés y alcanzó la puerta.

"Espero nuestra cena del domingo, V", dijo suavemente.

"Yo también."

Cuando Verónica salió de la oficina del capitán, tanto Cole Batherson como Freddie la estaban mirando. Al igual que varios otros detectives que ya habían llegado a sus escritorios.

"Despedida", bromeó. "Mi propio padre, me despidió".

Freddie se encogió de hombros pero Cole sonrió.

"Bromeaba, escucha, Freddie, tengo una cita con el psiquiatra. Nos vemos más tarde, con tu CI."

"Suena bien."

Verónica se volvió hacia Cole a continuación.

"Es obligatorio. Una reunión obligatoria."

Cole levantó las manos como para decir no estoy juzgando. Estaba intentando ser amigable, lo cual Verónica apreciaba. Pero cuando sus ojos se desviaron a las notas manuscritas en su

escritorio, él rápidamente las ocultó.

Cole Batherson podría poner

la fachada de ser afable, pero Verónica estaba bastante segura de que él era todo lo contrario.

Su padre tenía razón, todo tenía que hacerse según el libro. Porque si no, no tendrían que preocuparse por hablar de trabajo en su cena del domingo por la noche.

Porque uno o ambos podrían estar sin empleo para entonces.

Capítulo 38

La memoria de Steve no era tan buena como él pensaba. Lo que recordaba anunciado no era una obra de teatro y ni siquiera se llamaba Columbina. De hecho, estaba tan lejos de ambas cosas que era una maravilla que los comentarios del reportero hubieran desencadenado algún tipo de conexión en su cerebro. Una rápida búsqueda en Google reveló que la valla publicitaria había estado allí, que era lo único en lo que Steve había acertado, y mostraba a una chica con un maquillaje y un atuendo de 'muñeca' similar frente a una carpa de circo. Pero el nombre era 'Jesters' y en lugar de una producción teatral, era una promoción para un carnaval itinerante que se encontraba en un centro comercial de Portland, de todos los lugares.

En circunstancias normales, la mera idea de un carnaval itinerante hacía que el pecho de Steve se apretara. Dada la situación actual, sin embargo, era una pesadilla que inducía ansiedad. Afortunadamente, como policía estatal, no había sido llamado a investigar ningún 'accidente' en tales lugares, pero había escuchado historias de terror que se contaban en la oficina. Una vez, una mujer había estado junto a una montaña rusa tambaleante que se había armado usando principalmente saliva y cera de oído. Estaba fuera de la valla de seguridad, pero cuando un fuerte viento pasó, hizo bailar su pelo justo cuando pasaba la montaña rusa.

Antes de que terminara de lamer su helado, la pobre mujer había sido completamente escalpada.

Sin embargo, a pesar de estas inconsistencias, Steve sentía que estaba en el camino correcto. McVeigh tenía razón, o había sido Crouch, a pesar de que el oso arruinó su escena del crimen, había algo demasiado organizado en el asesinato de Kelsey Astor para ser el primer acto de su desconocido.

Había otra muñeca por ahí. Una primera víctima.

Y el sheriff Steve Burns estaba seguro de que estaba relacionado con la promoción de Jester. Cavó un poco más profundo y descubrió que la compañía detrás del evento temático del circo era JYP Inc., y había tenido lugar entre abril y mayo de ese año.

Jesters había terminado, pero el grupo se había reconvertido y todavía estaba funcionando en el mismo estacionamiento al que Steve llegaba ahora. En las puertas, que parecían haber sido construidas a principios de siglo, fue recibido por un hombre tres veces el tamaño del teniente Phil Crouch. Tenía el cabello negro recogido en una cola de caballo y las mejillas marcadas por viruelas. Cuando levantó la mano para bloquear al sheriff de entrar, Steve vio manchas de nicotina en sus dedos tan oscuras que parecía que se había limpiado el trasero con sus dos primeros dedos.

"Estoy aquí para hablar con quien esté a cargo."

"¿Qué quieres?" la voz del hombre era tan grave que casi era doloroso escucharla.

Steve miró su atuendo, que consistía en su uniforme completo con una estrella de plata que decía 'SHERIFF' en su bolsillo derecho del pecho.

Técnicamente, Portland no era parte del condado de Bear, estaba ubicado en el condado de Multnomah, y el Sheriff Burns no tenía jurisdicción aquí. ¿Pero este matón lo sabía?

Probablemente no. Si las cosas se ponían feas, a Steve no le importaría ponerse en contacto con el sheriff de Multnomah e involucrarlo. Solo esperaba que no llegara a eso, otra agencia en la mezcla complicaría aún más una situación ya delicada.

"Quiero hablar con quien esté a cargo aquí."

Un grupo de rezagados que esperaban entrar al carnaval estaban intrigados por la presencia del sheriff y no estaban precisamente siendo sutiles al escuchar su conversación.

"¿Tienes un boleto?"

Un hombre con un bigote delgado y una línea de cabello extremadamente baja salió de un baño portátil azul justo dentro de las puertas del carnaval. Ajustó sus pantalones, subiéndolos antes de ajustar un cinturón de charol, y luego notó a Steve.

El hombre sonrió, mostrando un conjunto de dientes grandes y perfectamente blancos, y luego dio una palmada en el hombro al portero.

"Yo me encargo de esto, Bruno. Ve a fumar." Y luego, a Steve, le dijo: "Adelante, Sheriff. Ven a dar un paseo conmigo."

El sheriff esperó a que Bruno se moviera, lo que eventualmente hizo, aunque de mala gana. Luego Steve siguió al hombre más bajo con el bigote.

"Mi nombre es Isaiah y administro este centro de diversión móvil."

¿Centro de diversión móvil?

"Sheriff Steve Burns, condado de Bear. ¿Hay algún lugar privado donde podamos hablar?"

La sonrisa de Isaiah creció.

"Por supuesto. Mi oficina está justo aquí."

Isaiah condujo a Steve a un remolque remodelado justo más allá de la fila de baños portátiles. A decir verdad, aunque la ubicación no era la mejor, era agradable por dentro. Había una alfombra mullida en los suelos, un verdadero techo desmontable y algunas obras de arte bastante de buen gusto en las paredes. Incluso había una especie de vestíbulo en la entrada, que estaba atendido por una secretaria con el cabello rubio apretado, demasiado maquillaje y un suéter halter de manga larga.

Isaiah le hizo un gesto a la mujer al entrar, pero ella no podía apartar los ojos del sheriff. Steve saludó antes de continuar hasta el fondo del remolque donde Isaiah se instaló detrás de un escritorio que parecía costar tres veces más que el del propio sheriff. Steve se sentó en un sillón mullido frente al gerente. En el escritorio había un cenicero desbordante de colillas de cigarrillos, pero debido a alguna curiosa magia carny, Steve no podía detectar ni un atisbo de humo dentro del remolque.

"Sheriff, ¿en qué puedo ayudarlo?"

Isaiah tenía una forma extraña de hablar, como si el inglés no fuera su lengua materna y estuviera haciendo todo lo posible para asegurarse de que cada sílaba fuera fonéticamente correcta.

"Hace un par de meses, llevaron a cabo una promoción llamada Jesters."

"Esa fue mi idea", dijo Isaiah con una sonrisa. "Y fue muy exitosa".

El sheriff no devolvió la sonrisa del hombre.

"Estoy seguro de que ha oído hablar de la investigación en curso sobre lo que sucedió en el bosque de Hilltona."

"¿El fabricante de muñecas?" Extrañamente, Isaiah continuó sonriendo.

"Hmm." Steve gruñó su disgusto por el uso del apodo. "Tenemos dos cadáveres en el bosque, dos mujeres que llevaban atuendos y maquillaje que parecen mucho a los que participaron en la promoción de Jesters".

El hombre seguía sonriendo, pero las arrugas alrededor de sus ojos desaparecieron.

"¿Crees que eso tiene algo que ver con nosotros?" Antes de que Steve pudiera responder, Isaiah se inclinó hacia adelante, entrelazó sus dedos y colocó los codos en su lujoso escritorio.

"Puedo asegurarle, Sheriff, que lo peor que ha ocurrido en este centro de diversión móvil es una reacción alérgica a la mantequilla de maní. Y," levantó un dedo que Steve notó estaba tan manchado de nicotina como el de Bruno, "se indicó claramente que nuestras galletas podrían o no haber estado en contacto con maní durante el proceso de fabricación."

"No me interesan los cacahuetes", dijo Steve, molesto por la actitud despreocupada del hombre. "No me importan las reacciones alérgicas o las rodillas raspadas. Estoy preguntando acerca de una mujer de Jesters, probablemente una empleada, que pudo haber desaparecido durante la promoción."

"¿Desaparecida?" Isaiah se encogió de hombros. "No que yo sepa. Pero lo que pasa, Sheriff, es que los empleados de los centros de diversión móviles tienden a ser un grupo transitorio. Mucha gente trabaja durante la primavera, tal vez un poco en el verano, antes de irse a buscar un empleo más permanente en otro lugar. Como sabes, no operamos de noviembre a marzo."

"¿No puedes pensar en alguien que se fue en medio de la promoción de Jesters? ¿Inesperadamente? ¿Quizás gente, amigos, familia, preguntaron por ella?"

Isaiah negó con la cabeza.

"No, señor."

Esto iba tan bien como Steve esperaba. Estos carnavales eran un negocio basado en el volumen, y cualquier mala prensa que amenazara con mantener a la gente alejada iba a ser cortada de raíz.

"Necesitaré una lista de todos los empleados que estaban trabajando aquí durante la promoción."

El hombre finalmente dejó de sonreír. Se lamió los labios, se recostó en su silla y adoptó una postura de jódete.

"Como probablemente sabes, Sheriff, los registros de empleo son confidenciales. Y sin una orden, una orden de la ciudad de Portland o del condado de Multnomah, lo siento, tengo que respetar los derechos de mis empleados. Entiendes, por supuesto."

"Lo que entiendo, Isaiah", dijo Steve, escupiendo prácticamente el nombre del hombre, "es que esta es la época más ocupada del año para ti."

"Sí, el verano es..."

"Lo que entiendo, Isaiah", repitió, interrumpiendo al hombre, "es que si el departamento de bomberos viniera aquí basándose en una pista de un sheriff local citando sobrecapacidad, estarían obligados a cerrarte por algún tiempo". Los ojos de Isaiah se oscurecieron, pero Steve continuó. "Y si eso sucediera, también podrían sentirse inspirados para inspeccionar tus instalaciones, especialmente esa hilera de hermosos baños portátiles. Tal vez no se limpian tan a menudo como se requiere o tal vez simplemente no tienes suficientes. Y si ese es el caso... bueno, van a tener que respetar los derechos civiles. Entiendes, por supuesto."

El hombre continuó mirando a Steve como si esperara que este se retractara. Pero el Sheriff del Condado de Bear no estaba a punto de ser intimidado por un hombre que administraba un centro de diversión móvil. Especialmente no cuando estaban buscando a un hombre que había asesinado al menos a dos, y probablemente, más mujeres.

"Margo, ¿puedes imprimir una lista de todos los empleados, temporales y de tiempo completo, desde el comienzo de la temporada hasta finales de mayo?"

La secretaria miró a su jefe, asintió, y luego permitió que sus ojos pasaran por el sheriff sin cruzar su mirada.

"Por supuesto."

El sonido de teclas tecleándose llenó el remolque y el sheriff se sentó pacientemente mientras

esperaba. Momentos después, la impresora comenzó a funcionar y Margo anunció que las páginas estaban listas.

"Gracias por su cooperación, Isaiah", dijo Steve, levantándose. Agradeció a Margo mientras tomaba los papeles de ella y estaba a punto de irse cuando escuchó el sonido de un encendedor haciendo clic.

"No se permite fumar en interiores en Portland", dijo Steve. "Así que por favor, apágalo. Entiendes, por supuesto."

Capítulo 39

El primer error que cometió Verónica fue encender la radio durante el corto viaje desde la comisaría hasta la oficina de la Dra. Jane Bernard. Cada estación mencionaba al fabricante de muñecas, pero eso no era lo que la molestaba. O, al menos, había algo que la molestaba más: la voz de Steve. Verónica dudaba que alguien más notara el pánico en su tono, pero ella sí. Para ella, la desesperación y la frustración de Steve eran tan claras como el día.

El Departamento del Sheriff del Condado de Bear no estaba más cerca de encontrar al hombre que los medios apodaron 'el fabricante de muñecas'. Y con dos cuerpos encontrados en cuestión de días, la presión aumentaba.

Verónica no dudaba de las competencias de Steve y sabía que tenía a su alrededor un grupo de ayudantes muy capaces. Pero también sabía que ella podía ayudar. Su sinestesia podría ser esporádica últimamente, pero al menos su habilidad para detectar a un mentiroso seguía intacta. Y una vez que tuvieran un sospechoso—sospechosos adicionales aparte de Rob Pinkerton—su habilidad sería de gran valor para el sheriff y su equipo.

El segundo error de Verónica fue contárselo a su psiquiatra.

Hasta la última reunión, había sido bastante abierta sobre todo lo que había sucedido en su vida. Después de todo, la Dra. Jane Bernard había estado con ella durante más de una década y la había guiado a través de todos sus momentos difíciles.

Pero a veces, decir lo que tienes en mente inspira respuestas que simplemente no quieres escuchar... ya sean ciertas o no.

"Debería estar ayudando a Steve en esto—al sheriff, quiero decir. Alguien más, alguien junior, puede encargarse de estos estúpidos robos de relojes".

"Ya has dicho esto antes, Verónica", observó la Dra. Bernard.

"Porque es cierto", respondió Verónica, exasperada. "Es cierto".

La Dra. Bernard suspiró, lo cual fue una respuesta inusual de la psiquiatra, y Verónica no estaba segura de cómo interpretarlo.

"¿Qué? ¿No crees que pueda ayudar?"

La Dra. Bernard negó rápidamente con la cabeza.

"No, por supuesto, puedes ayudar. Nadie duda de eso".

"¿Entonces por qué no me dejan trabajar en el caso?"

"Sabes por qué."

Verónica frunció el ceño.

"No necesito que me traten como a una niña. Necesito estar de vuelta en la acción. Necesito hacer algo que realmente importe".

"Verónica, desde el incendio, hemos hablado muy poco sobre tu hermano."

Su rostro se retorció aún más, y se obligó activamente a no frotarse las manos.

"¿Qué? ¿Eso es todo? ¿Ni siquiera un intento vago de cambio de tema?"

"Puede que no tenga tus habilidades, Verónica, pero tengo la ventaja de estar fuera de la situación. Creo que una de las principales razones por las que estás tan desesperada por salvar a estas personas, a estas mujeres, es que no pudiste salvar a tu hermano".

Esta fue una observación inusualmente franca de la Dra. Bernard, y Verónica se quedó atónita.

"No, yo—esto—esto no tiene que ver con mi hermano. Las decisiones de mi hermano fueron tuyas".

Un segundo después de que las palabras salieron de su boca, Verónica deseó poder retractarse. La decisión de Benny de atraer al Sheriff y a ella a su casa de la infancia y prenderle fuego había sido solo suya. Al igual que conducir a Maggie y Susan al suicidio recordándoles las decisiones que habían tomado de niñas.

Pero cuando Benny había estado atado y sentado en el sofá, fue Verónica quien decidió su destino.

Eenie, Meenie, Miney, Mo.

"No", dijo Verónica secamente. "No es eso. ¿Conocí a mi hermano qué? ¿Un puñado de horas en la última década? ¿Si acaso? No voy a permitir que lo que él hizo afecte mi vida".

"Permitir indica que tienes un control total sobre cómo los demás impactan e influyen en tu vida."

"Ya sabes a lo que me refiero", dijo Verónica con más dureza de la que había pretendido.

"Sí, pero creo que estás perdiendo el punto: debes apreciar que tu hermano, independientemente de cuánto tiempo pasaste con él como adulta, no fue solo alguien que pasó por tu vida. No todo el tiempo que pasamos con los demás es igual, Verónica. Y para sanar completamente, necesitas enfrentarte a las decisiones que llevaron a la muerte de Benny".

Decisiones.

Eenie, Meenie, Miney, Mo.

Ella se estremeció.

"No estoy olvidando lo que pasó, y no estoy negando su impacto", dijo Verónica. "Pero no voy a dejar que lo que hizo Benny me cambie como persona".

"Dejar... ahí está esa palabra de nuevo". La Dra. Bernard hablaba ahora en tonos dulces. "Aunque podemos ignorar conscientemente la mayoría de las cosas, sabes de primera mano que nuestro cerebro incorpora vistas, olores, incluso toques que quizás ni siquiera notamos". Tomó una respiración profunda y se acercó más a Verónica. "Te admiro, admiro la forma en que haces tu trabajo. No voy a sentarme aquí y pretender que lo que hacemos es incluso cercano a lo mismo. Eres una buena detective, con o sin tu sinestesia—tienes a tu padre que agradecer por eso. Y tu persecución de este hombre que está ahí afuera matando y dejando un rastro de cuerpos en el bosque es noble. Deberías ser elogiada por eso".

"No estoy realmente segura—"

"Pero ignorar tus otros deberes y responsabilidades por esta única búsqueda sugiere que está impulsada por la culpa de no poder salvar a tu hermano. Y aunque a simple vista puedas pensar que esto es una característica positiva, que te mantendrá motivada y comprometida, la dura realidad es que Benny está muerto. Y debido a que nada de lo que puedas hacer lo traerá de vuelta, esto puede llevar fácilmente a una obsesión poco saludable".

Verónica consideró las palabras de Jane. La psiquiatra tenía razón en una cosa: sus trabajos eran muy diferentes. Y lo que los ajenos no se daban cuenta, no podían entender, es que para ser un buen policía o detective, necesitabas estar obsesionado. Era un requisito previo y un riesgo ocupacional.

La voluntad de sobrevivir está arraigada desde el nacimiento, Lucy.

Un nugget de sabiduría pronunciada en medio de un torbellino de caos y locura.

La realidad era que los asesinos y violadores eran implacables, dedicados a sus horribles artesanías, y para ellos, sobrevivir significaba no ser atrapados.

Reflejar su obsesión era la única forma de detenerlos.

Verónica se estaba frotando la parte trasera de sus manos ahora y el acto compulsivo no pasó desapercibido para la Dra. Jane Bernard.

"Creo que deberías tomar otras pocas semanas de descanso".

Los ojos de Verónica se abrieron de par en par.

"¿Qué?"

"Dije, creo—"

"Escuché lo que dijiste, pero no voy a tomar más tiempo libre. Jane, pasé tres meses sentada en mi trasero sin hacer nada. Necesito trabajar".

La Dra. Bernard levantó una mano cautelosa.

"Esa es mi preocupación, Verónica: crees que tienes que trabajar, pero no es así. Quieres trabajar. La diferencia no es semántica, tampoco".

"¿Qué sabes tú sobre—?" Verónica se detuvo mordiéndose el labio tan fuerte que saboreó sangre. "Lo siento. Es solo que—hay alguien por ahí matando mujeres, Jane. ¿Cómo puedo quedarme en casa y no hacer nada?"

"No es tu responsabilidad salvar a todos".

No, no a todos. Solo a ellas... las chicas en el bosque con sus caras pintadas y sus cuerpos posados.

"¿No vas a recomendar más tiempo libre, verdad?" La desesperación de Verónica era palpable. "Por favor".

La Dra. Bernard se acomodó en su silla y miró directamente a sus ojos, sin decir nada durante buenos cinco segundos. Cuando la mujer finalmente habló, parecía que le costaba mucho esfuerzo sacar las palabras.

"Si te mantienes enfocada en tu caso actual, y si mantienes las cosas en perspectiva, creo que estarás bien".

"Lo haré. Solo trabajaré en el caso del robo. No interferiré en los asuntos del sheriff".

El olor a gasolina era de repente fuerte en la pequeña oficina, pero el verdadero problema era que Verónica no estaba segura de cuál era la mentira más grande: Jane diciendo que pensaba que estaría bien, o Verónica prometiendo limitarse a buscar Rolex robados.

Capítulo 40

Con los registros de empleados en mano, el Sheriff Steve Burns casi llegó a las puertas principales, de vuelta a Bruno con las mejillas marcadas por el acné y los dedos manchados de nicotina, cuando una voz lo llamó.

"¿Sheriff? ¿Sheriff Burns?"

Margo, aspirando profundamente un cigarrillo y luciendo mucho más frágil de lo que parecía en el remolque, se apresuró a acercarse a él.

"¿Sí?"

"Escuché lo que le dijiste allí a Isaiah."

"¿Y?"

"Y había esta chica que solía trabajar aquí."

Steve, frustrado por cuánto tiempo estaba tomando llegar al punto, instó a Margo.

"¿Una Columbina?"

La secretaria exhaló una nube de humo.

"No sé qué es eso. Pero era como una... ¿como una de las bufonas?"

"Sí, lo mismo." La mujer miró a su alrededor nerviosamente, y Steve la instó nuevamente. "Si tienes algo que decirme, algo que pueda ayudar, ahora es el momento—"

"Su nombre era Felize Hoffman. Buena chica, realmente buena chica. Trabajaba aquí porque estaba ayudando a su mamá que estaba enferma, pero quería ir a la universidad. Ahorraba hasta el último centavo que podía. De todos modos, sé que probablemente piensas que lo que hacemos aquí es tonto o lo que sea, pero ella era buena. Como, realmente buena."

Steve entrecerró los ojos y redujo la distancia entre ellos.

"¿Le pasó algo a ella?" preguntó suavemente.

Otra calada temblorosa a su cigarrillo.

"No lo sé."

"Margo, si Isaiah —"

"No," interrumpió, negando con la cabeza. "Isaiah no hizo nada. Es un imbécil, pero no lastimaría a nadie. Al menos no intencionalmente. Pero estaría enfadado si supiera que estoy hablando contigo. Ama este lugar." Margo extendió los brazos e indicó su entorno. "Pero Felize... un día, simplemente no se presentó a trabajar. Intenté llamarla a casa, pero no hubo respuesta. No sé si significa algo, pero cuando entraste allí preguntando por chicas desaparecidas, Felize fue la primera persona en la que pensé."

"Isaiah mencionó que esta industria es transitoria. ¿Es posible que Felize simplemente consiguiera un trabajo en otro lugar? ¿O tal vez se fue a la universidad?"

"No lo creo. Ella era muy dedicada, y su madre estaba enferma. Necesitaban el dinero. Supongo que podría haber conseguido otro trabajo, pero estaba aquí todo el día, todos los días. También hacía horas extras. Y luego nada. Desapareció. Intenté seguirle la pista, pero cuando Isaiah se enteró, dijo que lo dejara, que no era importante. No sé si su nombre está incluido en esa lista."

Steve golpeó el montón de papeles en su palma.

"Gracias. Lo aprecio."

Con eso, el sheriff pasó a Bruno y se dirigió de regreso a su coche. Una vez al volante,

finalmente miró la lista de empleados.

Luego gruñó.

Transitorio era quedarse corto. Había quizás cien nombres en las páginas que Isaiah le había dado, y no estaban en ningún orden discernible.

¿Por qué no pedí una versión digital?

Steve sacó un bolígrafo de la consola central y luego volteó las páginas y escribió Felize Hoffman en letras mayúsculas en la parte posterior. Luego tomó una foto de todas las páginas y las envió al Subdelegado McVeigh.

Se estaba haciendo tarde, y el sol estaba cansado y perezoso. Pero para el Sheriff Steve Burns, su trabajo apenas comenzaba.

Todavía tenía cinco sospechosos a los que entrevistar. Pero ellos podían esperar. Pasaban de las cinco y eso significaba que su ritual diario estaba atrasado.

Y por mucho que Steve quisiera algo más fuerte, el café en Daphne's tendría que ser suficiente.

"¿Solo un café?" preguntó Daphne Hawkins. Mientras hablaba, colocó una mano en su cadera y se inclinó en la dirección opuesta.

"Quiero decir, quiero una cerveza, Daph", respondió Steve, entrelazando sus dedos y estirándolos frente a él. Cuando terminó, soltó un suspiro y luego golpeó la estrella de Sheriff en su pecho. "Pero todavía estoy en el reloj".

"¿Estás seguro?" preguntó Daphne, cambiando su postura.

No, Steve no estaba seguro. De hecho, estaba muriendo por una bebida. No solo una cerveza, sino algo más fuerte.

"Solo café, por favor", dijo con una sonrisa.

Daphne sacó una nueva jarra de café y le sirvió una taza.

"¿Será una noche larga?"

Steve miró la hoja de papel con los nombres de los empleados de JYP Inc.

"Sí, podrías decir eso."

"Bueno, entonces mantendré tu taza llena, Sheriff".

"Gracias."

Cuando Daphne se fue, revisó su teléfono celular nuevamente. El Subdelegado McVeigh aún no había respondido, a pesar de varios mensajes adicionales preguntando si alguno de los nombres que Steve había enviado aparecía en las listas de personas desaparecidas.

Este silencio de radio no era habitual en McVeigh, pero Steve confiaba en el hombre. Había otorgado a su subdelegado jefe una larga cuerda de autonomía e independencia, y a cambio, McVeigh trabajaba duro.

Ahora no era el momento de empezar a controlarlo.

Sin embargo, Steve no iba a desperdiciar una buena taza de café realizando la amargamente mundana tarea de buscar a cien personas al azar en Internet.

Volteó las hojas y leyó el nombre que Margo le había dado: FELIZE HOFFMAN.

No vio su nombre inmediatamente en la lista de empleados, pero Steve tampoco perdió demasiado tiempo revisando el desorden desorganizado. En su lugar, buscó en Internet a Felize. En minutos, Steve encontró a la mujer. Y tan pronto como lo hizo, supo que era ella.

Sabía sin lugar a dudas que Felize Hoffman era la muñeca original.

Como Kelsey y Megan, Felize era caucásica, pequeña, con rasgos pequeños y una cintura delgada.

Steve inclinó la cabeza y alejó un poco la fotografía de la mujer que había encontrado en Internet.

Luego la imaginó con maquillaje.

La imagen fue tan impactante —Felize como Columbina, una bufona, una modelo de Arlequín, una muñeca, como quieras llamarla— que Steve se vio obligado a cerrar los ojos para disipar la ilusión. Cuando los abrió de nuevo, todo lo que vio fue a una chica joven y bonita.

Y luego sonó su teléfono, y lo asustó tanto que casi lo dejó caer. Esperando que fuera el Subdelegado McVeigh, Steve contestó incluso antes de que se completara el primer timbrado.

"¿Sí?"

"Sheriff, acabo de recibir noticias de la compañía telefónica".

No eran los tonos cortantes del Subdelegado McVeigh sino el característico acento sureño del Subdelegado Lancaster.

"¿Y?"

"Te enviaré los detalles a tu teléfono, pero ya he trazado las últimas coordenadas GPS donde los teléfonos de Kelsey y Megan dieron señal. Parece que tenías razón: el teléfono de Kelsey se apagó prácticamente en el mismo punto del camino donde esperarías que diera la vuelta. Lo mismo pasó con el de Megan, solo que un poco más al oeste. Parece que estaban intentando evitar a la policía".

Mientras hablaba, el Subdelegado Lancaster envió un mensaje de texto al sheriff. Steve lo abrió y vio dos nuevas X en el mapa que había hecho el Teniente Crouch.

Ambas estaban a lo largo de la ruta que había trazado antes con su dedo.

"Gracias, Subdelegado Lancaster. Escucha, ¿has oído algo de McVeigh?"

"No, señor. Se fue con el Teniente Crouch hace un par de horas".

"Buen trabajo, subdelegado".

Steve colgó y luego se tomó lo que quedaba antes de dejar un billete de diez en la mesa.

"¿Vuelves al trabajo?" Preguntó Daphne desde detrás de la barra.

"Vuelvo al trabajo. Gracias por el café, Daph".

Steve tenía la intención de volver a la oficina, pero una vez en su coche, se encontró yendo hacia el este en lugar de hacia el oeste.

Puede que supieran a dónde se dirigieron las víctimas después de dejar el bar, pero la pieza clave de información que les faltaba era por qué se habían detenido.

Si no era porque sus propios coches se habían averiado, ¿podría ser porque otro vehículo estaba varado al lado de la carretera?

Improbable.

¿Qué tal un animal herido? ¿Un perro, tal vez?

Más plausible, pero poco probable.

¿Un oso?

Steve se burló de la idea ridícula. ¿Una chica medio ebria conduciendo por los caminos secundarios para evitar ser vista se detiene para hacer una foto de un oso? Los influencers habían hecho cosas más peligrosas e idiotas en el pasado, pero si eso fuera el caso aquí, ¿qué tipo de sujeto desconocido estaban buscando? ¿Un domador de osos obsesionado con los bufones? ¿Un maldito director de circo?

Steve condujo en piloto automático, en su mayoría porque estaba perdido en sus pensamientos y también porque estaba cansado. Menos de media hora después se encontró en el

mismo cruce donde las chicas deberían haber girado a la derecha y haber pasado por debajo de East Argham para volver a casa.

Se detuvo al costado del camino y luego salió de su coche.

La tierra aquí estaba menos compactada que en la Carretera Regional 2 frente al Rancho Bellinger; no pasaba tanta maquinaria agrícola por este extremo norte. Pero mientras Steve se arrodillaba para inspeccionar la tierra, sabía que la posibilidad de obtener cualquier tipo de huella de neumáticos aquí iba a ser una causa perdida.

"¿Por qué te detuviste?" preguntó al aire nocturno. "¿Qué podría hacer que—"

Un grito interrumpió a Steve a mitad de frase.

Como un halcón, sus ojos se fijaron en la fuente del sonido: el Bosque de Hilltona.

Y cuando lo oyó de nuevo, Steve sacó su pistola y echó a correr a toda velocidad.

Capítulo 41

El hombre se acercó al cuerpo con cautela. Como de costumbre, intentó evitar mirarla tanto como fuera posible. En una mano, sostenía una bolsa de cuero, y dentro de esa bolsa estaban la ropa y la pintura.

No importa cuántas veces realizara este acto, nunca se volvía más fácil. Quienquiera que hubiera dicho eso era un mentiroso.

El hombre apartó su repulsión y siguió avanzando. Había entrado a Hilltona desde el límite occidental, y aunque aún no había visto a un delegado, sabía que estaban por ahí. Lo último que había oído era que se dirigían hacia el norte desde el borde sur.

Eventualmente, ellos también llegarían aquí. Pero eso llevaría tiempo, había demasiado terreno que cubrir.

Y cuando lo hicieran, la encontrarían.

El hombre se preparó contra las oleadas de náuseas que sabía que vendrían, y luego se inclinó cerca del cuerpo. Sintió un revuelco en el estómago al ver su piel pálida, la profunda marca de estrangulamiento en su garganta.

"Lo siento", susurró. "Estoy tan—"

El cadáver tosió y sus párpados parpadearon.

El corazón del hombre saltó un latido y cayó hacia atrás, aterrizando duro en su trasero.

Es un fantasma... un demonio. Un demonio que viene a arrastrarme al infierno por lo que he hecho.

Pero cuando los ojos de la chica se abrieron de golpe y se puso de pie rápidamente, se dio cuenta de que la verdad era mucho peor: ella todavía estaba viva.

Atrapado por el shock de lo que había sucedido, fue demasiado lento para acercarse a ella.

"Por favor", dijo, extendiendo una mano enguantada.

Su respuesta fue un grito desgarrador. No pensó que ella fuera capaz de emitir tal sonido, dadas las marcas en su garganta.

Pero lo hizo.

Y luego comenzó a correr.

"Mierda". El hombre se empujó hasta ponerse de rodillas y luego se puso de pie. "¡Espera!"

Fue una petición ridícula, que previsiblemente no fue atendida.

El hombre soltó su bolsa y luego, mientras veía a la muñeca abrirse camino entre los árboles, gritando a todo pulmón, tuvo que tomar una decisión.

Correr tras ella o huir.

La lógica recomendaba lo último, pero eso no era una opción.

Porque la muñeca había visto al fabricante de muñecas.

Y eso significaba que nunca podría dejarla ir.

Capítulo 42

El sheriff Steve Burns vio los coches primero. Dos de ellos, un Mazda de algún tipo de color azul oscuro y un Nissan gris pálido. Estaban a solo unos cuarenta metros del borde del bosque, pero estaban ocultos por una serie particularmente densa de arbustos y árboles. Estaban tan bien camuflados que Steve casi choca contra el Nissan mientras evita tropezar con una raíz de árbol.

Observó los coches, pero no disminuyó la velocidad.

Era la persona que emitía el grito agudo de puro terror a la que estaba interesado en encontrar ahora.

No era frecuente que se escuchara un sonido así, pero una vez que lo hacías, nunca lo olvidabas. Era un tipo de grito que hacía que los pelos de la nuca se te pusieran de punta, los ojos se te abrieran de par en par y exhalaras involuntariamente todo el aire de tus pulmones.

Steve se alejó del coche y se adentró más en el bosque, que se hacía más delgado a medida que avanzaba.

Otros veinte, treinta segundos, y la vio.

Al otro lado de un pequeño claro, una mujer corría con total abandono. Sus brazos bombeaban furiosamente y sus piernas se movían de manera frenética y descoordinada.

"¡Eh!" Gritó Steve. "¡Para!"

El bosque engulló sus gritos antes de que llegaran a sus oídos.

Más movimiento captó su atención desde la dirección de la que venía la chica. Steve desenfundó su arma mientras continuaba moviéndose rápidamente entre los árboles.

Había alguien persiguiendo a la mujer. Un hombre todo de negro, con pasamontañas y botas gruesas que aplastaban la vegetación bajo sus pies.

"¡Para!" Gritó Steve de nuevo, esta vez dirigiendo la palabra al hombre de negro. Pero fue él quien dejó de correr.

Su corazón latía a toda velocidad, pero cuando alineó la mira de la pistola con el hombre que corría, su entrenamiento se puso en marcha de inmediato. En segundos, el ritmo cardíaco del sheriff se normalizó, y su enfoque se volvió solitario: el fabricante de muñecas.

Observó la zancada del hombre, calculó su paso, y planeó disparar justo antes de que el hombre saliera del claro y se adentrara en los abetos Douglas.

No estaba diseñado para ser un disparo mortal, estaba apuntando a la cadera o al muslo. Herir, inmovilizar, pero no matar.

Steve aplicó una ligera presión al gatillo, inhaló profundamente y lo mantuvo.

Tres... dos...

Era difícil imaginar un sonido más aterrador que el grito que la mujer estaba haciendo mientras desaparecía de la vista. Pero en marcado contraste con este sonido ensordecedor, un ruido gutural tan visceral y lleno de un bajo resonante que le hizo vibrar las muelas, estalló detrás de él.

Dos disparos resonaron mientras la garra de un oso desgarraba la parte trasera de su camisa y cortaba su carne en tiras.

El sheriff Burns se derrumbó al suelo y en el instante, antes de que todo se desvaneciera a negro, tuvo la presencia de ánimo para considerar lo roja que parecía su sangre al filtrarse sobre las hojas debajo de él.

Capítulo 43

"Ya sabes, palomitas de maíz podrían haber sido un mejor aperitivo para este tipo de cosas", dijo Verónica, mientras veía al Detective Furlow agarrar un puñado de papas fritas y metérselas en la boca.

"¿Palomitas de maíz?" Masticó las papas fritas. "Pensé que eras más de las chicas que prefieren chips de kale."

Verónica rodó los ojos.

"¿Qué tal si—"

"No, no. No vamos a hacer eso otra vez. No más qué tal sis. Solo vamos a sentarnos aquí y mirar como—"

"Allí está", interrumpió Verónica. Estaban estacionados cerca de la boca de un amplio callejón, y aunque el sol se había puesto y la única iluminación provenía de una cirrótica luz de calle amarilla, reconoció al hombre cojeando cuando entró desde el extremo opuesto. Este era el primer paso de su plan, y quizás el más tenue. Verónica había sido dura con el informante confidencial y a veces cuando presionas demasiado, la otra parte no responde.

Solo se escapan.

Pero la atracción del efectivo al parecer era demasiado grande y aquí estaba Terry, cojeando por el callejón, su cabeza baja, mechones de pelo grasiento colgando frente a sus ojos.

"Sí, y allí está nuestro amigo abogado."

Menos distinguible que Terry, Peter O'Keefe apareció después, vestido todo de negro con una capucha sobre su cabeza y sus hombros encorvados. Las impecables zapatillas New Balance que llevaba eran una pista definitiva.

"No hay tiempo para palomitas de maíz o papas fritas", comentó Verónica.

Freddie alcanzó el picaporte de la puerta, pero ella le puso una mano en el hombro, deteniéndolo.

"Todavía no, todavía necesitamos uno más."

Incluso con sus ventanas bajadas y el sonido rebotando en los muros de ladrillo del callejón, ni Freddie ni Verónica podían distinguir palabras concretas. Los hombres estaban hablando, como evidenciaban sus gesticulaciones, que, en el caso de Peter O'Keefe, se estaban volviendo más animadas.

"¿Qué pasa si nuestro amigo abogado huye?" Freddie murmuró entre dientes.

Verónica tuvo que sonreír.

"Sabía que te gustaban los qué tal sis."

"Los detesto. Pero detesto correr aún más."

Pero incluso después de que llegó la tercera parte, vistiendo el atuendo que Verónica estaba bastante segura de que era exactamente el mismo que llevaba cuando desvalijó la joyería de Alfredo, Peter no corrió.

Parecía asustado, parecía impactado, pero permaneció en su lugar.

"Ahora, nos movemos."

Verónica abrió la puerta y desenfundó su arma al mismo tiempo.

Se movió silenciosamente y se pegó a las sombras, queriendo escuchar lo que se decía antes de anunciar su presencia. Desafortunadamente, al Detective Freddie Furlow le faltaban tanto su

destreza como su agilidad. El sonido de él saliendo del auto fue suficiente para levantar las cejas de Terry y el gruñido que hizo al acomodar su peso sobre sus pies fue suficiente para llamar la atención de todos.

"¿Qué mierda es esta?" La mirada de Peter saltó de Collard a Freddie antes de finalmente descansar en Verónica. "Oh no". Comenzó a retroceder, solo para chocar con Terry.

"Peter, quiero hablar contigo sobre tu reloj." Verónica movió su arma hacia la luz. Todavía estaba apuntando hacia abajo, descansando contra su muslo, pero ahora era obvio.

"No... no llevo reloj." Peter mostró sus muñecas, que efectivamente estaban desnudas.

"Quizás no ahora, pero..."

Desde el rabillo del ojo, Verónica vio a Collard intentando escabullirse.

"Tú también te vas a quedar", anunció Freddie. Su corpulencia formaba una figura imponente en las sombras.

"¿Qué está pasando aquí?" Peter se lamió los labios y miró a Terry, quien se encogió de hombros dramáticamente. "¿Nos... nos tendiste una trampa?"

"N-n-no." La mentira del hombre era evidente para todos los que estaban al alcance del oído. "No sé qué están haciendo aquí. Solo pensé que tú y—"

Verónica estaba tentada de quemar al informante allí mismo, pero decidió una táctica diferente.

"Así que, aquí está la cosa, chicos", interrumpió. Indicó con su arma que los tres hombres se apoyaran contra la pared. Obedecieron. "Sabemos que ustedes tres trabajaron juntos para robar las tres joyerías."

"No digas nada", aconsejó Peter. "No estamos bajo arresto y no tenemos que decir nada. De hecho, podemos irnos ahora mismo."

"Si hacen eso, entonces los arrestaré", dijo Freddie, sonando aburrido.

Verónica continuó escaneando a los tres hombres sombríos. Collard estaba sudando profusamente, las manchas azules de sudor se extendían a unos pies desde la parte superior de su cabeza, al igual que Terry, pero en menor grado. Pero ninguno de los hombres mostró ningún indicio de violencia inminente.

No había amarillos brillantes, ni rojos, ni naranjas saliendo de ninguno de ellos. Sin confiar completamente en su sinestesia, sin embargo, Verónica permaneció en alerta máxima.

"No hice nada", se quejó Collard.

"Y yo..." Terry comenzó, pero Verónica lo calló con una mirada.

"Está bien, escúchame, Tres Chiflados. Voy a hacerles unas preguntas a todos ustedes. Podemos hacerlo aquí, o mi compañero puede esposarlos y podemos hacerlo en la comisaría. ¿Qué prefieren? ¿Peter?"

Peter frunció el ceño, sabiendo que literalmente lo habían acorralado.

"Bien. Ahora, como ya he establecido, sabemos que ustedes tres estuvieron involucrados en los robos de relojes. Pero también sabemos que ustedes tres Chiflados no podrían planear una partida de póker, mucho menos algo como esto." Peter abrió la boca para protestar, pero Verónica continuó. "Incluso tú, Peter, con esos anuncios tan geniales. ¿Cómo más podrías entrar en contacto con Collard sin que alguien más organizara todo esto? ¿Acaso es un magnate inmobiliario en secreto?"

"Que te jodan," dijo Collard.

"Silencio," ladró Freddie.

"Y tú, Terry, eres el intermediario aquí, ¿verdad? ¿Eres el que iba a ayudar a vender los

bienes robados?"

Terry estaba demasiado confundido para contradecirla, lo cual le pareció igual a Verónica.

"Entonces, la verdadera pregunta es, ¿quién juntó a todos ustedes?" Verónica les dio un momento para pensar. "Bien, ¿qué tal un pequeño incentivo? El primero que hable se va."

Cuando aún nadie habló, Verónica movió su mano hacia la entrada del callejón y luego miró a su compañero.

"En serio, puedes irte. Sin cargos, sin nada."

"Es en serio," confirmó Freddie. "La primera persona que abra la boca puede irse."

Finalmente, Terry encontró su lengua.

"No sé ni quiénes son estos—"

"Alfred Cohen," interrumpió Collard.

Peter inmediatamente gimió y miró al cielo.

"Todo lo que tenías que hacer era mantener la boca cerrada."

"¿Quieres decir Matthew Cohen?" preguntó Verónica.

"No, Alfred. No conozco a Matthew."

¿De verdad hay un Alfred detrás de Alfred's Jewelry?

Verónica sacudió la cabeza y se mantuvo enfocada. Desentrañar el árbol genealógico de la familia Cohen tendría que esperar para otro momento.

"Ves, eso no fue tan difícil, ¿verdad?" Agitó su arma hacia Terry. "Puedes irte."

"¿Qué—?" protestó Collard. "Yo te dije que era Alfred Cohen, no él. Soy yo quien se tiene que ir."

Se alejó de la pared, pero Freddie bloqueó su camino.

"Es cierto, pero no leíste la letra pequeña," respondió Verónica, ahora sonriendo. "Dije el primero en hablar, y ese fue él. Vamos, Terry, vete de aquí."

Tomó dos miradas más alentadoras antes de que el hombre cojeara lentamente hacia la oscuridad.

"Esto es una mierda," dijo Peter. Y luego a Collard, añadió, "No digas nada más, maldito idiota."

"¿Yo soy el maldito idiota? ¡Tú eres mi abogado! Maldito hijo de puta de mierda. Debería—"

"Cállate," gruñó Freddie.

"Bien, y ahora nos quedamos con Rizado y Larry. ¿Quién más quiere irse?"

El teléfono de Verónica sonó y con los ojos aún fijos en los de Peter, metió la mano en el bolsillo y lo contestó.

"¿Hola?"

"¿Es usted Verónica Shade?" Preguntó una voz desconocida.

Verónica alejó el teléfono de su oído y lo miró. El llamante estaba identificado como 'Desconocido'.

"¿Sí? ¿Quién es?"

"Estoy llamando desde el Hospital General de Portland. Usted está listada como el contacto de emergencia para Steve Burns."

Los ojos de Verónica se agrandaron, y sintió que su visión comenzaba a enturbiarse mientras, al mismo tiempo, chispas de colores ardientes parpadeaban en su periferia.

Su latido del corazón era tan fuerte en sus oídos que apenas podía entender a la enfermera.

"Detective Shade, ¿estás bien?" Preguntó Freddie.

"O nos arrestas o nos dejas ir. Esto es detención ilegal," espetó Peter.

"¿Verónica?" Freddie preguntó de nuevo, ignorando al abogado.

"Tengo que... tengo que irme. Tú... tú puedes manejar esto, ¿verdad?"

Freddie la miró mientras ella empezaba a retroceder.

"Tus llaves, Freddie."

"¿Mis qué?"

"Tus llaves", dijo, haciendo un gesto con una mano que se había quedado completamente adormecida. "Dame tus malditas llaves, Freddie."

"¿Qué está pasando, Verónica?"

Él metió la mano en su bolsillo y sacó las llaves del coche. Verónica las arrebató de su mano.

"¿Verónica? ¿Verónica?"

Pero ella ya se había ido.

Capítulo 44

"Ponte estos," ordenó el detective Freddie Furlow, lanzando un juego de bridas a Collard. Golpearon su gran barriga y cayeron al suelo. Mientras se inclinaba para recogerlas, Peter intentó escabullirse.

Freddie apuntó con su arma al abogado.

"Ni lo pienses, sé quién eres y dónde trabajas, Peter."

"No puedes retenerme aquí," dijo Peter, continuando con el clásico estribillo. "No estamos bajo..."

Freddie lo había tenido.

"Está bien. Estás arrestado. Tienes derecho a permanecer en silencio..."

El plan de Verónica había sido impresionante, y había logrado llevarlo a cabo sin quemar a su CI, aunque estaba claro que no le gustaba Terry. Eso era un gesto hacia él, sin duda, pero ahora, mientras estaba en un oscuro callejón con su arma apuntando a un abogado, viendo a un delincuente de carrera luchar por ponerse las bridas, se sentía menos que conciliador con su compañera.

Que Verónica se fuera sin dar siquiera una explicación se estaba convirtiendo en un patrón. Un patrón que él sabía por experiencia que sería difícil, si no imposible, romper. Y uno que no era favorable para una larga y fructífera carrera en la aplicación de la ley.

Sin embargo, esta vez, Freddie había visto la mirada en los ojos de Verónica.

Estaba aterrada.

¿Había pasado algo con su padre? ¿Con el Sheriff Burns?

"Esto es una mierda. Esa maldita policía dijo que podríamos irnos si les decía quién organizó todo esto. Fue ese cabrón de Alfred Cohen."

"Cállate", siseó Peter.

"No, no voy a callarme. Ese maldito Alfred nos dijo que sería fácil, que no se podría rastrear. Ni siquiera necesitábamos armas."

"¿Quién es este Alfred Cohen de todos modos?" preguntó Freddie.

"¿No lo sabes?" dijo Collard.

"No saben nada, idiota. No hasta que abriste tu gran boca."

Freddie no oyó al hombre acercándose por detrás, pero vio los ojos de Peter desviarse hacia su hombro izquierdo.

Movió su mano que sostenía su pistola de servicio a la izquierda mientras se encogía a su derecha para hacerse un objetivo lo más pequeño posible. Freddie escuchó un silbido, y si hubiera sido más ágil y quizás cien, ciento veinte libras más ligero, podría haber tenido ventaja sobre su asaltante.

Pero no lo era. Era obeso mórbido y la sangre en sus venas era tan espesa como el aceite en el que se cocinaban sus patatas fritas favoritas, lo que no era propicio para un movimiento rápido.

Algo duro golpeó a Freddie en el lado de la cabeza. Hizo un sonido casi cómico de 'dong' y luego cayó al suelo, su arma rebotó inofensivamente en el pavimento. Todavía estaba al alcance y Freddie se estiró para alcanzarla, pero luego se detuvo cuando un pie pisó la culata y un hombre se inclinó para recogerla.

Capítulo 45

"¿Dónde está?" gritó Verónica. Agarró a la persona más cercana a ella, una enfermera delgada con rasgos de halcón. "¿Dónde está el Sheriff Steve Burns?"

La enfermera, sin saber qué hacer, la miró boquiabierta y Verónica la soltó, luego se dio la vuelta en el hospital y repitió la pregunta, esta vez lo suficientemente fuerte para que todos la escucharan.

"¿Dónde está el Sheriff Steve Burns?"

La desesperación amenazaba con apoderarse de ella. A su alrededor, Verónica veía olas de azul. Sin embargo, el sudor no provenía de las personas, parecía como si las propias paredes transpiraran.

"¿Dónde está...", jadeó, luchando por sacar las palabras. "¿Dónde está él?"

Una mano se posó en su hombro y ella se giró rápidamente. El hombre que la había tocado dio dos grandes pasos hacia atrás y alzó las manos. Las comisuras de sus gruesos labios se curvaron en una sonrisa.

"Vaya, lo siento, bonita."

"¿Dónde está Steve?"

"Ven conmigo, te lo mostraré."

El teniente Philip Crouch se acercó para guiarla por el pasillo, pero Verónica se movió deliberadamente fuera de su alcance.

"Está bien, sé así entonces", murmuró Crouch entre dientes.

"¿Qué pasó? No me dijeron qué ocurrió por teléfono, solo que Steve estaba aquí, que yo era su contacto de emergencia. ¿Está él...?"

"Estará bien. Solo una herida superficial. Casi lo consiguen, eso sí." Phil se golpeó el pecho orgulloso. "Lo habrían conseguido si no fuera por mí."

Verónica se permitió un poco de alivio.

Estaba vivo. Gracias a Dios, Steve estaba vivo.

"¿Qué? ¿Quién casi lo consigue? ¿Qué demonios pasó?"

Phil se detuvo frente a la puerta de una habitación de hospital, posicionando su gran cuerpo de manera que ella no pudiera ver el interior.

"El oso. ¿Puedes creerlo? Tu chico casi se convierte en comida de oso."

Visualizando el cuerpo mutilado de Kelsey Astor, Verónica apartó al teniente Crouch y entró en la habitación.

Ahora, el alivio la inundó en olas ondulantes. Steve estaba acostado en la cama, con los ojos cerrados. La silueta de su cuerpo bajo la sábana estaba intacta y el monitor a su derecha mostraba un ritmo sinusal normal. Su pulso era fuerte y regular.

Verónica corrió hacia él, lo besó en la mejilla y luego acarició su barba rasposa.

"¿Qué pasó?" preguntó suavemente, conteniendo las lágrimas. "¿Qué demonios pasó?"

"Como te dije, el oso..."

"Llegué tan rápido como pude. ¿Cómo está él?" preguntó el Diputado McVeigh al entrar en la habitación.

"Vaya, todos ustedes son tan dramáticos", dijo Crouch. "Solo un pequeño rasguño." Señaló su espalda al hablar.

McVeigh notó su presencia y le hizo una señal de asentimiento, luego se dirigió al teniente Crouch.

"No pudimos encontrarlo", dijo el diputado, sacudiendo la cabeza. "Tenía una docena de diputados rastreando todo el borde occidental del bosque, pero no encontraron nada."

Al principio, Verónica pensó que se referían al oso. Eso cambió con lo que Crouch dijo a continuación.

"¿Y la chica?"

La nariz de McVeigh se arrugó y sus ojos se dirigieron al equipo médico que monitoreaba los signos vitales de Steve.

"Hinchazón cerebral. Está en coma inducido, están tratando de darle a su cerebro una oportunidad para sanar."

"¿La chica?" preguntó Verónica.

Nadie pareció escucharla.

"Encontramos el equipo del hombre, la ropa, la pintura. Era él, sin duda. Era el fabricante de muñecas", continuó McVeigh.

"¿Y el oso?"

McVeigh se encogió de hombros.

"Supongo que tus disparos lo asustaron. Esperemos que haya ido hacia el norte."

"¿Qué demonios está pasando?" Verónica se separó de Steve. "¿Alguien podría decirme qué demonios está pasando?"

Los dos hombres intercambiaron miradas antes de que McVeigh respondiera.

"El sheriff estaba siguiendo algunas pistas de la compañía telefónica. Supongo que estaba allí tratando de averiguar por qué las chicas salieron de sus coches. Debe haber oído algo en el bosque, y eso es cuando vio a la chica y al fabricante de muñecas."

Los ojos de Verónica se entrecerraron.

"¿Los vio?"

"Sí", dijo Crouch, enganchando sus pulgares en las trabillas de su cinturón. "Yo también los vi. Pero entonces este maldito oso grande atacó a Burnsy. Disparé a él pero no quería golpear al sheriff. El oso se asustó y huyó. Para cuando llegué a la chica, había tenido una caída tremenda. Se resbaló por un pequeño terraplén y se golpeó la cabeza con una roca. El fabricante de muñecas había desaparecido."

Verónica parpadeó tres veces, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

"¿Hubo otra víctima?"

"Ehh, algo así", dijo Crouch. "Ella está..."

"En coma", interrumpió McVeigh. "Inducido, como dijimos. Los médicos no saben si saldrá de él."

"¿Quién es ella?" preguntó Verónica. "¿Sabemos su nombre?"

McVeigh negó con la cabeza.

"Aún no. No tenía ninguna identificación en ella. Tenemos a alguien en Shooter's revisando las grabaciones para ver si estuvo allí."

Una quinta persona entró en la habitación, el único con uniforme que no era miembro de la fuerza policial. El médico tenía gafas gruesas y cabello oscuro que estaba afeitado cerca de su cuero cabelludo.

"El sheriff necesita descansar", dijo sin preámbulos. Miró a Verónica. "Supongo que eres su contacto de emergencia."

"Sí."

El hombre extendió su mano.

"Dr. Kincaid."

"Verónica."

Otro asentimiento, luego se dio la vuelta y se enfrentó a McVeigh y a Crouch.

"Lamento decirles, pero el sheriff necesita descansar. Dado que la señorita Shade es su contacto de emergencia, ella puede quedarse. Estoy seguro de que también puede actualizarlos si su condición cambia."

Los dos hombres claramente no estaban contentos con esto, pero el Dr. Kincaid no retrocedió. Y por primera vez desde que entró en la habitación, Verónica notó que el diputado McVeigh tenía una carpeta en una mano. Golpeó la esquina de ella contra su palma, como si no supiera qué hacer con ella.

"¿Eso es para el sheriff?" Fue el teniente Crouch quien hizo la pregunta, y McVeigh asintió.

"Transcripción de nuestras entrevistas con los hombres del Shooter's Lounge", dijo casi distraídamente.

"Lo tomaré por él", se movió rápidamente Verónica, arrebatando la carpeta de la mano del diputado.

"No creo que..."

"Gracias, caballeros", dijo el Dr. Kincaid, poniéndose entre los policías y su paciente.

"Si necesitan algo, por favor llamen", dijo el diputado McVeigh. "Y manténgannos actualizados, detective Shade."

Luego ambos se fueron, dejando a Verónica con el Dr. Kincaid y Steve.

"El sheriff tuvo mucha suerte". El Dr. Kincaid se movía por la habitación mientras hablaba, comprobando los signos vitales y tomando notas en una tabla. "El oso arañó su espalda, pero las laceraciones no fueron lo suficientemente profundas como para alcanzar ningún órgano. Le grapé la piel y tendrá algunas cicatrices feas pero ningún daño permanente. También está con analgésicos y antibióticos bastante fuertes, por eso sigue durmiendo."

La adrenalina finalmente salió de su sistema y Verónica se sintió débil.

"Puedes sentarte si quieres", sugirió el Dr. Kincaid, notando su fatiga.

Verónica se desplomó en la silla sobredimensionada sin dudarlo.

"Gracias."

Estaba exhausta. La falta de sueño en los últimos días combinada con toda la emoción era suficiente para agotar incluso a las personas más fuertes.

Pero aún no estaba lista para cerrar los ojos.

En su mente, Verónica escuchó la voz de la Dra. Jane Bernard pronunciando palabras como obsesión, responsabilidad y culpa, pero bloqueó a la mujer. El silencio no duró mucho.

Jane se había ido, pero una nueva voz reemplazó inmediatamente a la de la psiquiatra.

La de su hermano.

La voluntad de sobrevivir está arraigada desde el nacimiento, Lucy.

Esto era cierto para Verónica, pero también lo era para esas chicas. Para Kelsey y Megan y la chica que yacía en otra habitación de este mismo hospital, luchando por mantenerse con vida.

Alguien les había quitado esa voluntad.

El fabricante de muñecas.

"No", dijo Verónica en voz baja.

No iba a permitir que eso sucediera.

Ella abrió la carpeta.

Capítulo 46

Entrevista realizada por el Diputado Marcus McVeigh, transcrita por Suzanne Granger.

Entrevistado es Thomas Lemieux, masculino, 32 años, 1,85 m, aprox. 95 kg.

Hora de inicio: 2:48 PM.

"Señor Lemieux, mi nombre es el Diputado McVeigh, y ya se le ha informado de sus derechos. Su participación en esta entrevista es completamente voluntaria y puede irse en cualquier momento. ¿Entiende sus derechos tal como se le han explicado?"

"Sí."

"Bien, antes de comenzar, ¿quiere algo para beber?"

"Agua, por favor."

"Claro. ¿Alguien puede traer una botella de agua para el Sr. Lemieux? Gracias. Así que, la razón por la que lo trajimos aquí hoy es que estuvo presente en Shooter's Lounge tanto la noche del catorce como la del diecinueve. ¿Es eso correcto?"

Inaudible.

"Para el registro, Sr. Lemieux, ¿puede hablar con claridad, por favor?"

"Claro, sí, creo que estuve allí ambas noches."

"¿Y va allí a menudo? A Shooter's, quiero decir?"

Inaudible.

"Señor Lemieux—"

"Lo siento, sí, voy allí un par de veces a la semana. Me gusta Shooter's."

"¿Y generalmente vas solo?"

"La mayoría de las veces, a veces voy con amigos."

"¿Y dirías que tu objetivo principal en Shooter's es ligar con mujeres?"

"Sí, supongo que sí."

"Claro, eres un hombre soltero, ¿verdad? Un hombre soltero en sus primeros treinta intentando conocer a alguien?"

"Sí."

"¿Algún éxito? Me refiero a esos dos días en particular. ¿Acabaste yéndote a casa con alguien?"

"No esos días, no."

"¿Cuántas veces dirías que tienes éxito en llevar a las mujeres a casa después de conocerlas en Shooter's? ¿Cuál dirías que es tu promedio de bateo? ¿Una de cada dos? ¿Cada tres o cuatro veces?"

"No lo sé."

"Haz una suposición, dame tu mejor estimación. Eres un chico guapo, estás en forma... ¿tienes trabajo?"

"Soy mecánico."

"Está bien, está bien. Entonces, ¿cuáles crees que son tus posibilidades de irte con alguien?"

"Una de cada tres, tal vez. En una noche concurrida, tal vez cada dos veces."

"Son bastante buenas posibilidades, diría yo. Déjame mostrarte esta foto... ¿has visto a esta chica antes?"

A Mr. Lemieux se le muestra una fotografía de Kelsey Astor.

"No creo que sí, no."

"¿Y ella?"

A Thomas se le muestra una fotografía de Megan Milonakis.

"No."

"¿Estás seguro?"

"Estoy bastante seguro, sí."

"¿Eres consciente de que el catorce la mujer en la primera foto que te mostré estaba allí, y el diecinueve, la mujer en la segunda foto estaba en Shooter's?"

"No lo sé. Es un lugar concurrido."

"Puede ser, claro. En una noche de jueves, viernes o sábado. Ocasionalmente un domingo si hay muchos partidos de fútbol universitario. Pero el catorce fue un martes. Ahora, te seré honesto, no soy un habitual de Shooter's, pero no imagino que el martes sea uno de sus días más concurridos. Lo que me hace preguntarme por qué, si tu objetivo principal es ligar con mujeres, ¿por qué irías allí un martes?"

"No lo sé."

"¿No lo sabes?"

"Supongo que solo fui a tomar algo y a jugar un poco al billar."

"Pensé que dijiste que tu objetivo principal era ir a casa con una mujer."

"Bueno, quiero decir, lo es, pero también me gusta ir allí a tomar algo. No siempre voy solo para ligar con chicas, a veces—"

"Señor Lemieux, ¿ha visto a alguna de estas mujeres antes?"

"Como ya te dije, no."

"Me resulta difícil creerlo. Me resulta difícil creer que un hombre como tú en busca de presas no se fije en alguien como Kelsey Astor. Es joven y bonita. ¿Sabes cuántas personas estaban en el bar esa noche? Me refiero al catorce."

Inaudible.

"Habla claramente, por favor."

"Dije que no lo sé. Tal vez la vi, pero no me fui a casa con ella."

"Dieciséis, eso es todo. Ese es el número de personas que entraron en Shooter's durante el tiempo que estuviste allí. Y te tenemos en cinta hablando con ella en el bar. ¿Quieres decirme que de los dieciséis—"

"Espera, ¿dijiste Kelsey Astor?"

"Sí, ella—"

"¿Es una de las chicas muertas, no? ¿Es una de las muñecas?"

Veronica se frotó los ojos y se hundió más en la silla del hospital, que era sorprendentemente cómoda.

Había convertido una bandeja de comida en un escritorio improvisado, y cuando el diputado McVeigh mencionó el nombre de Kelsey en la entrevista, sacó las fotografías correspondientes que estaban en el archivo. Había dos de ellas, una de Kelsey en lo que parecía ser una foto de Instagram, sonriente, despreocupada, la otra de su rostro, el cuero cabelludo tirado hacia atrás,

que Kristin Newberry había tomado en la escena del crimen.

Veronica estaba molesta de tener que leer la entrevista de Thomas Lemieux de segunda mano. Si hubiera estado allí, habría podido saber si el hombre estaba mintiendo. Tal como estaba, si el hombre era el asesino, basado en todos los esfuerzos que había hecho para mantener limpia la escena del crimen, la probabilidad de que se derrumbara en una entrevista voluntaria era casi nula.

Con un gruñido de frustración, Veronica levantó la mirada. Steve se había volteado hacia su lado, pero aún no había abierto los ojos.

Veronica observó cómo su pecho subía y bajaba durante varios segundos antes de pasar a la siguiente entrevista.

Entrevista realizada por el diputado Marcus McVeigh, transcrita por Suzanne Granger.

Entrevistado es Barret Jenkins, hombre, 28 años, 1.75 m, aprox. 81 kg.

Hora de inicio: 3:18 PM.

"Aquí está tu Coca-Cola, Sr. Jenkins. Disfruta. Ahora, te han informado de tus derechos y eres consciente de que puedes irte en cualquier momento."

"Lo entiendo. Si hay algo que pueda hacer para ayudar a encontrar a quien hizo eso a esas chicas en Hilltona, entonces estoy allí."

"¿Qué te hace pensar que esto tiene algo que ver con las chicas del bosque?"

"Solo una suposición. Como dije, estoy dispuesto a ayudar."

"Bueno, puedes empezar por decirnos qué estabas haciendo en el Shooter's Lounge el catorce y diecinueve de este mes."

"El martes, estaba allí con un colega de trabajo tomando tragos, el domingo estaba allí con mi novia. No sé si alguna vez probaste la comida allí, diputado, pero es realmente buena."

"No puedo decir que lo haya hecho. Y durante alguna de esas visitas, ¿recuerdas haber interactuado con estas mujeres?"

Al Sr. Jenkins se le muestran fotografías de Kelsey Astor y Megan Milonakis.

"Sí, creo que la recuerdo. Tenía una mirada triste, ¿sabes?"

"Para que conste, el Sr. Jenkins está indicando a Kelsey Astor."

"¿Qué más recuerdas de esa noche, Sr. Jenkins?"

"Bueno, para ser honesto, diputado, no mucho más. Fue una semana dura en el trabajo, así que tal vez tomé uno de más... ya sabes cómo es."

Entrevista conducida por el Diputado Marcus McVeigh, transcrita por Suzanne Granger.

El entrevistado es Gordon Trammel, hombre, 32 años, 1,88 m, aprox. 93 kg.

Hora de inicio: 3:42 PM.

“Sr. Trammel, gracias por venir y hablar con nosotros hoy. ¿Le gustaría algo para beber?”

“Coca Cola Light, si tienes una.”

“Claro, haré que uno de los diputados busque una para ti. Ahora, ¿tienes idea de por qué te pedí que hablaras conmigo hoy?”

“Honestamente, no.”

“Bueno, Sr. Trammel, es porque estuviste en el Shooter’s Lounge ambas noches en las que desaparecieron dos mujeres. ¿Reconoces a alguna de estas mujeres?”

Se muestran a Sr. Jenkins fotografías de Kelsey Astor y Megan Milonakis.

“No, no creo. Me gusta ir a Shooter’s con mi familia. La comida es excelente.”

“Así me han dicho. ¿Estás seguro de que nunca has visto a ninguna de estas mujeres antes?”

“Estoy seguro.”

Veronica suspiró. Un hombre con su familia, un hombre en el bar para ligar con mujeres. Otro que parecía un tipo común simplemente desahogándose después del trabajo. Nada de lo que ninguno de ellos dijo le pareció sospechoso.

Si tan solo me hubieran pedido que me uniera oficialmente al caso... si tan solo no hubiera estado persiguiendo a Collard, Peter y Terry, podría haber estado allí. Podría haberles dicho si alguno de estos hombres estaba mintiendo. Si hubieran entrevistado al fabricante de muñecas, lo habría sabido.

Pasó a la penúltima entrevista.

El entrevistado es Paul Smoak, hombre, 24 años, 1,75 m, aprox. 70 kg.

Hora de inicio: 4:08 PM.

“Aquí tienes tu café, Sr. Smoak.”

“¿Por qué me sacaste del trabajo? ¿Estoy bajo arresto?”

“No, no estás bajo arresto. Solo queremos hacerte algunas preguntas.”

“¿Sobre qué? Se suponía que iba a trabajar horas extra esta noche. Necesito ese dinero.”

“Lamento la inconveniencia, pero—”

“Las disculpas no van a pagar mi manutención de los hijos.”

“Bien, solo queremos preguntarte acerca de algunas mujeres que—”

“¿Puedo irme?”

“Sr. Smoak, no estás bajo arresto. Si quieres irte, eres más que bienvenido a hacerlo.”

“Entonces me voy. Tengo que volver al trabajo.”

Hora de finalización: 4:10 PM.

El Sr. Smoak estaba enfadado y tenía aversión por los policías, pero eso no era algo inusual entre la clase trabajadora. Entre cualquier clase, en realidad.

A pesar de su animosidad y su negativa a cooperar, Veronica no le dio demasiada importancia a la rápida salida del hombre. El desconocido que había posado y pintado a las víctimas tenía paciencia, era calculador. El Sr. Smoak no le daba esa impresión.

Veronica pasó a la entrevista final, la que más le interesaba.

Entrevista conducida por el Diputado Marcus McVeigh, transcrita por Suzanne Granger.

El entrevistado es Rob Pinkerton, hombre, 26 años, 1,80 m, aprox. 86 kg.

Hora de inicio: 4:22 PM.

"¿Estás seguro de que no quieres tomar algo, Sr. Pinkerton? ¿Una Coca? ¿Café? ¿Agua, incluso?"

"No, no tengo sed."

"Antes que nada, gracias por tomarte el tiempo de venir aquí. Sé que es—"

"¿Lo encontrasteis?"

"¿A quién, Sr. Pinkerton?"

"¡Al cabrón que hizo esto!"

"Bueno, eso es algo en lo que esperábamos que pudieras ayudarnos."

"¿Yo? No tengo ni puta idea de quién haría algo así."

"Pareces muy molesto, Sr. Pinkerton."

"¿Molesto? ¿En serio? Por supuesto que estoy molesto. A mi novia la asesinaron y vosotros no habéis hecho una mierda al respecto."

"Por favor, Sr. Pinkerton, esto será mucho más fácil si te mantienes tranquilo."

"¿Mantenerme tranquilo? ¿Cómo puedo estar tranquilo? ¡Y basta de esta mierda de Sr. Pinkerton, de acuerdo? ¡Mi nombre es jodidamente Rob!"

"De acuerdo, Rob, ¿cuál era tu relación con Megan Milonakis?"

"¿Mi relación?"

Inaudible.

"¿Rob?"

"Nada."

"¿Nada? Bueno, ¿me permites contarte algo, entonces? ¿Estaría bien?"

Inaudible.

"De acuerdo. Esto es lo que pienso, Rob: creo que estabas engañando a tu novia, Kelsey, con Megan. Creo que después de que Kelsey tuviera una pelea con su madre por el tatuaje que la llevaste a hacer, vino a verte. Solo que, tú no estabas solo—estabas con Megan. Kelsey te atrapa engañándola y va a Shooter's para desahogarse. La sigues hasta allí. Estás enfadado y—"

"No, eso no es lo que pasó"

"—y decides que prefieres continuar tu relación con Megan y que tal vez Kelsey es el problema. ¿Qué mejor manera de deshacerte de un problema que—"

"No la maté."

"Después de que Megan descubriera lo que hiciste—"

"¡No maté a ninguna de las dos! ¡No maté a Megan ni a Kelsey! ¡Joder! Sí, estaba durmiendo con ambas, ¡pero no las maté! ¡Amaba a Kelsey!"

"Sr. Pinkerton—"

"Esta entrevista ha terminado. ¡Se acabó joder!"

Hora de finalización: 4:31.

Veronica se sintió vindicada. No se sentía bien, pero se sentía vindicada; su teoría sobre la relación de Rob Pinkerton con ambas fallecidas era correcta.

En lo que tenía menos confianza era en su participación en los asesinatos. Si Rob era responsable, y Kelsey y Megan eran parte de su retorcido triángulo amoroso, ¿qué pasaba con el maquillaje?

¿Y quién era su tercera chica que se golpeó la cabeza en el bosque?

Con la espalda adolorida por estar sentada tanto tiempo, Veronica se puso de pie. Al hacerlo, miró a Steve. Parecía tranquilo, lo cual no era una expresión que ella asociara con el hombre, al menos, no últimamente. También parecía más cerca de su verdadera edad.

La idea de que él despertara solo no era algo que ella quisiera imaginar, pero necesitaba estirar las piernas y despejar la cabeza.

Veronica le dio un beso en la frente a Steve, le apartó el cabello de las sienes y luego salió de la habitación del hospital. El pasillo estaba tranquilo ahora, vacío excepto por una enfermera maternal que estaba escribiendo en una terminal de dispensación de medicamentos.

Primero miró a la derecha, luego a la izquierda. Hacia el final del pasillo, justo antes de las pesadas puertas dobles con "Cirugía Ambulatoria" escritas en el letrero de arriba, estaba sentado un diputado.

Veronica se acercó al hombre, a quien no reconoció.

"Detective Veronica Shade, Policía de Greenham." Mostró su placa y levantó la barbilla hacia la ventana de la puerta. "¿Ella es la chica del bosque?"

"Sí. Todavía no hay cambios, está en coma inducido para intentar reducir la inflamación en su cerebro". Los ojos del diputado se suavizaron. "¿Estabas con el sheriff?"

Aún de puntillas, tratando de ver a través del vidrio, Veronica respondió: "Sí. Va a estar bien. Tampoco ha despertado, sin embargo."

La mujer que yacía en la cama del hospital era casi una copia exacta de Kelsey y Megan. Su cabello era más corto que el de las otras dos víctimas y sus orejas sobresalían, pero incluso con la mascarilla de oxígeno cubriéndole la cara, estaba claro que tenía una nariz ligeramente respingona y una boca pequeña. Su garganta estaba cubierta de vendajes, pero Veronica sabía lo que había debajo: una espantosa y roja sonrisa púrpura.

"¿Puedo entrar?"

¿Qué tan cerca estuviste de convertirte en la próxima víctima del fabricante de muñecas?

"Lo siento, pero nadie puede entrar, son órdenes del médico."

Veronica no prestó atención al diputado. Solo siguió mirando a la chica que estaba tan quieta que parecía un maniquí.

O una muñeca.

El pensamiento fue inesperado y la hizo estremecerse.

Como si estuviera inspirada por este movimiento, los párpados de la chica comenzaron a parpadear y Veronica pensó que iba a despertar. Pero luego se detuvieron y se asentaron, mostrando solo una rendija de blancos.

Veronica se rascó la mandíbula mientras miraba los ojos casi cerrados de la mujer. Había algo extraño en ellos.

Retrocedió y se alejó de la puerta.

"¿Detective Shade? ¿Todo bien?"

"Sí, estoy bien."

Veronica se apresuró a regresar a la habitación de Steve. Se le ocurrió una idea mientras se apoyaba contra la pared y se cruzaba de brazos.

Las dos primeras víctimas habían sido encontradas con los ojos cerrados y sus párpados pintados para parecer que estaban abiertos. El fabricante de muñecas estaba tratando de recrear algo específico, algo que había visto antes.

Y Veronica pensó que sabía qué era.

Capítulo 47

Dylan Hall observaba desde las sombras. Vio a Veronica y a su corpulento compañero acorrallar a un hombre con cojera, a un tipo con zapatillas de correr nuevas y a un hombre negro y corpulento a quien Dylan conocía como Collard.

Estuvo a punto de salir de las sombras cuando Veronica contestó su teléfono y corrió de vuelta al coche, pero fue entonces cuando notó a alguien más.

Alto y delgado, este nuevo hombre era prácticamente el yin del yang de Collard.

Dylan también le conocía bien. A diferencia de ese torpe idiota de Collard, este hombre tenía rasgos duros y ojos sin alma y era capaz de hacer cosas muy malas.

Quizás podría haber llegado al detective gordo antes de que este hombre lo hiciera, quizás no. Dylan estaba en la mejor forma de su vida, pero tenía mucho terreno que cubrir. Un hombre de su altura necesitaba sombras específicas en las que acechar. Además, no era como si este hombre tuviera una pistola o un cuchillo.

Tenía un bol metálico, de todos los objetos. Uno de los tipos grandes que se usan para adobar alitas de pollo sin esparcirlas por el suelo. Y era casi cómico, especialmente la forma en que el bol vibraba en el suelo aparentemente por siempre después de golpear al detective gordo en el lado de la cabeza.

"Collard, mueve tu gordo culo, negro", dijo el hombre con voz ronca. "Lárgate de aquí".

Esto no era asunto de Dylan. Si acaso, estaba desincentivado para interferir. Ya no traficaba, su única fuente de ingresos actual era como informante confidencial. Y si daba un paso al frente y ayudaba al detective gordo, correría la voz de que era un chivato.

Y cuando los chivatos no estaban siendo el blanco en la calle, se les evitaba.

Si Dylan se involucraba, sabía que sus días como informante estaban contados.

Pero por mucho que odiara al detective gordo, le debía a Veronica.

Sin Veronica, Dylan Hall solo estaría en un lugar: el suelo.

Todos los demás pensaban que era una mierda sin valor, él incluido. Pero por alguna razón desconocida, Veronica había defendido a él. Incluso después de que él la manoseara.

Esa era otra razón por la que le debía.

Porque eso fue una de las últimas gotas, el punto de inflexión que lo llevó al largo y sinuoso camino de la sobriedad.

Dylan no era ningún santo, nunca pretendió serlo. Hizo muchas cosas malas y había visto cosas mucho peores. Pero hasta ese día con la detective Shade, nunca había agredido a una mujer.

"Collard, maldito idiota. ¡Muévete!"

Dylan Hall, que había detenido el deslizamiento del arma pisándola, se agachó y la recogió. Luego, él y todo su cuerpo de seis pies y nueve pulgadas finalmente salieron a la luz.

"No, Collard, maldito idiota, creo que deberías quedarte justo ahí."

Apuntó el arma al hombre delgado con los ojos muertos.

"Tú también, Devon. No te muevas."

Capítulo 48

"Sheriff Burns, estaba a punto de llamarle. El arma homicida no fue un alambre como pensé en un primer momento, sino algún tipo de cuerda. Una mezcla de algodón-nylon bien enrollada."

"Dr. Thorpe, esta es la detective Veronica Shade. Estás en el altavoz con el sheriff. ¿Estás en la morgue ahora mismo?"

Cuando la Dra. Thorpe respondió, su tono fue ligeramente reservado.

"Sí. Encontré fibras incrustadas en la garganta de Megan Milonakis."

Veronica, quien solo había tomado el teléfono de Steve para que pudiera acomodarse de nuevo en su cama de hospital, se lo devolvió.

"¿Dra. Thorpe? Es el Sheriff Burns."

"Buenas tardes, Sheriff."

Estaba claro por el tono de la médico forense que no tenía idea de lo que le había sucedido al Sheriff Burns. Y por mucho que Veronica quisiera ilustrar a la mujer, solo ralentizaría las cosas.

"¿Podría hacerme un favor?"

"Claro."

"Sé que ya examinaste los cuerpos en busca de huellas, pero necesito que revises sus párpados."

Hubo una breve pausa.

"¿Perdón?"

"Sus párpados — creo que quien hizo esto pudo haber cerrado los ojos de las mujeres después de que estuvieran muertas."

"Está bien, dame un segundo."

Veronica escuchó cómo dejaban el teléfono y lo que parecía ser la puerta de un refrigerador metálico abriéndose. Más sonidos indescifrables y Veronica miró a Steve.

En algún momento durante la conversación muy breve con la Dra. Thorpe, él había logrado sentarse. La mirada de paz que había estado en el rostro de Steve cuando dormía se había ido. Ahora, sus mejillas estaban arrugadas por el evidente malestar.

Debería estar descansando, se dio cuenta Veronica. Debería estar animándole a descansar.

Pero Veronica sabía que Steve estaba haciendo exactamente lo que ella haría en su situación.

"Steve, ¿registraste las huellas dactilares de Rob Pinkerton cuando lo entrevistaste la primera vez?" preguntó Veronica.

Steve pensó en esto por un momento. Era una pregunta sencilla, una que no debería haberle tomado tanto tiempo para responder como lo hizo.

"No", admitió finalmente. "No fue muy cooperativo."

Claramente, los analgésicos aún estaban afectando su sistema.

"Mierda."

Cuanto más esperaban, más se desinflaban. Incluso en el caso improbable de que la Dra. Thorpe volviera con algo, ¿con qué podrían compararlo? ¿Estaba su desconocido en el sistema?

Posiblemente.

Pero, si eso—

"Espera", dijo Steve. Intentó levantarse aún más, luego hizo una mueca y se detuvo. "¿A qué te refieres con la primera entrevista?"

"Oh, olvidé decirte. El ayudante McVeigh pasó por aquí." Veronica buscó la pila de papeles en su escritorio improvisado. "Trajo transcripciones de las entrevistas que realizó."

Steve parecía desconcertado, lo cual alarmó a Veronica. No dejaba de pensar en la mujer en la habitación del hospital al final del pasillo.

¿Había sufrido Steve también una lesión en la cabeza, quizás?

"¿Las cuatro personas que estuvieron en Shooter's ambas noches? Oh, y Rob Pinkerton también", explicó Veronica.

Steve parpadeó.

"¿Quién realizó las entrevistas?"

"El ayudante McVeigh."

Steve frunció el ceño, pero Veronica se alegró al descubrir que no había perdido completamente la memoria.

"¿McVeigh realizó las entrevistas? Le dije que esperara. Le dije que no—"

Hubo un ruido desde el teléfono y la Dra. Thorpe volvió a la línea.

"Vale, tengo algo: una parcial en el párpado izquierdo de Kelsey. Parece una huella de pulgar. ¿Quieres que la pase por CODIS?"

"Sí, por favor", respondió Steve.

Veronica echó un vistazo a las transcripciones de las entrevistas. Por pura suerte, sus ojos aterrizaron en una línea de la entrevista de Barret Jenkins.

Aquí está tu Coca, Sr. Jenkins.

"Dra. Thorpe", dijo con entusiasmo. "¿El ayudante McVeigh te trajo algunas huellas para analizar esta tarde? Una lata de Coca, botella de agua, ese tipo de cosas de algunas entrevistas que estaba realizando?"

Steve la miró con curiosidad.

"Sí, de hecho estaba trabajando en ellas cuando llamaste. ¿Quieres que compare la parcial con estas?"

"Sí. Sí, por favor."

Steve finalmente lo entendió.

"Prioridad máxima. Compáralas, y luego llámame en cuanto tengas los resultados."

"No hay problema."

"Gracias, Dra. Thorpe."

Tan pronto como colgó el teléfono, el sheriff comenzó a salir de la cama. El oxímetro de pulso en su dedo se enredó y él lo arrancó.

"¿Qué estás haciendo?" preguntó Veronica.

"Vistiéndome."

Como para dar credibilidad a su comentario, el sheriff buscó su ropa, solo para emitir un gemido de dolor.

"Steve, fuiste atacado por un oso. Necesitas descansar."

"Lo sé." Su boca se convirtió en una línea fina, apenas visible a través de su barba. "Pero estuve tan cerca, Veronica. Lo vi. Vi al maldito hacedor de muñecas. Si solo—"

Otro gemido de dolor y Veronica vio cómo se extendía una mancha de sangre fresca como una mancha de tinta de Rorschach en su vendaje. Le recordó a su sinestesia, solo que esto existía en el mundo real.

"Solo quédate ahí, iré a buscar al Dr. Kincaid. Él puede darte algo para el dolor. Pero realmente creo—"

El teléfono de Steve sonó y a pesar de su evidente malestar, su mano se disparó y contestó y

lo puso en altavoz.

"Tenemos una coincidencia", dijo la Dra. Thorpe, sonando agitada. "Sheriff, tenemos una coincidencia entre la huella dactilar en el párpado de Kelsey Astor y una de las tazas que el ayudante McVeigh trajo esta tarde."

Capítulo 49

Hasta este punto, Freddie había hecho todo lo posible para proteger a Veronica. Pero ahora, después de lo ocurrido en el callejón, la tarea se había vuelto imposible.

No ayudó que la primera persona en llegar a la escena fuera el Oficial de Asuntos Internos, Cole Batherson.

"Detective Furlow, ¿está bien? ¿Necesita atención médica?"

Freddie se tocó el lado de la cabeza donde había sido golpeado por el bol. Había un bulto pero no sangre. Podría haber sido mucho peor.

"No, estoy bien."

"¿Así que estos tres están detrás del gran golpe a Rolex, eh?" preguntó Cole, sus ojos se desviaron hacia los tres hombres, todos sentados, con las manos atadas a la espalda.

"Sí, eso y uno más: Alfred Cohen."

"¿Alfred?" preguntó Cole, claramente no familiarizado con el nombre.

Freddie, que había pasado tiempo buscando al hombre en Internet mientras esperaba refuerzos, asintió.

"Sí. Hijo de Matthew Cohen, dueño de Alfred's Jewelry."

El callejón de repente cobró vida con luces azules y rojas parpadeando a medida que llegaban más policías.

"¿En serio?"

"Collard le gusta hablar. Supongo que confiaba más en las habilidades legales de Peter en la comisaría que sentado en un callejón mugriento. Según él, Alfred estaba enfadado con su padre y decidió darle una lección robándole sus lujosos relojes. Supongo que se volvió codicioso, o tal vez pensó que era demasiado obvio si solo robaba a su padre, así que consiguió que Devon y Collard aquí asaltaran tres tiendas en lugar de solo una."

"¿Cuál es el trato del abogado?" Cole preguntó, mirando a Peter.

"No voy a hacer un trato a menos que lo tenga por escrito."

Freddie rodó los ojos.

"Póliza de seguro. En caso de que uno de estos idiotas fuera arrestado, debían llamarlo para asegurarse de que mantenían la boca cerrada. Le dieron un Rolex como anticipo. Te lo digo, Cole, no puedes inventarte esta mierda."

"No admití nada", dijo Peter, pero su voz tembló.

Dos oficiales uniformados se acercaron, y Freddie les instruyó que metieran a Collard y Devon en un coche, y a Peter en el otro. Mientras hacían lo que se les había indicado, otro coche se detuvo.

Freddie se encogió un poco cuando vio quién salió del asiento del conductor.

"¿Qué pasó?" exigió el Capitán Peter Shade.

"Atrapé a estos dos", dijo Freddie, señalando a Collard y Peter mientras eran conducidos al asiento trasero de los coches de policía. "El tercero me golpeó con un bol."

Normalmente, el capitán era completamente inescrutable, pero la palabra 'bol' lo desconcertó.

"No preguntes. De todos modos, logré retomar el control de la situación. Según su propia admisión, estaban detrás de los robos a las joyerías."

Hasta este punto, Freddie había evitado deliberadamente mencionar a Dylan Hall. Las

acciones del hombre delgado saldrían a la luz —Collard simplemente no podía callarse— pero quería asegurarse de que Dylan estuviera lo más lejos posible antes de que eso sucediera.

Alguien con su pasado y antecedentes quería evitar ser detenido, incluso si esta vez estaban del otro lado de la ley.

Freddie tenía buenas razones para detestar al hombre, y no era solo porque le había agarrado el trasero a Veronica una vez cuando estaba drogado. Aunque Freddie estaba resignado a poner toda la culpa en Dylan Hall, estaba bastante seguro de que su propia vida sería muy diferente si el hombre nunca hubiera existido.

Sin embargo, sin Dylan saltando cuando lo hizo, Freddie estaría mucho peor. Un bol solo podía hacer tanto daño, pero ¿su pistola?

Esa era una historia diferente.

El Capitán Shade tenía más preguntas para él, pero se mantuvo en silencio hasta que Cole Batherson se excusó. Una vez que Asuntos Internos estuvo fuera de alcance auditivo, Peter encendió un cigarro.

"¿Dónde demonios está V?"

"No lo sé." Freddie se sorprendió por la ira que enmarcaba los bordes de sus palabras. "Recibió una llamada, emergencia familiar o algo así. Pensé que algo te había sucedido."

El Capitán Shade miró el extremo encendido de su cigarrillo, y aunque solo había dado unas cuantas caladas, lo apagó con el talón.

"No, no a mí."

Freddie suspiró y se frotó la cabeza de nuevo. El bulto había crecido al tamaño de una bola de golf.

¿Un jodido bol?

"Ella se está volviendo más—"

"Lo sé", el Capitán Shade lo interrumpió a mitad de frase. "¿Vas a detener a Alfred Cohen?"

Freddie asintió.

"Bien. Quiero que esto se resuelva esta noche, Freddie." Sacó otro cigarrillo y lo hizo rodar entre su pulgar e índice. "Esta noche."

Capítulo 50

Era una operación del Departamento del Sheriff del Condado de Bear, sin lugar a dudas, pero nada de lo que el sheriff o los diputados hubieran podido decir habría mantenido a Veronica lejos.

Se quedó junto a Steve mientras él extendía el plano de la casa sobre el capó de su camioneta. Aparte de las pequeñas luces en los chalecos de los diputados iluminando el papel, estaba completamente oscuro.

"McVeigh, tú toma la parte trasera con Lancaster. Yo entraré por el frente con Dubois y Farrehty. Dada la hora y la falta de movimiento en el interior, deberíamos tener el elemento sorpresa de nuestra parte. Dicho esto, no podemos entrar muy agresivamente. Esperamos que haya una mujer y un niño dentro junto a nuestro sospechoso."

El sheriff dio más instrucciones a los otros diputados, diciéndoles que formaran un amplio perímetro alrededor de la casa. A Veronica no necesitaban decirle a dónde iba: no iba a dejar a Steve.

"Está bien, vamos. Nos preparamos y entramos en tres."

Se dispersaron, manteniéndose bajos y fuera de la vista de las ventanas mientras se acercaban a la pequeña casa de madera. Su sospechoso vivía en un bungalow hexagonal, con dos puertas, una en el frente y otra en la parte trasera. Estaba aislado, al menos a diez millas del vecino más cercano.

El lugar perfecto para cometer un asesinato sin ser visto o escuchado.

Excepto... que no estaba solo.

Veronica había leído la entrevista con el sospechoso tres veces tratando de encontrar algo indicativo de un asesino. Pero no había nada allí. Si acaso, el hecho de que el hombre estuviera en Shooter's con su esposa e hijo lo hacía confiable. Aunque no sería el primer hombre de familia que también era un asesino en serie, siendo Robert Lee Yates uno de los más prominentes, era raro.

Llegaron al porche envolvente y el Sheriff indicó con la hoja de su mano a Dubois y Farrehty que se apostaran en el lado derecho de la puerta. Luego señaló a Veronica para que se colocara detrás de él. Cuando estuvieron en posición, apuntó a sus ojos con dos dedos y luego a su reloj, antes de levantar un solo dígito.

Un minuto para la irrupción.

El momento inmediatamente anterior a una redada es un tiempo extraño. Es similar al segundo antes de que el sol parpadee debajo del horizonte, cuando el aire está en calma, cuando los animales diurnos están a salvo escondidos, y los nocturnos están esperando con el aliento contenido.

Veronica siempre utilizaba este tiempo para realizar las técnicas de respiración que el Dr. Bernard le había enseñado. Cualquier cosa para ayudar a amortiguar su sinestesia, para evitar sentirse abrumada una vez que entraran en la casa.

El sheriff contó con los dedos.

Cinco... cuatro... tres... dos... uno...

El Diputado Farrehty, totalmente preparado para patear la puerta si encontraba que estaba cerrada, probó la manija. Giró libremente y empujó.

Armas desenfundadas y listas, el Sheriff Burns entró, y Veronica le siguió.

"¡Departamento del Sheriff!" alguien gritó.

Veronica escuchó madera astillándose cuando McVeigh y Lancaster irrumpieron por la puerta trasera, que, a diferencia de la frontal, estaba cerrada.

Se encontraron en una cocina oscura, con una modesta sala familiar a su derecha. Veronica identificó cuatro puertas cerradas hacia el lado este del hexágono, puertas que estaban salpicadas de amarillos y naranjas.

Este lugar había visto violencia, pero no al nivel que esperaba.

Sabían por los planos que la primera puerta cerrada era el baño y la pasaron sin detenerse. La siguiente era la habitación principal y el sheriff abrió la puerta de un tirón.

"¡Departamento del Sheriff, al suelo, ahora!"

Veronica comenzó a entrar en la habitación y vio a dos personas acostadas en la cama, un hombre y una mujer. El primero parecía estar completamente despierto, sus ojos azules pálidos mirándola como dos lunas gemelas. Tenía una mandíbula cuadrada y una barba corta y oscura. A su lado estaba una mujer, que estaba tratando de quitarse una máscara de ojos azul marino.

"¡Al suelo!"

Justo cuando el hombre rodó fuera de la cama, Veronica escuchó el chirrido de otra puerta abriéndose.

"¿Papá?"

En un solo movimiento, Veronica enfundó su arma y se dio la vuelta. Saliendo del baño había una niña pequeña con un camisón y largas coletas despeinadas. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Preocupada de que en la oscuridad uno de los diputados pudiera confundirla con una amenaza, Veronica abrazó a la niña, cubriéndole los ojos con una mano y girándola, cubriendo efectivamente todo su cuerpo con su espalda.

"Está bien, está bien, cariño. Somos la policía, ¿vale? No vamos a hacerte daño."

La niña no dijo nada, solo sollozó. Esto se intensificó cuando la voz atronadora del Sheriff Burns llenó el bungalow.

"Gordon Trammel, estás arrestado por los asesinatos de Kelsey Astor y Megan Milonakis. Tienes derecho a permanecer en silencio..."

Capítulo 51

"¿Qué significa todo esto?" exigió Matthew Cohen. Parecía aún más enfurecido ahora que después de haber sido robado y golpeado en la cabeza con uno de sus propios relojes.

"Señor Cohen, su hijo está siendo interrogado en relación con el robo de su tienda y de otras dos joyerías en Greenham", le informó el detective Furlow. Esto era simplemente una cortesía. A sus veinticuatro años, Alfred Cohen era un adulto, y el detective no tenía que mantener al padre del hombre al tanto de nada. "Si tiene un abogado, le sugiero—"

"¿Interrogado? ¿De qué estás hablando?"

Freddie consideró al hombre diminuto. Aunque enfurecido, detectó algo más debajo de la ira de Matthew Cohen. Parecía... asustado. Freddie quizás no tenía la intuición de Veronica, pero tenía la experiencia de su lado. En lugar de enfadarse por ser desafiado por el civil, Freddie lo alentó al parecer débil.

"Bueno, ahora mismo, solo le estamos haciendo algunas preguntas. Si quiere conseguirle un abogado, le sugiero que lo haga lo más rápido posible. Pero yo me mantendría alejado de Peter O'Keefe."

"¿Quién?"

"Peter O'Keefe, el abogado que—"

"¿Detective Furlow? Matthew ya está listo para usted", le informó el oficial Furnelli, señalando la sala de interrogatorios número dos.

"Voy enseguida."

El miedo estaba estampado en toda la cara de Matthew Cohen.

"No, no usted, señor Cohen. Un Matthew diferente."

Freddie dejó al dueño de Alfred's Jewelry parado allí, pero antes de entrar en la sala de interrogatorios, susurró algo al oído del oficial Furnelli.

Esta vez, el abogado de Collard no llevaba un traje elegante ni zapatos nuevos; el atuendo del defensor público parecía ser de segunda o tercera mano. Y aunque trató de jugar duro, un recordatorio de la larga lista de delitos de Collard, su confesión anterior y la promesa de una buena palabra con el fiscal fue todo lo que se necesitó para hacer hablar al delincuente de nuevo.

Y una vez que Matthew 'Collard' Barnaby abrió la boca, el hombre simplemente no podía callarse.

Su historia era bastante sencilla y poco original, y cuanto más hablaba, más Freddie no podía evitar pensar en cómo Veronica había tenido razón todo el tiempo, en que esto era un trabajo interno.

Y en cómo la detective Shade debería estar a su lado durante la entrevista.

Collard había conocido a Alfred Cohen hace unos seis meses cuando este último estaba buscando marcar algo de hierba. Esta parte de la historia era claramente una mentira, ya que el uso recreativo de la marihuana era legal en el estado de Oregon, pero Freddie lo tomó con un grano de sal. La hierba era un sustituto de algo más, probablemente cocaína.

Luego, hace tres semanas, Alfred se acercó a Collard con un trabajo. Dinero fácil: conseguir

un montón de relojes de lujo que podrían ser revendidos o guardados mientras aumentaban de valor. Alfred lo había provisto no solo con las ubicaciones y los mejores momentos para atacar las tiendas cuando no habría seguridad presente, sino que también le había dado esquemas.

"¿No tendrás todavía estos esquemas, verdad?"

El abogado y el cliente conversaron.

"Puede proporcionarlos, sí."

Freddie anotó esto en su bloc de notas.

"¿Y qué pasa con Devon? ¿Cómo se involucró?"

"Alfred me dijo que encontrara un socio, por si acaso. Yo y Devo somos amigos desde hace mucho tiempo."

Freddie tomó otra nota.

"Está bien, ¿y cómo te conectaste con Peter O'Keefe?"

Collard le dijo que Alfred y Peter solían fumar hierba juntos y que el abogado ofreció, a cambio de un par de relojes, ser su abogado. Alfred les aseguró que esto era simplemente una medida de último recurso, ya que nunca serían atrapados. Los relojes en sí fueron repartidos equitativamente entre Alfred, Devon y Collard después de los robos. Collard afirmó que su parte había sido robada desde entonces, razón por la cual estaba ansioso por encontrarse con Terry, pensando que el hombre con la cojera había sido lo suficientemente estúpido como para intentar venderle de vuelta su mierda.

Cuando se le preguntó sobre las partes de Alfred y Devon, el hombre alegó ignorancia.

Freddie, que no estaba hecho para largas entrevistas, se movió incómodamente en la dura silla de metal.

"Solo tengo una pregunta más para ti, Collard."

"¿Qué?"

"¿Por qué golpeaste a Matthew Cohen con un reloj? Nunca golpeaste a Gregor o a Noah."

"¿Quién?"

Freddie negó con la cabeza.

"No importa. ¿Por qué golpeaste al papá de Alfred y no a los demás?"

Una confusión total cruzó el rostro oscuro del hombre.

"¿El... papá de Alfred?"

Freddie no podía creerlo. ¿Collard no era tan estúpido, verdad? La maldita tienda se llamaba Alfred's Jewelry.

Quizás el hombre no sabía leer. Esa sería la única explicación aparte de la pura idiotez.

Freddie suspiró fuertemente y su estómago lo siguió con un gruñido enojado.

"Intentemos esto una tercera vez, ¿de acuerdo? Solo golpeaste a uno de los hombres en las joyerías. ¿Por qué? ¿Te atacó él?"

"Ese no fui yo. Fue Devo."

"Está bien. ¿Por qué Devo golpeó al hombre, entonces?"

Collard se encogió de hombros y puso las manos sobre su gran estómago.

"Alfred me lo dijo. Dijo que no le hiciera mucho daño, solo que le diera un pequeño moretón, ¿sabes? Hacerlo creíble."

¿Creíble?

"¿Qué quiso decir con eso?"

"No sé. Pregúntale a él."

"Está bien, gracias, Collard. Has sido de gran ayuda. Pasaré una buena palabra al fiscal."

"¿Eso es todo?"

"Eso es todo."

Tanto el abogado como Collard intentaron llamarlo de vuelta, pero Freddie ya estaba en el pasillo, alcanzando la botella de Coca-Cola que había dejado fuera de la puerta. Su nivel de azúcar en sangre había bajado durante la entrevista, y se sentía mareado.

"Bueno, eso fue revelador", dijo el Oficial Furnelli.

"El hombre es un completo idiota", respondió Freddie entre tragos. "¿Tuviste suerte contactando a la Detective Shade?"

"No, lo siento. Debe haber apagado su teléfono. Puedo seguir intentándolo si quieres."

Freddie negó con la cabeza.

"No, está bien."

"Ya sirvieron la orden de registro en el lugar de Devon, por cierto. Encontraron casi dos docenas de Rolex completamente nuevos, sin cajas. Todavía están verificando los números de serie, pero..." extendió su mano como para decir, son los relojes robados, sin duda.

"¿Dos docenas? Pensé..." Freddie sonrió. "Collard no estaba mintiendo, sus relojes fueron robados... por Devon."

"No puedes confiar en un criminal de carrera, supongo."

"No. ¿Y qué hay de esa otra cosa?"

"Ah, sí, estábamos esperándote. Espera un momento."

El Oficial Furnelli hizo clic en su radio tres veces en rápida sucesión. Esto fue seguido por una respuesta de dos clics.

"Ya vienen, tal como pediste."

"Gracias."

A Alfred Cohen, esposado, que, a pesar de ser varias décadas más joven, era la viva imagen de su padre, lo llevó al pasillo un oficial de gran musculatura. Aunque venir desde la otra dirección habría sido más económico para llegar a la sala de interrogatorios disponible más cercana, con tres de ellas ya ocupadas, esta ruta aseguraba que pasarían directamente por Matthew Cohen, quien observaba a través del grueso vidrio desde dentro de la sala de espera.

Como se esperaba, al ver a su hijo, Matthew abrió la puerta, que el Oficial Furnelli había dejado intencionalmente sin cerrar con llave, y corrió hacia él.

Freddie observó cada aspecto de la interacción.

Lo primero que hizo Matthew fue apretar fuertemente la parte posterior del brazo de su hijo, lo suficiente para hacer que el hombre se retorciera. Luego le lanzó una mirada. No una mirada que decía, oye, ¿cómo te atreves, cómo te atreves a robar a tu propio padre.

Un tipo de mirada diferente.

Luego, Matthew procedió a susurrar algo en el oído de Alfred. Era imposible para Freddie escucharlo, era inaudible incluso para el corpulento policía, pero el detective apostaría su vida a que sabía la naturaleza de esas palabras.

Y quién era realmente el cerebro detrás de los robos.

Más te vale mantener la boca cerrada, hijo.

Capítulo 52

Algo estaba mal. Algo estaba terriblemente mal con la entrevista. Al principio, Verónica no sabía por qué su estómago se sentía tan apretado y tenso. Estaba convencida de que si hubiera estado dentro de la sala, ver a través de un vidrio unidireccional no era lo ideal, habría podido identificar rápidamente el origen de su incomodidad. Pero el Sheriff Burns le había indicado que esperara afuera, algo sobre no querer complicar las cosas al involucrar a otra agencia de aplicación de la ley. Esto era particularmente molesto porque justo detrás del sheriff, como su segundo, estaba el Teniente Philip Crouch de la Policía del Estado.

Verónica sabía que a Crouch lo habían invitado al caso porque necesitaban la participación de un guardabosques de ODFW, pero eso no explicaba por qué no la había invitado oficialmente al caso. Después de todo, ella había sido quien descubrió la huella dactilar en el párpado de la víctima, que había llevado a la captura de Gordon Trammel. ¿Todavía podría estar tratando de protegerla, no?

No fue la apariencia de Gordon lo que la alteró, al contrario. El hombre era atractivo, algo que Verónica sabía que era inquietantemente común entre los asesinos en serie. Tenía el cabello oscuro y desordenado, ojos pálidos y una mandíbula cuadrada enmarcada por una barba oscura. También era alto, un metro ochenta y ocho, y delgado. Gordon sudaba profusamente, su aura azul se mezclaba con la del Sheriff cada vez que este último se inclinaba hacia él. Ambos tenían manchas oscuras de sudor debajo de sus brazos y un pequeño patrón en V de sudor en sus cuellos, pero la parte de atrás de la camisa de Steve también estaba oscura. Esto, Verónica sabía, no era sudor.

Las acuarelas azules fueron finalmente lo que alertó a Verónica. Al igual que cuando había entrado por primera vez en la joyería de Alfred, no era tanto lo que veía, sino lo que no veía. Gordon Trammel no sangraba bengalas rojas, amarillas y naranjas. ¿Cómo podía un hombre capaz de tanta violencia, de asesinato y profanación, no exudar los signos sinestésicos clásicos de violencia extrema?

Las cosas se volvieron aún más inquietantes cuando el Sheriff Burns presionó al hombre. Colocó las fotografías de la escena del crimen frente a Gordon y no dijo nada. Por más que lo intentara, Gordon solo podía evitar mirarlas durante un tiempo. Y cuando finalmente lo hizo, Verónica no vio orgullo ni un sentido retorcido de logro en su guapo rostro. En cambio, vio disgusto. De hecho, la nuez de Adán de Gordon Trammel se movió varias veces, como si estuviera tratando de tragar bilis.

El Dr. Bernard la había advertido sobre la posibilidad de que su sinestesia disminuyera o desapareciera por completo, pero estaba segura de que ese no era el caso. Cuando Rob Pinkerton mintió, el olor a gas fue penetrante. ¿Podría ser que Gordon Trammel fuera tan bueno mintiendo que había engañado a su sinestesia de la misma manera que un mentiroso patológico podría pasar un polígrafo? Quizás. No era infalible. Pero Verónica todavía sentía que le faltaba una pieza clave para el rompecabezas.

"¿Conoces a alguna de estas mujeres?"

El narcisismo era una característica de casi todos los asesinos en serie registrados. El hecho de que Gordon hubiera rechazado un abogado reflejaba este atributo. Pero no era fanfarrón, ni insolente, ni mostraba ninguna otra cualidad de un egoísta.

"Las he visto".

El hombre era reservado, pero su voz era clara y fácil de entender. Ayudaba que se estuviera transmitiendo en la sala de observación.

"¿Y dónde las has visto, Sr. Trammel?"

"En las noticias".

El sheriff asintió.

"¿Has conocido a estas mujeres? ¿Has interactuado con alguna de ellas?"

Esta vez, Gordon no respondió de inmediato. Parecía estar considerando su respuesta. Verónica estaba lista. No sabía si sería capaz de oler una mentira a través del cristal, pero si podía, lo haría.

Una puerta se abrió detrás de ella, y el Diputado McVeigh entró. Al igual que ella, estaba claramente molesto porque el sheriff no le había permitido estar en la sala de interrogatorios.

"Analizaron con huellas ambos coches, el de Kelsey y el de Megan, estaban limpios".

Verónica volvió su atención al vidrio.

"¿Alguna evidencia en la casa?"

"Todavía no".

McVeigh se unió a ella a su lado.

"Sí", dijo finalmente Gordon. "Las recuerdo del Shooter's Lounge. Creo que hablé con esta". Señaló la fotografía de Megan.

No olía a gas, pero Verónica no lo esperaba. Esta mentira no tendría sentido.

"¿Y has conocido a Angie Caufield?"

El sheriff no ofreció inmediatamente una imagen de la tercera víctima.

Gordon Trammel entrecerró los ojos.

"No estoy... No estoy seguro".

Ahora Steve produjo la foto, que debió haber sido tomada de la chica mientras estaba en el hospital.

Esta vez, Gordon no dudó.

"Sí".

"¿Sr. Trammel, has tocado a alguna de estas chicas antes?"

La boca de Gordon se retorció, y Verónica vio conflicto en su rostro. Cada una de sus reacciones parecía extraña, un poco fuera de lugar. Algunas parecían orquestadas, como la confusión cuando el sheriff preguntó si había interactuado con las víctimas, mientras que otras, como su repulsión por las fotos de la escena del crimen, parecían genuinas.

¿Qué coño está pasando aquí?

¿Doble personalidad?

Las probabilidades sugerían que no. Pero, estadísticamente hablando, la sinestesia multimodal era más rara que un legítimo trastorno de doble personalidad asesina.

"¿Estás bien? Estás respirando de manera extraña", comentó el Diputado McVeigh.

"Este caso..." Verónica se detuvo. No era su caso, y no quería parecer obsesionada.

Un profundo suspiro del sheriff la salvó de tener que responder. Sacó una última fotografía, una imagen ampliada del párpado de Kelsey. El polvo de las huellas dactilares apenas era visible entre la terrible pintura de la cara.

"No tienes que responder, Sr. Trammel. No tienes que responder porque sé que tocaste a estas chicas. Lo sé porque esta es tu huella dactilar. Cuando mi diputado te entrevistó hoy más temprano, bebiste una Coca Cola Light, ¿no es así, Sr. Trammel? Bueno, sacamos una huella de esa lata y la comparamos con—"

"Las maté".

Las palabras fueron pronunciadas tan suavemente que incluso los dos hombres en la sala, el Sheriff Burns y el Teniente Crouch, se miraron entre sí, tratando de confirmar lo que habían oído.

Steve incluso llegó a pedir una aclaración.

"¿Perdona?"

A su lado, Verónica sintió que el Diputado McVeigh se tensaba y se inclinaba hacia adelante, hasta que su cara casi tocaba el vidrio.

"Dije", comenzó Gordon Trammel, levantando sus helados ojos azules y dirigiéndolos al sheriff, "que las maté. Maté tanto a Kelsey como a Megan y traté de matar a Angie".

Capítulo 53

Estaba mintiendo: Gordon Trammel estaba mintiendo.

"Está mintiendo", se susurró a sí misma Verónica, olvidando que el Diputado Marcus McVeigh estaba de pie a su lado.

"¿Crees?"

Sorprendida por la voz del hombre, se volvió a mirarlo, lo observó a la cara, trató de escudriñar en su alma.

"No, no creo, lo sé".

Esperaba que el hombre discutiera con ella, pero no lo hizo. En su lugar, hizo una pregunta solitaria, a la que no tenía una respuesta inmediata.

"¿Por qué?"

En lugar de responder con algo que no tendría sentido para el diputado, volvió su atención al interrogatorio.

El Sheriff Burns era un jugador de póker mucho mejor que ella. Sabía que él sentía lo mismo porque estaba demasiado sorprendido por esta admisión, pero no dejaba que se le notara en la cara. De hecho, Steve no se inmutó.

"Dime cómo lo hiciste", preguntó, su voz sorprendentemente tranquila.

¿Así es como Steve normalmente actuaba frente al mal? ¿O era porque no creía en la confesión del hombre?

"Las conocí en el bar, en Shooter's". Gordon miró sus manos mientras hablaba. "Vi que estaban bebiendo, y sabía que tomarían los caminos de tierra para volver a casa. Así que salí temprano, fui delante de ellas y esperé. Luego, cuando se detuvieron, las agarré, las arrastré al bosque y las estrangulé".

"¿Y luego cambiaste sus ropas y pintaste sus caras?"

Gordon, con los ojos aún bajos, asintió.

Verónica estaba repentinamente confundida. Olió gas en parte de la historia del hombre, pero no en todo. Concluyó que parte de lo que decía Gordon era cierto, pero no la parte más importante.

Le tomó unos momentos darse cuenta de que este hombre era responsable de vestir los cuerpos y aplicarles maquillaje estridente para hacerlos parecer muñecas.

Pero estaba casi segura de que Gordon no las había matado realmente.

"¿Cómo sacaste a Kelsey y Megan de sus coches?" preguntó Steve. Es un error común pensar que una persona solo tiene que decir que cometió un delito y será enviada a la cárcel. A los ojos de la ley, esto es insuficiente. Tenían que describir cómo realmente lo hicieron.

Gordon se encogió de hombros.

"Pretendí que mi coche se había averiado".

Otra mentira.

"¿Eso es todo?" Ahora la incredulidad de Steve se filtró a través de su máscara de neutralidad. "¿Simplemente fingiste que tu coche se había averiado y se detuvieron por ti?"

Gordon insistió en su mentira.

"Sí. Bloquéé la carretera con mi coche para que no pudieran pasar sin detenerse".

El problema era que incluso si Gordon conducía un camión enorme, lo cual no hacía, el

hombre tenía un SUV de tamaño mediano registrado a su nombre, todavía habría suficiente espacio en el camino de tierra para esquivarlo.

Steve lanzó una mirada al Teniente Crouch, quien casi parecía aburrido.

"¿Y luego qué pasó?" insistió.

"Las arrastré al bosque, donde las estrangulé".

Frío, desalmado, increíble.

"¿Simplemente dejaste ambos coches en la carretera?"

Gordon había estado mirando constantemente sus manos hasta este punto, pero ahora sus ojos se levantaron y Verónica vio miedo en esos pálidos iris.

"No, no, por supuesto que no. Tomé su coche y lo conduje al bosque".

"¿Mataste a las chicas primero y luego condujiste sus coches al bosque?"

"¿Qué?"

El Sheriff Burns repitió la pregunta, esta vez más deliberadamente.

"No... quiero decir, las hice conducir su coche al bosque".

El sheriff ya no hizo ningún esfuerzo por ocultar su escepticismo.

"A ver si entiendo bien. Aparcaste tu coche en medio de la carretera para que no pudieran pasar y cuando se detuvieron para ayudarte, las obligaste a volver a su coche y las hiciste conducir al bosque. ¿Es correcto?"

"Sí".

"Dime qué pasó después, Sr. Trammel".

El hombre tomó una profunda y temblorosa respiración.

"Las estrangulé. Las estrangulé y luego coloqué sus cuerpos".

"Correcto. ¿Y cuánto tiempo te llevó todo esto? ¿El asesinato, el vestir, el pintar y el posar?"

"¿Qué? ¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo me llevó?"

Steve solo lo miró.

"Cerca de una hora".

Casi todo lo que salía de la boca de Gordon era una mentira ahora. Y ella no era la única que se estaba dando cuenta.

"¿Y durante esta hora más o menos, simplemente dejaste tu coche en medio de la carretera?"

"Bueno, quiero decir..."

"Eso es lo que dijiste, ¿no es así, Sr. Trammel? Dijiste que fingiste que tu coche se había averiado y lo usaste para bloquear la carretera. Y luego... bueno, una hora más tarde, finalmente terminaste y volviste a tu coche. Ahora sé que esa carretera no es muy transitada, pero ¿una hora? ¿No te preocupaba que alguien más hubiera llegado y también se encontrara sin poder pasar? Y si estuvieran bloqueados, ¿qué harían? Lógicamente, al no ver a nadie alrededor, llamarían al Departamento del Sheriff para que viniera a moverlo, ¿verdad?"

Gordon parecía que iba a enfermarse.

"No me siento bien".

"Seguro que no. Pero déjame preguntarte una cosa más, Sr. Trammel. ¿Conoces a Felize Hoffman?"

La expresión en la cara del hombre fue respuesta suficiente. Pero no pudo confirmar este hecho porque Gordon de repente se inclinó hacia delante, hizo una arcada y vomitó en el suelo.

Steve retrocedió justo a tiempo para evitar ser salpicado.

"¿Qué pasa, Sr. Trammel? ¿Pensar en lo que has hecho te hace sentir mal? No me sorprende porque me está haciendo a mí—"

Por primera vez desde que comenzó la entrevista, el Teniente Phil Crouch empezó a moverse.

Dio un paso hacia delante y agarró al sheriff por el hombro. Al principio, Steve intentó sacudírselo, pero estaba evidentemente dolido por su lesión y ofreció poca resistencia.

"Haremos que venga una enfermera y te examine", dijo Crouch.

El Teniente Crouch estaba claramente preocupado de que cualquier cosa que se dijera a partir de este punto estuviera en peligro de ser desechada debido a que Gordon estaba enfermo. El sheriff y el teniente abandonaron la sala de entrevistas y se unieron a Verónica y McVeigh.

Steve parecía cansado, Crouch fresco.

"Esto apesta a cómplice", informó el Teniente Crouch a la sala.

Todos pensaban lo mismo, pero faltaba algo. En cada asesinato, había un desequilibrio de poder, uno que casi siempre llevaba a una agresión sexual. Si más de un hombre estaba involucrado en el crimen, una agresión sexual estaba casi garantizada. Pero, según el médico forense y el médico legista, ninguna de las víctimas había sido molestada. Desnudadas, posadas, pero no tocadas. Al menos, no según cualquier profesional pudiera decir.

"Me está matando el dolor de espalda", murmuró Steve entre dientes apretados. Verónica observó al sheriff sacar una botella de Oxycontin de su bolsillo, tomar una pastilla blanca y tragarla.

"Ya he llamado a la enfermera, debería estar aquí en diez minutos. ¿Por qué no te tomas un descanso y te tomas un vaso de agua?" ofreció McVeigh.

"Estaré bien. ¿Qué pasa con la esposa y el niño?" preguntó el Sheriff Burns.

"Están aquí, en el segundo piso. ¿Quieres hablar con ellos?"

Verónica se desvaneció en las sombras. Sabía que debería estar consolando a Steve, ofreciéndole apoyo profesional y personal, pero también sentía que su oportunidad, tal vez su única oportunidad, estaba llegando pronto.

"Sí, solo unas palabras mientras la enfermera está en camino".

No la notaron. El Teniente Phil Crouch, el Diputado Marcus McVeigh y el Sheriff Steve Burns abandonaron la sala de observación preocupados, ninguno de ellos prestó atención a la Detective Veronica Shade.

Aún encadenado a la mesa, Gordon Trammel estaba temblando, todo su cuerpo recubierto de un sudor que lo hacía parecer un miembro del Grupo de los Hombres Azules.

Después de que estuvo sola, Verónica contó hasta diez. Luego abrió la puerta y entró en la sala de interrogatorios ocupada por un asesino en serie confeso.

Y entonces Verónica comenzó una conversación con el fabricante de muñecas.

Capítulo 54

“Queremos hacer un trato.”

“Estoy seguro de que sí. Al igual que Collard, Devon y Peter. Pero aquí está la cosa, su cliente fue el cabecilla de toda esta operación”, dijo Freddie, sabiendo que esto no era exactamente cierto pero queriendo aplicar presión.

“¿Cabecilla? ¿En serio? Por favor, detective, deje de usar superlativos. Lo que tenemos aquí son tres simples robos. Robos no violentos, debo añadir.”

“Sí, cabecilla. A menos que, por supuesto”, Freddie fijó su mirada en Alfred Cohen. Podría parecerse a una versión más joven de su padre, pero mientras Matthew estaba disgustado y enfadado, Alfred estaba simplemente aterrado. “¿Hay alguien más que te haya incitado a hacer esto?”

“Por favor, detective, atengámonos a los hechos”, suplicó el abogado.

“Los hechos, de acuerdo, de acuerdo.”

Freddie organizó estratégicamente las hojas de papel e imágenes que el Oficial Furnelli le había proporcionado sobre la mesa, colocándolas una a una.

“¿Sabes lo que son estas?”, preguntó Freddie.

“Son las finanzas de mi papá—”

El abogado silenció a su cliente poniendo una mano sobre la de él y apretándola fuerte. No es sorprendente, considerando que había sido contratado por Matthew Cohen y no por su hijo, Alfred.

“Te ayudaré. Estos son los estados financieros de Alfred's Jewelry, la tienda de tu padre y tu tocayo. Ahora, seré el primero en admitir que no soy un experto cuando se trata de administrar un negocio y no sé nada sobre joyería cara, incluyendo relojes. Pero si miras aquí”, Freddie señaló una línea particular en una de las primeras hojas de papel, “parece que hace unos seis meses, tu papá empezó a comprar más inventario a precios premium. ¿Y sabes qué? Creo que hizo esto como una maniobra estratégica para paralizar a la competencia. Particularmente a Noah Seidel y Gregory Kastinov. Creo que pensó que podría paralizar su cadena de suministro y, después de exprimirlos, subir sus precios y recuperar las pérdidas. Finalmente, sería la única joyería en Greenham. Por eso Noah y Gregor estaban, ¿cómo lo diría?, no tan apegados a tu padre.”

“Detective, esta especulación solo está desperdiciando nuestro tiempo. Si quieres hacer un trato, describe tus términos y los discutiré con mi cliente.”

“Si quieres hacer un trato, entonces te sugiero que escuches lo que tengo que decir.”

Freddie esperó, pero el abogado simplemente agitó las manos. Independientemente de quién lo contratara, todavía tenía la obligación legal de servir a su cliente lo mejor que pudiera.

“Bien. Así que, como decía, la estrategia de tu padre no funcionó, y los préstamos que había obtenido para pagar este aumento de stock estaban siendo reclamados. ¿Quieres saber lo que creo que hizo tu padre?” Freddie levantó un dedo, silenciando de antemano las protestas del abogado. “Creo que ideó un plan. Una idea. Una forma de aplastar a su competencia mientras salía de la deuda. Es bastante simple, en realidad. Sabía que tú tenías algunas conexiones sombrías debido a tu uso recreativo de drogas, y dijo, hey, Al, ¿qué te parece ganar un poco de dinero extra mientras ayudas a mi negocio? Elimina a la competencia robando relojes, luego

toma los míos. Conseguiré el dinero del seguro, y tú puedes empeñar los relojes. Incluso te enseñaré cómo hacerlo." Freddie aplaudió con sus manos carnosas en un *fait accompli*. "¿Eso suena más o menos correcto, Alfred?"

En algún momento durante el discurso, los ojos de Alfred habían comenzado a aguarse.

"Detective, esto suena..." ¿Preciso? ¿Cien por ciento verdadero? "...como una mierda de perro. Es imaginación, todo ello. De hecho, estoy decepcionado contigo."

Freddie supuso que esto pasaría, debido a otra hoja de papel que el Oficial Furnelli había descubierto.

"Ahora," continuó el desagradable hombre en el traje, "estamos dispuestos a hablar si quitas todo el tiempo en prisión de la mesa. Seis, tal vez diez meses de libertad condicional parecen apropiados."

Freddie se indignó.

"¿Seis meses de libertad condicional? Ahora, ¿quién está en historias de fantasía?"

"Son delitos no violentos, excepto por lo que le pasó a Matthew, y él no va a presentar cargos. Es la primera ofensa de mi cliente, que puede o no haber sido coaccionado por criminales de carrera de al lado. La libertad condicional parece apropiada."

"No hay trato. Si tu cliente no está interesado en hablar, en delatar a su padre, llevaré esto a juicio."

Freddie recogió sus papeles y se puso de pie.

La razón por la que Alfred nunca delataría a su padre es porque él era el único beneficiario en caso de que algo le ocurriera al hombre.

"Tal vez deberías hablar con el fiscal antes de hacer ninguna amenaza, detective."

Freddie frunció el ceño y dejó a los dos hombres solos. El abogado tenía razón, no era su decisión. Todo lo que podía hacer era pasar la información que descubrió al fiscal. Dependería de él decidir qué hacer a continuación.

Y, la verdad, sospechaba que si las cosas llegaban a juicio, Alfred Cohen recibiría más de seis meses de libertad condicional, cuatro años detrás de las rejas y fuera en dieciocho meses era más realista, con la sobrepoblación.

Matthew Cohen todavía estaba en la sala de espera cuando Freddie pasó por allí.

"Muy jodidamente vergonzoso, ¿sabes eso?" el detective espetó, incapaz de controlarse.

"¿Qué?"

"Muy jodidamente vergonzoso que hayas preparado a tu hijo."

"Detective Furlow", dijo el Oficial Furnelli, alcanzando su brazo.

Freddie ignoró al oficial y señaló directamente a la cara del gordo joyero.

"Vergonzoso."

Cuando el oficial lo tiró de nuevo, se alejó de Matthew Cohen.

"Terminé aquí." Empujó la carpeta contra el pecho de Furnelli. "Dáselo al fiscal cuando llegue."

"¿A dónde vas?"

Freddie no miró atrás.

"A comer algo."

Y descubrir qué demonios le pasó a mi compañero.

Capítulo 55

Los ojos de Gordon Trammel estaban cerrados y tenía su rostro entre sus manos cuando Verónica entró en la habitación. Lo hizo en silencio y lo observó, percibiendo las ondas azules de sudor que emanaban de él, buscando indicios ocultos de tendencias violentas en forma de acuarelas naranjas y rojas.

No vio ninguna. Incluso el olor a gasolina había sido suplantado por el hedor agrio del vómito.

"Gordon", Verónica pronunció el nombre del hombre suavemente, para no sobresaltarlo.

Gordon sacó su rostro de entre sus manos y la miró. Sus mejillas estaban mojadas de lágrimas.

Cada asesino en serie tenía su tipo. Algunos son más obvios que otros. El creador de muñecas prefería mujeres en sus mediados de los veinte, pelo oscuro, hasta los hombros o más corto, de estatura pequeña, con rasgos faciales pequeños.

Verónica no encajaba perfectamente, pero estaba lo suficientemente cerca. Y sin embargo, no había lujuria ni odio, solo vergüenza en los ojos de Gordon.

"Dime qué sucedió realmente. Dime quién mató realmente a esas chicas."

El hombre tragó con dificultad.

"Sé que no las mataste, Gordon. No sé por qué estás mintiendo, o si estás protegiendo a alguien o qué, pero sé que no las mataste."

"Lo hice", suplicó. "Las asesiné."

Verónica frunció el ceño ante el potente olor a gasolina.

No se le escapaba lo absurdo de esta conversación. Él, admitiendo haber matado a tres mujeres, ella, intentando convencerlo de que retractara su declaración.

Era completamente ridículo.

Sabiendo que no tenía mucho tiempo antes de que llegara la enfermera, Verónica decidió utilizar una táctica más agresiva.

"Dime quién las mató realmente." Su voz no era mucho más fuerte que un medio grito, pero el hombre se encogió como si hubiera sido golpeado. Gordon no había reaccionado de esta manera en absoluto en respuesta a nada de lo que el Sheriff Burns había dicho.

"Lo siento", suplicó Gordon. "Lo siento, por favor, no..."

"¿Lo siento por qué, Gordon? No es por matar a esas chicas. ¿Por vestirlas? Voy a ser honesta contigo, no creo en el cielo o el infierno, y realmente no me importa lo que hiciste después de que estas chicas estuvieran muertas. Lo que me importa, es quién las estranguló realmente."

Gordon estaba al borde del colapso total, pero Verónica no cedió. Golpeó sus manos sobre la mesa y él retrocedió tanto como sus ataduras se lo permitieron.

El viejo y confiable truco del policía bueno y policía malo generalmente requería dos oficiales de policía, que, por supuesto, Verónica no tenía. Decidió probar algo diferente para llegar al hombre: iba a interpretar ambos papeles ella misma.

Verónica extendió la mano y tomó suavemente las manos del confeso asesino en serie en las suyas.

Gordon se relajó inmediatamente.

"Por favor, sé que estás mintiendo. Estás protegiendo a alguien, lo entiendo. Pero vas a pasar

el resto de tu vida tras las rejas, Gordon, por algo que no hiciste."

La actitud del hombre cambió de nuevo. Era como si estuviera reflejando sus emociones. Ya fuera esto instintivo o premeditado, Verónica no podía saberlo.

"No puedo. Quiero, pero no puedo. Yo—"

Un alboroto en el pasillo robó las palabras de la boca de Gordon.

Verónica estaba cerca de sacarle la verdad al hombre. Muy cerca.

La puerta se abrió de par en par, y el Sheriff Burns entró, mirándola con los ojos bien abiertos.

"Detective Shade, ¿qué está haciendo aquí?"

El hombre se soltó de sus manos. Al principio, Verónica pensó que era por la intrusión de Steve. Pero él estaba mirando más allá del sheriff y a una mujer y una niña que eran conducidas por el pasillo por el Delegado McVeigh.

La esposa e hija de Gordon Trammel. La primera parecía estar en shock, con los ojos abatidos, la cara abatida, mientras que la segunda estaba completamente ajena. La niña, a quien Verónica había abrazado para proteger en su hogar familiar hace apenas unas horas, estaba haciendo rebotar un yo-yo en una mano mientras miraba un teléfono celular en la otra.

"Estaba a punto de decirme quién mató a esas mujeres", protestó Verónica.

"No puedes estar aquí", dijo el Sheriff Burns. Detrás de él, otra mujer entró apresuradamente en la habitación: la enfermera.

Verónica se desvinculó por completo de Gordon y se hizo a un lado.

"Estaba... estaba tan cerca."

"Detective Shade."

Esta vez no fue Steve, sino el Detective Freddie Furlow.

La enorme figura del hombre llenaba la entrada.

"Joder", susurró entre dientes.

Había metido la pata. Metido la pata de mala manera.

Metido la pata de nuevo.

Verónica ni siquiera podía mirar a Steve mientras salía de la sala de interrogatorios. Ni siquiera podía hablarle a Freddie mientras lo seguía por el pasillo, hasta el vestíbulo, y al exterior.

Incluso de vuelta en su coche, mantuvo la boca firmemente cerrada.

Freddie se acomodó en el asiento del conductor, respiró profundamente tres veces y luego dijo, "La cagaste, Verónica."

"Lo sé", dijo ella, frotándose las manos tan fuerte que su piel empezó a ponerse roja. "Lo sé, lo sé, lo siento. Solo que—Freddie, esto—"

"No, Verónica, esta vez la cagaste de verdad."

El tono de su compañero obligó a Verónica a mirarlo, con profundas arrugas formándose en su frente.

"¿Qué? ¿Qué pasó?"

"Casi me haces matar, Verónica. Eso es lo que pasó."

Capítulo 56

Quizás fue el Oxy, o el dolor, o la falta de sueño, o el hecho de que todo este caso estaba completamente jodido, pero el Sheriff Steve Burns no tenía ganas de hablar con nadie.

Y eso incluía a Verónica Shade.

¿Qué diablos estaba pensando, colándose en la sala de interrogatorios mientras esperaban a la enfermera?

Puso todo en riesgo, incluyendo la posibilidad de liberar a Gordon por un tecnicismo, cosas más extrañas habían ocurrido. ¿Y para qué?

¿Solo para involucrarse? ¿Para probar su valía?

¿Todo esto era una cuestión de ego?

Steve negó con la cabeza, lo que solo exacerbó su dolor. No era propio de Verónica. Claro, ella regularmente oscilaba entre ser obstinada y determinada, pero este comportamiento tan arriesgado, tan egoísta, era nuevo.

O quizás esta era realmente ella. Tal vez finalmente estaba viendo a la verdadera Verónica Shade.

Los pensamientos continuaban corriendo por su cabeza.

La enfermera afirmó que había impuesto una moratoria para entrevistar a Gordon Trammel durante ocho horas debido a su estado de salud. Steve pensó que la decisión severa de la enfermera se debía a que Verónica intervino después de que él había vomitado.

Ocho horas...

¿Cambiaría de opinión después de estar solo en una celda durante tanto tiempo? ¿Intentaría retractarse de su confesión?

¿Diría la verdad por una vez?

Al otro lado del cristal, Gordon Trammel lloraba entre sus manos.

¿Eran lágrimas de cocodrilo? ¿O estaba genuinamente arrepentido de lo que había hecho?

"Te están esperando", dijo suavemente el Diputado Lancaster.

Steve asintió. Estaba postergando.

Todo lo que quería hacer era ir a casa, cambiarse el vendaje y acostarse. Pero primero, tenía que pasar por el desafío.

De alguna manera, los medios de comunicación se habían enterado de que habían capturado al creador de muñecas. Incluso sabían su nombre, a pesar de haberlo traído bajo la oscuridad de la noche. Y ahora ellos eran los cazadores, los buscadores de información, esperando afuera como depredadores.

Steve bufó.

"Gracias."

"Una cosa más, investigué los nombres que le diste a McVeigh."

Steve apartó los ojos de Gordon y miró al diputado.

"¿Hmm?"

"¿Los nombres de los empleados de JYP Inc.?"

"Sí, ¿qué pasa con ellos?"

"Bueno, Gordon Trammel estaba en esa lista."

Steve no estaba seguro de haber oído bien.

"¿Qué? ¿Por qué tardaste tanto en decírmelo?"

"Porque no lo sabíamos, al menos yo no lo sabía. McVeigh estaba haciendo entrevistas, supongo, y sólo me dio la lista hace unos veinte minutos. Y mira, escribieron su nombre mal: Gord Trammell. Una m, dos l's. Tiene que ser el mismo tipo, aunque."

El Diputado Lancaster sacó su teléfono y abrió la imagen de la lista que el sheriff había enviado a McVeigh más temprano en el día.

"Hace tres meses, Gordon Trammell era gerente asistente en JYP Inc., al menos eso es lo que creo que era, estos títulos son un poco extraños de descifrar."

El sheriff miró el teléfono de Lancaster. Estaba tan cansado que el texto pequeño aparecía borroso.

"¿Sheriff?"

Steve sacudió la cabeza.

"No puedes estar hablando en serio."

"Eso es lo que dice aquí."

"¿Trabajó allí al mismo tiempo que Felize Hoffman?"

El labio superior del Diputado Lancaster se curvó mientras revisaba las imágenes de todas las páginas de empleo.

"Eso es lo que pasa, su nombre no estaba en la lista. Si Felize Hoffman era empleada de JYP Inc., su nombre fue eliminado."

Por supuesto, lo fue, pensó el sheriff mientras una imagen mental del baboso bastardo Isaiah parpadeaba en su mente.

"Si quieres, puedo verificar con el IRS..."

"No te molestes. Ella trabajaba allí, estoy seguro de eso."

"Bueno, no puedo encontrar ningún registro de ella en ningún lugar después del comienzo del verano. No hay publicaciones en redes sociales, nada."

Nuevamente, nada sorprendente para el sheriff.

"¿Quién es ella?" preguntó el Diputado Lancaster.

Steve masticó el interior de su mejilla antes de responder. Hasta ahora, no había contado a nadie sobre su teoría.

Porque eso es todo lo que era: una teoría.

El sheriff estaba seguro de que tenía razón, rozando el noventa por ciento. Pero no tenía ninguna prueba o evidencia. Y no podían simplemente ir por ahí reaccionando a sus instintos con imprudencia.

Demasiadas Verónicas Shades significaban demasiados problemas, demasiadas violaciones del protocolo, demasiadas oportunidades para cometer un error fatal.

La fatiga era el simplificador más grande del mundo, haciendo casi imposibles las complejas evasiones o circunvoluciones elaboradas.

También era el maestro de ceremonias de las mentiras, pero ese no era un camino que Steve estuviera interesado en recorrer.

"Creo... creo que Felize Hoffman fue la primera víctima."

A diferencia del Diputado McVeigh, Lancaster no tenía aspiraciones de ocupar un cargo público. Como tal, simplemente asintió.

Felize Hoffman era la clave, el vínculo, la primera Columbina, la primera muñeca.

Y la primera víctima siempre te decía más sobre el asesino.

Pero, ¿por qué Gordon Trammell la había matado? Trabajaban juntos, supuestamente él como su gerente.

El lujurioso deseo, o el amor no correspondido por otro nombre, venía a la mente. Si ese fuera el caso, sin embargo, si los avances de Gordon hacia Felize no fueron correspondidos, el asalto sexual a las víctimas subsecuentes no solo era esperado, sino prácticamente garantizado.

Quizás él no la mató, entonces. Quizás alguien más lo hizo.

¿Estaba Isaiah involucrado de alguna manera? ¿Estaba Gordon protegiendo al leprechaun fumador empedernido?

"Este es un caso jodidamente complicado, ¿verdad, Burnsy?"

El Teniente Philip Crouch estaba de pie en la entrada con las manos en las caderas. Lancaster se excusó y Steve siguió a Crouch al pasillo.

"Pero oye, al menos tenemos a nuestro hombre. Lo admitió todo. Se rompió como un jodido lápiz."

El sheriff intentó ignorar al teniente, pero era más fácil despreciar a un pájaro carpintero haciendo agujeros en tu sien que a Phil Crouch.

"Espera un segundo, no me digas... Burnsy, tú no crees que él lo hizo, ¿verdad?"

No te enganches, no te enganches.

"No, no lo creo."

Y luego el teniente Crouch se rió. El hombre realmente se rió. No fue una risa estrepitosa, más bien una carcajada espesa, pero a Steve le molestó.

"Tengo que oír esto. Apuesto a que es porque esa atractiva detective te lo dijo." Crouch silbó. "No sé qué pretende, pero Dios mío, cómo me gustaría darle un buen mordisco a ese melocotón maduro. Demonios, probablemente escucharía cada maldita palabra que ella—"

Steve explotó. Por primera vez en tanto tiempo como podía recordar, el sheriff Steve Burns perdió completamente el control.

Extendió la mano y agarró a Crouch por el hombro y lo empujó contra la pared. Luego colocó un antebrazo sobre la garganta del hombre.

"No hables de ella de esa manera," advirtió Steve, la saliva salpicando la cara enrojecida del otro hombre. "No hables de ella de esa manera."

Crouch trató de hablar pero solo pudo emitir un jadeo forzado.

"¿Cuál es tu maldito problema de todas formas, Crouch? Primero, filtras la noticia del cuerpo a la prensa y el bosque frente al rancho de Kurt Bellinger se llena de cazadores de montaña, lo que casi mata a una niña. Luego te digo que me esperes antes de entrevistar a los hombres de Shooter's y en cuanto me voy, estás allí, intentando tomar el control. ¿Y ahora esta mierda de filtrar el nombre de Trammel a la prensa? Así que te lo preguntaré de nuevo, ¿cuál es tu maldito problema, Crouch?"

El teniente Phil Crouch finalmente volvió en sí. De un movimiento, agarró la muñeca del brazo que le oprimía la garganta. Tiró de él en una dirección y luego giró a Steve, empujándolo contra la pequeña de su espalda. Sus propios nudillos rasparon contra la herida infligida por el oso, y de inmediato sintió sangre filtrándose entre las grapas.

El dolor era intenso.

"Primero que nada, Burnsy, maldito imbécil, yo no llamé a los medios, nunca. Ni cuando se encontró el primer cuerpo, ni el segundo, ni después de que trajimos a Gordon Trammel. Yo no planeé las malditas entrevistas tampoco, fue tu propio subordinado quien estaba entusiasmado con ellas, no queriendo esperarte. Yo solo estaba allí para asegurarme de que no la jodiera. Porque ambos sabemos, Burnsy, que la gente a tu alrededor tiende a joder las cosas o a salir jodidos."

Steve intentó liberarse del agarre de Crouch, pero el hombre era demasiado grande y fuerte.

“Déjame ir.”

El teniente Crouch lo ignoró.

“¿Pero quieres saber cuál es mi verdadero problema, Burnsy? ¿Sí? Bueno, mi verdadero problema es lo que le pasó a tu esposa. Ella era mi amiga, ¿sabes? Una buena amiga. Y cuando me entero de que ustedes tuvieron una pelea y lo siguiente que sé es que ella se ha ido y hay cerca de un galón de sangre en el suelo de tu cocina? Ese es mi maldito problema. ¿Y luego simplemente te vas, renuncias a la Policía Estatal y te conviertes en un maldito sheriff de todas las cosas? No tengo idea de cómo lograste eso, pero, sí, también es mi maldito problema. Por último, pero definitivamente no menos importante, el hecho de que tu esposa nunca volvió a ser vista después de esa noche? Ese. Es. Mi. Maldito. Problema.” El aliento del teniente estaba caliente en el oído de Steve, y alivió la presión en su brazo antes de continuar. “Ella no sabe, ¿verdad? Tu linda pequeña detective con los extraños ojos jodidos y la nariz arrugada como si estuviera oliendo mentiras? Apuesto a que no sabe sobre tu esposa, ¿verdad?”

Steve comenzó a mover la cabeza negativamente cuando Crouch lo soltó por completo.

“Bueno, si quieres que siga así, te aconsejo que te mantengas en tu maldita línea, Burnsy.”

Cuando Steve se dio la vuelta, el teniente había desaparecido.

Con la espalda empapada de sangre, Steve sacó sus pastillas recetadas y tomó dos Oxy más.

Que le jodan a él, que le jodan a Crouch, a Trammel, a los medios.

Steve se escabulló por la parte de atrás y se fue a casa. Y luego hizo exactamente lo que decían que no debía hacer cuando estaba con analgésicos.

Beber.

Beber mucho.

Capítulo 57

Puede que sea un cliché, pero toda mujer sabe que el camino hacia el corazón de un hombre es a través de su estómago.

Esto era particularmente cierto para el detective Freddie Furlow.

Estaba enfadado, con razón, de hecho, Veronica estaba enfadada consigo misma por todos los errores que cometió hoy. Pero después de dos hamburguesas dobles con queso, una ración grande de patatas fritas y un batido de chocolate, su actitud había suavizado un poco.

Había una gran ironía aquí, considerando que Freddie estaba molesto con ella por casi hacer que lo mataran en el callejón y él no solo estaba complaciente, sino que realmente disfrutaba que Veronica contribuyera a su lenta muerte envenenándolo con unas cuatro mil calorías de comida rápida.

Pero los humanos son mucho mejores para comprender escalas de tiempo cortas. Casi el diez por ciento de los estadounidenses tienen miedo de subir a un avión, uno de los métodos de viaje más seguros, y sin embargo, un porcentaje casi idéntico fuma cigarrillos todos los días.

Pueden visualizar fácilmente la muerte al estrellarse contra el lado de una montaña, pero los cambios malignos en su sistema pulmonar con el tiempo son una abstracción.

Consecuencias a largo plazo versus a corto plazo, prolongadas versus inmediatas.

“No puedo creer que Dylan Hall te salvara el trasero. ¿Y te golpearon con un tazón?”

Saturado de grasas, Freddie era más receptivo a su humor.

“Cierto. Ridículo, pero cierto.”

“¿Por qué simplemente iba caminando con un tazón?”

“No tengo idea. ¿Por qué a Matthew Barnaby le gusta que lo llamen Collard? No lo sé, quizás a Devon le gustaba mezclar col rizada en el tazón para su amigo.”

Veronica se rió. Picoteó las patatas fritas frente a ella, mojando una en ketchup antes de meterla en su boca.

“Supongo que Dylan no es tan mal tipo después de todo,” comentó.

“Sigue siendo un imbécil. Una vez un imbécil, siempre un imbécil.”

“No digo que no lo sea. Pero también es un recurso, y si pudiéramos sacarlo de las calles...”

“Es un hombre adulto, tomó sus propias decisiones.”

Veronica dejó la patata a medio comer en su bandeja.

“Lo sé, lo sé. Pero aún así, me siento mal por él, parte de lo que sucedió, tal vez mucho, estaba fuera de su control. Imagina si tuviera su propio pequeño equipo.”

Freddie sorbió de su pajita y luego sacudió los cubitos de hielo en el fondo del vaso de plástico.

“¿Equipo? El tipo apenas lleva pantalones.”

“Bueno. Me refería a algo como una empresa de detectives privados, ¿sabes? Viviendo en la calle, Dylan solo puede hacer tanto.”

Freddie la miró como si intentara determinar si estaba siendo serio o no. Finalmente, decidió que lo era.

“Bueno, a menos que hayas ganado la lotería y no me lo hayas contado, creo que deberíamos centrar nuestros esfuerzos en mantener nuestros trabajos por ahora.”

Y así, la ilusión de convivencia desapareció. Freddie tenía razón, estaban en una posición

precaria con IA vigilando sus movimientos y la insistencia de Veronica en comportarse de manera errática.

"Lo siento mucho."

Veronica lo dejó así. Ya había intentado explicar sus acciones, pero era difícil sonar racional sin revelar su sinestesia, algo que le repugnaba hacer. Ya había suficiente gente en el departamento que la odiaba por poner a Ken Cameron tras las rejas y el hecho de que supieran sobre el 'superpoder' de Veronica solo la convertiría en más blanco.

Decidió cambiar de tema.

"Entonces, ¿realmente crees que Matthew Cohen está detrás de todo esto? ¿Que le dijo a su hijo que robara su propia tienda?"

Freddie tragó un bocado de su hamburguesa.

"Estoy tan seguro de eso como de que tengo aterosclerosis."

"Jesús," susurró Veronica. No le gustaba este tipo de broma, el tipo que tiene una base firme en la realidad.

Nunca debería haberlo traído aquí.

"¿Qué va a pasar con él?" preguntó.

Freddie envolvió lo que quedaba de su segunda hamburguesa, dos bocados, y lo dejó a un lado.

"Nada."

Veronica frunció el ceño.

"¿De verdad?"

"De verdad." Más sacudidas de esos malditos cubitos de hielo. "Fue inteligente. Matthew hizo que su hijo Alfred hiciera todo: hablar con Collard, contactar a Peter O'Keefe. Quiero decir, Matthew le dijo exactamente qué hacer, pero nunca se involucró. Collard es tan estúpido que ni siquiera sabía quién era el dueño de Joyería de Alfred. Y con un historial limpio, Alfred solo pasará quizás un año y medio tras las rejas."

"¿Por qué ir a prisión en absoluto?" preguntó Veronica. "Si delatara a su padre, apuesto a que el fiscal le concedería inmunidad."

"Sin duda. El problema es que, si Alfred hiciera eso, su padre antes donaría su negocio a la Fundación Juventud Hitleriana que dejárselo en herencia a su hijo."

"Mierda."

"Sí, como dije, es inteligente. Solo encontramos dos tercios de los relojes, por cierto. Aún falta la parte de Alfred. Y nada impide que Matthew siga adelante con su reclamación de seguro porque no será acusado de nada. Cuando Alfred salga, los relojes habrán aumentado de valor, y también tendrán eso. Quizás sea suficiente para sacarlos de la deuda. Quién sabe."

"Quién sabe," repitió Veronica.

El caso se sentía incompleto, pero también se sentía intrascendente.

Ella pagó la cuenta de su cena tardía, se disculpó otras tres veces, y luego se fue a casa, con innumerables otras disculpas listas para Steve.

Pero resultaron innecesarias.

Lucy saludó a Veronica en la puerta, y le rascó la barbilla a la gata, seguido de comida de lujo y agua fresca.

No queriendo asustar a Steve, ella llamó suavemente su nombre mientras subía las escaleras.

La vista en su habitación compartida fue suficiente para quitarle el aliento. Steve estaba acostado boca abajo, vistiéndolo solo sus calzoncillos. Su espalda era un desastre. La gasa que se había aplicado en el hospital estaba arrugada y ensangrentada. Se había levantado en algunos

lugares, y Veronica pudo ver seis grapas toscas manteniendo cerrado uno de los cortes que el oso había hecho. Después de superar la conmoción de la herida, Veronica buscó suministros en el baño. No tenían grandes almohadillas de gasa como las del hospital, pero pensó que un trabajo de retazos de varias más pequeñas sería mejor que lo que tenía ahora.

Se sentó al lado de la cama y, lo más suavemente posible, quitó el vendaje. Una vez más, Veronica inhaló bruscamente.

Las heridas de las garras eran espantosas, de unos veinte centímetros de longitud, cuatro en total. Las grapas lo hacían parecer aún peor, una cohesión antinatural de orgánico y metálico.

Cuando Veronica aplicó un paño tibio y húmedo en su espalda, Steve siseó.

"Está bien, está bien, solo soy yo."

Veronica se inclinó y besó su hombro desnudo suavemente antes de continuar limpiando la herida. Trabajó con cuidado, intentando no quitar ninguna de las costras duras ni enganchar ninguna de las grapas. Además de las grapas, el Dr. Kincaid había aplicado suturas internas, lo que había mantenido la hemorragia al mínimo. Cuando terminó, Veronica aplicó yodo y luego volvió a vendar la espalda de Steve lo mejor que pudo. Fue un poco trabajo de Frankenstein debido a que las almohadillas eran demasiado cortas, pero estaba orgullosa de su trabajo.

Sorprendentemente, Steve durmió durante todo el procedimiento, aunque no debió haber sido cómodo. Una rápida mirada alrededor de la habitación reveló por qué: además de la botella de pastillas con receta, que hizo un 'cha-cha-cha' considerablemente más apagado cuando Veronica la recogió y la agitó, había una botella de Johnny Walker medio vacía en la mesa lateral.

Veronica bebió de la botella, luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

"Lo siento."

Tomó otro gran trago.

Las siguientes palabras que salieron de su boca incluso la sorprendieron a ella. Quizás fue por la pura vulnerabilidad de Steve o quizás fue su propio agotamiento.

"Te amo."

Veronica logró dar otro sorbo de whisky antes de desmayarse por completo.

Capítulo 58

"¿Qué tan mal está la presencia mediática esta mañana, Diputado Lancaster?" El Sheriff Steve Burns iba a toda velocidad por la carretera mientras intentaba abrir una botella de pastillas recetadas.

"Bueno, no sé cómo cuantificas algo así."

Steve finalmente logró abrir la botella, pero derramó la mitad de su contenido en su regazo en el proceso.

"Mierda," maldijo y luego luchó por recoger las pastillas. Sonó una bocina y tuvo que desviarse para evitar una colisión frontal. "Rayos."

"¿Sheriff?"

"Estoy bien. ¿Qué dijiste sobre la presencia de los medios? ¿Qué tan mal está?"

"Voy a decir que 'muy mal'."

"Está bien, nadie dice nada hasta que llegue. Solo necesito diez minutos."

Veronica dormía profundamente cuando él se despertó. A pesar de sus indulgencias la noche anterior, en realidad se sentía bastante bien. Su espalda aún le dolía, pero al menos su cabeza estaba despejada.

Había un carnicería en el baño, gasas ensangrentadas, toallas secas. Veronica había limpiado sus heridas la noche anterior y él había dormido durante todo el proceso. Temiendo que una ducha deshiciera todo su arduo trabajo, limpió sus axilas y partes privadas con un paño limpio.

Luego pensó en lo que iba a decir a la prensa. Conociendo al fiscal y al alcalde como lo hacía, el Sheriff Burns estaba seguro de que ninguno de los dos dudaría en aceptar la confesión de Gordon. Cualquier cosa para cerrar este caso. Contradecir directamente a cualquiera de los dos era equivalente a suicidio profesional, pero la plataforma en la que Steve había ganado era la transparencia.

Esto iba a requerir un manejo al más alto nivel.

Siete minutos después, Steve entró al estacionamiento de la sede del Departamento del Sheriff del Condado de Bear.

El Diputado Lancaster necesitaba un vocabulario más robusto, al parecer. Porque 'muy mal' significaba prácticamente todos los medios de comunicación en todo Oregon.

Casi se dio la vuelta. Steve consideró seriamente simplemente dar la vuelta y volver a casa. Pero luego recordó que las ocho horas de Gordon estaban a punto de terminar. Además, aunque era muchas cosas, Steve Burns no era un cobarde.

Cerró los ojos un momento solo para ver un charco de sangre coagulándose en el suelo blanco.

Y cuando me entero de que ustedes dos tuvieron una pelea y lo siguiente que sé es que ella se fue y hay casi un galón de sangre en el suelo de su cocina? Eso es mi maldito problema. Y luego simplemente te levantas y te vas, dejas la Policía Estatal y te conviertes en un maldito sheriff de todas las cosas?

Steve abrió los ojos.

Bueno, ya no soy un cobarde.

El sheriff salió de su coche, ajustó su sombrero y se dirigió a las escaleras delanteras. La prensa se amontonó a su alrededor, pero él esperó hasta que su espalda estuvo hacia la puerta

principal antes de dirigirse a cualquiera de ellos.

Como era de esperar, el Teniente Crouch y el Diputado McVeigh llegaron justo a tiempo para flanquearlo durante su discurso a los medios.

"Gracias por reunirse aquí esta mañana," aunque no fueron invitados. "Como muchos de ustedes saben, tenemos una actualización sobre los cuerpos que fueron descubiertos en el Bosque de Hilltona y la persecución de la persona responsable de estos homicidios," una actualización parcial, pero aún así tendrán suficiente material para cubrir durante días. "Nos complace informar que el Departamento del Sheriff del Condado de Bear, en conjunto con la Policía Estatal, realizó un arresto anoche. Creemos que—"

"¿Es Gordon Trammel? ¿Es a quién arrestaron?"

"—creemos que este individuo está involucrado en estos homicidios. Anoche, se descubrió otra víctima en Hilltona que actualmente se encuentra en cuidados críticos en el General de Portland. Como todavía estamos investigando si esta tercera víctima está relacionada con las dos anteriores, oficialmente se considera un caso abierto. Como tal, estoy limitado en la información que tengo la libertad de compartir con ustedes hoy."

Hubo un gemido colectivo.

Malditos carroñeros.

"¿Quién fue la tercera víctima, Sheriff? ¿Fue otra mujer estrangulada? ¿Hicieron que pareciera una muñeca?"

"Como dije, el caso está abierto, y por lo tanto, no tengo la libertad de discutir los detalles."

Más gemidos.

Malditas ratas.

"Les prometí transparencia," dijo Steve en voz alta, cortando su indignación, "y es una promesa que tengo la intención de cumplir. Pero no a costa de la seguridad de los civiles." Su teléfono empezó a sonar. "Tan pronto como mi departamento lo considere seguro, les proporcionaré otra actualización. Gracias."

La llamada al teléfono de Steve fue una distracción bienvenida y la respondió, dejando a McVeigh y Crouch en la cuerda floja para responder preguntas.

Solo esperaba que siguieran su ejemplo.

"¿Hola?" Steve presionó su dedo en el oído opuesto al teléfono. "¿Hola?"

"¿Sheriff Steve Burns?"

"Sí, ¿quién habla?"

"Soy la enfermera Fontana del General de Portland. Llamo porque—"

"Necesito una recarga de mis analgésicos," dijo anticipándose. "Casi no me quedan."

"Eso es algo que va a tener que discutir con su médico," dijo la enfermera con hesitación.

Steve estaba confundido.

"¿De qué se trata entonces?"

"Es sobre Angie Caufield."

Nunca había escuchado ese nombre antes.

"¿Quién?"

"Angie Caufield... ¿la chica que estaba en coma? ¿Del bosque?"

El sheriff se quedó paralizado. ¿Había muerto la pobre mujer? ¿Tendría que dar una actualización a la prensa más pronto que tarde?

"¿Qué pasa con ella?"

"Está despierta. Está despierta y quiere hablar."

Steve inmediatamente dio media vuelta y se abrió paso entre la multitud. Le gritaban

preguntas, pero las ignoró. Ni siquiera las miró.

"Nadie entra en esa habitación, enfermera. ¿Me entiendes? Nadie habla con Angie excepto yo."

"S-s-sí, claro. Por eso te llamé."

"Estaré allí en media hora."

Steve se apresuró a su coche y lo arrancó. Ni siquiera había salido del estacionamiento cuando su radio chisporroteó.

"¿Sheriff? ¿Todo está bien? Cambio."

Era el Diputado McVeigh. Steve podía verlo, de espaldas a la multitud, Crouch a su lado.

"Bien. Tengo que irme. Cambio."

"¿Qué hay de nuestro sospechoso? Su moratoria está a punto de expirar. Cambio."

Steve se metió en la carretera principal.

"¿Sheriff? Cambio."

"Sí, puedes empezar con eso." El Sheriff Burns inclinó la cabeza. "Pensándolo bien, quiero que el Teniente Crouch lidere el interrogatorio. Cambio y fuera."

Capítulo 59

Día de tres cafés. Era un día de tres cafés.

Uno para Veronica, uno para Freddie, uno para Cole Batherson.

Desafortunadamente, Veronica ni siquiera pudo beber el suyo.

Estaba batallando con la bandeja de cafés mientras caminaba hacia la puerta de la comisaría cuando su teléfono sonó. Freddie la esperaba afuera, un claro indicio de que ya la había perdonado, y le quitó la bandeja de las manos.

"Buenos días, Freddie."

"Buenos días, Veronica. Te preguntaría cómo dormiste, pero las ojeras bajo tus ojos..."

"Vete a la mierda," dijo ella con una sonrisa. Veronica levantó un dedo y contestó su teléfono. La llamada era de un número privado. "Detective Shade." Cuando no hubo respuesta, dijo, "¿Hola?"

"¿H-h-hola?" respondió una tímida voz femenina.

La sonrisa de Veronica se desvaneció.

"¿Quién habla?"

"Es... es Gloria Trammel."

Veronica sintió que su corazón se aceleraba.

"¿Sabes... quién soy yo?"

"Sí, por supuesto. ¿Qué puedo hacer por ti, Gloria?"

Freddie bajó la cabeza hasta su nivel, mostrándole que estaba interesado en ayudar de cualquier manera que pudiera. Veronica se alejó ligeramente de su compañero.

"C-creo que encontré algo. No sé qué hacer con ello."

"¿Dónde? ¿En tu casa?"

"Sí."

La mujer sonaba asustada, lo cual era de esperarse dada la confesión de su marido.

"¿Dónde están los diputados del Condado de Bear?"

La última vez que supo, estaban revisando la casa de los Trammel de arriba abajo.

"Estuvieron aquí, pero se fueron hace una hora."

"¿Cómo conseguiste este número, Gloria?"

Durante el silencio que siguió, Freddie abrió la pestaña de plástico en una de las tapas del café y el vapor se elevó frente a su rostro. Ella lo alcanzó, pero él deliberadamente lo llevó a sus propios labios, negándole el chute de cafeína que tan desesperadamente necesitaba.

"Te vi. Te vi anoche. Ayudaste a mi hija." Gloria sollozó. "No puedo creer que esto esté pasando. No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido."

"Cálmate, Gloria. Si crees que encontraste algo relacionado con los crímenes, no lo toques. Solo llama al Departamento del Sheriff y ellos enviarán a alguien de inmediato."

"No puedo," susurró Gloria. "No puedo hacer eso."

"¿Por qué no?"

"Porque... sólo hay hombres en el Departamento del Sheriff. No puedo... no puedo mostrarle esto a un hombre. No... por favor, detective Shade. Por favor, yo no lo tocaré, pero no quiero tener que mostrarle a un hombre lo que encontré."

Veronica miró al cielo y murmuró la palabra joder.

¿Qué diablos podría haber encontrado? ¿Fotografías? ¿Ropa? ¿Pintura? ¿Qué?

Después del desastre que fueron los últimos días, Veronica se despertó esa mañana con un nuevo sentido de propósito. Según el comentario de Freddie, no había dormido bien, pero eso fue porque había estado haciendo resoluciones.

Promesas de ser una mejor compañera para Freddie... y para Steve. Encima de eso estaba la tarea de encontrar una manera de arreglar las cosas con IA para que tuviera un trabajo al final de la semana.

Y ahora esto.

Esto.

Esto.

"Muy bien, estaré allí tan pronto como pueda."

Veronica mantuvo la cabeza baja, reacia a mirar a Freddie a los ojos.

"Solo vete, Veronica. Ve y le diré a Cole que tuviste otra sesión de psiquiatría mandada por el departamento."

Ahora levantó la mirada y le dio a su compañero una débil sonrisa.

"Gracias. Te debo una."

Desde dentro de su coche, vio a Freddie tirar uno de los cafés a la basura y se preguntó si una comida grasosa sería capaz de arreglar las cosas esta vez.

De alguna manera, lo dudaba.

Veronica llamó a la puerta de madera, que resonó fuertemente.

Diez horas atrás, había estado aquí con una docena de hombres armados, irrumpiendo y arrastrando a Gordon fuera.

Hoy, el sol brillaba, los pájaros cantaban, y su pistola estaba seguramente enfundada.

"Hola, soy la detective Shade."

Escuchó una risita desde adentro seguida por el sonido de pequeños pies. La puerta se abrió de par en par, y Veronica se encontró mirando a los grandes ojos marrones de una niña con coletas.

En una mano sostenía un yo-yo que lanzaba abajo y luego enrollaba con precisión experta.

No sólo la niña no parecía afectada por lo que había sucedido aquí en medio de la noche, tampoco parecía reconocer a Veronica.

Había un puñado de tonos ardientes dentro del hexágono de madera —restos de Gordon sin duda. No amarillos brillantes, rojos intensos, o naranjas, más bien como el resplandor de un hermoso atardecer.

"Hola, cariño, me llamo Veronica. ¿Y tú cómo te llamas?"

"Beverly, pero todos me llaman Bev. ¿Quieres ver un truco?"

"Claro."

"Se llama pasear al perro. No tengo un perro real, mi papá es alérgico, pero aún así es un truco genial."

La mención de su padre amenazaba la sonrisa en el rostro de Veronica, pero logró mantenerla.

La niña extendió el yo-yo hasta el suelo, donde saltó por el piso de madera. Bev caminó con él durante dos pasos, y luego lo succionó de vuelta.

"¿Ves? Paseando al perro."

"Eso es asombroso."

"Sí, es muy fácil porque la cuerda es súper fuerte y elástica."

"Bev se está volviendo buena en muchas cosas," dijo una mujer, apareciendo detrás de su hija. Como Veronica, Gloria Trammel no parecía haber dormido bien la noche anterior.

¿Quién podría culparla?

"Hola, Gloria."

"Hola, detective Shade."

"Por favor, solo Veronica."

"Seguro, Veronica. Bonito nombre. ¿Quieres entrar a tomar un café?" Señaló con el pulgar hacia la mesa de la cocina y más allá, una vieja estufa. "Justo estaba hirviendo agua."

Veronica quería entrar y salir, recoger cualquier cosa que Gloria hubiera encontrado relacionada con los crímenes de su esposo, y volver a su trabajo. Pero Freddie había tirado su café, y necesitaba uno desesperadamente.

"Me encantaría eso."

"Entra y toma asiento."

Veronica entró en la casa, apenas creyendo que esta soleada morada fuera el mismo lugar que la noche anterior. Se sentó al final de la mesa mientras Gloria iba a la estufa para terminar de preparar el café.

"¿Cómo te gusta?"

"Solo negro."

Bev se unió a Veronica en la mesa, dejando el yo-yo y recogiendo el teléfono móvil que había visto a la niña usando en la estación.

Seis años y ya usando un teléfono móvil, pensó Veronica. Parecía uno caro, también, quizás un iPhone, con una funda protectora con una mariposa en la parte trasera, y no una versión para niños.

Como si oyera sus pensamientos, Beverly dijo: "Este se está volviendo viejo. Quiero uno nuevo. Mamá dice que puedo tener uno nuevo pronto."

"¿En serio?"

"Sí. Ya he tenido como tres de ellos."

Veronica sacó su propio teléfono móvil del bolsillo, un modelo negro sencillo de emisión gubernamental, y lo puso sobre la mesa.

"El mío también se está volviendo viejo."

"¿Puedo verlo?"

"No estoy segura de que mi jefe—"

"¿Por qué no vas a jugar?" sugirió Gloria.

"Pero mamá, quiero ver su teléfono. Es—"

"Bev, ahora."

Beverly, haciendo pucheros tan dramáticamente que un pájaro podría posarse en su labio inferior, recogió su yo-yo y su teléfono y se fue corriendo.

Dándose cuenta de que ahora se ponían manos a la obra, fue Veronica la que instó a Gloria.

"Dijiste por teléfono que encontraste algo. ¿Qué encontraste?"

Gloria estaba rebuscando en un armario lleno de tazas de cerámica.

Pensando que la mujer no la había oído, Veronica dijo: "¿Qué encontraste? Puedes decírmelo. Si encontraste algo relacionado con—"

Veronica se detuvo.

¿Qué acaba de decir Bev?

"Sí, es muy fácil porque la cuerda es súper fuerte y elástica."

Veronica tragó saliva y lentamente comenzó a mover su mano hacia la cadera. Las palabras del Dr. Thorpe resonaban ahora en su cabeza.

"El arma homicida no era un alambre como pensé en un principio, sino una especie de cuerda. Una mezcla de algodón-nylon fuertemente enrollada."

Una cuerda de yo-yo.

Y el teléfono de la niña... la mariposa se parecía mucho al tatuaje que Kelsey tenía en la cadera.

No es de extrañar que los adjuntos del condado de Bear no encontraran nada en la casa relacionado con las muñecas.

Porque Bev tenía la evidencia con ella en la estación.

Estaba justo frente a todos, y se lo habían perdido.

Veronica llegó hasta desabrochar la hebilla de la funda cuando Gloria finalmente se volvió.

No sostenía una taza de café caliente.

Estaba apuntando una pistola directamente al pecho de Veronica.

"Te encontré a ti, Veronica Shade. Eso es lo que encontré. Te vi, te vi tocando a mi marido. Y vi la forma en que lo miraste, puta."

Capítulo 60

"Está estable, pero aún bastante débil", advirtió la enfermera Fontana al sheriff. "Si empieza a respirar con dificultad o su ritmo cardíaco se acelera, tendré que llamar al médico. Y el Dr. Malley no dudará en echarte, seas sheriff o no."

"Gracias por la advertencia. No estoy aquí para molestarla. Solo estoy aquí para escuchar lo que tiene que decir."

La enfermera asintió y le abrió la puerta.

Steve entró en la habitación del hospital y lo primero que notó fueron los ojos de Angie Caufield. Estaban abiertos, y se preguntó si ella sabía lo cerca que había estado de tenerlos pintados y cerrados para siempre.

"¿Angie? Mi nombre es Sheriff Steve Burns."

"Te vi en el bosque." Su voz sonaba como hojas secas en una trituradora de alimentos.

"Sí, estaba allí. No pude llegar hasta ti. Lo siento mucho. Pero atrapamos al tipo, sí. Atrapamos al hombre responsable."

Los ojos de la mujer se oscurecieron y ella cayó en silencio.

"¿Angie?"

Sus iris recuperaron lucidez.

"¿Qué?"

Steve avanzó con precaución hacia el interior de la habitación.

"Atrapamos al hombre responsable. Su nombre es Gordon Trammel. ¿Lo conocías?"

"Yo—yo—" Angie de repente bostezó y una de las máquinas emitió un pitido. "No entiendo."

"Está bien, está bien. Podrías estar aún confundida debido a la medicación. Y eso está bien. Solo quiero—"

"No", dijo ella, su voz ganando fuerza. Una máquina diferente pitó con enfado. "No, no estoy confundida. Es solo que... ¿quién es Gordon Trammel?"

"Es el hombre que hizo esto en tu garganta. Eres muy afortunada—"

"No." Esta vez Angie gritó la palabra.

Steve miró por encima del hombro, preocupado de que el Dr. Malley, quienquiera que fuese, escuchara y detuviera la conversación.

"Angie—"

"No estás escuchando, Sheriff. Gordon Trammel no hizo esto en mi cuello." Pasó un dedo por su garganta y luego tragó.

"Su huella digital estaba—"

"Un hombre no hizo esto, sheriff. Una mujer lo hizo."

Tenía que estar confundida.

"¿Qué?"

"Una mujer me hizo esto, Sheriff, no un hombre. Ella me agarró y envolvió un cordón alrededor de mi cuello. Me asfixió hasta que me desmayé. Creí que estaba muerta."

Steve, sin creer del todo lo que estaba escuchando, levantó su mano, intentando frenarla.

"¿Una mujer?"

"Sí."

Trató de mantener sus emociones bajo control.

"¿Puedes—puedes empezar desde el principio? Sé que te duele hablar. Pero necesito saber qué pasó. Solo dime lo que puedas."

Angie aclaró su garganta, y sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

Mientras se preparaba para hablar, Steve pensó en Veronica y cómo ella no creía que Gordon mató a esas chicas.

Y cómo él también dudaba de la confesión del hombre.

Una idea horrible se asentó en su cerebro y comenzó a expandirse como un tumor cancerígeno.

"Estaba en el bar con mi amiga", comenzó Angie con dificultad. "Tomé dos copas tal vez—tal vez tres. No lo sé. Y luego me fui. Estaba conduciendo y todos saben que si te vas de Shooter's hacia Hilltona, ningún policía te detendrá."

Steve estaba completamente comprometido ahora.

Esta era su teoría exacta. Pero mientras la idea cancerosa metastatizaba, Steve sentía que en algún lugar del camino, su teoría había divergido peligrosamente y que habían cometido un terrible error.

"Estaba conduciendo—"

Aunque le había indicado que fuera despacio, Steve no pudo evitar interrumpirla.

"¿Por qué te detuviste, Angie?"

"Porque había una niña en medio de la carretera, sheriff. Una niña adorable con coletas, simplemente parada allí. Jugando con su yo-yo como si estuviera en su jardín delantero. Había bebido un poco, pero sé que aún estaba bien. ¿Pero esa carretera? Algunos imbéciles se emborrachan y corren por allí. Pensé que si uno de ellos pasaba, no serían capaces de detenerse a tiempo."

La sangre del sheriff Burns no se heló. Sentía como si hubiera abandonado su cuerpo por completo.

"¿Y luego qué?" Su voz apenas era un susurro.

"Y luego esta mujer apareció de la nada, gritándome, llamándome puta. Ni siquiera sé quién demonios era. Intenté volver a entrar en mi coche, pero ella deslizó algo alrededor de mi cuello y lo usó para arrastrarme al bosque." Angie levantó la barbilla hacia el techo, revelando un horrible desastre de moretones oscuros, casi negros. "Ella me hizo esto."

Desprovisto de sangre o no, el sheriff de alguna manera logró sacar su teléfono y marcar un número.

"McVeigh, la hemos cagado, McVeigh. No fue Gordon. No fue Gordon quien mató a esas chicas—fue su esposa. Fue Gloria."

"¿Qué? ¿De qué estás hablando?"

"Fue Gloria! Gloria fue la que asfixió a esas chicas. Gordon se deshizo de los cuerpos, pero ella es la asesina."

A pesar de que había hablado claramente, no hubo respuesta de su subalterno.

"¡McVeigh!" se trasladó al pasillo y un hombre enojado con una bata de laboratorio y un estetoscopio alrededor del cuello intentó interceptarlo. Steve siguió caminando. "¡McVeigh!

"Steve, Gloria llamó esta mañana."

Los ojos de Steve se convirtieron en rendijas, y la sangre que acababa de volver a su cuerpo amenazaba con evacuar una vez más.

"¿Qué quería?"

"Quería el número de la Detective Shade, Steve. Le di el número de teléfono de Veronica."

Incluso antes de que el Subalterno McVeigh hubiera dejado de hablar, Steve estaba en plena

carrera, pasando de largo a los encargados y pacientes por igual.

Capítulo 61

"Tú—tú las mataste," jadeó Veronica.

Ella se había equivocado, los colores que vio dentro de la casa Trammel no eran de Gordon. Eran de Gloria.

"Vaya, eres inteligente para ser una puta sucia," escupió Gloria.

Veronica echó un vistazo a Bev, que había reaparecido y ahora estaba en la puerta de su habitación, paseando a su perro.

"Oh, no me preocuparía por ella," dijo Gloria con una sonrisa sádica. "Ha visto cosas mucho peores que una pistola."

Veronica entrecerró los ojos, todavía tratando de descifrar exactamente lo que estaba pasando.

"Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Todavía no sabes lo que has hecho."

"¿Lo que he hecho?"

La cara de Gloria cambió y mostró sus dientes como un animal salvaje. Y la pistola—ella levantó la pistola un poco y flexionó su brazo. La boca del cañón comenzó a temblar mientras la apuntaba a la cara de Veronica.

"Ibas a follarte a mi marido. Sé que ibas a follarte a mi marido. Te vi."

"¿Qué?"

Esto se estaba volviendo más confuso cada segundo.

"No sé de qué estás hablando, Gloria. Por favor, baja la pistola."

Sus labios reaparecieron, y Gloria echó la cabeza hacia atrás y rió.

"Todas son iguales, siempre dicen lo mismo. Incluso esa zorra con el maquillaje de payaso, incluso cuando la atrapé en el bosque con Gordon, todavía decía, no ha pasado nada, no está pasando nada. Todo es un malentendido. Un error. Sí, el error fue vestirse con nada más que esa falda y esa blusa. El error fue ser una puta. El error fue bailar para mi esposo. El error fue follárselo. Pero ella no volverá a cometer ese error porque la hice pagar, al igual que hice pagar a esas tres chicas que miraron a Gordon y lo tocaron en el bar."

La palabra 'pagar' fue escupida con tal vehemencia que cada una estuvo asociada con un puchero de labios.

Veronica finalmente entendió.

Anoche en la estación, Gloria no estaba perturbada por el hecho de que su esposo acababa de ser arrestado por dos cargos de asesinato en primer grado y un cargo de intento de asesinato. Estaba molesta porque Veronica estaba tocando a Gordon.

"Pero Gordon no aprendió con la primera—Felize. Le hice enterrarla, pero eso no fue suficiente. Siguió hablando con otras mujeres, coqueteando con ellas, preparándose para follárselas. Así que, hice que las vistiera y las exhibiera, para que todos pudieran ver qué putas sucias eran. Y tú... lo veo en tu rostro ahora, tu bonito rostro con esos ojos dorados. Lindo cabello, también. Ibas a follártelo. Ya no más." Gloria suspiró casi con tristeza. "Yo también era joven y bonita como tú alguna vez. Solía parecerme a ti—al tipo de mujer que le gusta a él."

"Pasear al perro es tan fácil ahora... mira, mamá, incluso puedo hacerlo de espaldas."

Bev había vuelto a la cocina y, efectivamente, estaba realizando el truco al revés. Mientras Veronica se concentraba en la cuerda, pensó que podía ver manchas rojas oscuras en ella. Probablemente su mente le estaba jugando una mala pasada.

O tal vez no.

Tal vez era la sangre de Kelsey y Megan, o de la chica que estaba en coma.

"Muy bien, cariño. Ahora vuelve a tu habitación y cierra la puerta."

El hecho de que Bev ni siquiera se inmutara un poco por lo que su madre estaba haciendo, era alarmante. Tenía un teléfono móvil—el teléfono móvil de Kelsey—lo que significaba que, probablemente, sabía lo que era una pistola.

Bev estaba desencantada. Una niña de seis años, desencantada.

"Gloria, yo no quería tener nada que ver con tu marido, más allá de verlo detrás de las rejas. Créeme, no es mi tipo. Por favor, baja la pistola y podemos hablar—"

"Suenas exactamente igual que ella. Suenas exactamente igual que esa perra de su trabajo, la del carnaval—Felize."

Con cada palabra, el mapa de calor de colores que emanaba de Gloria se volvía más intenso. Cuando Veronica entró en la casa, eran suaves, apenas perceptibles, su origen desconocido. Ahora se extendían varios pies desde los hombros de Gloria y la corona de su cabeza.

A diferencia de cuando Gordon hizo una confesión similar, no había duda de que las palabras que salían de la boca de Gloria eran cien por ciento verdaderas.

Esta mujer ante ella, esta mujer desaliñada que llevaba una sudadera demasiado grande y unos jeans de mamá, era una asesina fría como la piedra. Había asesinado a tres mujeres con una maldita cuerda de yo-yo de todas las cosas. La cuerda del yo-yo de su hija. Nada era más personal que eso.

Veronica dedujo que el primer asesinato de la mujer probablemente fue uno de pasión. Tal vez Gordon estaba follando con una bufona en Hilltona, una mujer de su trabajo—Felize—y Gloria los atrapó juntos. Agarró lo más cercano y la asfixió con ello. Un crimen terrible, pero no premeditado. Con un buen abogado, incluso podría calificarse como homicidio voluntario.

Pero el resto... Kelsey y Megan, eran diferentes. Después de su primer asesinato, Gloria Trammel había captado el olor del asesinato e inhaló lo más profundamente que pudo.

Ella era una asesina, y amaba cada minuto de ello.

La voluntad de sobrevivir está arraigada desde el nacimiento, Lucy.

Veronica puede haber perdido la canción de su hermano, puede que ya no escuche la la la la laaaa laaa, pero definitivamente escuchó su voz. Un destello de un recuerdo, quizás imaginado, quizás real, vino a ella entonces.

Vio a un niño jugando con un yo-yo rojo, haciéndolo bailar.

"¡Lucy, mira este truco!"

Los ojos de Veronica se movieron de la pistola a Bev. Solo había una salida a esto. Pero era arriesgado, irresponsable.

¿Gloria dispararía con su hija en el camino, verdad?

No, Veronica no lo creía.

La voluntad de sobrevivir está arraigada desde el nacimiento, Lucy.

Arraigada desde el nacimiento.

¿Y si se equivocaba? Si la percepción de Veronica sobre la mujer era incorrecta, habría dos muñecas más añadidas a la lista de víctimas del fabricante de muñecas.

Las apuestas eran increíblemente altas, pero no veía ninguna otra salida.

"Bev, ¿has oído hablar de 'Mecer al Bebé'?"

"¿Qué es eso?" La niña recogió el yo-yo de plástico en su palma con un golpe audible.

"No le hables a ella, Bev. Ella es una de ellas. Una de esas putas de las que te hablé."

Veronica centró toda su atención en Bev, rogándole silenciosamente que hiciera lo mismo.

No es una tarea fácil con una asesina apuntándote con una pistola.

"Es un truco, un truco de yo-yo. Mi hermano lo hacía cuando tenía tu edad—ah, quizás un poco más grande. Mecer al bebé. Pero sabes qué? Creo que es demasiado mayor para ti."

"No, puedo hacerlo. Solo dime, dime cómo hacerlo."

Bev se acercó un par de pasos más.

"Quédate donde estás, Bev", advirtió Gloria.

Pero no importa cuán desencantada estuviera una niña de seis años, seguían siendo de seis años. Lo que significa que no escuchan a sus padres.

"Es complicado e involucra dos manos, no solo una." Veronica no sabía de dónde venía esta información, pero podía visualizar claramente el truco en su mente, así como a su hermano realizándolo. Veronica, aún mirando a Bev, deslizó su mano hacia su cadera.

"Puedo intentarlo! Mamá siempre dice que debería intentar cosas. Eso es lo que dices, ¿verdad?"

"Bev, escúchame. Sal fuera. Sal fuera ahora mismo y—"

"Bueno, lo primero que haces es tomar el yo-yo y extender la cuerda." Veronica abrió su mano izquierda mostrando la palma, y luego metió los dedos medios, como Spider-Man lanzando su telaraña. "¿Puedes hacer esto?"

"No sé", respondió Beverly, examinando su mano detenidamente.

"Bev", gritó casi Gloria. "¡Sal afuera! ¡Ahora!"

"¡Inténtalo! Nunca sabrás si no lo intentas. Solo hay una manera de averiguar—"

Un disparo resonó, y todos los tonos ardientes de la casa Trammel de repente se volvieron negros.

Capítulo 63

Veronica colocó sus manos sobre el fresco cristal unidireccional mientras miraba hacia la sala de interrogatorios. La escena dentro era muy diferente a cuando Gordon Trammel había estado sentado en la silla.

Beverly Trammel estaba jugando con su yo-yo. Tenía razón, era buena en trucos: la niña había dominado Mecer al Bebé.

"¿Este es tu teléfono móvil?" preguntó el Dr. Bernard, recogiendo el teléfono con la carcasa de mariposa.

"Sí". Toda la atención de Bev estaba en su yo-yo.

"¿De dónde lo sacaste?"

"Mi mamá me lo dio."

"¿Fue para tu cumpleaños? ¿O tal vez para Navidad?"

La cuerda del yo-yo se enredó y Bev hizo una mueca antes de volver a empezar, su lengua asomándose en su mejilla.

"Bev, ¿por qué tu mamá te dio el teléfono?"

"Fue una recompensa".

Recompensa sonaba como 'wecompenza'.

"¿Para qué, Bev?"

"Por jugar con el yo-yo en la calle y hacer que esos coches se detuvieran. Ella lo hizo bien. Muy bien. Y esta es mi wecompenza."

Veronica se limpió las lágrimas de los ojos. Incluso la Dra. Bernard parecía agotada cuando salió de la sala de interrogatorios.

"La utilizaron—su madre la usó para atrapar a esas chicas y su padre lo permitió."

La garganta de Veronica estaba constreñida, haciendo que sus palabras sonaran sibilantes.

Jane asintió y ambas observaron a los trabajadores sociales entrar a la sala y dirigirse a Bev.

"¿Qué va a pasar con ella?"

Veronica conocía la respuesta a su propia pregunta, pero estaba ganando tiempo.

No quería dejar a la niña.

"Pasará tiempo conmigo y con un par de otros psiquiatras que están mejor preparados para lidiar con este tipo de trauma. Cuando esté lista, Bev será ubicada en el sistema de acogida."

Veronica se agarró la frente y sintió caer más lágrimas.

El sistema de acogida.

El sistema de acogida que había jodido a Dylan Hall. El sistema de acogida que había convertido a su propio hermano Benny Davis en un asesino.

Ese sistema de acogida.

"¿No hay nada que puedas hacer?"

Era una pregunta difícil que no tenía respuesta.

Durante todo el tiempo que la había conocido, la Dra. Jane Bernard siempre tenía algo que decir. A veces, Veronica no quería oír lo que salía de la boca de la psiquiatra. A veces,

raramente, la mujer estaba equivocada.

Pero por primera vez, Jane se quedó sin palabras.

Finalmente, los trabajadores sociales consiguieron que Bev se tomara un descanso de su yo-yo y la llevaron al pasillo. Veronica las encontró allí.

"Disculpe", dijo una de las trabajadoras sociales, una mujer corpulenta con cabello gris rizado, mientras intentaban pasar.

Veronica la ignoró.

Se agachó y tomó las manos de Bev en las suyas.

"Necesitas mantenerte fuerte", dijo Veronica, conteniendo las lágrimas. "Necesitas mantenerte fuerte, ¿de acuerdo, Bev? El pasado... el pasado es aburrido—ya sucedió. El futuro es mucho más interesante."

Probablemente la niña no tenía idea de lo que Veronica estaba hablando, pero asintió de todos modos.

"Detective, realmente necesitamos irnos." La trabajadora social intentó levantar a Veronica de una rodilla.

"Si alguna vez necesitas algo, ven a buscarme, ¿de acuerdo? Veronica Shade. Detective Veronica Shade. Recuerda ese nombre."

"¿Veronica Shade?" repitió Bev.

"Así es. Veronica Shade."

"Por favor."

La ordenanza estaba ahora físicamente tratando de levantar a Veronica.

"¿Veronica?" El sheriff Steve Burns se acercó en uniforme completo.

Veronica susurró su nombre una última vez y luego se hizo a un lado. Los trabajadores sociales se llevaron a la niña.

Intentaban mantener su relación profesional mientras estaban en el trabajo, pero esta era una excepción.

Steve envolvió sus brazos alrededor de Veronica y la mantuvo cerca de su pecho.

Y entonces llegaron las lágrimas. Las lágrimas llegaron fuertes y rápidas y Veronica no hizo nada por detenerlas.

Sabía que los niños eran resilientes.

Era la prueba viviente de que podías superar el haber visto a tus padres ser asesinados frente a ti. También podías superar el hecho de que tu hermano distanciado intentara matarte antes de suicidarse.

¿Pero alguien podría superar esto?

¿Podría Beverly ser normal después de atraer a mujeres a sus muertes? ¿Después de que su madre asesinara a tres personas y luego fuera asesinada frente a ella? El sheriff estaba presionando para acusar a Gordon de cuatro cargos de asesinato, pero si esos no prosperaban, al menos sería condenado por conspiración, complicidad, profanación de cadáver, y probablemente pasaría al menos veinte años tras las rejas. ¿Podría la pequeña niña ser normal después de eso?

Veronica esperaba a Dios que sí.

Pero solo el tiempo diría.

Peter Shade solía decir que el pasado era aburrido, pero también daba forma a nuestro futuro.

Veronica era la prueba viviente de eso.

Capítulo 64

Para su crédito, por mucho que odiara al hombre, el Teniente Phil Crouch conducía un duro interrogatorio. Después de que Gordon se enteró de que su esposa había sido disparada y asesinada, el hombre entró en shock. Phil lo trajo de vuelta. Y luego, cuando comenzó a enfadarse, Phil también cortó eso.

Gordon Trammel entonces se alivió y se abrió sobre todo. Cada detalle horrible.

"Les prometí transparencia, y aquí estoy ante ustedes cumpliendo esa promesa", dijo Steve a la multitud de sabuesos de los medios. Había crecido considerablemente desde la última vez que había hablado frente a ellos hace solo unos días. La atención de los medios que este caso había recibido ahora era a nivel estatal, con algunas redes nacionales pasando por allí. "Fui reservado en mis comentarios anteriores, pero ahora puedo informar que hemos acusado a Gordon Trammel de los asesinatos de Kelsey Astor y Megan Milonakis, y del intento de asesinato de Angie Caufield. Muy temprano esta mañana, los diputados del condado de Bear descubrieron los restos enterrados de otra persona a quien creemos que es Felize Hoffman. Las estimaciones sitúan su muerte entre hace tres y cinco meses, se espera que también se acuse a Mr. Trammel en relación con su muerte. Dudaba en compartir esta información con ustedes hasta ahora, porque creíamos que estaba trabajando con un cómplice. El policía estatal Phil Crouch y la detective de la ciudad de Greenham, Veronica Shade, identificaron a la cómplice como Gloria Trammel, esposa de Gordon. Durante su intento de arrestar a la señora Trammel, fue fatalmente disparada y asesinada. Ningún oficial resultó herido en el proceso. Les agradecemos su paciencia y confiamos en que la gente del condado de Bear pueda dormir más tranquilamente esta noche sabiendo que es un lugar más seguro gracias a su arduo trabajo".

Las preguntas llegaron rápidas y furiosas, pero una en particular merecía una respuesta.

"¿Fue la Ciudad de Greenham oficialmente traída a este caso, es la primera vez que escuchamos sobre su participación?"

El sheriff Burns eligió sus palabras con mucho cuidado.

"La detective Shade fue traída como consultora especial para este caso solamente. Gracias nuevamente por su paciencia."

Con eso, Steve se dio la vuelta y entró. Una vez que las puertas se cerraron detrás de él y estaba seguro detrás del vidrio esmerilado, permitió que sus hombros se hundieran y tomó una respiración profunda. Luego se tomó un Oxy y lo molió entre sus molares.

McVeigh, que había estado a su lado durante la conferencia de prensa, pasó sin decir una palabra.

Eso estaba bien. Steve había logrado poner al hombre en su lugar y también le dio aviso. McVeigh había ido a sus espaldas y había dificultado el caso para su propio beneficio. Era un buen policía, pero era joven y tenía mucho que aprender.

El Teniente Crouch, lamentablemente, no pasó sin hacer un comentario. En su lugar, apretó el hombro de Steve, lo que le envió un dolor punzante hasta la base de su espalda.

"Buen trabajo ahí fuera, Burnsy. Gracias por las amables palabras."

"Sí, no..."

Problema, iba a decir Steve, pero luego Crouch lo acercó y le susurró al oído.

"Pero esto no compensa lo que le pasó a ella. No olvidaré eso. Nunca." Crouch lo soltó y

retrocedió, la sonrisa volvió a sus gruesos labios. "Supongo que finalmente descubrimos por qué nunca se las follaba, ¿eh?"

No respondas. No. Jodidamente. Respondas.

"¿Qué?"

"Las chicas, sígueme, Burnsy. Gordon no se folló a las chicas porque no las mató. Y no es como si Gloria fuera a hacer un poco de acción con tijeras, ¿sabes a qué me refiero? Pero te dije que algo era extraño en eso."

"Cierto", respondió Steve secamente. "Me lo dijiste."

Crouch rió entre dientes.

"¿Qué tal si tomamos una copa para celebrar esta noche, Burnsy?"

"No puedo. Ya tengo planes para cenar."

El teniente guiñó un ojo.

"Otra vez entonces. Otra vez pronto."

Ojalá que no, pensó Steve. Pero sabía, en el fondo, que esta no sería la última vez que viera al Teniente Phil Crouch.

También sabía que la próxima vez su interacción no sería tan amistosa.

Con una mano temblorosa, Steve tragó otro Oxy.

Capítulo 65

Llegaron en autos separados, pero casi exactamente al mismo tiempo y quince minutos antes de la hora acordada para llegar.

Pero ninguno de ellos tenía la intención de entrar todavía.

"¿No hablamos de trabajo en la cena, verdad?" dijo Steve con una risa.

Veronica también rió. Miró la botella de vino tinto debajo del brazo de Steve y luego miró el paquete de seis cervezas IPA artesanales en su mano.

"Sí, tenía prisa", admitió Steve con una mueca.

"Lo sé, te escuché en las noticias."

La mueca permaneció.

"No quería mencionarte, Veronica, pero tuve que hacerlo. Sé que no querías ningún crédito o publicidad, especialmente..."

"Está bien", mintió Veronica. No estaba bien, y habría repercusiones. Solo esperaba que poner a un hombre tras las rejas y una bala en la cabeza de su psicópata esposa ayudara a Asuntos Internos a pasar por alto lo mal que había manejado sus deberes reales.

"Necesito disculparme. Dijiste que Gordon estaba mintiendo y que estaba protegiendo a alguien. No escuché. Solo..."

"Estuve equivocada, Steve. Pensé que estaba protegiendo a su cómplice. Pero cuando me colé allí, en la sala de interrogatorios, y hablé con él a solas? Le grité, y él se encogió. Violentemente. En cierto modo, Gordon también era una víctima. No estoy justificando nada de lo que hizo, pero... ¿estás bien?"

El rostro de Steve se había llenado de arrugas y su respiración era superficial.

"Sí, estoy bien."

Mentiroso.

Veronica lo dejó pasar.

"Pensé que estaba protegiendo a un cómplice, pero estaba protegiendo a su hija."

Steve chasqueó los dientes.

"Pésimo trabajo el que hizo."

Veronica no pudo discutir eso.

"¿Estás seguro de que estás bien? Estás temblando."

"Cansado. Por cierto, indagamos en el pasado de Gloria y descubrimos documentos judiciales de hace años. Al parecer, su padre y su madre se divorciaron cuando ella era joven, más o menos de la edad de Beverly. Bastante complicado, con su madre alegando infidelidad por parte de él. La batalla por la custodia fue mala, y la madre de Gloria, temiendo que no pudiera vivir con su hija, se la llevó y se mudaron mucho. Supongo que cuando ella pilló a Gordon con Felize, algo en ella se activó."

"Sí, ese primer asesinato, un crimen pasional."

La expresión de Steve se amargó.

"Odio esa frase."

"Yo también", estuvo de acuerdo Veronica. "Pero creo que después de matar a Felize, Gloria Trammel encontró un nuevo pasatiempo. Y utilizó todas las excusas que pudo pensar para justificarlo."

Steve se estremeció, indicando que estaba casi terminado con esta conversación.

Ella también.

"¿Quieres entrar?" preguntó Veronica.

"Espera, una cosa más." Él exhaló en voz alta. "Hicimos una prueba rápida de ADN a Beverly."

"¿Y?"

"No vas a creer esto, pero ella no es hija biológica de Gordon."

Hasta este punto, todo había sido poco sorprendente para Veronica. Llenaba varios huecos, pero la mayoría ya los sospechaba con un alto grado de certeza.

Pero no esto.

"Estás bromeando."

Steve negó con la cabeza.

"No. Estuvieron casados durante diez años, lo que significa..."

"Que ella le fue infiel", terminó Veronica.

"Sí."

"Bueno, eso está jodido."

"Sí."

Veronica cerró los ojos y sacudió la cabeza.

Qué lío. Qué jodido lío.

"¿Hablaste con Asuntos Internos sobre..."

La puerta se abrió de repente, sobresaltando a ambos.

Luciendo un delantal a rayas en blanco y negro y grandes mejillas rosadas, estaba Peter Shade.

"¿Ya terminaron de hablar de trabajo? La comida se está enfriando", dijo Peter.

Veronica sonrió.

"¿Trabajo? ¿Qué es eso?"

Peter alcanzó las cervezas IPA. Luego miró la botella de vino rojo debajo del brazo de Steve.

"Puede llevarse eso de vuelta."

Veronica le lanzó una mirada entendida a Steve, luego a su padre, le dijo, "Además, eso es una tontería sobre la comida enfriándose. Sé que estás cocinando todo al vacío."

"Como siempre, eso fue increíble." Veronica se lamió los labios. "Realmente increíble."

"Te lo dije, el envejecimiento en seco hace toda la diferencia del mundo. Hace que la carne sepa mejor. Más carnosas." Peter dio un sorbo a su IPA, una de las cuatro que Veronica ya le había visto beber. Su padre no era ajeno al alcohol, pero normalmente, durante sus cenas dominicales, se limitaba a tres o menos.

También se había escabullido para fumar dos cigarrillos, pensando que ella no se había dado cuenta.

¿Qué clase de detective sería Veronica si no pudiera oler el humo de cigarrillo en el aliento de su padre?

"Para ser honesto, creo que fue la mantequilla compuesta de queso azul y ajo asado lo que elevó esta comida", intervino Steve.

Todavía sonriendo, Peter entrelazó sus dedos.

"Todo funciona en conjunto."

"¿Dónde aprendiste a cocinar así?"

Peter se encogió de hombros.

"Es solo algo que hago en mi tiempo libre. Espero tomar algunas clases más pronto."

Un comentario curioso, que Veronica iba a cuestionar, cuando sonó el teléfono de Steve.

"Mierda, lo siento."

Se quedó allí sin apagar el teléfono y sin contestarlo.

"Adelante, adelante", dijo Peter, tomando otro sorbo de su bebida.

"Lo siento."

Steve empujó su silla hacia atrás y luego contestó su teléfono. Veronica intentó recoger pedazos de la conversación, pero fue tan corta que no obtuvo nada.

"Lo siento, eso fue—" Steve se detuvo antes de decir la palabra trabajo. "Tengo que irme."

"Lo entiendo. Cuídate."

"Gracias de nuevo."

Steve miró a Veronica, pero ella solo le hizo un gesto juguetón para que se fuera.

"Vete."

Después de que se fue el sheriff, Veronica ayudó a su padre con los platos. La próxima vez que intentó escabullirse para fumar un cigarrillo, ella lo acompañó en el porche trasero.

"¡No es mío!"

Veronica rió y rodó los ojos.

"Estoy intentándolo, Veronica", dijo Peter mientras miraba la brasa brillante. "Y para ser honesto, lo estaba haciendo bien, hasta que..."

"¿Hasta qué?" indagó Veronica cuando él no continuó.

Peter respondió dando una gran calada al cigarrillo.

"Recibí malas noticias sobre Grant, Veronica. Y sé—sé—que fumar es la peor manera de lidiar con algo así."

"¿Qué pasó?" preguntó Veronica, sabiendo que era una pregunta estúpida, y también sabiendo exactamente qué le había pasado al mentor de su padre, Grant Sutcliffe.

"Murió, V. Grant murió."

Capítulo 66

Después de que entró la llamada, el sheriff Steve Burns se había preparado mentalmente para otra interacción con el teniente Phil Crouch. Pero el hombre que lo recibió en la frontera del Bosque de Hilltona era un guardabosques diferente del Departamento de Pesca y Vida Silvestre de Oregon.

El hombre, alto, un poco regordete, se presentó como Nick Hendrix.

"Te agradezco que me hayas llamado primero", dijo Steve. "La última vez... bueno, la última vez fue un poco caótica."

"Por supuesto." Nick ajustó el rifle en su hombro, agarró otro de su maletero y se lo entregó a Steve. "Por si acaso. Estos animales pueden ser rápidos y letales. Y el hecho de que estén tan al sureste? No es una buena señal."

Steve sintió lo que solo podía ser una sensación de ardor psicósomática en su espalda.

"Sí, te entiendo." Nick se movió para cerrar el maletero cuando Steve notó algo más dentro, algo que parecía una pistola amarilla y voluminosa hecha de plástico. "¿Qué es eso?"

El hombre lo recogió.

"No letal, dispara dardos tranquilizantes. Pero en este caso, dado lo que el oso ya ha hecho—"

"¿Puedo verlo?" interrumpió Steve.

"Claro."

Se lo entregó. Se sentía ligero y barato.

"¿Te importa si me lo llevo, por si acaso?"

Nick se encogió de hombros, y juntos se adentraron en el bosque.

No tardaron mucho en encontrar al oso. Se camuflaba bien, pero rondaba la misma zona donde había mordido el cadáver de Kelsey Astor.

Fue Steve quien lo vio primero, pero Nick fue más rápido en apuntarlo con su rifle. Tenía la lengua un poco afuera y parecía a punto de apretar el gatillo cuando Steve lo detuvo.

"¿Puedo encargarme de esto? Tenemos una historia."

Nick bajó su rifle.

"Como quieras."

El sheriff estabilizó la culata contra su hombro y apuntó justo entre los ojos del oso.

Este oso lo había mutilado, y si no hubiera sido por el teniente Crouch, probablemente lo habría devorado.

El oso también era la razón por la que Gordon Trammel se escapó y probablemente por qué Angie Caufield se había golpeado la cabeza contra una roca.

El dedo de Steve se tensó en el gatillo, y el oso, como si presintiera su inminente condena, pareció girar sus oscuros ojos hasta que miraron directamente a los suyos.

Stephen inhaló, contuvo la respiración y luego—

Bajó el arma a su lado.

"¿Quieres que dispare yo?" preguntó Nick.

Steve negó con la cabeza. Cambió el rifle por la pistola tranquilizante.

"No, lo haré yo."

Esta vez, no dudó antes de apretar el gatillo.

Verónica metió las manos en sus bolsillos, bajó la barbilla hacia su pecho y tomó una respiración profunda.

Luego liberó una de sus manos y golpeó la puerta frente a ella.

La mujer que respondió estaba aún más desaliñada esta vez. Apestaba a vodka, alcohol rezumando de sus poros. El olor era tan potente que usurpaba los matices azules del sudor que desprendía en oleadas. Parecía que no se había duchado desde la última vez que habían hablado.

A pesar del nivel de intoxicación, cuando la mujer alzó sus ojos llorosos, reconoció a Verónica.

"Tú." La palabra fue parte arcada.

"Sra. Astor, vine aquí para disculparme."

"¿Disculparte? Al diablo contigo."

Verónica bajó la cabeza de nuevo.

"Lo merezco. La verdad es que no estaba preparada cuando vine aquí antes. Y eso no fue justo para ti."

Vio un fuego lamiendo una casa de dos pisos, y vio a un policía corriendo hacia ella, recogéndola en sus brazos.

Luego escuchó la voz de su hermano.

Sobrevive.

"Sólo quería decir que lo siento. Lo siento mucho. Pero eres una superviviente, Kathleen. No hay vergüenza en eso. Nada de esto es tu culpa. Sé que darías cualquier cosa por cambiar de lugar con tu hija, pero eso nunca puede suceder. Le debes cuidar de ti misma."

La mujer se sobrepuso, aunque sólo fuera por un momento.

"Tú también perdiste a alguien."

Verónica abrió la boca, luego la cerró de nuevo, insegura de cómo responder.

Se decidió por algo simple.

"Sí."

Más que solo alguien. Muchos alguien.

"Cuida de ti misma, Kathleen."

Verónica volvió a su coche y observó a Kathleen Astor. La última vez que había estado aquí, la mujer había estado angustiada, ahora, parecía que estaba recordando a su hija.

Y eso era algo bueno. Nunca deberíamos olvidar a los que hemos perdido.

Una alerta extraña sonó en su teléfono. Un mensaje en Facebook. Era de Rob Pinkerton.

"¿Qué pasa, hermano?"

¿Hermano?

Verónica presionó algunos botones y rápidamente se dio cuenta de que no estaba conectada a su propia cuenta de Facebook. En su lugar, era la cuenta de Brent Wolseley, el falso chico de fraternidad.

Ya no tenía ninguna necesidad de Rob Pinkerton, que había sido exonerado de cualquier implicación en la muerte de su novia y aparentemente no tenía ningún interés en los Rolex robados.

Pero en lugar de borrar el mensaje, Verónica decidió seguir el juego.

"¿Cómo te va?"

Rob Pinkerton podría ser un hombre en duelo, pero también podría ser un recurso.

Un recurso diferente, Dylan Hall, había salvado la vida de su compañero.

En la línea de trabajo de Verónica, especialmente dado cuántas personas la despreciaban en el Departamento de Policía de la Ciudad de Greenham, nunca se sabe cuándo alguien completamente inesperado podría ser útil.

Epílogo

Fue un funeral tranquilo. Solo un puñado de policías, incluyendo a Verónica y su padre, y la joven enfermera que había cuidado a Grant en sus últimos días, Meadow.

Tranquilo, pero agradable.

Grant había sido un hombre religioso, lo que sorprendió a Verónica, y el sacerdote católico ofreció amables palabras sobre él. Los policías eran muchas cosas, incluyendo leales en su mayoría, pero no eran grandes habladores. Cuando se ofreció a la pequeña reunión decir algunas palabras, solo un hombre, Peter Shade, dio un paso adelante.

"Como ustedes saben, Grant fue mi mentor. Me acogió en los primeros días, los tiempos difíciles. Incluso cuando tenía más experiencia y me alejé, sabía que podía recurrir a él para prácticamente cualquier cosa. Era un hombre ocupado, pero siempre tenía tiempo para mí. Lo amaba con todo mi corazón. Era... familia." Peter hizo un gesto hacia Verónica. "Cuando mi hija me dijo que quería dedicarse a la aplicación de la ley, bueno, fue Grant quien me habló para calmarme, dijo que estaba destinada a ser una policía. Una buena, además. Grant era una voz de razón en este mundo irracional."

Verónica recordó hablar con Grant cuando estaba acostado en la cama muriendo de cáncer. Le había contado la historia de un accidente de coche.

También la había llamado Lou.

Peter tenía razón, Grant Sutcliffe era un buen hombre.

Al igual que su padre.

Peter terminó su discurso y se unió a ella mientras bajaban el ataúd al suelo. La consoló, aunque debería haber sido al revés.

La ceremonia terminó y Peter la guió hacia su coche.

"Necesito unos minutos, papá."

Peter asintió y Verónica se dirigió hacia la parte trasera del cementerio. Allí, encontró dos lápidas sencillas: Trevor y Roberta Davis.

"Os echo de menos, mamá, os echo de menos, papá," dijo suavemente.

Verónica tomó dos de las tres flores de su mano y colocó una en cada una de las tumbas de sus padres. La tercera, la puso en el césped junto a las lápidas.

Esta área no tenía marcas y no había ningún cuerpo enterrado debajo. Pero en su mente, aquí yacía su hermano.

"También te echo de menos, Benny. Espero, dondequiera que estés, estés jugando con tu yo-yo."

"¿Qué está pasando?" preguntó Verónica cuando llegaron a la comisaría. Las puertas de entrada estaban bloqueadas por varios hombres uniformados y varios otros en trajes.

Todos se veían serios.

"Maldición," murmuró Peter.

"¿Papá?"

"Olvidé una reunión con el alcalde hoy. Completamente."

Verónica se inclinó hacia delante. Uno de los hombres en trajes era el alcalde Tom Dixon. Era alto, con gafas redondas, y cabello rubio arenoso. Freddie también estaba allí, se dio cuenta, pero no la estaba mirando a pesar de que debía haber reconocido el coche del capitán.

"Creo que entenderán."

Pero había algo mal. Si el alcalde se había quedado esperando a que Peter volviera del funeral, lo habría hecho en la oficina del capitán.

Peter estacionó, y caminaron juntos hasta las puertas delanteras. A medida que se acercaban, dos policías de otra comisaría se adelantaron.

"Está bien, V. Está todo bien. Solo mantén la calma."

Peter se colocó delante de ella.

"¿Freddie?" dijo Verónica. Su compañero la miró, pero su única respuesta fue negar con la cabeza muy levemente.

Además de Freddie y el alcalde, Verónica reconoció ahora a otras personas. Estaba su representante sindical, una mujer cuyo rostro parecía una hoja de papel arrugada.

Y estaba Cole Batherson.

"Lo siento, Peter", dijo el alcalde Dixon.

Otra persona se adelantó, sosteniendo una caja de objetos, algunos de los cuales Verónica reconocía de la oficina de su padre.

Peter parecía saber lo que estaba pasando aquí, pero Verónica seguía a oscuras.

"¿Qué está pasando?" Sonó desesperada pero no le importó.

"Está bien, Verónica", su padre la tranquilizó. "Mantén la calma."

"Recibirás tu pensión completa", continuó el alcalde Dixon. "Nadie tocará eso."

Peter asintió y tomó su caja de pertenencias.

"Espera—¿le estás despidiendo? ¿Estás despidiendo a mi papá? ¿Es eso lo que está pasando aquí?"

"Verónica, por favor."

No estaba segura de quién dijo esto. ¿Freddie? ¿Cole? ¿Peter? ¿El alcalde?

Probablemente fue Cole porque fue él quien intentó calmarla.

Verónica no quería saber nada de eso.

"Papá, cuéntales dónde estuvimos."

"Todo ha sido resuelto", dijo la arrugada representante sindical.

"¡Papá!" Pero Peter ya no tenía lucha en él. Eso estaba bien porque los dientes de Verónica estaban afilados. "¡Estábamos en un funeral! ¡Por eso perdió la reunión! ¡No puedes despedirle por esto!"

"No es porque perdió la reunión", explicó Cole Batherson. "Es porque—"

Freddie físicamente apartó a Cole y la tomó del brazo. Ella intentó resistirse pero no tenía ninguna posibilidad contra el hombre de trescientas libras.

"Sigue adelante, Verónica."

"Freddie, ¿qué demonios? ¿Por qué ellos—"

"Detective Shade, da un paseo."

"¿Freddie?"

Verónica nunca lo había visto así. Incluso cuando casi lo había matado, su compañero no había estado tan serio.

¿Qué demonios estaba pasando?

Verónica intentó de nuevo parar, pero Freddie simplemente siguió avanzando.

"Si quieres mantener tu trabajo, camina, Verónica. Por favor."

Y así lo hizo. Pero no sin antes volverse y mirar a su padre una última vez.

No estaba triste, no estaba feliz. Simplemente estaba.

Y mientras miraba, Peter Shade movió los labios formando las palabras, "Estará bien, V. Estará bien."

Normalmente, Verónica Shade no dudaba de su padre. Pero en este caso, sabía que estaba equivocado.

Y él también lo sabía.

Incluso a más de una docena de pies de distancia, podía oler la gasolina en el aliento de su padre tan claramente como había oído el humo del cigarrillo la noche anterior.

No, no va a estar bien.

Nunca volverá a estar bien.

Como Gloria Trammel, Verónica Shade era ahora una asesina. Y cuando algunas personas experimentan el olor a asesinato, se ahogan y se asfixian.

Otros disfrutan respirándolo... y el olor amargo permanece para siempre.

FIN

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en este libro son totalmente imaginarios o se utilizan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con lugares, eventos o localidades es pura coincidencia.

Derechos de autor © Patrick Logan 2023

Diseño interior: © Patrick Logan 2023

Todos los derechos reservados.

Este libro, o partes del mismo, no pueden ser reproducidos, escaneados o difundidos en ninguna forma impresa o electrónica.

Primera edición: mayo de 2023